

# NTRELÍNEA Editores



# NTRELÍNEA Editores

MANUEL DÍAZ CERVERA

### SALPICONES HISTÓRICOS

### H

# Emreumas Educas Educas eraseunavez.org



#### eraseunavez.org

Primera edición, mayo 2012

Manuel Díaz Cervera, 2012

Editores: Carmelo Segura y M.ª Eugenia Glez. Cintas

© Entrelíneas Editores

C/ Lima, 42

28945 Fuenlabrada (Madrid)

Tel. 91 606 27 22 / 91 690 90 28

entrelineas@eraseunavez.org

www.eraseunavez.org

Realización, impresión y distribución: Cénit Hispano

Tel. 91 606 27 22 / 91 690 90 28

Ilustraciones: Joaquín González Diseño de cubierta: Eduardo Ocejo

www.eduardoocejo.com

Maguetación: J. M.

ISBN: 978-84-9802-524-8

Depósito Legal:

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Impreso en papel ecológico

Impreso en España / Printed in Spain

### Índice

Que pena, pena	7
Eugenia de Montijo	
Otro «Conquistado»	37
Hernán Cortés	
En calesa	61
La Chata	
Rumbo a México	79
Carlota emperatriz	
Medina en llamas	141
La leona de Castilla	
Una raya en la playa	161
Francisco Pizarro	
Un chusco para el abuelo Miguel	201
Los Últimos de Filipinas	
¿Sin descorchar?	235
La Reina Virgen	
Un libro de peso	267
La España islámica	
Un «plurivalente»	321
El Cid Campeador	
Un Trastámara «rarito»	407
Enrique IV	

### **LDITORES**



### Que pena, pena...



esde hace muchos años, chicos y chicas cantan el romance en el recreo del colegio mientras saltan a la comba o juegan a la semana...

Pasa el tiempo, pero no se disipa el cariñoso recuerdo de la granadina que dejó España para ser emperatriz de Francia.

Que pena, pena que te marches de España para ser reina...

Con permiso del lector, una nota preliminar.

Es harto frecuente que los escritores, especialmente si el palo que tocan es la novela histórica, borden puntadas de sus personajes sobre un cañamazo de frágil consistencia. El lector, si tiene cierta carga de escepticismo, no se siente muy satisfecho con los abrillantadores recursos que abundantemente se utilizan.

Basándose en leyendas, anécdotas más o menos contrastadas y sobre todo en las crónicas que los pinceles de los grandes maestros dejan escritas en colores, podemos encontrar bellezas que tal no fueron, y hasta gestas que han quedado plasmadas en tela sin que su veracidad se pueda verificar.

De todas formas, que Sissi o la propia Eugenia no fuesen en realidad tan atractivas como se las presenta —sobre todo cuando es en celuloide— y que sus amores no fuesen tan novelescos no es demasiado importante.

Yo quiero pensar que escritores y «celuloideros», lo hacen para que las historias resulten más amenas y hasta más digeribles. Pero cierto es, que hay veces que se pasan.

Tampoco faltan los embellecedores de tragedias que con sus romances hacen desbordar los sacos lagrimales de las gentes sensibles al escuchar al rapsoda o cantante las desventuras de personajes queridos por el común.

La muerte de un torero casado con una folclórica; la guapa granadina Eugenia que deja todo para marcharse a Francia de emperatriz; la delicada Merceditas que cuidaba dalias en Sevilla y se enamoró de su primo, rey y tuberculoso...

En los Salpicones de Eugenia de Montijo, podremos encontrar alguna puntada fuera del cañamazo, pero siempre será referida a detalles poco significativos y que no desvirtúan la historia de esta excepcional y singular mujer.

De esta muchachita que todos conocemos como Eugenia de Montijo daremos unos *Salpicones Históricos* para conocerla una pizca más de cerca. *Salpicones* que nos pueden servir para distraer un viaje en tren de cercanías o una docena de paradiñas de semáforo mientras viajamos en autobús urbano. Otra cosa no se pretende.

Podemos comenzar diciendo que Eugenia tenía un nombre de cuatro pilas. A saber:

María Eugenia Ignacia Agustina. Nombre al que si le colgamos lo que llevaba detrás del «de», habitual entre los de notable ralea o realeza, nos resulta:

María Eugenia Ignacia Agustina «de» Guzmán Palafox Portocarrero y Kirkpatrick.

Para poder salpicar con comodidad lo haremos a palo seco. La llamaremos solamente Eugenia. Me irritan esos escritores que endosan a sus personajes tres o cuatro nombres de pila unos cuantos apellidos y como apéndice un apodo. Hacen que cada tres páginas te pierdas. Y para no despistarnos en la cronología e ir viendo cómo se desarrollan hechos y cómo le van cayendo encima los años a los personajes, pondremos, de vez en cuando, su edad entre paréntesis.

Por ejemplo: Eugenia (0) nació en Granada en uno de aquellos siete días que duró el terremoto de 1826. No nació precisamente en El Sacromonte, pero tampoco ocurrió en un palazote de mucha reja y grandes portones. Vino al mundo y pasó sus primeros años con su papá, su mamá y su hermanita (1) en una casa más bien normalita. Dentro de un cierto bienestar pero no para tirar cohetes.

### Papá

Papaíto Cipriano —Palafox y Portocarrero para más señas—nacido cuarenta y dos años antes que Eugenia. Noble, político, militar, Grande de España y gran coleccionista de títulos nobiliarios. Con siete marquesados y cuatro condados, entre ellos el de **Montijo**. Tenía también el Señorío de Moguer, Prócer del Reino y senador por Badajoz. No creo que sea propio tildarle de ser un don nadie. Sí, un don mucho.

¿Y con todo eso vivía en una humilde casona? ¡Coño, qué tacaño!

No. La mayor parte de los *cromos dinásticos* le llegó después del nacimiento de sus dos niñas. Cuando Eugenia y su hermanita nacieron, el coleccionista que tenía el álbum de los cromos heráldicos era su hermano mayor: Eugenio.

Cipriano por aquellas fechas no nadaba en la abundancia. Tampoco en la miseria pero justillo, justillo.

Papá Cipriano, masón, liberal y afrancesado hasta los tuétanos, se jugó el pellejo en más de una ocasión al lado de los

franceses y en más de una ocasión estuvo a punto de que se lo perforasen. Entre otras batallitas que libró, destaca la que le mantuvo al lado de José I en 1808. Rey que mandaba entonces en nuestra España. Seguramente lucho a su lado pensando que si se ponía en contra perdería lo que tenía si el Bonaparte no soltaba las riendas. Pero antes de que el rey José, hermano de Napoleón, nos liase la del dos de mayo, ya se había lucido Cipriano en otros fregados en defensa de Francia. Entre ellos, tres años antes, en uno de los más importantes encontronazos: la Batalla de Trafalgar.

En aquel lamentable entonces, 1805, Napoleón tenía agarrado por las partes que oculta la bragueta a nuestro rey cornudo y cagueta Carlos IV. La reina María Luisa tenía agarrado, por el mismo sitio al valido Manuel Godoy pero no para asuntos de trono; para asuntos de cama. Así andaban las cosas por estos pagos. En San Ildefonso en 1796 se había firmado un Tratado con la República Francesa, con intención de cargarse a la flota inglesa. Obligada España a poner *pasta* y sangre por el Tratado, allí fue a parar el papá de nuestra protagonista: a Trafalgar.

Precisamente allí (31) logró superar la aportación que había hecho en una anterior contienda otro guerrero y notable escritor. Un tal Cervantes, en la Batalla de Lepanto, 1572. El escritor se había dejado un brazo en la disputa. Cipriano, superó la aportación a la causa. Se dejó un brazo y una pierna.

Cipriano, además era tuerto. No he sido capaz de encontrar donde perdió Cipriano el ojo. No importa.

Decíamos que la colección de títulos de los Guzmán Palafox y Portocarrero estaban en manos de su hermano mayor, Eugenio. Y decimos que Eugenio no soltaba ni prenda ni pela por estar en total contradicción con su hermano Cipriano. Los dos hermanos, ni estaban en la misma barca ni escopeteaban en la misma dirección. Cada uno de ellos disparaba en sentido

contrario al otro. De aquí que Eugenio no soltase ni un cromo del álbum de los títulos. A Eugenio le había dado por defender el orden establecido y a Cipriano le había dado por defender el desorden a establecer.

### Mamá

La cooperante para que el afrancesado guerrero pudiese tener dos hijas: María Francisca de Sales, conocida como **Paca** y **Eugenia**, fue **María Manuela Kirkpatrik**. Una señora con apellido que suena algo así como a güisqui.

A Eugenia la parió precisamente en el año que la hermana de su madre, Francisca Grivegnée, se casó con su tío el «canalero de la Mancha» Lesseps.

Curioso que una malagueña llamándose María Manuela luciese un apellido tan poco flamenco. Todo tiene su explicación: cuando ella vino al mundo, su papá, un escocés dedicado a los negocios de vinos y licores estaba enchufado en Málaga como cónsul de Estados Unidos.

Cipriano y María Manuela se conocieron en París. A María Manuela le habría gustado que su Cipriano fuese hijo único ya que la fortuna familiar estaba en manos de su hermano mayor, Eugenio, y Cipriano andaba casi a la cuarta pregunta. Pero como a falta de pan, buenas son tortas, y confiada en que las cosas podrían cambiar en el futuro, en lugar de pillar un hijo único hubo de conformarse con el de ojo único. ¡Vamos allá Cipri!, le dijo al tuerto-coji-manco cuando la pidió en matrimonio.

Parece ser que el Cipriano tenía un especial arte para cagarla. La había cagado un par de veces metiéndose en batallas al lado de los gabachos y la volvió a cagar casándose con María Manuela (33 él–23 ella). La malagueña de origen vinatero, hija de diplomático, cónsul de los *gringos*, resultó ser poco diplomática con él. Codiciosa, irrespetuosa y hasta cruel con Cipriano le salió la María Manuela. Y para remate, bastante calenturrona y poco dada al respeto marital.

Hembra hermosa, muy preparada y con esmerada cultura no encajaba de lleno con el afrancesado Cipriano. Pese a que también ella se escoraba al lado francés. Iremos viendo.



A la pequeña Eugenia, le encantaba montar a caballo. Lo hacía casi a diario, acompañada de su padre. A veces se añadía su hermana Francisca —que quizás por haber nacido en el llano ambiente andaluz la empezaron a llamar Paca y con éste nombre, más propio de dependienta de ultramarinos que de condesa de Teba, se quedó para siempre.

Si Cipriano salía con frecuencia a montar con su adorada Eugenia, puede que fuese para desfogarse arreando a su caballo los fustazos que le hubiese apetecido arrear sobre otros lomos. Pese a que en las cabalgadas había momentos en que lo pasaba mal, prefería que fuese el pobre animal el que pagara sus furias antes que ser él el fustigado en casa.

Los malos momentos los sufría cada vez que su intrépida niña se daba un guarrazo por aventurarse en saltar obstáculos en desacuerdo con su montura. A ojo, brazo y pierna únicos, Cipriano se las veía y se las deseaba para ayudar a la accidentada amazona. Pero una y otra vez volvía a utilizar un caballo y una hija para escapar del agobio casero.

También María Manuela montaba, casi a diario, pero no a caballo. Montaba en cólera cada vez que abría la cajita de caudales y veía el exiguo contenido.

Como hemos dicho, el álbum de los títulos de la familia estaba en manos de su cuñado, Eugenio, hermano mayor de Cipriano. Y Eugenio estaba decidido a que no se le arrancase ni una hoja del álbum mientras él viviese.

Sabido es, que entre príncipes, coronados, validos, nobles y otras especies trepadoras, es harto frecuente recurrir al envenenamiento para ascender y descabalgar al que ostenta el título o puesto deseado. Pero no siempre es así. Hay veces que el aspirante se queda con las ganas pero no lo lleva a cabo.

Doña Manuela no dispuesta a invitar a su cuñado Eugenio a chocolate con cianuro —aunque ganas no le faltasen— se desahogaba arremetiendo contra su afrancesado guerrero y lo martirizaba diciéndole que estaba para el desguace, que era un calzonazos y que ella no aguantaba más el tener que vivir tan cerca de la escasez. No había forma de calmarla en sus cabalgadas coléricas. Quería el álbum.

Cipriano conoció a María Manuela (19) en París y cuatro años más tarde la reconoció para presentarla ante el altar en Málaga (23).

La unión se hacía un tanto difícil. Como Grande de España, Cipriano estaba obligado a obtener el permiso de su hermano mayor que a la propuesta soltó un sonoro «¡Ni se te ocurra!». No estaba dispuesto a aceptar que todo un Grande de España tomase por esposa a la hija de un vinatero. Por más cónsul que fuese el vinatero, a la muchacha le faltaba solera.

La solución para equilibrar en cierta medida el abolengo, la encontró el padre de María Manuela. «Abrir los ojos y cerrar el pico», dijo el vinatero a los que se oponían a la boda de su niña al mostrarles los documentos. Había conseguido que de Edimburgo le enviasen unos certificados que presentaban a los Kirkpatrick como descendientes de una familia escocesa de alto linaje.

Al final, Eugenio de Montijo aprobó a *regañacolmillos* el matrimonio. En diciembre de 1817 (33 él–23 ella) María Manuela pasó a ser doña Manuela.

Uno de los primeros movimientos perpetrado por doña Manuela fue el rescate de su Cipriano. Moviéndose cual anguila en regato, con su abolengo, más o menos creíble, doña Manuela logró rescatarlo de Santiago de Compostela.

Pero ¿qué hacía don Cipriano de Guzmán Palafox Portocarrero en Santiago?

Lo de siempre: se había metido en un nuevo jardín *gabacho* y fue a parar al exilio obligado. Las ideas liberales de los franceses habían hecho pie en España y Cipriano se apuntó a los liberales. Llegó Fernando VII *el Deseado* (por algunos) se pasó por los calzones la Constitución de Cádiz votada durante el reinado de José Bonaparte y arremetió contra los liberales que se habían asentado precisamente en Granada.

Para reactivar el poder absoluto, Fernando VII pidió al rey francés Luis XVIII que le echase una manita. Luis le envió un ejército y en 1823 se restableció el orden real. El empujón, envió a don Cipriano (casi 40) a venerar al Apóstol Santiago.

¡Leche con el madrileño empeñado en ser franchute! Debió de pensar María Manuela. Pero bueno, habrá que traerlo a casa. Y lo trajo. Eso sí, como marcado liberal, cada vez que había un movimiento inquietante Cipriano se veía de nuevo a la sombra. En la sombra estaba cuando nació su hija Francisca de Sales.

Antes de que Eugenio entregase el alma al Señor y el álbum a su cuñada, Cipriano, harto de latigazos conyugales, apañó unos dineros y resolvió:

—¡Haced las maletas! —dijo al llegar a casa—. ¡Nos vamos a Madrid!

Y así sucedió.



El apartamento que alquiló don Cipriano en la calle del Sordo, no era precisamente un lujazo. Sin embargo, en cuanto doña Manuela puso manos a la obra, y a la bolsa, el humilde piso cambió. Colocó los enseres más vistosos de que disponían, incluyendo un cuadro de Velázquez y otro de Goya. Compró unos cuantos vistosos cachivaches, probablemente *al fiao* sin atender al arrugado morro de su marido, y dejó el nuevo hogar suficientemente elegante para que a sus salones acudiese lo más destacado de Madrid que doña Manuela era capaz de pescar.

Los gastos para crear el ambiente soñado por doña Manuela, superaban con creces los beneficios que don Cipriano obtenía de su poco fértiles tierras en Andalucía, lo que hacía que el afrancesado estuviese hasta las tres últimas letras de su nombre propio, pero no había forma de frenar a su mujer. Ella estaba dispuesta a colocar a sus dos hijas en lo más alto. Convencida de que todo estaba bien empleado, serenaba a su marido diciendo que la compensación llegaría más pronto que tarde.

Una vez establecidos en Madrid, doña Manuela se empeñó en ir a visitar a su cuñado Eugenio y presentarle a sus niñas. Era padrino de Eugenia y ni siquiera pudo estar en el bautizo. En su palacio de Ariza, en la Plaza del Ángel encontraron al hombre; viejo, postrado, casi paralítico y sin apenas poder hablar.

Por fin, María Manuela, pasó a mejor vida. Pasó a vidorra. Eugenio de Montijo, dejo éste valle de lágrimas, su cuñada se secó las suyas, las de sus berrinches, y el álbum pasó a manos de Cipriano con todas las pegatinas y títulos que hemos mencionado al principio.

Se cuenta y así lo cuento, que hubo un momento en que María Manuela se vio obligada a esquinar el riesgo de que el álbum que ansiaba se le escapase de las manos y como herencia fuese a parar a otras.

Apareció una cortesana —nombre que se les da cuando se quiere utilizar más de cuatro letras— con un *bambino* en los brazos. Aseguraba que era hijo de Eugenio.

María Manuela, dejó de lado el léxico recién estrenado como duquesa de Teba y recurriendo al lenguaje de calle más o menos le dijo:

—Pero tú ¿de qué vas tía? Vete con el cuento a otra parte. ¿Pretendes hacerme creer que mi cuñado, que llevaba cuatro años en cama estaba para hacer niños? Anda, dame el crío y lárgate si no quieres que te ocurra algo.

También se cuenta, que la ahora señora del duque de Teba y un puñado de títulos más, se quedó con la criatura y se ocupó de su futuro. Eso sí, por control remoto y a la debida distancia.

A partir de ahora, su labor se centraría en educar a sus hijas para poder colocarlas. París primero, en el prestigioso colegio de señoritas *Sacré-Coeur* y Colegio Clifton en Bristol después, fueron las residencias en las que las hermanas pasaron su período educativo, no demasiado largo.

Paca asumía con resignación de penitente la situación, pero Eugenia se pasaba el día protestando y se revelaba contra todo. Escribía a su padre diciendo que no aguantaba más aquella presión de colegiala de lujo. El padre la entendía pero poco podía hacer. La madre, deseosa de poner en órbita a sus niñas para que algún buen satélite se fijase en ellas, consideraba incuestionable la educación de las niñas. No obstante, el período educativo no duró demasiado. Puede que pensando que *la cosa* apremiaba, llamó a las niñas a Madrid.

En su nueva residencia, la que fue Kirkpatrick y ahora era condesa de Teba, pronto se soltó la melena y el refajo. Y así era como le gustaba verla y montarla al embajador George Villers mientras Cipriano montaba por los prados.

El disminuido Grande de España, don Cipriano de Palafox y Portocarrero, no encontró mejor excusa que decir a su desbocada cónyuge que se marchaba a la guerra. Pues María Manuela estaba mostrando una incontenible gana de calzones bajados. Apoyándose en que el cólera estaba haciendo estragos en Madrid, aconsejó que se fuesen a vivir a su villa de Carabanchel donde estarían más seguras. Él, al frente para no mostrar en Madrid la propia adornada con prominencias.

«De acuerdo —admitió la muy salidilla— pero las niñas se educarán en París, como siempre hemos deseado».



Blanco, luminoso y destellante, podemos contemplar hoy el imponente edificio del Gran Hotel Reina Victoria en la Plaza de Santa Ana (Madrid). En pie desde el año 1919 y alzado sobre lo que fue el palacio más frecuentado por nobles, y menos nobles, de España durante el siglo xix. Construido como Edificio Simeón y posteriormente acondicionado como hotel de lujo.

Si las paredes hablasen, no podrían decir ni pío ya que del que fue construido unos cien años antes no quedó ni una. De haber podido hablar, sus paredes nos podrían haber contado las *movidas* que en aquel primitivo palacio tuvieron escenario cuando sus inquilinos eran los condes de Montijo y Teba, para los que el palacio se construyó un siglo antes de su derribo.

De la propia doña Manuela, condesa de Teba, tendrían mucho que contar sus lujosamente tapizadas paredes.

La muerte de su menguado padre (marzo de 1839); menguado en lo anímico, y en lo físico —recordemos que al caballero le faltaba un brazo, una pierna y un ojo— por quien Eugenia había sentido casi devoción, dejó hundida a la preciosa Eugenia cuando contaba quince años. Y más hundida, se quedaba cada vez que veía a su madre a horcajadas sobre un desnudo mozalbete en los saraos que montaba en su casa, donde congregaba a lo más salidillo de la Villa y Corte.

La Kirkpatrick había salido un putón verbenero, pero ello no mermaba su intensidad en la búsqueda para emparejar adecuadamente a sus niñas.



Antes de continuar con **Eugenia**, hemos de dejar a Paca, su hermana, año mayor, debidamente colocada. Y como corresponde a su abolengo y poderío, la dejamos casada con otro coleccionista de títulos para seguir la tradición de papá Cipriano. Papá, había perdido un brazo, una pierna y un ojo batallando, pero a su esposa le quedaban dos escudriñadores ojos para otear el horizonte y buscar candidatos de altos vuelos y notable fortuna para sus niñas.

La Paca con sus diecinueve años le fue adjudicada a uno que había recibido unos cuantos chorros de agua bendita: Jacobo Luis Fitz James Stuart Ventimiglia Álvarez de Toledo Beaumont y Navarra. Cuarto duque de Berwick y unas cuantas cosas más de las que destacamos, por sernos más familiar, duque de Liria y duque de Alba. Uno de los hombres más ricos de Europa.

La que estaba enamorada a rabiar del poderoso Jacobo, era Eugenia, pero en esta ocasión ocurrió lo contrario a lo que aconteció con la emperatriz de Austria.

En aquella ocasión, la mamá de Sissi, Ludovica de Baviera, presentó a su hija mayor, Helena (22), al emperador Francisco I con intención de que se la quedase. Pero el emperador se fijó en Elisabeth, la menor (19), y la hizo emperatriz.

Parecido contratiempo le ocurrió a María Tudor, pero al revés. Estaba el pelirrojo (Enrique VIII) de muy buen ver y sanote pero la casaron con su hermano, príncipe de Gales por ser el heredero, que estaba para el arrastre.

(Ver en Salpicones Históricos I, «Bloody Mary»).

A Eugenia le ocurrió lo contrario. Su mamá María Manuela la consoló diciendo que había que hacer las cosas por orden y que ya se ocuparía ella de colocarla. El duque de Alba era para su hermana Paca. Y Paca se llevó el Oscar. (El Jacobo en este caso).

La cosa estaba tan clara que don Cipriano, de haber vivido, no le habría quedado más remedio que aprobar la acertada decisión, guiñando su único ojo a doña Manuela.



El tiempo corre, los años pasan y María Manuela sigue a la caza sin encontrar el adecuado pichón para su Eugenia. Francisca, Paca, bien casada con todo un duque de Alba. Ella ha cumplido unos cuantos años más de los que confiesa a sus ligues (nacida en 1794) y aunque sigue en sus trece —o catorce, los que pille— comienza a inquietarse por no poder rematar su faena.

Eugenia ha pasado una mala época de misticismo, ha pensado hasta en el suicidio pero finalmente se ha recuperado. Ahora es ella la que no está dispuesta a cargar con cualquier mochuelo o buitre merodeador. Rechaza cualquier acercamiento e incluso asume la soltería. Desde luego está dispuesta a no atravesar la puerta de un convento. Mejor sola que santamente acompañada.

Con esta posición refractaria, o quizás selectiva, llegó Eugenia a los veinticuatro abriles.

En contradicción con lo comentado al inicio de éste *Salpicón*, en ésta ocasión sí se puede decir que los pinceles no falseaban. Eugenia era una mujer lo que se dice preciosa.

Uno de sus admiradores, que se inspiró en ella para crear su *Carmen,* le habló en París de un tal Luis. Cuando se presentó, o se buscó, la ocasión, el admirador, desde un balcón de la Plaza de Vendôme, mostró a su *musa* un apuesto Luis montado a caballo, con una apostura que produjo chiribitas en los ojos de Eugenia. Mérimée percibió las chispas y se limitó a decir: «Eugenia, criatura, éste es tu gran partido».

Eugenia, prendada por la apostura del gallardo jinete y tomada buena nota del comentario del erudito don Prosper, intuyó que «alguien» se ocuparía de pintar la ocasión calva para que ella pudiese derramar sus chiribitas sobre los ojos del apuesto jinete.

Una semana después del vistazo balconero, Eugenia recibió una invitación de Luis Napoleón Bonaparte, para asistir a una cacería en Fontainebleau.

Para cazar, lo mejor una cacería.

¿Flechazo del caballero? ¿Hechura de Mérimée? ¿Escopeta de la astuta María Manuela? ¿Esperanza del emperador de hacer una muesca más en su canana cuenta polvos? Puede que un poco de cada cosa.

En la cacería, Luis quedó tan impresionado de Eugenia y de lo bien que montaba, que hasta le regaló su propio caballo. Le debieron de entrar tantas ganas de «cabalgar» con Eugenia que ni se acordó que tenía que hacerlo con su amante: Elisabeth Howard.

En el baile *apré* cacería, el príncipe Luis plantando los ojos en el escote de Eugenia, quiso abrir con urgencia el diálogo. Con ganas de abrir el escote.

- -¿Cómo podría llegar hasta su dormitorio? preguntó.
- -Muy fácil -cuentan que contestó la interpelada- a través de la capilla.

Si no fue exactamente así, no importa. Queda romántico.

Eugenia de Montijo, / que pena, pena / que te vayas de España para ser reina.

La canción que se cantaba en los patios de los colegios mientras se saltaba a la comba se hizo realidad.

La boda se celebró como una de tantas. Como una de tantas bodas reales de las que no vale la pena hacer crónica. La vajilla y cubertería de oro; los fuegos artificiales; el opíparo menú; las salvas cañoneras; el repique de las campanas; la longitud de la cola de la novia o la multitud aplaudidora. Y, como siempre, en la calle, una fiesta para el pueblo siempre con ganas de vitorear.

Si acaso, destacar las largas caras de los que no estaban dispuestos a aceptar a la bella española y preferían la candidata alemana Adelaida de Hohenzollern, cuya mano había solicitado Luis Bonaparte en aras a solidificar sus relaciones internacionales.

Por fortuna para nuestra granadina, a Luis no le fue concedida la mano de la que era sobrina de la reina Victoria de Inglaterra y el berrinche del Bonaparte aceleró el acercamiento a Eugenia.

Suele decirse que de aquellos polvos vinieron los lodos. En éste caso, los lodos llegaron a causa de los *polvos* de María Manuela. No tardaron los que no querían a la española en hurgar en el pasado de la suegra de Luis Napoleón y los periódicos en publicar hasta listas con los nombre de los que por su cama habían pasado.

El apagón que sufrió Eugenia y el pánico a que todo se fuese al traste, lo remedió su marido poniendo mordaza a la prensa y despachando a su suegra a España, a que la sufriese el duque de Alba y su hija Paca. «Compraré una casita aquí para cuando quiera venir a verte, pero que se marche de inmediato», dijo el Bonaparte.

Eugenia, agarrándose a eso que siempre hacen las reinas para ganar la simpatía del pueblo, se puso manos a la obra. A la obra de caridad. Unas lo hacen por sinceros sentimientos humanitarios y otras por conveniencia, pero casi todas se aplican a la santa obra de la caridad.

Cuentan —ya estamos en lo de siempre— que en los inicios del imperial noviazgo, el pueblo de París la obsequió con una valiosa tiara y dicen que miró la joya, cerró el estuche y lo devolvió pidiendo que la vendiesen y con el dinero construyesen una escuela.

¿Por qué no ha de ser cierto? Es tan laudable el gesto.

Extenderse en la vida conyugal, no da mucho de sí. Un par de abortos de Eugenia hasta que después de tres años de matrimonio nació su único hijo, Napoleón Eugenio Luis al que llamaremos Luis o Lulú como le llamaba su madre.

El emperador, por sus partes seguía con sus devaneos lujuriosos tirándose a la que podía y Eugenia tratando de entender, lo que sus consejeras le inculcaban: «No olvides que eres una herramienta de producción de herederos y tienes que asimilar que a los príncipes no se les puede escatimar el desahogo».

«Goza de tu posición, diviértete, enjóyate, viaja...». Era lo que de continuo escuchaba de sus amigas la emperatriz.

En más de una ocasión, la emperatriz Eugenia hubo de afrontar la circunstancia de plantar cara y despachar a las amantes del emperador. Y en cada ocasión lo hacía recordando los reaños que mostró su madre ante la cortesana que quería hacerse con el álbum de los títulos de su cuñado Eugenio, pretendiendo que era el padre de un zagalillo suyo.

No le resultó difícil convencer a Elisabeth Howard, amante de Luis cuando se conocieron. Elisabeth estaba convencida que tanto ella como Eugenia eran piezas de usar y tirar. Con respecto a Eugenia no acertó.

A la condesa de Castiglione, *Nichia* (veinte hermosos y tentadores años) hubo de odiarla toda la vida. Prostituta de alto standing y espía, acudía a la ópera del brazo de su promotor y

amante. Nada menos que del brazo de Víctor Manuel, rey de Italia. El Bonaparte se encoñó con ella y la tuvo de amante una larga temporada. Hasta que una noche al salir de la casa de su amante, sufrió un atentado del que salió herido. Se dijo que había sido hechura de la condesa espía y la *Nichia* desapareció del escenario. Su puesto en la cama del emperador que se deslizaba por la vía crápula a gran velocidad pasó a ocuparlo la condesa Walewska.

Eugenia no contaba con la fidelidad de su marido que cada vez daba más evidentes muestras de su imparable lujosa lujuria, pero que con hipocresía pedía de vez en cuando perdón a Eugenia y decía que la adoraba.

De cuando en cuando, aparecía la cortesana de turno ante Eugenia. A la granadina le daban ganas de echarla de casa a bolsazos. Pero dado que atizar a una furcia con el bolso no hubiera sido propio de toda una emperatriz, en lugar de con el bolso lo hacía con la *bolsa* y las visitantes abandonaban el palacio y la cama del emperador contando monedas.

Comentado lo anterior —lo golfo no quita lo valiente—, no pensemos que Napoleón III era un semental. Cuando no estaba en la cama —solo o acompañado— hacía cosas muy importantes para Francia. No es cuestión de relatarlas pero el cambiazo que le dio a París, impulsando los trabajos del barón Haussmann, ahí están, al igual que su trazado del ferrocarril. Y no olvidemos los progresos sociales con el derecho a la huelga, la organización de los asalariados o el sistema de jubilaciones entre otros avances.

Tanto como el apoyo a Lesseps para abrir el canal de Suez o a Pasteur en su investigación de la vacuna contra la rabia. Proyectos que fueron muy respaldados por la emperatriz Eugenia.

Sin olvidar la promoción que hizo para la producción de la recién inventada margarina, más al alcance de las clases apretadas que la costosa mantequilla.

El emperador del segundo imperio, como cualquier coronado sobre la faz de la tierra, también hubo de enfrentarse políticamente y en los campos de batalla a sus enemigos. Un monarca, gobernante o dictador, siempre tiene que tener algún enemigo a quien enfrentarse y alguna guerra que hacer para apoderarse de algo del vecino o impedir que el vecino se lo arrebate. Los que gobiernan no suelen entender aquello de: «Cada uno en su casa y Dios en la de todos». A veces parecen labriegos en disputa por la lindera de una tierra de labor.

Luis y Eugenia no fueron la excepción.

Para que no faltase faena a los ejércitos, Napoleón III, contaba con el odio que tenía a los austriacos y en contraposición la admiración que sentía por el rey de Italia, Víctor Manuel. Ello le daba la oportunidad de poder utilizar sus ejércitos poniéndose al lado de Víctor Manuel y luchar a favor de la unificación de Italia.

Otro con proyecto unificador y aspirante a *Kaiser* (emperador) era el rey de Prusia, Guillermo I, pero éste lo que proyectaba era la unificación de Alemania, para lo que contaba con su primer canciller Otto von Bismark.

Otto, se preocupó de cultivar una estrecha amistad con la pareja Luis y Eugenia, para poder posteriormente recoger lo cultivado y presentárselo al rey Guillermo, y para otear el horizonte y pulsar el ambiente se paseaba por los salones de París con cara de buen amigo.

Los italianos, no amigos de la unificación, atentaron contra el emperador en París y estuvieron a punto de cargárselo. Luis se cabreó y saltó la chispa.

—Eugenia, te quedarás de regente. Yo tengo que salir a batallar —anunció el emperador a la emperatriz.

Eugenia prometió hacerlo lo mejor posible y así lo hizo. Aguantando estoica la desdeñosa actitud de los consejeros que la tenían en las reuniones como un florero, se agarró al timón.

La batalla fue corta. Entre Víctor Manuel y Luis dieron rápida cuenta de las huestes enemigas en Solferino.

(Ver en el índice Rumbo a México.)

La entrada triunfante del emperador victorioso en París, apoteósica. A Eugenia bajo un improvisado palio le chorreaban las lágrimas abrazada a su hijo. Ganar una guerra, aunque el suelo quede sembrado de cadáveres encumbra mucho.

No estaba muy convencida la emperatriz de que hubiese merecido la pena ganar un par de solares (Saboya y Niza) y lograr la unificación de un país ajeno. Claro que no se atrevía a quitar ni a su marido ni a Francia el lustre de la gesta.

Al parecer, al emperador tampoco se le borraba de la cabeza la matanza y los alaridos de los soldados heridos pidiendo auxilio.

Hasta cinco años más tarde, 1863, no se creó en la Convención de Ginebra la Cruz Roja, por la que se respetarían las banderas blancas y se daría atención a los heridos. Entre los países participantes concurrió Francia con todo su apoyo.

Y así, entre obras en París, infidelidades conyugales, altercados domésticos, obras de calidad por parte de Haussmann y obras de caridad por parte de Eugenia y mucho *saloneo* de alcurnia, transcurría la vida de la emperatriz de Francia.

Y sobre todo, viajando cual culo de mal asiento.

Si Eugenia en lugar de ejercer de emperatriz se hubiese dedicado a ejercer de azafata turística, habría acertado. Lo de viajar por placer, por compromiso o por escapar de sus malos momentos, le encantaba. Casas aquí, palacetes allá y temporadas acullá era lo que satisfacía a la bella emperatriz de Francia.

Si pretendiésemos hacer una lista de sus viajes y sus itinerarios, por un motivo u otro, sería tanto como hacer un *Guía Michelin* del hemisferio. Granada, Madrid, Sevilla, París, Biarritz, Londres, Madeira, Egipto...

Uno de los viajes que le supo a gloria, fue el que realizó, acompañada de sus sobrinas, las hijas del duque de Alba y su hermana Paca, para visitar el canal de Suez, obra cumbre de su pariente Ferdinan Lesseps. Egipto la transportó a *Las mil y una noches*.



Las nubes grises empezaron a aparecer durante la Exposición (1867). El gran acontecimiento reunió en París a lo más destacado de los reinos cercanos y menos cercanos. Mucho protocolo, mucho parabién, mucho besamanos entre los anfitriones y los visitantes que llenaron los salones durante los seis meses y medio que duró la exhibición. Napoleón III (47) estaba que rezumaba orgullo y Eugenia cerca de llegar a los treinta años estaba resplandeciente. París estaba como para pedir a los relojes que dejasen de latir y que el ambiente perdurase estacionado en el tiempo.

En cambio, el hambre estaba empezando a enseñar las orejas y en contraste con los refulgentes salones iluminados de los palacios, el cielo se mostraba gris plomizo.

Impresionante la parada militar del día de la inauguración. Al caballero montante que Eugenia vio por primera vez al lado de su madre y del poeta Mérimée, lo contemplaba ahora con su hijo, Napoleón Eugenio Luis Bonaparte (11) sentado a su lado.

El emperador, se mostraba erguido sobre su cabalgadura y ni siquiera sentía aquel dolor reumático que de tanto en tanto le acosaba y que era consecuencia de un mal quinquenio pasado en la cárcel de Ham cuando en su juventud (32) se ganó una cadena perpetua por haber intentado —por segunda vez— derrocar a Luis Felipe de Orleáns y fallar en el intento.

De la cárcel se pudo escapar pero se llevó con él el jodido reuma.

Entre los asistentes al desfile militar, un caballero observaba el ejército del emperador Napoleón III con ojos calibradores. No era otro que Otto; Otto von Bismark, primer canciller de Alemania. Muy amigo de conveniencia de la emperatriz, un tipo grandón, socarrón y divertido que hacía pasar amenas tardes a Eugenia y sus amigas cuando era invitado a Villa Eugenia. Estaba allí, contemplando la parada militar, no como uno más, él estaba *a lo suyo*.

Una de aquellas noches en las que había bailoteo —casi a diario— en Versalles, tenía una novedad que todos esperaban ilusionados: Strauss estrenaba un vals y las damas estrenaban vestido, otro más.

A los compases de tres por cuatro, y abrazadas a los tiesos caballeros comenzaron las damas a hacer girar sus incómodos pero pomposos vestidos en cuanto sonaron la primeras notas del *Danubio Azul*. Pieza de estreno.

El disparo que se escuchó, fue como si en su reverbero llevase los gritos de ¡Viva la Revolución!

El polaco exiliado de mala puntería, lo había lanzado contra el zar. El zar salió ileso pero en los salones no se disipaba el eco. Se hablaba con intranquilidad tanto del disparo del polaco contra el zar como de las noticias que llegaban de España.

La reina Isabel II había sido derrocada y se temía que la corona fuese a parar a la cabeza de Leopoldo de Hohenzollern Simaringen (olé, olé si me eligen, para los sevillanos).

No sucedió el relevo, pero en aquellas fechas, ni al emperador se le pegaba la camiseta al cuerpo ni a la emperatriz las enaguas. El tal Leopoldo era nada menos que un miembro de la familia real de Prusia. El enemigo que estaba dejando caer su

sombra sobre Francia y que al parecer estaba decidido a acabar con los bailoteos de salón.



Para no hacerlo demasiado extenso, tres años más tarde, las cosas ocurrieron más o menos así:

- -Eugenia, cariño, tienes que quedarte nuevamente de regente. Me voy a la guerra.
- —Pero, ¿qué dices? Si estás hecho polvo. Te han detectado unos tremendos pedruscos en la vejiga que añadidos a tu reuma te traen a mal traer. No haces más que quejarte.
- —No son tiempos para quejas. Nuestro amigo Otto está a punto de armárnosla. El rey Guillermo de Prusia, le ha encargado invadir Francia y no podemos tolerarlo. Ya se empiezan a escuchar gritos de ¡A Berlín!
- —Sí cariño, pero yo como regente, ¿qué puedo hacer? Sabes que no me harán ni caso los consejeros.
- —Nos darás buena suerte. Será suficiente. Recuerda que cuando te dejé de regente para irme a pelear al lado de Víctor Manuel no tardé en regresar triunfante.
- —Pero, amor, yo creo que ahora es distinto. Lo quieras ver o no, estamos rodeados. ¿Serás capaz de enfrentarte al rey Guillermo con el descuidado ejército que tenemos? No ignoras que los militares han dejado de confiar en nosotros.
- -No hay más remedio. He propuesto a Guillermo que en aras a la paz, abdicaré en nuestro hijo para que se case con alguien de su Casa, pero no ha escuchado mi propuesta. La guerra es inevitable.
- —Creo que todo se acaba, Luis. Pronto nuestras doradas águilas imperiales se desprenderán de las rejas de nuestros palacios y caerán al suelo a los golpes de la Revolución.

- —No seas pesimista. Ganaremos la guerra e implantaremos el orden.
- —¡Muera la española! ¡Fuera la extranjera! ¿No lo has escuchado?
- —Lo que he escuchado es la voz de mi deber. ¡Soy un Bonaparte! Y mi hijo también participará.
- —Nuestro hijo tiene catorce años. ¿Quieres enviarlo al frente para que nos lo maten?
  - —¡Nuestro hijo, también es un Bonaparte! ¡No lo olvides!

La cosa no pintaba bien para Napoleón. En solo siete semanas Prusia había derrotado a Austria en 1866 y toda Europa sabía que el rey Guillermo I de Prusia estaba empeñado en ser emperador. Y llegó julio de 1870.

El conflicto, con Francia defendida por un emperador de sesenta y dos años, un principito de catorce y un ejército poco confiado en la victoria, duró algo más que la victoria de Prusia contra Austria. Pero no superó los diez meses.

El 1 de septiembre, el rey de Prusia recibió aquella bandera blanca que se había aceptado como símbolo de rendimiento en la creación de la Cruz Roja. Convención de Ginebra en la que participó Napoleón III.

> ...sólo me queda rendir mi espada en manos de su majestad

> > Napoleón III

Concluía la triste misiva.

El rey de Prusia, puso a disposición de Napoleón III un castillo en Alemania y siguió dando leña en París contra la Comuna —aquel gobierno popular de setenta días de duración—hasta que el 18 de enero de 1871, Guillermo se pudo mirar en

los espejos del Salón de los Espejos en Versalles, se gustó y se nombró emperador de Alemania.

### ¿Y Eugenia de Montijo?

Si, páginas atrás, decíamos que las bodas reales eran siempre de parecido corte, con sus vajillas de oro, sus fuegos artificiales, etcétera, parecido comentario podemos hacer en cuanto a la obligada salida de las soberanas cuando han de abandonar la corona.

Lo habitual es que impulsadas por el sentimentalismo, llenen su neceser de recuerdos bien engarzados y lo llenen hasta el borde antes de abandonar el dulce y suntuoso hogar y se lo entreguen al caballero o dama de su confianza para que se lo custodie hasta podérselo consignar cuando lleguen a su destino.

Eugenia (44), vestida de pobretona —imprescindible para el viaje— entregó su neceser a su dama de confianza y subió al landó que su caballero de confianza le tenía preparado, en el que abandonó el palacio por la puerta de servicio.

De momento, no podía contar más que con las joyas ya que en el landó no cabían ni sus posesiones en Suiza ni las de España de su personal propiedad. Mas difícil sería hacerse con sus propiedades en Francia. De modo que solo contaba con su neceser. De momento.

Incapaz de evadirse de los últimos gritos que martirizaban sus oídos: «¡Viva la República!». «¡A la guillotina!». «¡Abajo la española!». Rodaron las lágrimas mientras pensaba con nostalgia en su preciosa Granada natal.

Siempre es conveniente, por si se ha de afrontar algún traspiés político, disponer de alguien que nos pueda ayudar a salir del apuro. Y si ese alguien luce corona mejor que mejor.

Eugenia, en sus frecuentes viajes a Inglaterra, además de deslumbrar con su belleza, su carácter y su vestuario, había hecho gran amistad con la reina Victoria hasta el extremo de haber comentado con ella en charlas íntimas, la posibilidad de casar a su hijo Eugenio Luis con Beatriz, su sobrina. ¿Los genes de María Manuela?

En cuanto al príncipe Alberto, la cosa era diferente. Eugenia le caía bien pero escuchar el nombre Bonaparte hacía perder los nervios al príncipe.

Lo cierto es que respaldada por su caballero de confianza, doctor Evans, Eugenia tomó rumbo a Inglaterra deseosa de abrazar a su hijo Luis que se le había adelantado en el viaje.

Atrás, quedaban los diecisiete años pasados en Francia como emperatriz, de los que estaba decidida a borrar de su existencia. Nada fácil de lograr, pero Eugenia lo tenía claro.

La permanentemente semi-enlutada tatarabuela de Isabel II—y unos cuantos monarcas más— tenia, al parecer, algunos genes que pasaría a alguna de sus descendientes. Nuestra Reina Isabel II entre otras...

Cuando recibió a la ex emperatriz de Francia, contaba Victoria cincuenta y un años. Se encontraba desconsolada por la pérdida de su fiel esposo el príncipe Alberto (nueve años atrás) y, al parecer, consolada por su más fiel servidor, John Brown con el que se dice que contrajo matrimonio secreto. Por lo que se ganó el apodo de *Señora Brown*.



### La ruina del rico la quisiera el pobre

La llegada de Eugenia al Reino Unido de su amiga Victoria, fue al principio de las que sirven para escribir novelas Histórico-Románticas. Un humilde hotel en Hastings fue su primera morada —junto con su hijo que había salido de Francia a la carrerilla— hasta que llegase su neceser y sus baúles que pronto desembarcaron. Con los baúles, además del neceser, llegaron sus más fieles servidores y tan pronto como los Rothschil realizaron la alquimia con el contenido de su neceser la situación mejoró.

La compra de una casa rústica en Campbell Place, modesta pero sin que faltasen buenas praderas para cabalgar, la buena acogida de la reina Victoria, la presencia del príncipe de Gales en el puerto a su llegada y el respaldo de los exiliados con poder que habían abandonado París temerosos de Prusia, de la Comuna y la guillotina, alentaban a Eugenia para seguir adelante sin desfallecer.

No se sentía una emperatriz derrocada. Se sentía una mujer dispuesta a seguir adelante.

Uno de los peores momentos de su exilio, fueron aquellos dos días que le había concedido el emperador Guillermo para que visitase a su esposo. Lo tenía a buen recaudo en un castillo cerca de Kassel, por lo menos hasta que se firmase el armisticio.

Fácil es entender que por más que Eugenia tratase de estar animosa y decidida a afrontar el futuro, el encuentro debió de ser de lo más triste. Napoleón III había pasado en un espacio de tiempo increíblemente corto de ser emperador de Francia a ser prisionero en Alemania. ¡Y era todo un Bonaparte!

Seguramente, durante su arresto no dejaría de pensar en su tío, el que le encumbró al trono y hubo de pasar también por análoga situación en Santa Elena.

De regreso de la visita, Eugenia se planteó utilizar toda su energía en apiñar a la familia y hacer entender a su marido que el trono no era rescatable. Ni en estos duros momentos, ni en cualquier otro que se pudiese presentar, estaba dispuesta a cerrar su mundo vestida de hábito y bajo las órdenes de una abadesa, como de vez en cuando escuchaba de otras ejemplares y devotas mujeres.

Más palos tendría que recibir Eugenia. El armisticio llegó y su Luis pudo reunirse con ella. Pero llegó en unas condiciones que solo aguantó hasta principios de 1873 (64).

Su hijo, Lulú (diecisiete a la muerte de su padre) había ingresado en la Academia Militar empeñado en ser un Bonaparte de pelea. Cuando cumplió los veintitrés años y con la espada de su tío Napoleón como talismán, marchó a luchar con las tropas británicas a Sudáfrica.

No regresó. El príncipe Imperial, que para los que soñaban con la restauración de la monarquía hubiera sido Napoleón IV, cayó en una emboscada y los zulúes, por su fanática tradición de abrir en canal a los muertos para liberar el alma del cuerpo, acabaron con él de esta guisa.

Eugenia para rehacerse, volvió a su escape de viajar. Había perdido a sus seres más queridos y cercanos pero no estaba dispuesta a sucumbir. Había perdido a su padre, a su hermana Paca, a su madre, a su cuñado Jacobo —del que se prendó en sus primeros años y fue adjudicado a su hermana— a su esposo y a su hijo.

Decidió que no quería ver a su lado a ninguna persona que por su edad estuviese cercana a dejarla y se rodeó de gente joven (no estamos refiriéndonos a asuntos amorosos, simplemente a su evasión).

Recorriendo las costas desde Escandinavia a Egipto, pasó Eugenia una larga temporada.

A su regreso, compró una gran finca en Hampshie —más de cien hectáreas— y pese a los inconvenientes que le ponían los protestantes, construyo una iglesia católica para dar sepultura a los suyos; iglesia de San Miguel.

Los salones de su nueva gran residencia volvieron a llenarse. Entre los más asiduos, la princesa Beatriz, casada con Enrique de Battenberg y madre de Victoria Eugenia<sup>1</sup>, de la que fue madrina la propia Eugenia de Montijo.

Su último viaje, concluyó en Madrid, durante una visita a su país natal. Falleció en el Palacio de Liria, Casa de Alba, a consecuencia de una uremia, el 11 de junio de 1920 a los noventa y cuatro años de edad.

No escapó la emperatriz de los franceses al trajín que los de la alta alcurnia se traen con los cadáveres. Primero, de Madrid a París: eso sí bien acompañada por el duque de Alba, el conde de Teba, el de Peñaranda y unos cuantos nobilísimos más.

Después a Le Havre custodiada por el diplomático Goyeneche para finalmente dejarla en eterno reposo en la cripta imperial de la Abadía de Saint Michael (Farnborough). Donde desde hacía cuarenta años la esperaba Napoleón III, tras haber sido trajinado desde su tumba en Chislehurst. También su hijo Lulú muerto en la guerra de África esperaba a su lado.

¿Piensas que los dejarán reposar tranquilos? No lo creas; los franceses siguen empeñados en que un Napoleón no puede seguir en Inglaterra. Verás como al final los rescatan.

Las letras de los romances populares siempre fueron declamadas por los más notables rapsodas y cantadas por artistas de gran cartel durante cierto tiempo. Hasta que nuevos acontecimientos diesen paso a otras, pero el romance de Eugenia de Montijo se siguió cantando en los patios de los colegios y en las galerías de las casas de vecinos muchos años después de su desaparición.



<sup>&</sup>lt;sup>1</sup> Recordemos que la ahijada de Eugenia de Montijo, reinó en España como reina consorte de Alfonso XIII desde 1906 a 1931.

Eugenia de Montijo, que pena, pena que te vayas de España para ser reina. Por las lises de Francia Granada dejas, y las aguas del Darro por las del Sena Eugenia de Montijo, que pena, pena.



## ITRELÍNEA EDITORES



# Otro «Conquistado»



ue yo sepa, a Nicolás de Ovando, no se le atizó con ningún remoquete.

Yo lo hago: Piquito de Oro.

Éste personaje, era hijo de una dama de la reina Isabel la Católica y de un capitán. Fue uno de los diez personajes de confianza de los Reyes Católicos.

Que nació en Brozas (Cáceres), parece que se tiene por cierto, pero ¿cuándo? Esto ya no está tan claro. Pongamos mitad del siglo xv (1450).

Un buen día del año 1502, con algo más de medio siglo a sus espaldas, ataviado con su blanco manto engalanado con la enseña de la Orden de Alcántara bordada en rojo, de la que ostentaba el título de comendador, Nicolás de Ovando apareció por Cáceres.

Venía desde el Nuevo Mundo donde había pasado algo más de media docena de años como gobernador de las Indias y desde hacía un año como mandamás de La Española, (hoy República Dominicana). Venía animadísimo. Tenía tanto que contar... ¡Y cómo lo contaba! De ahí, mi personal alias: *Piquito de Oro*. ¡Cómo se explicaba el tío!

En Cáceres, convocó, de uno en uno para que le escuchasen con toda atención, a todos los hidalgos e hidalguillos de medio pelo de la localidad, y cuando los tenía delante, les soltaba unas arengas que algunos, tras escucharle estuvieron a punto de salir corriendo hasta Sevilla para subirse los primeros al barco con destino al Nuevo Mundo. No era para menos.

«Lo de despachar moros se ha terminado —les recordaba—, habéis quedado en situación inservible con vuestras oxidadas armas. Tenéis que haceros a la mar, quedarse aquí cuidando cerdos como muestra de que sois cristianos fetén —cierto, así era— no os servirá de nada. ¡Águilas, no gorrinos es lo que han de blasonar vuestros escudos!

Habéis de saber que existe un Nuevo Mundo donde tendréis la oportunidad de alcanzar la Gloria, podréis satisfacer vuestras ansias de aventura y servir a la más noble causa que jamás se pueda presentar a los caballeros nobles de alma, como vosotros. Vuestros padres que supieron luchar contra el invasor os han dejado un país reconquistado y sois vosotros ahora los que habéis de llevar la Fe católica hasta el Nuevo Mundo y extender el cristianismo de nuestros Reyes Católicos».

Hasta aquí, la perorata del Comendador de Alcántara, llegaba a los oídos del hidalgo convocado a orejas entornadas, pero cuando Ovando, tras un corto respiro, clavaba sus ojos en el aspirante, e intencionadamente bajaba los decibelios de su voz casi a nivel de susurro, para entrar en la segunda parte, las orejas se abrían de par en par.

«No debe de ser vuestro principal objetivo, pero sabed que en las tierras de las que os hablo, las pepitas de oro se encuentran en los ríos con tanta abundancia como aquí los guijarros en los caminos. Hacer fortuna es, además de vuestra noble misión, un estímulo que os puede alentar a tomar la decisión. Se os presenta la ocasión de salir de vuestra anodina existencia y lograr impensables riquezas y honores. Poneros en marcha y reclutar seguidores para la gran empresa que os propongo».

Tanto a los que habían leído algún libro de caballería como los que eran analfabetos la adrenalina les salía por las barbas al escuchar la invitante y tentadora propuesta.

El resultado de la visita del comendador fue que la casa de contratas de Sevilla donde se hacían los contratos de los valientes soñadores, se atestó de candidatos.

En treinta naves, partió aquel puñado de hidalgos esperanzados en hacerse con aquellos *guijarros* de los que Ovando les había hablado. Puñado de hidalgos al que sumados los hombres que cada uno de ellos había reclutado, totalizaba una tropa de dos mil quinientas almas y armas.

El personaje central de éste *Salpicón Histórico*, el «conquistado» **Hernán Cortés**, fue uno de los que se subió al carro. Al barco en este caso.

Por cierto, que el animoso Hernán no partió con Ovando como hubiera sido su deseo. Hernán tenía asuntos que resolver en Cáceres y no pudo salir al galope. Asuntos de grado amoroso. Había quedado con una novia que tenía, en que saltaría la tapia de su finca para verla y al gatear por la pared ésta se derrumbó y el don Juan escalador se rompió unas cuantas costillas y hubo de esperar a que sus costillas se *soldasen*. Resueltos sus asuntos, y arriesgando su propio dinero, partió. Y partió convencido de que era cierto aquello de que las piedras de los ríos en el Nuevo Mundo eran de oro. Así lo había asegurado Ovando.

Si los cálculos no fallan y los historiadores atinan, Hernán tendría diecinueve años. Había pasado dos años en Salamanca estudiando pero la marcha que le iba era la marcha aventurera. Le habría gustado formar parte de las filas del Gran Capitán en Italia pero no lo logró. En cuanto escuchó las peroratas de Nicolás Ovando le dijo a su hidalgo papá: «¡Hasta la vuelta!». Corría el año 1504.

Algunos cronistas e historiadores, *jaboneros* dicen que Hernán Cortés dominaba el latín y el derecho pese ha haber estudiado solamente dos años en la universidad. ¡Coño, como cundían los estudios en Salamanca! Digo yo, ¡historias!

Su Real Católica Majestad, Isabel, dejó viudo a su aragonés Fernando en 1504. Antes de que Fernando alcanzase el grado de rey viudo, ya había escrito Isabel su testamento, en el que dejaba bien clarito que todo valiente que fuese a conquistar algún trozo de ese gran rodal de tierra llamado Nuevo Mundo, arriesgando en ello su pellejo y su peculio, tendría derecho a una encomienda.

Claro quedaba en el testamento de Isabel, que el valiente que lograse atravesar el gran charco y poner pie en aquellas tierras sin haberse dejado la vida en el intento, en cuanto pisase tierra firme en el nuevo territorio se convertía en encomendero (sinónimo de esclavista). Tendría derecho a adueñarse de un buen pedazo de tierra y de cincuenta esclavos que bajo su mando y durante un período de cinco años, como mínimo, habrían de ocuparse de destripar terrones, desbrozar barbechos y producir hortalizas.

También dejaba la reina escrito en sus voluntades que para sacar a los indios de su ignorancia y conducirlos a la Fe cristiana, deberían de acompañar a los expedicionarios algunos clérigos de alma misionera exentos de instinto avariento a los que los encomenderos estaban obligados a prestar su ayuda. No solamente proporcionándoles agua para los bautizos, también, y más importante, pecunia para su sostenimiento.

Pero ¿quién era la reina de Castilla, bueno de España, para disponer tanto en su última voluntad?

Aclaremos: ella propiamente no, pero se daba la circunstancia de que en Roma había un paisano español, de Játiva, llamado Roderic Llançol i Borja, que había logrado tomar asiento en la Silla de Pedro. Hacía el número 214 de la lista papal desde que Constantino fundase la Iglesia Católica Apostólica Romana (313 d.C.).

Siguiendo la tradición, Roderic, para cubrir su santa cabeza con mitra papal y poder anteponer a su nombre dos eses, se lo cambió y tomó el de Alejandro VI. Igualmente había hecho su tío Alfonso, también setabense pasando de Alfonso de Borja a Calixto III.

Para dar el «santobueno» a las últimas voluntades de la reina, s.s. Alejandro VI (no le consideramos digno de eses mayúsculas), seguramente consultó con la almohada y con su docena de hijos, entre los legítimos y los otros, pues al papa Borgia, además de ser papa le encantaba ser papá para lo que se empleaba a fondo.

Alejandro VI, murió a los setenta y tres años a causa de una intoxicación alimentaria. Normal, a esa edad cuesta mucho digerir el veneno.

Pero dejemos al Borgia, y alejémonos de Roma. Nos espera el Nuevo Mundo.



Los usufructuarios del testamento de la reina Isabel que se encontraban en el Nuevo Mundo no se sentían muy satisfechos de la rentabilidad de sus encomiendas; las hortalizas crecían lentas y estaban muy baratas y los colonizadores viendo que había mejores métodos para el enriquecimiento rápido, decidieron olvidar las berzas y utilizar a sus esclavos para arrancar minerales preciosos. Tarea dura en la que los esclavos caían como moscas; accidentes, sarampión paludismo... pero los minerales llenaban la bolsa de los colonizadores sin hacer mella en sus conciencias.

Habían arriesgado sus vidas y sus bolsas para lograr un algo de gloria y un mucho de riqueza y no era cuestión de andarse con contemplaciones.

Cierto que hubo alguna excepción. Al clérigo Bartolomé de las Casas —uno de los de alma misionera—, que también andaba por Las Antillas desde hacía trece años, la conciencia le

daba mordiscos. Con su alma preocupada por el cariz que estaban tomando las actuaciones de los colonizadores se presentó ante el viudo de Aragón para pedirle que se tomasen medidas contra los abusos, para que los colonizadores no fuesen tan cochinamente crueles con los esclavos. En una primera entrevista, Fernando se quejaba de que el descubrimiento no estaba ocasionando más que gastos, fray Bartolomé le hablaba de las riquezas, los consejeros del rey apoyan al clérigo, le hablan del descubrimiento del Océano Pacífico por Núñez de Balboa. Fray Bartolomé insiste con todo lo que se le ocurre alentado por sus buenas intenciones de frenar los abusos.

Casi convenció al ya cansado rey, que por aquellas fechas ya andaba muy mortificado con sus dolencias. Pese a lo cual, dispuso conceder una nueva audiencia a Bartolomé de las Casas en cuanto hubiese reflexionado al respecto. Por no decirle que cuando su calamitoso estado se lo permitiese.

Es posible que Fernando quisiese escuchar nuevamente al dominico al sentirse más necesitado de ayuda espiritual que ayuda económica, pues por más pepitas de oro que recibiese no servirían para comprar su salud, mientras que la ayuda de De las Casas quizás le sirviese para facilitar su Juicio Final.

La segunda audiencia no se produjo. Un mes después de la primera (enero de 1526) fallecía el rey. Según *los que saben* su muerte se debió a que su cuerpo estaba saturado de aquellos parches que le ponían de cantárida a los que se le atribuía un efecto afrodisíaco, pues empeñado estaba el rey en lograr un descendiente varón con su segunda esposa, Germana de Foix. El *mocito* ya había cumplido los setenta y cuatro, pero seguía insistiendo.

El cardenal Cisneros, mostró menos ganas de escuchar al bienintencionado Bartolomé y le pidió que regresase *al puesto que tenía allí*, para que siguiese trabajando a favor de la Corona y no se ocupase tanto de los nativos. De las Casas, regresó

y siguió ayudando en lo que pudo a frenar los desmanes y ha pasado a la Historia como el defensor de los indios.



Si nos queremos ocupar del «**Otro Conquistado**» hemos de situarnos en el año 1511, unos veinte años después del Descubrimiento.

En Roma, tenemos al papa número 215, Pío III; en España y alrededores tenemos de rey a Fernando *el Católico* que nos durará unos quinquenios más, y en el banquillo para entrar en juego, tenemos a un chaval con once años, nacido en Gante, hijo de un Austria *Hermoso* y una Juana desvariada. Un chavalote que, pese a la oposición de los Comuneros de Castilla, llegaría a ser emperador de Alemania y rey de España.

En el Nuevo Mundo, en Santo Domingo, manda el almirante Diego Colón, hijo de Cristóbal Colón. Los españoles ya han puesto pie en Puerto Rico y Jamaica y el almirante Diego Colón decide que se ha de conquistar una isla descubierta por su papá—fallecido cinco años antes, en 1506—. La isla a conquistar es Cuba.

Diego Colón encarga la tarea a otro Diego, Diego Velázquez, castellano, valiente y rico. Éste acepta el envite poniendo como condición que él pondrá las carabelas, los hombres, la pasta, las armas, los caballos y hasta una jauría de perros salvajes, pero que se resarcirá con lo que obtenga de las riquezas que sea capaz de apañar en Cuba. Su tocayo Diego le acepta las condiciones. Quizás pensando aquello de: «De lo que no cuesta, llena la cesta» y Diego Velázquez pone rumbo a Cuba.

En Cuba, no todos los indios tenían apetencias de convertirse en esclavos de los recién llegados y capitaneados por un

cacique local llamado **Hatuel** plantan a los visitantes cara, piedras y flechas.

No consiguen gran cosa a pedradas y flechazos contra los españoles armados con ballestas y arcabuces y protegidos con cascos de acero y rodelas.

Los seguidores de Hatuel —cacique que había escapado de Santo Domingo y se había refugiado en Cuba— pasaron unos días de perros. A los chuchos que traía Velázquez les encantaba la carne de indio y eran capaces de seguir su rastro hasta el más escondido rincón para merendar.

Algunos cronistas, se han permitido el lujo de decir que la intención de Diego Velázquez era la de apoderarse de la isla sin hacer pupa a ningún nativo, pero la respuesta perruna y el final de Hatuel no confirman tal benévola intención. Hatuel fue hecho prisionero y castigado a lo San Lorenzo. Antes de ser achicharrado se le preguntó si estaba dispuesto a la conversión al cristianismo y parece que Hatuel, para dar crecimiento a la leyenda negra, respondió rotundo: «Ni hablar, no quisiera encontrarme en el Cielo con los españoles».

Ya se sabe: en el crisol histórico se mezclan fantasías, leyendas, milagros, intuiciones y hasta inventados hechos, que hacen crecer el escepticismo pero rellenan páginas. Sigamos.

#### Esclavos technicolor

En las tierras conquistadas, había esclavos de dos colores. Los de color nativo —tampoco muy blancuchos— y los negros, negros. El mercado principal de esclavos estaba en manos de los portugueses que vendían africanos a buen precio. Los negros, negros del todo, tenían dos ventajas sobre los nativos de color menos intenso. Por una parte eran más fortachones y por otra —mucho más importante para los explotadores— los nativos eran propiedad de la Corona de España y el encomendero

tenía que pagar un elevado tanto por su uso (llamémoslo así) mientras que los esclavos africanos comprados a los portugueses eran propiedad del colonizador y pagaban al monarca español un canon mucho menor.

Naturalmente, en Cuba hubo sus más y sus menos. Sobre todo, cada vez menos nativos. Ya hemos dicho que la parca andaba a guadaña suelta por aquellas tierras. Pero dejemos al Velázguez y pasemos a otro cuadro: La conquista de México y nuestro protagonista: Hernán Cortés.



# La conquista de México

Hernán Cortés empezó a pintar algo con Velázquez al casarse con su cuñada y quizás en compensación por la familiar hazaña fue nombrado por Velázquez escribano y tesorero.

Cortés no era lo que se dice un maleable elemento. Con sus veinticinco años cumplidos había participado en la conquista de Cuba como secretario de Diego Velázquez y había sido nombrado alcalde de una recién estrenada ciudad, Santiago, pero ya había dado muestras de su indómito carácter. Cuando cumplió la edad de Cristo, ya tenía la experiencia de haber estado encarcelado por conspiración. Lo que guiere decir que Diego Velázquez ya había dejado de tenerle familiar estima.

La más significativa muestra de que a Cortés le gustaba hacer la guerra por su cuenta, se produjo cuando se planteó la posibilidad de enviar al extremeño a Yucatán.

Diego Colón y Diego Velázquez, discuten sobre la posibilidad de enviar a Hernán Cortés a Yucatán. Diego Velázquez expone que no le hace gracia la idea de enviar al Golfo de México, precisamente al «golfo de Medellín» con el que ha perdido su amistad desde sus tiempos en los que lo contrató como tesorero.

Mientras los «Diegos» discuten, Hernán Cortés, pasando de ellos, prepara once barcos, los llena con seiscientos marineros, dieciséis rocinantes, unas cuantas piezas de artillería y un par de frailes y se larga, sin decir adiós ni pedir permiso, a conquistar Tabasco.

En cuanto al número de marineros, caballos, perros o frailes que componían aquellas expediciones, hemos de decir que los cronistas de la época no debían de andar muy bien en el asunto de contar cabezas. Cuanto más nos empeñamos en buscar coincidencia entre las distintas fuentes que consultamos, menos claro lo tenemos. Aunque el número de *cabezas* no sea primordial para nuestro cometido, la verdad es que es algo que fastidia bastante.

#### «Bautizos»

Al no haber en aquellos lejanos territorios carteles indicadores del nombre de la ciudad, del río, del lago o de la montaña, los conquistadores, como católicos que eran, lo primero que hacían al llegar era un bautizo. Con frecuencia, y con petulancia, les gustaba acristianar el nuevo lugar con su propio nombre. Así, por ejemplo, si Magallanes descubría un estrecho, se ponía ancho al bautizarlo con su propio nombre.

Cuando el capitán Grijalva, en una fracasada expedición llegó a la desembocadura del río de Tabasco (1518) no dudó en bautizar al río como río Grijalva. La zona, ya estaba bautizada con el nombre del cacique local: Tabasco.

Sin olvidar al respecto el bautizo de América por el veneciano Américo Vespucio, cuando debería (o podría) haberse llamado Colombia. El bautismo del río fue lo único que logró el capitán Juan de Grijalva, y no del todo ya que para los nativos siguió siendo el río Grande de Chiapas. En cuanto a colonizar alguna zona, nada logró. Los nativos, le recibieron, según sus usos y costumbres para con los visitantes, a flechazos y pedradas y hubo de abandonar.

Un año más tarde, marzo de 1519, es cuando llegaron **Hernán Cortés y Pizarro**<sup>2</sup> a la desembocadura del río. Cortés, puede que más resistente a las pedradas, puede que mejor pertrechado o por aquello de que «lo cortés no quita lo valiente» continuó la conquista.

En la primavera de 1519, el rey Carlos V, que era el que empujaba desde España el testamento de la reina Católica, no había cumplido los veinte años, Hernán Cortés contaba treinta y cuatro y lo que había cumplido era llegar a Tabasco sin que nadie lo frenase. A las dos semanas de su llegada, ya había fundado la Villa de Santa María de la Victoria. La primera población española en México.

Ese día, no faltó la misa oficiada por fray Bartolomé de Olmedo<sup>3</sup> —una de las primeras misas cristianas en el continente— ni escasearon los regalos de bienvenida a los conquistadores. Pero tampoco la gesta fue de aquellas de llegar y besar el santo. Ni mucho menos. ¡Qué dos semanitas antes de hacer la primera genuflexión ante fray Bartolomé de Olmedo!

Cortés fue recibido como lo había sido el *padrino* del río de Tabasco, Juan de Grijalva, o sea, a pedradas y flechazos, pero consiguió adentrarse en el curso del río y seguir la ruta iniciada

<sup>&</sup>lt;sup>2</sup> ¡Ojo! No es que Pizarro acompañase a Cortés, es que el nombre completo de Cortés es: Hernán Cortés Monroy Pizarro Altamirano.

<sup>&</sup>lt;sup>3</sup> Este fray Bartolomé mercedario, vallisoletano apellidado Ochaita y llamado «de Olmedo» por ser de allí, nada tiene que ver con aquel otro Bartolomé dominico, defensor de los indios, Bartolomé de las Casas.

por su antecesor. Antecesor que por no haber hecho bien el *mandao* de Diego Velázquez y no haber sido capaz de montar una colonia, fue reprimido, vilipendiado y borrado de la lista de los eficaces.

Cortés estaba empeñado en saber quién coño y de dónde coños habían salido las chinitas de oro que le habían dado a Grijalva. Pues nada, ni con la ayuda de sus intérpretes era capaz de enterarse.



# Jerónimo de Aguilar

Es frecuente que en los *cruceros*, sean estos de placer o de conquista se produzcan amistades. A Cortés le vino Dios a ver con la amistad que hizo en la isla de Cozumel, antes de llegar a Tabasco, en una de esas escalas en las que anclaba sus naves para que los soldados llenasen sus cantimploras y si los nativos armaban pedreas para no dejar que se acercasen al manantial, llenaban el suelo de muertos.

En Cozumel, Cortés se entera de que de una expedición anterior (1511) y a causa del naufragio de la nave *Santamaría de la Barca*, malviven entre los mayas algunos de los que quedan de la veintena de náufragos que salvaron la vida por saber nadar o tuvieron la suerte de agarrarse a un cachivache flotante y desde entonces conviven con los mayas nativos en régimen de *invitados*. Invitados a trabajar para los mayas como semi-prisioneros.

Uno de ellos, Jerónimo de Aguilar, sevillano, de Écija, se entera de que los conquistadores han hecho escala y conecta con Cortés que lo libera.

Aguilar estaba hecho un asquito, delgaducho y con una barba que desde hacía años no había tocado *Filomatic*. Lo que sí tenía a su favor el prisionero, es que hablaba el maya con soltura. Si Cortés en solo dos años en Salamanca, dicen que dominaba el latín, podemos imaginar como hablaría Jerónimo el maya después de tantos años allí.

Al llegar a Tabasco, Hernán Cortés, sometió a los nativos sin gran dificultad haciéndoles entender que eran vasallos de un poderoso rey y que no había vuelta de hoja. Tan convincente debió de ser su explicación que hasta le hicieron buenos regalos al conquistador. Los nativos tenían mucho cacao de árbol y muy pocas ganas de «cacao» de pelea, de modo que, si los españoles venían de parte de un poderoso rey y su escala era para seguir navegando, bienvenidos los visitantes.

Entre los regalos con los que obsequiaron a los inesperados visitantes, entraba una veintena de hermosas prisioneras, para solaz de los valientes soldados de alto grado.

La que se adjudicó para sí Hernán Cortés y que fue su amante y auxiliar de campaña durante un par de años, e incluso le dio un mesticillo (mestizo: hijo de español e india<sup>4</sup>) al que llamaron Martín Cortés.

Puede que la elegida por Cortés no fuese la más hermosa, pero sí mostró ser la más lista y la más útil. Se llamaba: como prisionera Malinche y como amante de Cortés fue bautizada como doña Marina.

Con los dos liberados, Jerónimo de Aguilar que estaba para darle calditos y la liberada india que estaba para caldearla, Cortés solucionó el problema de la comunicación verbal. La india Malinche traducía del azteca al maya y Je-

<sup>&</sup>lt;sup>4</sup> La mezcla de tribus y razas dio una gama de mestizajes que según el color de sus pellejos y su origen se denominaban:

Español con india = mestizo. Español con negra = mulato. Español con morisca = albino.

Castizo con española = español. Español con mulata = morisco. Español con albina = negro torna atrás.

rónimo Aguilar traducía del maya al español. Vamos, que a Cortés ni el latín que dicen que había aprendido en Salamanca le hacía falta.

#### Veracruz

Tabasco no le había dado a Cortés ni pepitas de oro ni grandes satisfacciones y hasta tocar tierra firme en la costa no empezó la verdadera colonización.

La verdad es que aparte de las veinte chavalotas con las que fueron obsequiados, Tabasco no ofrecía gran cosa. Mal clima, ni un regato con piedrecillas de oro ni nada que valiese la pena.

Tan poco atractiva era la zona, que los frailes franciscanos que llegaron dispuestos a catequizar y fundaron su convento y todo, no consiguieron gastar mucha agua bendita en aquella inhóspita zona de la sierra en la que se habían establecido. Algo que sí se había conseguido en otras zonas de los siete millones de kilómetros cuadrados de la parcela conocida como Virreinato de la Nueva España.

Con sus éxitos, el acoplamiento a sus filas de todas las tribus que se le añaden, sus intérpretes personales y su compañera de jergón, Cortés está que se sale, casi endiosado por lo bien que se le está dando la conquista. Tan endiosado que aprovechando que es Viernes Santo (1519) toma su procesión de soldados y funda la ciudad de Veracruz.

No tuvo mala puntería dirigiendo la proa a aquella playa. Años después, en aquella zona se extraía el 80 por ciento del oro que cruzaba los mares.

Ante su éxito, Cortés se pone de un chulo insoportable y le hace un corte de mangas a Diego Velázquez. Como aquello del voto de pobreza no va con él; pues entiende que no se ha metido en la aventura soñando con ser pobre de solemnidad, decide por cuenta propia hacer voto de desobediencia.

A partir de ese momento sus tratos serán directamente con la Corona de España. Hará la guerra por su cuenta y pasará del gobernador que a punto estuvo de chafarle su aventura impidiendo que saliese de Cuba.

#### México

La aventura avanza, Cortés toma tierra en la costa mexicana y se le erizan las barbas de felicidad. Es sólo un ratito. Al poco de llegar se le complican las cosas. No con el enemigo al que ha de enfrentarse, con los suyos. A una buena parte de los soldados, rasos o con galones, les atrapa el deseo de regresar a casita y dar por concluido el «crucero». Cortés se mosquea y ante la posibilidad de que leven anclas y lo dejen de Robinsón en la playa, lo resuelve con la «operación berbiquí». Manda hacer agujeritos en las bodegas de sus barcos y con los ojos entornados y la boca cerrada, les dice sin hablarles: «A joderse muchachos, aquí no hay marcha atrás. Tenemos que vencer a los aztecas».

Con las naves fondeadas y la moral de sus hombres tocando fondo, Cortés sigue adelante con su programa de conquista.

La tribu de los tlaxcaltecas, la de los toltecas y otras más, con nombres parecidos, eran tribus que estaban hasta el taparrabos del sometimiento a los aztecas y se pusieron al lado de aquel ejército que bien armado tenía pinta de arrasar todo lo que se le pusiese por delante.

Camino de la capital azteca pudieron comprobar que así era. El saqueo de las ciudades que atravesaban, la ciudad de Cholula entre ellas, certificaba que estaban en lo cierto.

A la llegada de Cortés y los suyos a la capital azteca, Tenochtitlan —al tercer intento de conquistarla—, los españoles se quedaron pasmaditos de lo que vieron. Se supone que hasta perdonaron a su cabrito jefe la putada de haber agujereado los cascos de las naves para que no se pudiesen largar y dejarlo en tierra como, sin duda, algunos habían pensado. Lo que tenían ante sus ojos era la releche. Una ciudad construida en el centro de un gran lago que parecía irreal. Sacada de un cuento. Grandes construcciones, palacios, largas pasarelas de acceso al palacio imperial y hasta un parque zoológico.

Los de la capital, por su parte, tampoco podían creerse lo que tenían ante sus pintarrajeadas caras. Un animal de cuatro patas sobre el suelo y dos patas más colgonas. La presencia del nunca visto, les hacía recular de espanto cuando el caballo caracoleaba y el jinete se partía de risa.

El estupor de los españoles aumentó cuando apareció el emperador de los aztecas en una silla portada por cuatro machotes. Vestía a lo bestia. Cargado de oro y piedras preciosas. Y lo que dejó a los visitantes ya deslumbrados fue cuando el emperador **Moctezuma** se apeó de su *tronomovil* y acercándose a pie a Cortés le dio la bienvenida llamándole nada menos que **Quetzalcóatl.** 

Los soldados de Cortés se quedaron de piedra. Los nativos que se habían agregado a sus filas, desde tierras conquistadas y enemigos de los aztecas, quizás no tanto. Puede que algunos conociesen la leyenda.

No ha quedado muy claro el porqué el emperador de los aztecas **Moctezuma** recibió a Cortés con tanta cortesía. Hay cronistas que lo atribuyen a lejanas leyendas que dicen que en el pasado hubo un Dios, llamado Quetzalcóatl (nombrecito como para creer en Dios) que se parecía a Cortés. Por ser blanco y con barba, no por otra cosa.

A la cultura azteca no les venía mal que nuevos blancos apareciesen en México, como aquellos que según la leyenda habían aportado en tiempos pasadísimos progreso positivo. Hasta el año 1300, el pueblo azteca había estado dando tumbos de un lado para otro intentando establecerse en algún sitio. Pobres y poco cultos no sabían dónde plantarse. En México la posibilidad no era fácil. Tres mil años llevaban instalados los mayas que además de poderosos habían logrado una importante cultura.

Los aztecas, cuando se cansaron de dar tumbos buscando solar, decidieron plantar cara a los mayas e instalarse en México, plante de cara que ocurrió en el año 1325. Tan hartitos de andar desbrujulados y con ganas de establecerse llegaron, que el «no pasarán» de los mayas no les echó para atrás. Aunque parezca mentira, en setenta años fueron capaces de dejar México desmayado.

La cultura maya, no acabó aquí, pero se fueron lejitos y duraron hasta el año 1900. Dejaron un buen legado Patrimonio de la Humanidad, pero en México se afincaron los aztecas. Hasta que llegaron los españoles.

Solucionado el problema de la llegada y ganada la simpatía de Moctezuma, que ha tomado al blanco barbudo como la reencarnación de un antepasado dios y hasta lo ha hospedado en su palacio, Cortés deja Tenochtitlan para ir a hacer un *mandao*. Deja al cargo de la capital a su lugarteniente Pedro de Alvarado y sale al encuentro de un *pánfilo* que venía a traerle un recado.

Diego Velázquez que está hasta el casco de que Cortés se maneje a sus anchas y sin tenerle en cuenta, ha enviado a Pánfilo de Narváez, famoso por sus crueldades y su mala leche, para que lo deponga en el mando y lo haga prisionero.

Al igual que ocurre en los grandes equipos deportivos, que los que convierten en gol un penalti o encestan desde lejos son los que se llevan la palma y la cámara, pasa con los personajes históricos. Llenan páginas de la Historia como cabecera de cartel los número uno, y quedan los siguientes, aunque sean segundos o segundones casi en el olvido.

Tenemos a nuestro Hernán Cortés, escrito, filmado y pincelado, en abundancia pero demos un Salpicón a éste «pánfilo» que tan pánfilo no era y también estuvo en el charco, como explorador, conquistador y gobernador.

Para empezar, sobre el poco caso que se le ha hecho a este conquistador, digamos que ni siquiera sabemos dónde nació, si en Valladolid o en Navalmanzano (Segovia). Eso sí, sabemos que, a los cincuenta y ocho años, murió en Florida, donde lo mandó Carlos V a conquistar (parcela, no moza).

Es posible, que a Pánfilo Narváez se le tenga un poco fuera de tintero debido a que su más destacada virtud guerrera era la crueldad y no apetezca mucho machacar en negro. A no ser que seas escritor inglés.

Cuenta de su frenética crueldad supo dar el llamado defensor de los indios, fray Bartolomé de las Casas, que hubo de presenciar, «la matanza de Caonao» (Cuba) donde los de Pánfilo masacraron «por error» cientos de indígenas. Se cuenta que los indios habían salido a recibirlos e incluso le llevaban alimentos y parece ser que Pánfilo Narváez no supo interpretar sus intenciones.

El agrio, y violento, carácter de Pánfilo podemos, si queremos ser indulgentes, atribuirlo a que hubo más de una ocasión en que las pasó canutas. Cuenta el propio Cortés que, estando Narváez herido, una caravana con más de quinientas personas, entre españoles, negros y mestizos, cayó en manos del enemigo —guerreros de Texaco— y se cargaron a todos.

A Pánfilo el enfrentamiento con Cortés, le cuesta un ojo de la cara. Lo entuerta un soldado clavándole una lanza y además,

pierde de vista a un buen puñado de sus soldados que se pasan a las filas de Hernán Cortés.

Mientras Cortés y Pánfilo se pelean, Pedro de Alvarado, que ha quedado de guardia en la capital azteca, sospecha que se está tramando una sublevación. Una noche ve reunidos a un buen grupo de nobles en un atrio y sin percatarse que es víspera de fiesta y que están reunidos para preparar los festejos, se mosquea, arremete contra ellos y se carga un buen puñado. ¡Y la caga!

Como no podía ser menos, los aztecas, sorprendidos por el ataque de Alvarado, se olvidan de las buenas relaciones con Hernán Cortés y arremeten contra los españoles. Es el choque que ha pasado a la Historia como *La Noche Triste*. Lo que parece ser que fue una precipitación de Alvarado, deja setenta españoles muertos.

Cuando Cortés regresa de su liviano enfrentamiento con el pánfilo recadero, encuentra que la capital azteca está muy caldeada y sus soldados están *a menos 70*. Escucha a Alvarado que se justifica diciendo, que su acción no ha sido un arrebato, que los aztecas se habían puesto insoportables, que estaban destruyendo los símbolos religiosos y que se sintió obligado a echar el freno de espada al desmadre que estaban produciendo.

Cortés, sabe que las justificaciones se inventaron para eludir responsabilidades (¿lo aprendería en Salamanca?), pero no puede quedarse de lanzas y brazos cruzados. Cuenta con sus hombres y con todos los que se le han añadido.

La confrontación se produce y los aztecas resultan perdedores. Han defendido su imperio con valentía y rudimentarias armas, pero frente a los atacantes, mejor armados y con caballos, perros y armas de fuego, han sucumbido irremisiblemente.

Moctezuma, ha tenido la infeliz idea de salir al balcón de su palacio dispuesto a calmar a sus súbditos y lo que ha logrado es que su hermano Cuitláhuac le sustituya. A él, lo han matado a pedradas.

Pasada la Noche Triste y sus consecuencias, Cortés deja temporalmente la capital (julio de 1520). Unos ochocientos españoles y cinco mil de los que se le han añadido ha sido el coste de la contienda para Cortés.

Once meses más tarde regresará con sus ejércitos recompuestos y no dejará piedra sobre piedra en la capital azteca, y un año más tarde, recibe el nombramiento de gobernador y capitán general del reino de Nueva España.

Con el nuevo estatus, Cortés abandona a su amante Malinche, ya Ilamada doña Marina, y toma por amante a una hija de Moctezuma, con la que también tuvo una Leonor. Justifica el cambio diciendo que había prometido hacerse cargo de las hijas del emperador muerto a pedradas. Años después, tendrá un nuevo Martín Cortés, pero esta vez no será mestizo. Lo ha tenido con su esposa Juana de Zúñiga.

Tanto a su amante Malinche o doña Marina, como a unas cuantas más del paquete de regalo de las recibidas en Tabasco, las casa con sus capitanes.

### La cosecha

Escasamente un año, pudo disfrutar el de Medellín sus títulos de gobernador y capitán general de la Nueva España. Las noticias que han de viajar sobre las olas, tardan mucho en llegar a España, pero llegan, y el rey Carlos I, se entera de que la trilla mexicana ha concluido, que aquello esta «desmayao» y «derasztecao» y sin mayas ni aztecas es el momento de aventar y quedarse con el grano. Toma cartas en el asunto y se las entrega a sus funcionarios de confianza. Los carteros reales traen el recadito de que el rey quiere recuperar los poderes que se habían otorgado a los conquistadores.

Al intrépido Hernán Cortés se le quedó la misma cara que a sus soldados cuando aquello de la operación berbiquí. Esta vez, no le sirve al gran conquistador recurrir a su voto de desobediencia. Es el propio rey Carlos quien ha dado las órdenes de que lo defenestren.

Regresa a España y trata de que se examine su hoja de servicios y le concedan alguna bagatela o aguinaldo. Algo logra. El monarca, para que no dé la brasa, le otorga el título de marqués del Valle de Oaxaca, en México y el grado de capitán general, huero, sin funciones gubernativas.

Años después, estuvo de nuevo en México, entre 1530 y 1540 por un corto período. Podemos pensar que fue a visitar el marquesado que heredaría su hijo Martín.

#### **Martin Cortés**

Estos Salpicones Históricos se refieren a Hernán Cortés. Conquistador de México. Sin embargo, creo que debemos de salpicar algunas gotitas sobre su hijo, heredero del marquesado del Valle de Oaxaca, allí en México a dos mil metros de altura. Apunte que nos servirá para volver a aquello que pregonaba Nicolás de Ovando de que los ríos estaban llenos de piedrecitas de oro. ¡Y los templos aztecas, para qué decir!

Martín Cortés, a la muerte de su padre, el conquistador (1547), heredó el marquesado referido, pero algo más crematístico heredaría para llegar a poseer las riquezas que acumuló. Y lo que no hay duda que heredó fue el despótico carácter de su padre.

De su trayectoria podemos destacar que en España sirvió al rey Carlos I y después a su hijo Felipe II. Participó incluso en la Batalla de San Quintín. Aquella batalla cuyo triunfo nos costó a los españoles un dineral que no teníamos para que el rey Felipe II iniciase un palacio-mausoleo en El Escorial que sirviese para recordarnos la gesta y enterrar a los de su rango.

Martín, además de luchar al lado de los reyes aprovecho para casarse con una sobrina y en 1563 regresó al virreinato de Nueva España, hoy México. Es entonces cuando las piedrecillas relucientes del río empezaron a relumbrar. Martín encajó como anillo al dedo en el derrochador ambiente que se estaba viviendo en el momento. Considerado el más ricachón de la zona gastaba a manos llenas.

No contento con su envidiable situación y como astilla de palo se involucró en una revuelta para que no se produjese la abolición de las encomiendas que en aquellas fechas se pretendía. Más tarde nombrado capitán general podría haber dado por satisfechas sus aspiraciones, pero no fue así. Lo que hasta entonces le había parecido fantástico, riqueza, marquesado, y rango militar, empezó a saberle a poco. Alentado por un buen puñado de nobles, o no tan nobles, dejó que en su cabeza, ávida de poder, germinase la idea de poder subir más alto que a los dos mil metros del marquesado heredado.

Con el apoyo de los encomenderos, que no querían perder el chollo de las encomiendas y los nobles más acaudalados, se planificó una sublevación. Se pretendía con la revuelta lograr un mayor grado de autonomía. Cuestión que favorecería a Martín Cortés que en su secreto ideal apuntaba a la independencia con el convencimiento de que sería coronado rey de la Nueva España.

Ya hemos referido que las noticias tardaban en llegar a España, pero llegaron. Y la consecuencia de ello fue que la sublevación fue aplastada. Unos cuantos cabecillas perdieron la cabeza y Martín Cortés perdió su hacienda, sus pepitas heredadas y todo lo que tenía. Apresado y juzgado en España fue desterrado a Orán.

Siete años más tarde (1575) fue amnistiado con la prohibición de volver a poner sus suelas en el Nuevo Mundo. Los

últimos quince años de su existencia los pasó en Madrid donde murió en 1589 cumplidos sus cincuenta y seis años y sin haber podido cumplir sus quimeras.

#### **Final**

Hernán Cortés, de regreso definitivo en España, intenta ganarse la confianza del rey y participar en la expedición a Argel. No lo consigue. Finalmente y viendo que en la historia ya no habría más páginas para él, se instaló en un pueblo cercano a Sevilla donde organizó una tertulia literaria y humanística donde poder dar cuenta de sus andanzas.

Su final llegó a principios de diciembre de 1547 en Castilleja de la Cuesta, a los sesenta y dos años de su agitada vida.



Unos siglos después, andaba por aquellos barros un emperador austriaco con su propia historia. Si tienes curiosidad por conocerla, remítete al índice y en *Rumbo a México* encontrarás a Carlota emperatriz de México y su *Salpicón Histórico*.



# En calesa

I estruendo del pistoletazo retumbó rompiendo el silencio del humilde hotel de Lucerna. Isabel escuchó la descarga desde la habitación contigua y se precipitó con el corazón encogido al despacho de su esposo.

Cayetano de Borbón Dos Sicilias, conde de Girgenti, yacía cadáver sobre un sofá con la sien perforada de un balazo. En su mano mantenía la humeante pistola con la que se había quitado la vida.

Isabel, primogénita de la reina de España Isabel II, se derrumbó sobre el cuerpo del hombre que unos meses antes había tomado por esposo.

Pasemos página del dramático suceso acaecido en el hotel Du Cygne de Lucerna y conozcamos algo más de cerca la historia de esta infanta de España llamada popularmente *la Chata*.

Es más que sabido, que el rey consorte de Isabel II —único rey consorte que ha habido en España— Francisco de Asís, alias «Paquita», como le llamaba su esposa la reina, cuando se levantaba del trono dejaba manchas de aceite en el cojín. O sea, que era incapaz de descender bajo las sábanas de la reina para producir descendencia.

Isabel II, matrimoniada para el bien del Estado contra su voluntad, no estaba muy conforme con eso de servir al rey y que el rey no sirviera. Su edad y los genes de su mamá, pedían guerra camera y no tardó en buscarse un sustituto, para que se hiciese cargo de tal laborioso menester.

Eligió a don José María Ruiz **Arana** especialista en introducir —era introductor de embajadores en la Corte— y le nombró gentilhombre de cámara.

Gentil, hombre, introductor, y además de cámara, o alcoba, le vino a la reina al pelo de la pelvis.

Al personal servicio de la reina Isabel II, estuvo el Ruiz Arana durante un lustro, dedicado a lustrar, cepillar y cepillarse a Su Majestad; supliendo al rarillo de su real marido. Contaba la reina veintiún años y el valido veintiséis cuando empezaron a jugar a papás y mamás.

Por si sus andanzas cameras con el Arana (o cualquier otro) daban como resultado el nacimiento de un retoño o retoña con cara de bastardo, y recordando la que se había liado con las leyes de Partidas y la ley Sálica, la reina estampó en el documento de «seguro a todo riesgo» su real firma. ...los sucesores inmediatos a la Corona, sin distinción de varones o hembras, continuarán titulándose Príncipes de Asturias. 26 de mayo de 1850.

Ojo, Isabel había nacido en 1830. Por lo tanto, no había empezado todavía su irrefrenable carrera de cuerneo real, (al menos con el *introductor* Arana) y ya había preparado la póliza de seguro, por si no fuese capaz de producir macho coronable.

Nació la primogénita Isabel, **Princesa de Asturias.** Heredera del trono de España según la póliza materna, y como era de esperar, en la villa y Corte comenzó el choteo...

De Beltrán, «la Beltraneja<sup>5</sup>». De Arana, «la Araneja».

<sup>&</sup>lt;sup>5</sup> Juana de Trastámara, proclamada reina de Castilla y León y reina consorte de Portugal se quedó en *Excelente Senhora* cuando le quitaron todos los títulos. Fue la única hija y heredera de Enrique IV y Juana de Portugal. Pero como Castilla no admitió que fuese hija del rey y sí del favorito duque de Alburquerque, Beltrán de la Cueva, que había sido engendrada por encargo del propio rey le quitaron todos los títulos. Y se quedó con *la Beltraneja*.

La Princesita de Asturias, casi llegó a librarse del apodo —no del todo—, al haberle concedido Dios una nariz del tamaño de un garbanzo. Los interesados en que no quedase con el sambenito colgado de *la Araneja* se apoyaron en su nariz y divulgaron por todo el reino el apodo de *la Chata* tratando que el otro desapareciese.

Los amoríos de la reina y el *introductor* eran conocidos por el pueblo, por el ejército y por el clero y hasta por los mozos de cuerda. Especialmente los amoríos fuera borda de la reina eran conocidos, y poco aplaudidos, por el cura Martín Merino dispuesto a absolver los pecados veniales o mortales pero no los pecados genitales.

Cuando la reina, el 2 de febrero de 1852 salía de palacio con una «Araneja» en sus brazos de tres mesecillos, para ir a presentarla a la Virgen de Atocha (Patrona de la Casa Real) el cura le arreó una puñalada trapera que si no llega la reina a tener corsé con ballenas se la lleva por delante.

Cinco días más tarde, el sábado 7 de febrero, a las doce salía el cura de *el Saladero* edificio así llamado por haber sido antes matadero. Sobre su jumento se dirigía al Campo de Guardias. Lucía el cura un especial atuendo diseñado para ocasiones especiales y que por primera vez se mostraba al público: amplia hopa, o sotana, birrete amarillo y manchas rojas en la espalda. Cuando unos doce años antes *el Saladero* había sido residencia del famoso bandolero de Lavapiés, Luis Candelas, nadie se ocupaba de la estética de los residentes.

Al llegar a su destino, el cura Merino hubo de esperar un buen rato a pie de obra, pues la función debía de levantar el telón exactamente a la hora en que se produjo la puñalada. Para qué decir de las «aclamaciones» del público durante la espera. ¡Mira que intentar matar a la reina! ¡Y un cura!... Menos reverendo le decían de todo.

Concluida la *función garrote* y achicharrado el ajusticiado, sus cenizas fueron lanzadas al viento, tal como constaba en la sentencia, y se *arrancó* del libro de la Historia la trágica página del regicidio. Una de esas páginas que dan pie a cronistas e historiadores para que puedan escribir extensamente. Un regicidio aunque resulte *un patinazo* si no se le da pátina no tiene salsa histórica. En este caso, como en muchos otros, se llenaron páginas, con preguntas. ¿Hubo complot? ¿Estaba chiflado el cura? ¿Por qué tan rápida solución?

¡Página cerrada!



A los cinco años finalizó de buena forma el contrato *laboral* que mantenía la reina Isabel con su *introductor* Arana. Al colaborador indispensable, se le casó con la ricachona duquesa de Baena y se cerró y arrancó otra página de la Historia de España.

Isabel, la de la nariz garbanzo, al cumplir seis años dejó de ser Princesa de Asturias. No fue por capricho. Mamá Isabel había parido un Alfonsito (1857) que le arrebató el título por haber nacido con apéndice colgante. Ni seguros firmados por la madre ni leches. Isabel bajó un escalón del podio real y se quedó en Infanta de España monda y lironda.

Pese a ello, siguió creciendo —le crecía todo menos su nariz de garbanzo— y llegó el momento de casarla.

En Italia, Víctor Manuel II de Saboya había hecho limpieza de monarcas con la unificación de Italia y entre los que sobraban estaban los monarcas de Toscana, Módena, las Dos Sicilias y Parma.

Uno de los monarcas borrados del mapa por la unificación de Italia era el rey de las Dos Sicilias, Francisco II de Borbón, que se había quedado exiliado y en el paro. Por cierto, casado con María Sofía de Baviera hermana de Sissi. Francisco y la hermana de Sissi, no tuvieron descendencia. Lo que sí tenía Francisco II era hermanos. Tres.

La reina Isabel, seguramente con el beneplácito de su capón consorte, pidió la mano de uno de los hermanos, de Francisco, para su chatilla y el monarca descabalgado se la concedió loco de contento.

De los tres hermanos de Francisco II, uno era casado, otro era prometido y otro epiléptico. A «la Araneja», o la Chata, según se sospeche, le tocó en mala suerte el epiléptico: Cayetano, conde de Girgenti. Es de mal suponer y bien acertar que en el *Enlace de Estado*, a la pobre novia no le dijeron nada sobre el estado en el que el conde se encontraba.

Cayetano llegó a Madrid con veintiún años —la Chata contaba diecisiete— y la reina no tardó en nombrarle infante de España y coronel del regimiento de Húsares. La verdad es que el tío, enfundado en su uniforme de usar espada, o sea, de húsar, con tanto cordón, tanta trabilla y tanto dorado no estaba nada mal. Se casaron en mayo de 1868.

Después de cuatro días en Madrid, la pareja salió de viaje de novios. A Roma a cumplimentar a Pío IX, por si en el futuro había que pedirle algo, (lo hacían todos los del gremio de la corona), luego París.

Estando en París, les llegó la noticia de la Revolución de septiembre de 1868 (*La Gloriosa*) y Cayetano decidió ponerse los correajes y salir a batallar a favor de su suegra reina. Dejó a su recién estrenada Isabelita en la Legación de España en París y marchó a dar mamporros en la batalla del Puente de Alcolea. Dicen que se portó como un jabato y que le oyeron gritar «¡Viva mi suegra!». Pero la verdad es que recibió más mamporros que los que había previsto repartir. (Recordemos que Alcolea significó el ocaso de la Corona).

Derrotado su infante marido y destronada su reina madre, a *la Chata* le tocó hacer algo de turismo forzoso. Con su Cayetano, claro. Roma, bajo la protección del papa, más tarde París para reunirse con la proscrita familia real española y finalmente decidieron fijar su residencia en Lucerna (Suiza).

En junio de 1870 a Isabel II le tocaba abdicar en su joven hijo Alfonso, la ceremonia se celebraba en París y su hermana Isabel con su Cayetano infante era normal que asistiesen.

Durante el viaje, en el tren, Cayetano sufrió un ataque epiléptico. El primero en presencia de su mujer.

En 1875, gracias al *empujón* dado por el general Martínez Campos el hermano de *la Chata*, Alfonso, entró en España para reinar como Alfonso XII y *la Chata* volvió a ostentar el título de Princesa de Asturias. Tenía ella veinticuatro años y diecisiete Alfonso.

Sobre la dudosa paternidad de la infanta con nariz de garbanzo, ha quedado mucho escrito, pero del abnegado comportamiento de Isabel frente a la terrible enfermedad de su esposo quizás demasiado poco. *La Chata* se portó de narices con su enfermo marido.

Igualmente elogiable el comportamiento del pobre Cayetano que consciente de su enfermedad irreversible y galopante, trató en todo momento de hacer más llevadero su padecimiento con disimulos, poseído de un acusado sentido de responsabilidad y desesperanza.

La humilde existencia de la pareja, fijando su residencia en un modesto hotel, fue una obsesión para Cayetano que no admitió en ningún momento vivir del chollo ni tocar los ocho millones de reales de la dote de su esposa. Pobretones como habían quedado los de su cuerda con la limpieza de coronas en Italia, y teniendo una suegra atiborrada de *parné*, (dicen que cuando la despacharon de España se llenó los bolsillos de joyas de la corona antes de abandonar palacio), no recurrió a ella

para darse una vida más muelle. Para Cayetano esta posición moral era casi enfermiza.



Disipado el eco del pistoletazo, y con real influencia, la Iglesia católica no puso trabas a que el suicida fuese enterrado por lo católico, algo que no era común en los que voluntariamente se quitaban la vida. Se recurrió al atenuante de que era indudable su irresponsabilidad dada su dolencia.

La Chata, con lo que había sufrido, decidió dejar en Suiza su difunto y sus ganas de casarse de nuevo. Acudió a París, al lado de su madre, decidida a tomar el cargo de cabo de varas y tratar de frenar en lo posible la mala reputación de la real familia. Con su madre lo tendría difícil pues conocido era su casquivano comportamiento pero con sus hermanas estaba dispuesta a intentar que no se desmadrasen. La joven viuda Isabel, tenía diez años más que su hermana Pilar, once más que su hermana Paz y casi catorce más que su hermana Eulalia. Las otras tres perlas de la Corona.

El prestigio familiar de la casa de Isabel II habría andado por los marmóreos suelos de no estar el palacio alfombrado. Si como padre de *la Chata* (*la Araneja*) aparecía el *introductor* Arana, como padre de María del Pilar se empeñaba en aparecer el rey consorte Francisco de Asís. Sin embargo, cuando se pretendió casarla con el hijo de Napoleón III la emperatriz Eugenia de Montijo preguntó a la reina Isabel:

-;Cómo anda tu María Pilar de salud?

A lo que su calenturrona majestad, sin cortarse un pelo del sobaco, respondió:

—Muy bien, el padre de esta infanta ha sido un real mozo sano y fuerte.

La paternidad de Paz, que llegó a ser Princesa de Baviera, le fue meridianamente clara adjudicada a Miguel Tenorio secretario de Isabel II. Este «tenorio» se lo montó tan bien que hasta el propio Francisco de Asís lo quería.

No es caso único que un rey adore al amante de su esposa. A Carlos IV se le caía la baba con su Manuel Godoy amante de la suya.

De la tercera infanta, Eulalia, que salió respondona, pasota y cachondilla, no tenía la reina Isabel II muy claro quien era el progenitor. Con el follón y folleteo que la reina se traía, la mujer a veces se hacía un lío.

Tres versiones existen al respecto. Según Alicia de Coburgo explicó en su biografía, Eulalia presumía de ser hija de Isabel II y un guardia de la reina. A Alicia se lo había contado el propio Alfonso XIII.

La segunda versión es más divertida: «Veamos —dice Eulalia al periodista—, ¿Quién cree que fue mi padre?», «Señora—le responde el del lápiz— el rey don Francisco de Asís, naturalmente». «Vamos, no se haga el loco, usted sabe tan bien como yo que al rey sólo le gustan los hombres. Soy hija de un hermoso capitán de la escolta real con el que mi madre gozó algunas debilidades».

La tercera versión la dispara la propia Eulalia siendo ya mayor a Ana de Sagrera. Pasean juntas por la playa y Eulalia mirando al mar la suelta: «Me gusta tanto el mar...; Cómo se nota que soy hija de marino!».

En cuanto al rey, ya sabemos la cantidad de libelos que contra él se escribieron y lo divertido que resultaba a los chuscos darle caña. Para resumir los referentes a su descendencia, recordemos el famoso epitafio:

Un marido complaciente yace en esta tumba fría

del cual afirma la gente que nunca estuvo al corriente de los hijos que tenía.

Lo que son las cosas. A Eulalia que con tanto desparpajo le gustaba poner a parir a su padre oficial, por sus inclinaciones sexuales, le salió un hijo, Luis, más maricón que el abuelo. Presumía de ser «el rey de los maricas».

Con respecto a la paternidad del rey Alfonso XII, por ser un monarca casi contemporáneo, me sumo al respeto que los historiadores tienen con él y me limito a no decir mucho. Me limito a apellidarle Moltó.

Los mismos que echaron a Isabel II a puntapiés seis años antes, restauraron al joven Alfonso XII en el trono de España. Sus hermanas dejaron los estudios en el convento del Sacré-Coeur y siguieron a su hermano Alfonso a Madrid. Isabel, que había ostentado dos veces el título de Princesa de Asturias y había perdido al marido en Lucerna, se vino a Madrid viuda y chatilla. Se colocó de primera dama al lado de su Alfonso, y empezó a organizar, controlar y mandar.

En 1885, junio, la tuberculosis se llevó al rey Alfonso XII, a los veintiocho años. Dejó a la reina María Cristina viuda, preñada y con dos niñas. La muerte de Alfonso XII produjo frote de manos en los únicos infantes de la Corte de España. El duque de Montpensier, su esposa Luisa Fernanda y su hijo vivo Antonio de Orleáns, duque de Galliera. Antonio parece ser que estaba bastante bueno pero tenía fama de estólido (adjetivo que usan los historiadores que no se atreven a utilizar el de necio). Había que solucionar el problema de sucesión. Isabel machacó a su hermana pequeña Eulalia para que cargase con el estólido pero Eulalia no tragó.

«Tú vas a ser la causa de un desastre —machacaba su hermana cabo de varas».

Tres meses después de la muerte de Alfonso XII, Eulalia cedió. Se casaron. Eulalia parió una hembra muerta, un varón vivo y una *dragg queen* que ya hemos mencionado. Luego la pasota Eulalia y el infante duque de Galliera se separaron. Eulalia se lió con un tal Jorge Jametel con título de conde comprado en el Vaticano y Antonio con Carmen Jiménez Florez que le sorbió literalmente el *eso*, la bolsa y el seso.

La Chata, vacunada contra la gripe, por el clima de Lucerna y vacunada contra el matrimonio, por su experiencia con Cayetano, no daba muestras de querer que una nueva sardina se arrimase a su ascua, pero las circunstancias casi obligaban. Rey viudo, princesa de Asturias viuda y tres infantas jovencísimas. No había más remedio que remangarse las sayas. Tres candidatos andaban tras ella —dos no vienen al caso— el tercero, era el que más apetecible estaba, el archiduque Luis Salvador.

Las negociaciones no cuajaron. Alfonso XII se apresuró a casarse con María Cristina y la dejó preñada en un abrir y cerrar de... ojos. Con ello quedó la sucesión directa temporalmente resuelta.

Y menos mal que así fue. Ya que Luis Salvador, el elegido entre la terna resultó ser de la estirpe de Francisco de Asís, y le gustaban más los macizos; tales como Vratislav Vyborni checo con pelo acervezado o el gondolero Francesco Spognia con pelo rizado.

Decíamos en líneas anteriores, que al morir Alfonso XII, María Cristina estaba embarazada. Efectivamente así fue, y parió un Alfonso que nació rey.

Con monárquico respeto, me atrevo a decir que nacer rey puede ser un privilegio, pero tener que llevar una corona en una pequeña cabecilla pelona, debe de ser una carga tremenda. No por lo que la corona pese; por lo pesadas que se ponen las gentes que te acunan. Como rey, te pueden poner a tu servicio un amplio equipo de sirvientes: cambiadoras de pañales, almidonadoras de sabanitas, centinelas que guarden tu sueño o despachadoras para que alejen de tu cuna a los visitantes para que el riquito rey duerma tranquilo.

Todo fenomenal, siempre que no anden por tu entorno un par de mujeres dispuestas a que «no te pase nada».

Durante su exilio en Roma, el rey Alfonso XIII, separado de Ena, su mujer, aburrido como una ostra —esperando que Franco le llamase— le contaba, a un periodista de confianza, con humor borbónico, lo que había sido su primera, y su segunda infancia teniendo a su lado una «tía chata» y una madre reina, viuda y preocupada.

«No exagero si te digo que mis primeros años los viví "esterilizado"». Mi madre, agobiada por el temor de que yo hubiese heredado además de un reino de vasallos, otro de Bacilos de Koch, recientemente descubiertos (1882) y causa de la muerte de mi padre, no cesaba de pedir que vigilasen mi temperatura, el color de mis mejillas y el calorcillo de mis pies. Mi tía Isabel, según me ha contado el padre Coloma, que se ocupaba de nuestras almas, estaba hartito de las dos que se ocupaban de mi cuerpo.

Los cuidados, no eran extremos, eran exagerados. A los cuatro años tuve un ataque de fiebre, que casi termina en defunción. No mía, de mi madre. Gracias a Dios, no fue meningitis como ella se empeñaba en sospechar y salí del trance.

Yo, según me han contado, no presentaba síntomas de ser un crío débil, ni estaba frecuentemente pachucho, pero ella estaba obsesionada con mi esterilización.

Al que más aburría de mi entorno era al responsable de mi alimentación. Veía riesgo en cada biberón.

La influencia que *La Chata* tuvo sobre sus hermanas fue de cabo de varas pero la que tuvo sobre su sobrinito rey fue terri-

ble. Estaba convencida y quería convencer a los demás, de que Alfonso XIII había sido enviado desde el cielo, por su hermano —de ella— Alfonso XII. Entre su madre y su tía consiguieron moldear a *Bubi* —así le llamaba su madre— como un monarca desastroso. Imbuido de que por encima de él no había nadie y que todo le estaba permitido, el pequeño rey se criaba sin poner los pies en el suelo.



De la leyenda de *la Chata,* lo que es verdaderamente indiscutible es su alias dado el tamaño de su nariz. Lo demás, eso de que le gustaban los churros, los cacahuetes, beber en botijo y tomar agua de cebada habría mucho que discutir. La infanta no era una persona de alta costura ni de alta cultura pero tampoco era lo que los madrileños se empeñaban que era.

Aunque no se le secaban los ojos leyendo, protegió a literatos, músicos, pintores y escultores. Frecuentaba la ópera y el teatro y no está claro si los toros le gustaban de verdad o si asistía para dar cada tarde de toros un berrinche a su cuñada María Cristina y a sus sobrinas. Después, a la reina Victoria Eugenia esposa de Alfonso XIII, lo mismo.

En este sentido podemos pensar que la condesa de Barcelona asistía a las corridas de toros en su silla de ruedas para compensar lo poco que a Sofía y a su hijo Felipe le gustan los miuras. (Es una pequeña maldad por mi parte).

La Chata, indudablemente gozaba de la simpatía de los madrileños. Verla salir en su acharolado landó de su casa de la calle de Quintana, claveles en el pelo, mantilla y floreados vestidos impropios de su abolengo, de su edad y de su figura, levantaba vivas. Al populacho no le entraba aquello de que lo hacía por cuestión de relaciones públicas en pro de la monarquía. La Chata para los madrileños era así. Pan y toros, o churros y

toros. El cascajo, los torraos, las rosquillas de la tía Javiera, las romerías, algo de taberneo, los jolgorios populares... Todo lo que a *la Chata* le salía de sus minúsculas narices era admirado por la patulea madrileña.

Lo que no llegaba a las orejas de los madrileños es lo que decía a sus *mozas de horquillas y enaguas* cuando regresaba de los toros: «¡Cambiarme inmediatamente de vestido. Éste me lo ha sobado *la vasca* y me da asco!».

¡Ándele con la que se hacía pasar por infanta del pueblo!

Es posible, que éste comentario resulte poco convincente a los que ensalzan el madrileñismo de la peculiar infanta, sin embargo, y apoyados en los comentarios de sus más cercanas servidoras, tampoco tiene por qué ser tildado de bulo. Nada tiene de raro que una infanta viuda y sin hijos que se volcó literalmente en maleducar a su sobrino Alfonso, sintiese en su sangre azul, cierto rechazo a las sangres plebeyas. Recordemos lo que permanentemente trataba de inculcar al pequeño rey: «Un rey nunca se equivoca». «Tú has llegado tocado por un dedo divino». «Un rey puede pedir todo lo que se le antoje y ha de ser complacido»... Si a ello añadimos el agobiante cuidado que tanto la tía como la madre ponían en proteger al pequeño rey contra cualquier contagio, temiendo por su salud, no es de extrañar que cuando la Chata regresaba de los toros se cambiase de vestido, insalubre, por contacto con la plebe, antes de dar un achuchón al sobrino.

El populacho, *la vasca*, veía lo que quería ver y esto la viuda infanta sabía cómo había que enseñarlo para ganar popularidad.

Así, como la hemos descrito, de infanta de a pie —pero siempre en landó— la retrató el pintor López Mezquita. Con su mantilla de flecos, sus claveles rojo y gualda y su floreado vestido. Y así la describió Rafael Duyos en un largo romance de más de media hora de duración inmortalizado por el vate

Alejandro Ulloa que se recitaba en cada reunión en cada fiesta y en cada esquina.

No hay madrileño que no recuerde, al menos, el principio y el final del machacón romance:

-¡Deprisa! ¡Qué no llegamos! ¡Quiero la mantilla blanca! ¡Qué runrún por los salones del palacio de Quintana!

... / ...

Y un chavea —un raterillo—, con la colilla apagada, por la calle Arrieta arriba, decía: «¡He visto a la Chata!».

Tanto yo como los de mi quinta, llevamos todavía pegados en nuestras orejas estos versos tantas veces escuchados mezclados con las notas del *Cara al Sol* y de aquel folclórico cuplé que casi llegó a ser nuestro himno nacional. Su título *En Tierra extraña* se mutó popularmente en *Suspiros de España* que sonaba más patriótico a los emigrantes. Título con el que alcanzó un primer puesto en el *ranking*. Logrado a causa de la orfandad de letra de nuestro himno oficial. Motivo por el cual, se quedan nuestros atletas con cara de bobo en los acontecimientos deportivos internacionales cuando suenan sus notas y no pueden corearlo, como hacen los machotes, y machotas, de otros países.

Gran parte de los estudiantes actuales, por culpa de sus educadores *progres*, creen que nuestro himno lo parió Franco ignorando que cuando Franco nació el himno ya había celebrado más o menos su primer cumplesiglos.

Si Carlos III levantase la corona seguro que se enfadaría por ello. Y no digamos si hubiese escuchado la interpretación del himno en la apertura de los juegos de peloteo Copa Davis en Australia en el año 2003, que por tener las pistas de hierba recurrieron al «Riego» por error o mala leche.

¡Serán berzotas!

Para la infanta Isabel, pude que una de sus más grandes satisfacciones fuese hacer el encargo de Alfonso XIII. Es posible que le hiciese el encargo por quitarla del albero del ruedo ibérico, al menos por unos días.

Alfonso envió a la *tita* Isabel a Argentina para que representase a la Casa en los eventos del centenario de la Independencia. Hasta gritos de ¡Viva Isabel *la Católica*!, escuchó de algún despistado de las Pampas, que le hicieron mucha gracia. Regresó a Madrid y contó a su sobrino: «Alfonso, aquello es nuestro. Nos quieren a rabiar».

Acertada o no, actuando de doña Urraca en la educación de su sobrino Alfonso XIII, bebiendo en botijo o en tazas con borde de oro, lo que no se le puede negar a *la Chata* es su empeño en defender la monarquía. Tampoco que, sin duda, fue una de las mujeres de la realeza más apreciada por el pueblo español. Pueblo, que solo la veía de lejos.



En 1931, doña Isabel tenía ochenta años, una parálisis a causa de una apoplejía y un golpetazo recibido por la clamorosa aclamación de la República. El gobierno provisional, dado su estado de salud, le hizo el galante ofrecimiento de que se quedase en Madrid cuando despachó al resto de la familia real. Genio y figura... Isabel decidió acompañar a su sobrino en el exilio.

No pasó de Madrid al cielo, como reza el refrán. Murió a los pocos días de dejar Madrid en una humilde pensión parisiense regentada por una monja. En su cabecera no estaba el rey al que ella había idolatrado. Tampoco asistió a los funerales ni al entierro su querido sobrino Alfonso. Como la familia real estaba sin un duro en aquellas fechas, don José Quiñones de León, antiguo embajador de la Monarquía en Francia, abrió su panteón familiar en el cementerio de Père Lachaise, para que diesen provisional sepultura a la que había sido por dos veces Princesa de Asturias. Dos años después, los restos mortales -sigo sin entender que se llamen mortales a los restos de los muertos— fueron trasladados al cementerio de Montmatre e inhumados en una olvidada sepultura. La enterraron junto a Ricardo Arredondo, duque de San Ricardo, hijo morganático del infante Francisco de Paula y su segunda esposa al que no se le permitió utilizar el apellido Borbón. Así recibió la más puntillosa y puntilleada, pero también: la más protocolaria infanta de España su último sopapo.

En un programa de televisión, de esos que tanto gustan al público —«Viva la gente» — *Antena 3* en 1987 promovió una campaña en pro de trasladar los restos de *la Chata* al Panteón de Infantes de El Escorial. La secretaría del conde de Barcelona, salió al paso diciendo que antes de que Antena 3 se interesase por el asunto ya estaban en fase de recuperación los restos de la infanta para ser inhumados en La Granja, que es donde ella hubiese preferido reposar. Esta iniciativa hubo quien se la creyó y todo.

El 23 de mayo de 1991, en un acto íntimo, o sea, de tapadillo, los restos fueron trasladados desde el aeropuerto de Barajas a Segovia. Allí, en la Colegiata de la Granja de San Ildefonso se inhumaron en presencia de don Juan y don Juan Carlos en intimidad y reposan junto a los de Felipe V e Isabel de Farnesio, los reyes que no quisieron ser inhumados en El Escorial.

Allí, lejos de su esposo, sus hermanas Pilar y Eulalia y de su sobrino Alfonso XIII al que tanto adoró, quedaron los restos de la peculiar Infanta de España.

Uno puede preguntarse, si todo el trajín borbónico para no dar sepultura a Isabel en el panteón de infantes se debió a que los restos eran de «La Araneja».

En Madrid, en el Paseo de Rosales, cerca de la calle de Quintana, donde la infanta vivió, queda la estatua de doña Isabel de Borbón y Borbón, *la Chata*. Con todo su empaque aceptando un ramo de violetas de una florista callejera.

Un golpe de viento político de aquella primavera de 1923 se la llevó...



# ITRELÍNEA EDITORES



# Rumbo a México

or fin, gracias a Dios, habían remitido las náuseas y los vómitos que había venido sufriendo durante siete días. En su estómago, negado a admitir cualquier alimento o líquido, no debía de quedar ni la menor gota de jugo gástrico. La mucosa del mismo debía de estar seca como bayeta tendida al sol, pensaba la indispuesta viajera.

Cuando sentada en un duro poyo del muelle consideraba esperanzada que su recuperación se estaba iniciando, mientras observaba a los marineros afanarse avituallando el barco en aquella escala recuperadora para ella, un nuevo convulsivo vómito embistió contra su rendido cuerpo, al ver una especie de venado muerto balanceándose en la sirga de una grúa que lo subía a bordo. Con toda seguridad, pensó, destinado a las cocinas.

Al menos tres semanas de navegación le quedaban a la pobre muchacha para llegar a su destino: México.

Tentada estuvo de abandonar el viaje que tanta ilusión les hacía a ella y a su marido, y quedarse mezclada entre aquellas gentes del puerto que afanadas en sus tareas le parecían gentes humildes pero felices.

Su marido, incapaz de bajar a tierra, en peor estado que ella misma, había quedado a bordo de la fragata asistido por su ayudante, pues no se sentía capaz de poner los pies en el suelo.

Pero, ¿quién formaba aquella molida pareja que viajaba con rumbo a México?



Ella, para los franceses, o belgas, era Marie Charlote Amélie Agustina Victorie Clementine Leopoldine de Saxe-Coburg Bourbon-Deus Sicillies et de Habsbourg-Lorraine. En éste Salpicón Histórico, la dejaremos simplemente en Carlota hasta que la encontremos vomitando en el muelle. Después ya tendrá su nombre histórico.

**Él,** hasta que lo encontremos hecho polvo en su camarote, será Max, o Maximiliano. A partir de que el ancla de barco se despegue del fondo marino, en la escala, tendrá también su histórico rango y sobrenombre.

¡Sí, quiero!, había respondido Maximiliano, Archiduque de Austria aquel 27 de julio de 1857. Sí, quiero, había asentido la princesa belga Carlota.

O sea, que los viajeros era un matrimonio. Un matrimonio que aunque en esos momentos se encontrase en mal estado, era un «matrimonio de Estado», entre una princesa y un archiduque. Enlazándose, cada uno de ellos había cumplido con sus responsabilidades dinásticas y a la fecha *acarreaban* juntos unos ocho años.

Vamos a conocerlos y a conocer su zarandeada vida.

# Los Habsburgo

Francisco José I fue el penúltimo emperador de Austria y rey de Hungría. Lo sentó en el trono nada menos que la Revolución de 1848, que derrotó a su tío Fernando I. La sentada —a los dieciocho años— debió de ser de las de quieto y no te menees ya que tardó sesenta y ocho años en levantarse y fue para estirar las piernas en caja de roble.

La corona se la habían ofrecido a Francisco Carlos que además de estar caduco esto de reinar le importaba un bledo. Su esposa Sofía (suegra de Sissi) le llamó calzonazos y obligó a que Francisco Carlos le pasase la corona a su hijo Francisco José.

El emperador Francisco José I tenía un hermano (o hermanastro) que no era emperador. Simplemente archiduque: Maximiliano, nuestro viajero con rumbo a México.

La viajera que le acompañaba, su esposa, también tenía familia, claro.

Su papá: Leopoldo I. Primer rey de los belgas.

Su mamá: Luisa María de Orleáns. Tercera esposa de Leopoldo I.

Sus hermanos, nacidos antes que ella: Luis Felipe, Leopoldo y Felipe.



El rey Leopoldo, no era un rey rico; era un rey riquísimo, el más rico de Europa, en aquel entonces. No estaba muy contento con que su única niña se casase con un *simple* archiduque austriaco. Hubiese preferido un emperador para su niña, pero el trono imperial de Austria estaba ocupado por el hermano del novio **Francisco José I** y su **esposa Isabel (Sissi).** 

Tampoco era Maximiliano un candidato para el desecho. Hombre culto, políglota versado en arte y cultura, gozaba en los salones vieneses de máxima simpatía —contrariamente a su emperador hermano que era un anodino de órdago—. Gran viajero, había recorrido muchos países entre otros Brasil<sup>6</sup> y sentía especial pasión por la arquitectura, el mar, el arte... Ambicioso sí, pero tanto, o más, lo era la princesita Carlota.

A su hermano mayor, Francisco José I no le hacía demasiada gracia que su agraciado hermano fuese el astro en todos los salones. Incluso la intensa forma en que se miraban Max y Sissi, le hacía arrugar el ceño cuando los observaba. Además,

<sup>&</sup>lt;sup>6</sup> Algunos *papeles* cuentan que fue en Brasil donde apañó la enfermedad que le impidió tener hijos: *Treponema Pallidum*. Sífilis, para ser más precisos.

los rumores sobre la paternidad de Max, paternidad que más de un escribidor se la adjudica a Napoleón II, machacaban las orejas del emperador como caldo de cultivo para que desarrollase antipáticos celos hacia su hermano menor.

Otros dicen que Napoleón II «no funcionaba», algo que nos parece precipitado pues murió de tuberculosis a los veintiún años, y de ser cierto que no funcionaba, hubiera tenido tiempo de encarrilarse de haber vivido más años. De todas formas, nos quedamos con la versión de que era hijo de la suegra de Sissi. Nos resulta más morbosilla.

Francisco José, dispuesto a limar asperezas habló con su hermano menor y le propuso un empleo, lejitos. «Hermano, tienes veintidós años. Ya está bien de andar cruzando mares y tanto navegar por los salones luciendo tu figura». Esto último no se lo dijo, pero Maximiliano lo entendió perfectamente. ¿Celos?

«Necesito tu valiosa colaboración —ablandó Francisco José— y te he nombrado, comandante de la Marina Imperial; Trieste, nuestro solar en Italia, será tu destino y centro de operaciones».

Maximiliano acepta. No ve posibilidades de llegar al trono. Francisco José es joven y tiene un hijo, Rodolfo, que puede ser el heredero.

Dicho sea de paso, Rodolfo, no sucedió a su padre. Murió a sus treinta y un años. Lo encontraron en el lecho con su amada María Vestera. Muertos los dos de muerte «balística» en el pabellón de caza de Mallerling. Suicidio o asesinato que, hasta la fecha, nadie ha sido capaz de desentrañar.

No le desagradó a Maximiliano el empleo y tan pronto ancló su nave en su punto de destino, Trieste, se puso a diseñar, en su mente, el gran castillo que se haría construir en aquellas veintidós hectáreas que pusieron a su disposición. Sería espléndido, rodeado de jardines —las flores le

encantaban— mirando al templado mar Adriático. *Miramare* lo llamaría. No tardó en aceptar el proyecto del arquitecto Carlo Junkeren y ordenar que se colocase la primera piedra... y todas las demás. Costoso proyecto para un simple archiduque que personalmente no nadaba en la abundancia pero proyecto para el que Maximiliano estaba convencido de que encontraría *subvención* si encontraba una buena novia, pues en esas estaba.

Tres años habían pasado desde la muerte de la princesa Amalia de Portugal, hija del emperador Pedro I de Brasil, a la que el apuesto Maximiliano había conquistado soñando con establecer una monarquía en un país independiente de América. La muerte de la princesa, cuando ya los esponsales estaban anunciados, obligó al archiduque a «volver a empezar». Ahora con la ayuda de su hermano emperador que había hecho de ojeador y visto la posibilidad de casarlo con una princesa, belga y rica.

Mientras en Trieste se hacen zanjas para cimentar el castillo de Miramar y otro más pequeñito, *Il Castelleto*, por si hay que buscar cobijo mientras se hacen las obras, el comandante de la *Kaiserliche und Königliche Kriegsmarine*, o sea Maximiliano, tan pronto le anuncian un nuevo destino *más decente*, viaja a Bélgica para pedir la mano de la princesa Carlota. Para *poner la mano* enviará a otro.

El rey de Bélgica está algo más contento. Ha logrado que el emperador Francisco I otorgue a su hermano Max un cargo de mayor relieve. Ha insistido mucho para lograrlo. Sus buenos dineros le costarán pero no quiere ver a su princesita anclada a un simple comandante de Marina. Unos meses antes de la boda, Maximiliano es nombrado gobernador general de Lombardía-Venecia.

Ahora, sí. Ahora ya puede el nuevo gobernador de Lombardía-Venecia hacer una marca en su calendario de 1857: 27 de julio, día del «Sí, quiero».



Unos meses antes del «Sí, quiero», el 4 de abril, entra en Venecia el nuevo gobernador general. Los venecianos, no han pensado lanzar al austriaco al Gran Canal, pero casi. Caras como las que pone un gondolero cuando no recibe propina del turista le han puesto a su llegada.

Días más tarde, entra en Milán, y la cosa va algo mejor. En palacio es recibido por la engalanada aristocracia. Mientras estrecha la mano a cientos de caballeros y dobla la bisagra ante cientos de damas, mira a su alrededor. ¡Cómo le gustará todo esto a Carlota! ¡Qué lujazo!

Parece que en Milán, no sepan pintar paredes, todas están cubiertas con esa tela que tanto gusta a los poderosos y que cuando visitamos viejos palacios vemos que sus cortinas antes de Damasco ahora son de «danasco».

Maximiliano está contento, el ambiente no tiene mala pinta, y se pone a trabajar duramente. Lo primero que hace es mandar a Bruselas a su pedigüeño oficial, consejero Gaggern, para rematar los detalles del próximo enlace. Gaggern lleva para la novia, para que se anime, unas acuarelas de los palacios donde residirá en Venecia y en Milán y para el rey Leopoldo unas peticiones. La dote le ha parecido raquítica a Maximiliano y ahora que es todo un gobernador general, considera que merece algo más. Quiere apretar las clavijas de la bolsa a su suegro y a su hermano.

¡No saben ellos lo cara que está la vida en Italia! Sobre todo, la construcción en Trieste.

El consejero pedigüeño regresa con el resultado. Ha logrado que se pongan de acuerdo Francisco José y el rey Leopoldo y que cada uno aporte un considerable pellizco suplementario para la dote: cien mil florines cada corona a lo que Leopoldo añade una renta anual de veinte mil florines y Francisco José treinta mil florines más como regalo de boda.

Llega el día del «sí, quiero». Cientos de estuches de joyas han quedado vacíos. Las joyas penden de las orejas de las damas, envainan sus dedos, cuelgan de sus pescuezos o pespuntean sus moños. Las condecoraciones, han sido abrillantadas y tachonan la pechera de los estirados caballeros. Están todos guapísimos. La boda civil, a cargo del burgomaestre de Bruselas y posteriormente la ceremonia en la capilla del palacio oficiada por el arzobispo de Malinas no ha llevado mucho tiempo. Menos de dos horas. Todos están deseosos de aflojarse fajas y fajines y acudir al banquete.

Guapas y guapos se mezclan en el salón azul. Los italianos que han acompañado a Maximiliano desde Venecia, se mezclan poco con los austriacos. En sus miradas escrutadoras se nota que sea cual sea el menú, harán pocas «migas» con los belgas, y menos con los austriacos. Tampoco las miradas entre las dos cuñadas son límpidas. Isabel (Sissi) la esposa del emperador y Carlota la reciente esposa de su hermano, no se tienen mucha simpatía; como los teléfonos: se hablan pero no se pueden yer.



Diez días después del enlace, los recién casados concluyen su viaje de novios y hacen su entrada en Milán. Maximiliano no está para gaitas viajeras con su esposa y tiene mucho que gobernar en Italia. El recibimiento, apoteósico. Eso sí, organizado por los austriacos. En el palacio, el besuqueo de manos y la bienvenida. Carlota está que no cabe en su atuendo. Entre los asistentes al parabién, destaca el conde Gyulai, generalísimo de los ejércitos austriacos con el que en un futuro tendrán un estrecho trato. Sin nada que ver con lo que puedas estar pensando.

Tres estratos forman la población en el «reino» de Carlota. En la capa superior, están los austriacos dominantes y los italianos que poseen o buscan prebendas. Tienen a la joven princesita de diecisiete años atolondrada de agasajos. El matrimonio se hospeda en los más suntuosos palacios. En Venecia, Max y ella se deslizan en dorada góndola por el Gran Canal. Todo maravilloso.

La capa inferior, es la que le produce mayor satisfacción a Carlota; por donde quiera que va, son cientos de personas a las que les gusta ver a la princesita en carroza, esperar la salida del teatro para verla de cerca o poder tocar sus vestidos. Lo hacen con Carlota y lo harían con cualquier otra, pero ella piensa que este cariño se lo demuestran en exclusiva y sobre todo por aceptación al gran Maximiliano de Austria.

Hay otra capa intermedia, la más numerosa, que ni prepara arcos de triunfo para los nuevos gobernadores ni invita a Carlota a la ópera; tiene otros quehaceres. Con el mayor sigilo posible, pues saben que arriesgan el pellejo se van pasando de mano en mano copias de una carta que escribió Orsini —o alguien la escribió por él— antes de subir al cadalso.

Orsini, un patriota anárquico, en Paris, lanzó una bomba contra el marido de Eugenia de Montijo. No por celos, intentaba cargarse a Napoleón III por no haber cumplido su promesa de liberar a Italia de la bota invasora y permitir su emancipación. Falló en el intento y fue ejecutado.

Los aplausos se han convertido en silbidos y hasta en la ópera las damas llevan disimulado luto por Orsini. Comienzan las revueltas y el poco entendimiento entre el generalísimo Gyulai y el gobernador Maximiliano.

El emperador se entera de que las cosas se están poniendo feas y apremia a Maximiliano para que tenga mano dura contra los alterados. Pide que unifique las fuerzas con el generalísimo Gyulai y repriman sin reparos cualquier levantamiento o intento de insurrección, posición que mantiene el generalísimo encargado del orden, contraria a Maximiliano que no está por la labor. La ópera, el teatro, las fiestas... sí, pero sangre ni una gota. Es su posición.

Maximiliano decide desplazarse a Viena con Carlota. Mantiene una dura discusión con su hermano tratando de convencerle de que con tacto se puede llegar a dominar a los italianos, pero nada consigue.

La guerra es inevitable, Francisco José I, toma la decisión de dar el mando total al generalísimo Gyulai y deja fuera de juego a su hermano. Max envía a Carlota a *Villa Lazarovich,* Trieste, villa en la que él vivía de soltero, y se prepara para la guerra, con la sensación de que no la ganará.

Si los panfletos de Orsini habían hecho su efecto, la publicación de la revista *Il Resurgimento* editada por Cavour, empeñado en unificar Italia elevó la antipatía contra los austriacos. Cavour y Víctor Manuel II se alían y con el apoyo de Francia, *la lían*. Deciden limpiar Italia de austriacos y por el convencional método de la guerra, después de dejar Italia moteada de soldados muertos, logran que Maximiliano sentadito en su barco, el *Fantaisie* antes de echarse a la mar abandonando Italia, deje firmado el fin de la contienda. Vamos, que claudique.

El emperador Francisco José I tiene un cabreo de los que ni Sissi es capaz de calmar con carantoñas. Ha tenido que ceder Lombardía. Primer paso para la unificación de Italia. Le queda Venecia pero ¿hasta cuándo?



#### **Trieste**

Maximiliano, que en la contienda no ha sufrido ni un rasguño, ha sido declarado por su hermano «inútil total» y se encuentra de nuevo en Trieste, pero no triste (valga la broma). Llegó bastante hundido. Perder una guerra no es plato de gusto para nadie, pero tener que bajar la cabeza ante su hermano emperador es lo que más le deprime. De todas formas, está decidido a recuperarse. ¡Tiene tanto que hacer! Miramar reclama su presencia. Ha cumplido treinta años. Se ha quedado sin empleo pero ocupaciones no le faltan. Tantos cuadros que colgar, muebles que ha logrado acumular, dirigir las obras de decoración, cuidar las flores que tanto le gustan... Dispone de un barco que ha sido desmovilizado, el Fantaisie y ha decidido echar pelillos a la mar y lanzar por la borda toda su amargura. Se dedica con Carlota a zascandilear por el mar. En uno de los paseos sobre las olas, descubren en el Adriático una isla de ensueño, Lacroma, Carlota ni corta ni perezosa compra la isla con su propio dinero, pues Max está tan endeudado con su Miramar que no tiene para comprar paraísos. Carlota sueña que será su futuro edén donde vivirá con su Max hasta el fin de sus días y si una guerra se llevase por delante Miramar, ellos tendrán siempre su pegotito croata en el Adriático.

Una vez correteado el mar, de un lado para otro, la apatía se apodera de Maximiliano. Para escapar de ella, propone hacer un largo viaje. Brasil es su meta. Carlota encantada sube a bordo, pero al llegar a Madeira, Max decide dejar *lastre*. Deja a Carlota en la isla y pone rumbo a Brasil.

Tres meses tarda en regresar. Eso sí, el «amor epistolar» entre los cónyuges, los mantiene conectados durante su ausencia.

Durante los tres meses que Maximiliano, anda solo, o no tan solo, de trotamundos y «rompeolas» por esos mares y tierras de Dios, la correspondencia entre Max y Carlota se mantiene escrita con tinta de agua de rosas. Como harán durante toda su vida. No falta en sus cartas ese empeño en mostrar el amor que se profesan y se cruzan cartas rayanas en lo risible. «Ángel mío»; «no puedo vivir sin ti»; «eres mi amor y mi guía»; «sin tenerte a mi lado, el mundo se me oscurece»... y mil cursilerías más.

Los más suspicaces cronistas y la propia familia de Carlota, ven en este amor epistolar, algo así como un pacto entre los dos, con el que pretenden dejar testimonio de su gran amor.

Especialmente los hermanos de Carlota, que por mucho que ella se empeñe en escribirles diciendo que Max es su amor, y que es un encanto de tío, no admiten que Max dejase tirada a Carlota en Madeira.

Después de sus correterías a miles de kilómetros de distancia, Max pasa por Madeira a recoger su *lastre* y pone de nuevo rumbo a Trieste. El castillo *Miramar* aunque no está terminado del todo, ya está habitable y hay mucho que decorar. Ha costado un fortunón la obra y su empaque exterior exige que Max se ocupe del interior. Tanto que no le queda mucho tiempo —pese a que está en el paro— de ocuparse de Carlota.

Carlota esta triste de alma, pero sigue en su empeño de comunicar a su familia que todo marcha viento en popa y que es la más feliz del mundo. Algo que sus hermanos distan mucho de creer.

Con sus misivas familiares, Carlota trata de tapar el comportamiento de Max.

Desde que han regresado a Trieste, después de recoger el *lastre* en Madeira, Max ha empezado a desmadrarse. No hace el mínimo caso a Carlota y sí el máximo a sus amigos de francachela, de los que se ha rodeado. Invita a largas veladas a los oficiales austriacos, y a un par de amigos de los que tendrá siempre a su lado. Beben, fuman, charlotean y salen al mar. Scheztenlechner, un bruto inculto y sin modales al que todo el

mundo detesta, se ha convertido en su amigo inseparable. Da servicio a Maximiliano como primer ayuda de cámara.

Carlota, que en los barcos se marea -mentira cochina que ha utilizado Max para justificar el haberla dejado en tierra- no forma parte de las escapadas marinas de Max y sus amigos. En el mar, ella ya ni pincha ni corta y él, parece que en casa *pincha* poco o nada.

Otro de los amigos que no se separa de su costado es un tal Bombelles, hijo del preceptor de Francisco José. Siempre se entendió bien con Max —y mejor con Francisco José— pero la amistad entre los dos hombres, se solidificó cuando por mandato del emperador, Max hubo de asistir al entierro del rey de Prusia. Dejó a Carlota en casa y se llevó de compañero de viaje a Bombelles. El vagón real en que viajaban de regreso se incendió. Bombelles con arrojo se subió al techo del vagón y logró detener el convoy salvando la vida de todos. Maximiliano, con todo detalle y a boca llena, cuenta el episodio y dice que le debe la vida a su amigo Bombelles.

Al desaliento de Carlota, se suma el aparente o intencionado *affaire* que se monta Maximiliano con su cuñada Sissi. Una vez más, de las que de vez en cuando le da la ventolera, la emperatriz Isabel, dice que quiere retirarse. En ésta ocasión a la villa que se ha hecho construir en la isla de Corfú. La emperatriz, pide que la lleve su cuñado que está en el paro. Francisco José pone alguna pega pero no es capaz a frenar la iniciativa de su caprichosa Sissi. Max se muestra encantado y acompaña a su cuñada en el inesperado viaje. Nada teme Max a ser criticado, se diría que goza las críticas, y menos teme a ser reprendido por Carlota, *que tanto le quiere*.

Francisco José se enfada mucho con su hermano que se le ha llevado a su esposa de *vacaciones* y la distancia entre los hermanos se hace foso.

Carlota ante ésta situación, comprende que las esperanzas de que Francisco José pueda dar alguna nueva *colocación* a su traidor hermano, se han disipado para siempre.

El posible idilio entre Max y Sissi, fuere intenso o superficial, dura poco pero ya las relaciones *caseras* están hechas trizas.

En *Miramar* la pareja recibe la visita de Leopoldo, hermano mayor de Carlota. Dice estar de paso y quiere ver cómo se encuentra su hermana, pues de lo que ella cuenta a lo que la familia percibe, hay un abismo.

Podemos añadir que de los casi tres cuartos de siglo que viviría el rey Leopoldo I ya había consumido una buena parte (68) y por si algo ocurría, convenía estar al tanto del estado de su hermana. ¡Y del estado de su fortuna! Pues tres veces casado, cuatro hijos con su tercera, Luisa María de Orleáns, un par de ellos con su amante Arcadia Claret, y quizás alguno más que pudiese aparecer, podría producir conflictos de herencia y él como futuro rey de Bélgica tenía que estar al tanto. Además, el austriaco Max nunca le cayó bien. Ya el día de la petición de mano de su hermana, le había dicho descaradamente a Maximiliano, que lo que buscaba era un buen braguetazo, a lo que Maximiliano respondió con un evasivo «seremos buenos amigos, cuñado».

Leopoldo encontró a Carlota algo desequilibrada, muy desmejorada y lamiéndose sus heridas del alma por más que tratase de engañar a su hermano diciendo lo feliz que era.



#### México lindo

Cuarenta años después de que México lograse su independencia, estaba el país peor de cuando los españoles lo dejaron. No se había logrado la estabilidad y los doscientos cincuenta intentos de lograrlo, entre levantamientos y golpes de Estado, lo que habían conseguido era dejar el erario bajo cero.

Hasta un rico hacendado, Agustín de Iturbide, se elevó a emperador en julio de 1822 (Agustín I) pero arrancó con tantos palos en la rueda que su carrera fue muy corta. Los borbonistas, no querían un emperador *vallisoletano*, (de Valladolid de allí), los insurgentes y los republicanos menos. Resistió hasta mayo de 1823 y salió corriendo para Italia. Allí se enteró de que España preparaba un plan para reconquistar México y se ofreció para regresar. Nadie le había avisado de que se le había declarado fuera de la ley, y regresó confiado. Se equivocó, duró vivo hasta 1824 que lo fusilaron.

Triste, ¡con lo que cuesta montar un imperio y que te dure tan poquito!

El príncipe imperial heredero, Agustín Jerónimo de Iturbide, quedó como pretendiente al trono como Agustín II nada menos que cuarenta años, como pretendiente para, al final, entregar a un austriaco sus derechos y un par de sobrinos en adopción; uno de tres añitos y otro con dieciséis. Los encontraremos más adelante.

Cuando por primera vez, en 1858, Benito Juárez aterrizó como presidente de México, se encontró que el Estado estaba endeudado *urbi* et *orbi*, podríamos decir. Tenía grandes trampas con Francia, España e Inglaterra.

## Benito Juárez

Benito Juárez ingresó en el seminario a los quince años y murió a causa de un ataque cardíaco a los sesenta y uno.

Y en éste más de medio siglo, ¿qué?

Pues entre otras cosas ser siete veces elegido presidente de México.

Su apasionante biografía daría para un Salpicón Histórico como el que pudiere producir un trasatlántico arrojado al mar desde una aeronave. Pero dado que su biografía algo tiene que ver con el segundo imperio de México y con nuestros protagonistas, hemos de dedicarle unas líneas.

Pobre de solemnidad, nacido en la sierra de Zapoteca y huérfano desde los tres años entendió, a los quince, que un seminario sería la escuela adecuada para formarse y se apuntó al clero. Ni a su corta edad, ni hasta que le dio el infarto, sintió por los curas la más mínima simpatía, pero era una forma de formarse a bajo coste.

Un par de años más tarde, con un «queden ustedes con Dios» se puso a empollar Derecho. Como lumbreras que era, el título de abogado, lo obtuvo con las más altas calificaciones.

A los veinticuatro años, entra en política y empieza a destacar y a los cuarenta y uno tiene un currículum vítae de aquí te espero. Ha subido los escalones de ascenso político, de tres en tres, por lo menos. Cargos relevantes, exilios, encarcelaciones y vuelta a empezar. Nuevos ascensos y grandes logros. Ser elegido siete veces presidente de un país no está al alcance de cualquier mortal por muy convulso que el país esté, como es el caso.

Una de las cosas que más le ayudaría en su carrera, es cambiarse el nombre, y lo que con ello conlleva. Al integrarse en la masonería toma como nombre secreto el de aquel ballestero de leyenda que para mostrar su fabulosa puntería le quitaba a su niño las manzanas puestas en su cabeza a flechazo limpio: «Guillermo Tell».

Tal importante zancada en su carrera, le abrió el camino hacia el poder.

En 1859, Juárez se dedica a la *promulgación*. Como uno más de los tocados por el dedo divino —en este caso dedo de la mano izquierda— nacionaliza los bienes de la Iglesia, promul-

ga el matrimonio civil, prohíbe la intervención del clero en los entierros, «santifica» las fiestas a guardar a su gusto y prohíbe la asistencia a las funciones de la Iglesia.

Pero no todo el mundo estaba de acuerdo con sus promulgaciones. Los conservadores, que eran multitud rezante, entre otras cosas, no estaban dispuestos a tolerar que se prohibiese el culto a su Virgen de Guadalupe, a la que venían dirigiendo sus oraciones desde 1531. Independientemente de que los curas fuesen o no propietarios de riquezas.

La fórmula universal para evitar que un país se hunda en la ruina cuando hay conflictos, es utilizar una mesa, redonda o cuadrada da igual, sentarse con el adversario y establecer acuerdos. Con estos acuerdos o tratados de paz, se ahorra un montón en dinero y vidas. Tiene el inconveniente de que los fabricantes de armas, pierden mercado y que la densidad demográfica crece sin control.

Tratados y acuerdos se han firmado siempre, pero generalmente ha sido como colofón de una guerra y una vez que los contendientes se han gastado en vidas lo que tenían, y en caudal lo que no tenían: lo prestado. Es entonces cuando se sientan a tratar. En estos casos, el país queda arruinado pero los fabricantes de armas y los prestamistas son los que han hecho negocio. Eso sí, si llegan a cobrar.

En el caso de México versus México no se recurrió a la fórmula de mesa, ni cuadrada ni redonda, y se produjo el enfrentamiento y el consecuente vaciado de arcas.

Las arcas quedaron huecas del todo como consecuencia de la guerra que enfrentó a México contra México; los dos presidentes enfrentados se debieron de gastar lo poco que había y los préstamos conseguidos.

El general Zuloaga quería una nueva Constitución en la que se diese a «a Dios lo que es de Dios, y al clero lo que es del clero» y el presidente Juárez, empeñado en no devolver al clero

ni una oblea. Como resultado, tres años dándose duro entre los liberales de Juárez y los conservadores de Zuloaga.

¡Con lo caras que son las guerras y lo que hacen endeudarte si son al fiao!

La guerra la ganó Juárez, pero cuando miró los libros de contabilidad y sumó lo que debía, decidió hacer «lo que debía» según sus conocimientos de contabilidad.

«Si debo a tres y pago a uno, dos me harán la guerra; si debo a tres y pago a dos, no creo que el que no cobra se atreva a hacer la guerra contra los dos que han cobrado. Lo mejor es que no pague a ninguno y me quede con lo poco que tengo». Y tal cual, se lo expuso a sus acreedores.



Mientras en México luárez estudia la fórmula de los «nopagarés», en Trieste Maximiliano cuelga cuadros en su castillo, y coloca cachivaches, por los pasillos y riega las flores. Ya se ha hartado de francachelas con sus coleguillas, del mar y hasta de Carlota.

Carlota dejada de lado, sigue empeñaba en su epistolar defensa de Max. Comunica a su familia que todo funciona a la perfección y que su marido además de ser el más listo es el más bueno, y que ella lo quiere con locura. Que es lo que sus hermanos están empezando a sospechar dada la exagerada espuma de sus jabonosas misivas.

## Max imperator

A punto ha estado el embajador Rechberg de pillar a Maximiliano con las herramientas de bricolaje en la mano y a Carlota con el mandil de cocina puesto. Ha llegado a Trieste en un

tren especial y trae para Maximiliano un recado de su hermano Francisco José.

Max, lo primero que piensa es: «el ca\*\*\*n de mi hermano quiere quitarme el castillo, no me perdona mi escapada con Sissi».

Recibe al visitante sin ofrecerle siguiera una banquetilla para que se siente y se planta ante él con cara de yogur. Dispuesto está a asumir que se quedará sin su Miramar. No acierta ni de lejos. Y de lejos se trata.

¿Estaríais Carlota y tú dispuestos a ceñir la corona de un nuevo imperio en México? —Suelta de sopetón el embajador de Asuntos Exteriores.

Maximiliano, no se sienta; se cae de culo en un sillón. Carlota se agarra fuertemente al respaldo del sillón para no caer desmayada.

El embajador Rechber, pide agua para todos y con la pareja aquietada les pone al corriente de lo que se ha estado cociendo en Viena.

Con el tacto que a un diplomático corresponde, no les cuenta lo que sabe, solo lo que ellos deben saber. Omite el refregón que ha tenido Francisco José con su madre, al intentar éste poner una estaca en la rueda e impedir que Max llegue profesionalmente a su altura. O el miedo que tiene Francisco José a que se pueda crear un imperio en Hungría y encontrarse a su hermanastro de vecino coronado.

La pareja, aburrida y hundida en su apatía conyugal, flota al escuchar la propuesta del embajador austriaco; trono, corona, imperio..., bullen en la cabeza de Max y Carlota. Carlota se ve de nuevo en los primeros tiempos de Italia; palacios, recepciones, aplausos, arcos triunfales...

Nada mejor que el anuncio de una corona para que sus coronarias empiecen a insuflar sangre (azul) a sus ralentizados corazones y a sus ambiciosas cabezas.

Max, loco por salir corriendo a México, trata de mostrarse circunspecto ante el embajador, tratando de que su cara no sea el espejo de sus deseos. Cose al embajador a preguntas, sin escuchar atentamente las respuestas. Su cabeza está en otra parte. Ha de estudiar cómo sacar el mejor partido antes de su partida. Necesitará buenos apoyos. Sobre todo económicos.

El embajador, no es gitano y no sabe leer las palmas de las manos, pero ha leído con claridad en los rostros de los candidatos entusiasmo. Regresa a Viena con un «esto está hecho» para su jefe Francisco José y su *empujadora* madre.

Maximiliano I de México —por tal ya se tiene— se tomará el tiempo necesario para recabar el máximo apoyo, sobre todo económico, sin mostrar prisa por levar anclas, pese a estar deseándolo.



#### Las cuentas «claritas»

Mientras Maximiliano se lo piensa, y Napoleón III, es consciente de que ya se lo ha pensado. Los tres acreedores principales de Juárez: Inglaterra, España y Francia, visten de *frac* a sus respectivos cobradores y los envían a cobrar. La deuda no es calderilla, se trata de la *friolera* de doscientos cincuenta millones de francos oro.

El encuentro con el deudor, en una primera entrevista discurre por buen camino. Camino trazado por Benito Juárez, apoyado por parte de sus consejeros —había presentado la idea a votación y ganado por un voto— decidió que el dinero que había encontrado en las arcas de su predecesor, Ignacio Comonfort, (presidente número 27 en treinta y cinco años) lo necesita para sacar el país adelante.

Los acuerdos fueron firmados en La Soledad, donde se había guarnecido Juárez por si los acreedores llegaban a Veracruz con ganas de cobrar las deudas a cañonazos.

Juárez sabía que potentes escuadras navegaban rumbo a Veracruz y decidió quitarse de en medio. Vació Veracruz y se largó. Cuando los barcos de los *cobradores del frac* llegaron a Veracruz, se encontraron que ni en la playa ni en la ciudad había liberal viviente.

No les quedó otro remedio que desplazarse hasta La Soledad, a unos trescientos kilómetros de distancia, para entrevistarse con el moroso.

La propuesta de Benito Juárez, fue muy clarita: «Francamente: no tengo ni un franco, no obstante, tengo intención de pagar si no me agobiáis con cañones. Como garantía os puedo ceder algunas ciudades para que las ocupéis. Siempre y cuando os ocupéis de lo vuestro y no metáis baza en mis asuntos».

Las negociaciones se estaban llevando a cabo prácticamente a espaldas de los futuros emperadores, y hasta es posible que ni Eugenia de Montijo supiese que su marido podía estar pensando: «Ojala que no les paguen(?)».

Mientras la *trampa* mexicana se estaba negociando, Maximiliano y Carlota recorrían medio hemisferio buscando ayuda y pidiendo opiniones. Decididos a escuchar con atención las ofertas de apoyo y con menor, o ninguna atención los consejos de que la aventura era de alto riesgo. Ellos lo tenían más que decidido. Menos de tres años nos duró el brillo italiano—respondía Carlota a los consejeros de: «¿dónde os vais a meter?»—, pero ahora es la Providencia la que nos ha otorgado la posibilidad de que Max pueda demostrar lo que es y volver a brillar.

Al llegar la noticia del firmado pacto de La Soledad, Napoleón III echa mano del diccionario de improperios y los suelta todos de carrerilla. «El Convenio, no es otra cosa que el reconocimiento implícito del régimen de Benito Juárez —brama—. Ello significa que el Imperio Mexicano se nos escapará de las manos».

No lo tolerará. Lo primero que hace es destituir al jefe de la expedición de cobro y manda al general Lorencez con cuatro mil hombres y la cabeza bien formateada.

Lorencez se encabrita con los firmantes por parte de Inglaterra y España:

—¿Cómo es posible que los aliados de Napoleón III puedan aceptar las propuestas del más bandido de todos los bandidos? ¿Qué será de la fe cristiana, de la civilización, del progreso, de la regeneración que el Imperio garantiza?

Los representantes de Inglaterra y España, vuelven del lavabo con las manos limpias y se limitan a decir: «Nosotros hemos venido a cobrar, lo del Imperio no es cosa nuestra». Casi salen a palos con el belicoso general francés que ha llegado inflamado de ganas de guerra.

Ingleses y españoles, salen de la reunión, se suben en sus barcos y ponen rumbo a Europa.

«La Montijo», intenta consolar al sobrino de Napoleón Bonaparte: «Mejor sin aliados, mon cheri—alienta la granadina emperatriz—. Los triunfos serán para nosotros».

El sobrino de Napoleón Bonaparte, dispuesto a demostrar a «su familia» que no le ocurrirá lo que a su tío José en España, donde le armaron, medio siglo atrás un dos de mayo decide emprenderla a cañonazos con los mejicanos, de Juárez. Para evitar que las efemérides coincidan —perdón por la chanza— el general Lorencez evita tomar contacto con el enemigo el día dos de mayo. Lo hace el día cinco.

Ese día de 1862, siete mil soldados de Napoleón III, a las órdenes del general Lorencez avanzan desde Veracruz a la capital casi sin encontrar resistencia y admitiendo en sus filas a todo opositor conservador que se les acerque. En una semana han recorrido la mitad del camino y llegan a Puebla.

Con cara de bobo se quedan los siete mil y pico cuando encuentran que en la ciudad no hay juarista a la vista. Todos los habitantes y las fuerzas de Juárez, están *reunidos*.

Los mexicanos, viéndolas venir, se han agarrado a los picos y palas y trabajando día y noche han logrado una barrera que consideran tan inexpugnable como la propia fortaleza de Guadalupe, tras la que aguardan la llegada de los *visitantes*.

El general Lorencez piensa que aquello es pan comido y sin siquiera estudiar el terreno da la orden de ataque y en un santiamén logra lo que no esperaba: que los mejicanos desde aquella batalla, cada año el día 5 de mayo, celebren su epopeya.

Las mal equipadas huestes del ejército mexicano, formadas en su mayoría por indios y mulatos, han plantado cara y armas al poderoso ejército francés y tras una cruenta batalla han obligado al general Lorencez a retirarse habiendo dejado atrás medio millar de muertos. Los vencedores están que ni se lo creen. Los orgullosos gritos de «Viva México» y «fuera los extranjeros», queman sus gargantas.

Los gritos del tercero de los napoleones, cuando se entera de la derrota, no llegan a Puebla, pero casi. Echando mano nuevamente del elenco de improperios contra el *inútil* del general vencido, le llama de todo menos valiente.

Borra de la lista de sus generales al fracasado Lorencez y envía a México a tres generales, por si alguno falla: Forey, Douay y **Bazaine.** Les encarga la «pacificación» definitiva de México, sin excusas ni pretextos, y pone a su disposición nada menos que veintiocho mil soldados.

Lamentablemente para los mexicanos, el trío de generales cumplió. Entre los soldados que el trío traía y los que quedaron útiles para las armas después de la batalla de Puebla, el general Forey dispone de treinta y siete mil hombres. ¡Y ciento setenta y seis cañones! ¡Así, cualquiera!

Llegar a Ciudad de México, no representó gran coste para las fuerzas de Napoleón III. Que ni siquiera hubieron de pasar por Puebla.

Benito Juárez, consciente de que nada tenía que hacer ante un ejército tan numeroso y bien pertrechado, decidió abandonar la capital, con su gobierno. Disolvió las Cortes y se dirigió a San Luis de Potosí, donde estableció los poderes de la nación; digamos, en republicano exilio.



# Max y Carlota de tournée

Realmente la casi imperial pareja, no hace el recorrido familiar para pedir consejo. Ambos tienen water clear lo que han decidido. Carlota le dará en los morros a su cuñada Sissi con la corona imperial de un territorio de dos millones de kilómetros cuadrados. Tres veces más que el de su cuñada. Y Maximiliano hará lo propio con su hermano Francisco José.

De todas formas y para tratar de obtener más consejos *metálicos* que de verbo, han decidido hacer sus «bolos» por los escenarios monárquicos. Visitan a familiares e influyentes personas en el imperio austriaco y en Bélgica. La mayoría de los consultados advierten a la soñadora pareja que se van a meter en un jardín con pocas rosas y muchas espinas. Sofía, la madre de su *niño* Maximiliano, trata de disuadirles; el rey Leopoldo duda, pero ve que nada tiene que hacer y finalmente cede. Le queda mucho dinero, pero poca vida, tiene un montón de años un heredero (Leopoldo II), una amante y no está el hombre para enfrentamientos con yernos.

Finalizada la *tournée* y con la mochila repleta de consejos disuasorios retornan a Trieste. «Cochina envidia es lo que hemos despertado» resume Carlota.

Con la cabeza repleta de consejos desalentadores y con Carlota decidida a no derrumbarse y perder la oportunidad de lucir corona imperial regresan a *Miramar*. Allí les espera el grupito de mexicanos monárquicos entusiastas de implantar un imperio en México. Son los nobles y hacendados conservadores que han tenido que abandonar el país bajo la presión de Juárez.

Aunque están en el salón azul, los visitantes tratan de poner el ambiente color de rosa. Ha llegado también el general Almonte, portador de una carta de Napoleón III en la que afirma y firma comprometerse a dar el máximo apoyo a Max. Además de dinero, Napoleón ofrece en su carta poner a su disposición los regimientos de Zuavos que necesite; esos bereberes procedentes de Argelia que han tomado el nombre de su tribu originaria *Zawäwa* para que suene mejor que bereber, supongo.

Los congregados asienten con la cabeza cada argumento que el general Almonte expone. Hasta jura que todo México está esperando al emperador.

Carlota, ya casi coronada, para sus adentros, se tira rápida al cálamo y hace saber a su hermano Leopoldo (futuro Leopoldo II) que está claro que la Providencia y los visitantes de México están convencidos de que Maximiliano posee las aptitudes adecuadas para ser emperador.

Maximiliano ha escuchado con toda atención lo que el grupito visitante le ha dicho y los ve tan entusiasmados que tiene la sensación de que puede apretarles las clavijas un par de vueltas más, sin que la cuerda se rompa. Pedirá todo lo que se le ocurra. Hasta un plebiscito, para ver si es verdad que los mexicanos arden en deseos de tener un emperador austriaco, pues aunque Carlota esté tan entusiasmada él no lo tiene tan seguro. Y eso

que no conoce la carta que el general Prim había escrito a Napoleón III.

Cuando el general regresó de Veracruz, donde había estado al mando de la escuadra española había escrito al emperador francés advirtiendo que no se equivocase, que los mexicanos, de sentimiento monárquico nada de nada, que el *nuevemesino* imperio de Iturbide no caló ni en los primeros barros de México, y que el verdadero sentimiento de los mexicanos es el odio a la monarquía y que la creciente corriente republicana no habrá quien la pare.

# Max se raja

Nuevamente, el emperador de Francia tiene un berrinche de esos que le producen sarpullidos hasta en la corona.

Pobre «Napo», acabarán con él. Sissi se larga a Madeira con su hermanastro, y aunque solo fuese para dárselas de machote aparentemente le ha puesto los cuernos, como comentan las malas lenguas. Su madre, que siempre está al lado de Maximiliano, le ha obligado a transigir en que su hermano tenga imperial podio en México. El general Lorencez, le ha dejado en ridículo en Puebla...

Y ahora, cuando el terreno está roturado y listo para sembrar, resulta que Maximiliano se raja. Adiós cosechas, con la ilusión que le hacía tener allí lejos especiales condiciones comerciales (que aún no ha especificado a Max).

El emperador y el casi emperador discuten. Napoleón habla duro a Max y se calla lo más duro entre paréntesis:

—Pero, ¿cómo te atreves (cacho ca\*\*\*\*\*zo) a decir que rechazas la corona de un Imperio donde te has comprometido a crear una dinastía (qué coños de dinastía vas a crear sin hijos). Es demasiado tarde, estás comprometido con México, con Francia y con la Casa de Austria (y conmigo que no pienso consentir que me jorobes mi futuro).

- —Mis razones tengo, «Napo». No puedo aceptar la corona, perdería lo que tengo.
- —¿Lo que tienes? Un castillo lleno de trastos edificado sobre un horrible peñón. (Este idiota se cree Luis de Baviera).

Maximiliano explica a Napoleón que su hermano Francisco José, le ha jugado una mala pasada y por ello ha decidido no aceptar la corona de emperador, por mucho que Carlota se empeñe en decir que le sentaría muy bien.

Ha recibido la visita del embajador de Austria, pero ésta vez no ha venido a ofrecerle una corona. Trae una carta, y se la entrega a Max diciendo:

- —Firmar alteza, por favor.
- —Ni loco firmo este chantaje amigo Rechberg.

Su hermano, le pedía por escrito lo que de palabra, vía Rechberg, ya le había pedido, pero que Maximiliano no había atendido. Ni pensaba atender.

Francisco José, le pedía «simplemente» que renunciase para él y sus descendientes a sus derechos a la corona de Austria, así como a la parte que algún día le pudiese corresponder de la fortuna familiar. En resumen lo echaba de casa, de la Casa de Austria.

—Todo está muy bien, pero este asunto lo has de resolver con tu familia. México te espera y hemos avanzado demasiado para que ahora te niegues a cumplir tu compromiso (a mí no me haces tú esta ca\*\*\*\*da).

Y como si fuese un eslogan dirigido a los motoristas para que se pongan el casco, pero refiriéndose a la corona imperial, se marchó con un: «Métetela en la cabeza».

Carlota, pese a ser ricachona y todo, no está dispuesta a quedarse en *Miramar* haciendo ganchillo, está loca por abandonar Trieste y decide que han de entrevistarse con el emperador de Austria, pues por muy emperador que sea, ella es hija del rey Leopoldo y como princesa tiene algo que decir. Desbarra un poquillo al exponer sus argumentos pero logra una reunión familiar.

Francisco José, acompañado de Sissi, uniformado para impresionar, como si de una parada militar se tratase, recibe a su hermano acompañado de Carlota.

Discuten la jugada, pues una jugada es, pero Francisco José más tieso que si se hubiese tragado el palo de una escoba, se mantiene en sus trece.

Deja que hable Carlota y proteste hasta límites casi inaguantables pero no cede. Carlota habla y habla, Sissi, no abre la boca y Maximiliano medita: «¿Qué se le ocurrirá a mi hermano hacer conmigo si no acepto marcharme lejos? Lo peor que se le ocurra, hasta tratará de quitarme *Miramar*. Me temo que no tendré más remedio que embarcarme. Por otra parte me hace ilusión y a Carlota mucho más. De la Casa de Austria me despachará de una forma o de otra».

Ensimismado en sus reflexiones, casi ni se ha enterado de todo lo que Carlota ha soltado a su cuñado. Cuando levanta la vista, choca con la figura en pie del emperador que con una leve inclinación les deja plantados y sale de la estancia sin ni siquiera esperar a Sissi.

La suerte está echada. No hay marcha atrás.



#### Rumbo a México

En *Miramar*, se celebra la «coronación casera» todos muestran sus buenos deseos al emperador. Se han puesto todos guapitos para cenar pero Maximiliano, se ve que ha tragado tantos

sapos de la especie «Habsburgo», que le han sentado fatal. Deja que sea Carlota la que presida la mesa y hace mutis por el foro.

Los sirvientes ya casi tienen preparada la chalupa que les ha de acercar al *Novara*, el barco austriaco que ha de llevarles a México. A la pobre chalupa, que no tiene culpa de nada, le han echado encima alfombras, flores, tapices y todo lo que han encontrado brillante. Es como un árbol de Navidad tumbado sobre el agua.

Dos días han de esperar los engalanadores de la chalupa y los triestinos que se han llegado a *Miramar* para vitorear y ver los guapitos que salen los emperadores.

Maximiliano sigue con su indigestión de sapos austriacos, franceses y mejicanos y se encuentra en muy baja forma anímica. El último sapo que se ha tenido que tragar ha sido el del plebiscito. El resultado del plebiscito es abrumadoramente favorable, le han dicho; los mexicanos están que ni duermen esperando la llegada del gran Habsburgo. No se lo ha creído, o mejor, sabe que no es cierto.

El doctor Jilek, que se ocupa de su salud, le ha recomendado que se tome un par de días de recuperación antes de subir a la chalupa; se ve que el doctor Jilek sabe poco sobre indigestiones de anfibios de ojos saltones. Se ocupa más de medicinarle contra *su otra dolencia*.

Finalmente el 14 de abril de 1864, después de haber pasado un quinquenio de obligada inactividad oficial en Trieste, Maximiliano y Carlota suben al *Novara* un barco sin marcha atrás. Entre los barcos que le darán compañía en el viaje, Maximiliano ve su querido *Fantaisie*, que no le acompañará, en el que ha pasado tan buenos ratos.

El viaje podría haber sido más corto, pero ¿cómo se van a ir tan lejos sin la bendición del Santo Padre? De modo que, hacen escala en Civitavecchia para visitar a Pío Nono. Pío IX, recibe a los emperadores con santa amabilidad. Con la prudencia que a un papa corresponde, evita exponer sus esperanzas de que Maximiliano devuelva algún día al clero todo lo que Juárez expolió. Seguramente el Santo Padre conoce la historia de México mejor que los emperadores recién estrenados y como más que informado informadísimo de lo que había por México, considerara que las posibilidades son escasas. De momento, no merecía la pena achuchar a los felices soberanos.

Durante los veintiocho días que restan para anclar en Veracruz, entre vómitos que van remitiendo, Carlota se dedica a llenar cuartillas y cuartillas programando todo lo que está dispuesta a hacer en México. Maximiliano también se va recuperando, pero más lentamente. De todas formas, el agua crucis les proporciona duros momentos.

La fragata *Novara* ha quedado cómoda y confortable después de su remodelación. Tras haber dado la vuelta al mundo a vela con sus tres mástiles y sesenta cañones, ha sido reformada para navegar a vela y vapor. Y para su singladura rumbo a México, convenientemente equipada, para transportar una imperial pareja.

Lo que no fue posible fue solicitar a Neptuno que planchase los mares para que la *Novara* se deslizase *sin baches* y hubo días que lo pasaron fatal.

Los desajustes físicos desaparecieron cuando Maximiliano, rememorando a Rodrigo de Triana, gritó: «¡Tierra a la vista!». Grito que a Carlota le sentó como el más eficaz de los reconstituyentes. Allí, ante sus ojos tenía Veracruz, México. Su imperio.

Los surcos faciales de Carlota se tensan como si le hubiesen practicado un *lifting* a bordo y a Maximiliano, la vista de su imperio le ha producido un estirón físico y anímico de los de comerse el mundo sin pasarlo por la barbacoa.

#### «Vía crucis»

Lo que para el ave que ocupa la franja central de la bandera de México tragándose una serpiente, águila real, pudiera ser dos o tres horas de vuelo, como de Madrid a Jaén (450 km), se convirtió para una pareja imperial en un *vía crucis* de quince días. Los primeros un poco decepcionantes.

Cuando la chalupa imperial recoge a los emperadores y los deja en el muelle de Veracruz, no hay ni un alma. No son los cañonazos de las salvas de bienvenida que han asustado a los habitantes. Carlota se pregunta si no será demasiado temprano para el horario mexicano. No es eso. Tampoco la gran tormenta que les ha recibido tumbando los arcos triunfales que para ellos se habían levantado. Es el *vómito negro* la peste de los Trópicos que mantiene a la gente encerradas en sus casas.

Los emperadores, los dignatarios que han recibido a la imperial pareja, la servidumbre y los baúles, son cargados en el tren especial que les llevará hasta La Soledad donde paran para comer y Carlota para escribir a su familia; como siempre con agua de rosas: «Esto es fantástico».

Después de comer, no hay siesta, pese a estar en el país donde es costumbre. De nuevo al tren para hacer diez kilómetros más hasta donde se acaban las vías. Trasbordo a seis coches que traqueteando *trepan* la escarpada ruta hasta Córdoba donde llegan a las dos de la mañana hechos trizas.

Carlota se agarra a la pluma: «Papá, estamos entusiasmados, hemos llegado muy tarde pero con luz suficiente para ver la frondosidad de estos lugares (cierto era) La gastronomía aquí es muy original. Cargada de especias que te hacen levantar el ánimo. El guacamole, los frijoles, los tacos y los burritos son exquisitos. Ya te contaré. Las gentes de nuestro séquito no tienen paladar. Nada de esto les gusta.

Carlota escribe, Maximiliano lee, por enésima vez, la nota que le hicieron llegar en Veracruz: A un hombre le es dado atacar el derecho de los demás... no escapará al del juicio de la Historia... Benito Juárez. Estoy aquí, no te olvides, es lo que Juárez realmente le transmite.

El viaje continúa hasta México, pero ya no resulta tan deprimente. Los vítores que reciben, los arcos triunfales que atraviesan... Todo el pueblo ávido de monarquía (escribe Carlota a Leopoldo I), las cenas con lo más florecido de la sociedad en todas las ciudades que hacen parada, son el mejor bálsamo para cerrar amargos momentos de dudas. El *Tedeum* ante la Virgen de Guadalupe y escuchar el *Domine salvum fac imperatorem* borra de sus mentes hasta el menor resquicio de vacilación. Cruzado el puerto del Aire, a tres mil metros de altura, aparece ante sus ojos la planicie de México con aquellos lagos que trescientos años antes habían dejado estupefactos a los conquistadores españoles.

Chorreando vítores por los cuatro costados llegan a la impresionante Ciudad de México henchidos de gloria.

Una vez traspasadas las escarpadas montañas y con los ojos irritados de tanto mirar fuegos de artificio y los oídos atrofiados de salves (de cañón, no de capilla) llegan al Palacio Nacional, tantas veces ocupado y tantas veces evacuado desde los tiempos del virreinato, que habiendo cada uno de sus *inquilinos* hecho modificaciones a su acomodo, a la llegada de Maximiliano aquello está hecho un desbarajuste decorativo.

Al emperador del segundo imperio, dada su afición a tirar paredes y coleccionar trastos, no le llevó mucho tiempo en poner el Palacio Nacional como un verdadero palacio imperial, como lo rebautizó. Quizá tiempo no, pero ¿dinero?

Lo cierto es que quedó listo para bailoteos y recepciones muy pronto. La flor y joya de la ciudad, no se cansa de elogiar el talento del guapo emperador austriaco cuando con sorpresa ven en lo que Max ha convertido el *chamizo*.

El ambiente es tan encantador que hasta se *liga* y todo. El general francés Bazaine, encargado de despachar a Juárez a empujones, y de admitir en sus filas cuanto más desertores mejor, está que no cabe en su uniforme de gala. Ha logrado que Juárez se desplace con sus tropas al Norte y promete que en un próximo empujón lo sacará del país. Mientras se vanagloria en tertulia de sus éxitos, sus ojos se posan en la muchachita más linda de la reunión; tiene diecisiete años se llama Pepita de la Peña y es hermosísima y de buena familia. El maduro general, se enamora como un *cadete cincuentón* hasta el extremo de dejar un poco de lado sus responsabilidades guerreras. Motivo por el cual, Carlota, no Maximiliano, que tiene las pilas a plena carga le llama la atención.

Pepita de la Peña y el general, terminan en los altares y aunque Max no esté muy de acuerdo, si lo dice Carlota, así sea. Apadrinan a la pareja y pese a que Bazaine no para de criticar a Max como derrochón de gastos inútiles, admite como regalo de boda el palacio de Buenavista. Max a su vez, critica al general de inepto.

Valses —vieneses, claro — banquetes con exhibición de cubertería, porcelanas y champán color de rosa (la última moda). Lo que más satisface a Maximiliano, son las asomaditas al balcón que da a la gran plaza de El Zócalo, denominada oficialmente Plaza de la Constitución en homenaje a «la Pepa» de Cádiz, que tiene tal capacidad que en una ocasión, en tiempos anteriores, pudo acoger veinte mil muertos. El *pacificador* recibe desde el balcón el frenesí, el delirio de los congregados que no hay forma de que cesen de vitorear. Frenesí, arrebato, entusiasmo... testimonia Carlota en sus cuartillas.

¡Pedazo de plaza El Zócalo! ¡Cómo le habría gustado a nuestro rey Plazuelas, José Napoleón I, disfrutarla!

Carlota continúa buscando nuevos *piropos* para elogiar a su querido Max en la cresta del imperio. Pero le intranquiliza la pasividad que muestra el general Bazaine. Desde que se ha enamorado, no hay forma de que salga a pegar tiros.

Espoleado por la emperatriz, Bazaine se pone el correaje. Sus tropas se dirigen hacia el Norte arrollando todo lo que encuentran y hasta Zacualtipán arde en llamas. Ha logrado que Juárez, con los pocos fieles que le quedan, y después de enviar a su familia a Estados Unidos, salga en retirada hasta Chihuahua. Bazaine regresa ufano y hace oídos sordos a las críticas que acusan sus acciones como atrocidades.

## Chapultepec

Maximiliano y Carlota tienen mucho trabajo, pero a Maximiliano le queda tiempo para ir a colgar cuadros y colocar cachivaches en la nueva residencia. El palacio imperial es incómodo, sirve para el trabajo pero no para el ocio. Encuentran un antiguo palacete, residencia de verano de los virreyes españoles, en Chapultepec a pocos kilómetros de distancia y deciden convertirlo en su *dulce hogar*. Cuando Max ve el mal estado en el que el palacete se encuentra, casi grita de alegría. ¡Cómo se lo pasará restaurando y decorando! Puede que para ello tenga que pedir un préstamo y que Bazaine le criticará, pero más derrocha él, se justifica.

Para el verano de 1864, ya está listo el palacete para ser habitado y se han iniciado los trabajos del gran paseo que pretende hacer hasta el centro de la ciudad al que llamará Paseo de la Emperatriz.

¡Cómo le cunde el tiempo a los emperadores austriacos! A finales de mayo estaban echando anclas en Veracruz y antes de que termine el verano ya han estrenado casita nueva.

Maximiliano, casi sin haber terminado de colocar los cachivaches, decide que es conveniente hacer unos «bolos» de promoción por el norte, hay que dejarse ver para ganar adeptos. Carlota está ilusionadísima con el viaje, pero su amado Max la deja en casa; caminos tortuosos, bandoleros detrás de cada árbol...

Intenta Carlota explicar a su padre que alguien ha de quedarse en casa, que ella ha de estar presente en los consejos, que Max ha de viajar deprisa para llegar lo más lejos posible... Todo lo que su amado le ha dicho.

Una vez más, Carlota se sobrepone al chasco que su Max le ha dado y asiste a los consejos, donde descubre su propia capacidad y percibe que sus opiniones son recibidas por los consejeros como muy atinadas.

Durante la larga gira de Maximiliano, Carlota afronta las dificultades propias de su «regencia» y solventa con acierto la mayoría de ellas. Especialmente, las concernientes a la economía. Pero no todo son dificultades económicas también las hay de otro calado.

Cuando más *ordenados* cree tener sus asuntos, recibe el sobresalto; Napoleón III le anuncia que retirará diez mil soldados de sus tropas de ocupación. No es preciso que Napoleón se justifique, ella intuye el porqué. Y acierta.

Napoleón III ha recibido un mensaje de «Un Sitio Americano» en el que le advierten que puede ir considerando que ha perdido la partida, que México le gusta mucho a los de USA y que se lo quieren quedar.

La «regente provisional» asume la situación: volverá a obligar a Bazaine a que se ponga el correaje y salga de esa laxitud en la que se encuentra. Aunque después sea criticado por Max de que gasta demasiado en pólvora y por los propios oficiales de que sus medidas son atroces. El creciente número de ladrones, «censados», alcanza la cifra de cien mil, y se han metido en las

ciudades y roban y saquean las casas particulares. Mano dura pedirá al general.

Por otro lado, están los curas. Carlota tiene más de su ateo abuelo Luis Felipe y de los Orleáns, que se dicen ser librepensadores que Maximiliano educado en la Casa de Austria. Topar con el clero, no le apetece. El ceremonial eclesiástico da mucho lustre al imperio y es conveniente pero ella considera que la religión son pasiones políticas y económicas. No ve con malos ojos la confiscación de los bienes del clero llevada a cabo por Juárez y cuando se *embala* no se corta en decir que los curas son mandarines que actúan con rapacidad como señores feudales.

Estos improperios que lanza contra los prelados cuando se irrita, se han acrecentado al recibir la noticia: «Un enviado del papa viene de camino».

Entendiendo que viene para discutir sobre la devolución de los bienes del clero, Carlota se aprieta el refajo. «Llegaremos a un acuerdo con el nuncio y si no hay acuerdo seguiremos sin él». Y así se lo hace saber a Maximiliano, que continúa su gira de promoción por el norte del país.

No solo llegan malas noticias al palacio imperial. Leopoldo I, su padre le anuncia un regalo: soldados para que se monte una lujosa guardia imperial, acorde con su rango. Napoleón III anuncia que autoriza al Imperio Mexicano a que reclute voluntarios en Francia que tengan ganas de jugarse el tipo en México, y la más alentadora: Maximiliano anuncia su regreso.

Deseosa de abrazar a su emperador, Carlota escribe una de las más melosas de sus cartas, comunicando a Max que saldrá a su encuentro.

Carlota, podría iniciar sus cartas con el formulismo convencional de: *A quien pueda interesar...* pues como si desease dejar huella sigue *enjabonando* sus escritos y elogiando a Maximiliano cual doncella enamorada.

Por si fuese verdad lo que Max le había anunciado sobre los peligros de los caminos llenos de bandoleros, se hace acompañar por una procesión de lujo en la que se le da baza a Bazaine —recién ascendido a mariscal de Francia— y sale en busca de su admirado emperador. El desplazamiento es largo y el viaje de la *procesión del encuentro*, ha llevado unas jornadas pero no importa, al final la pareja se abraza y todo el mundo aplaude.

El regreso también se lleva su tiempo, pero no hay prisa, México está prácticamente «pacificado» en su totalidad. El mariscal Bazaine lo afirma, Maximiliano lo duda.

Las campanas al vuelo en todas las iglesias, reciben a los emperadores. La llegada triunfal a México ha sido apoteósica. Ni un alma se ha quedado en casa.

Carlota, presenta a Maximiliano las cuentas y los resultados de su «regencia» y Maximiliano la felicita pero sin poner demasiado énfasis en la felicitación.

Es posible pensar y hasta es posible acertar, que Maximiliano se siente superado por la emperatriz.

El regalo de papá, Leopoldo I, llega a fines de noviembre a Veracruz. Son los voluntarios más majetes que se han encontrado en Bélgica; todos jóvenes y apuestos metidos en sus elegantes uniformes de campaña con sus gorros blancos. Carlota contará con una guardia imperial de las de hacer aplaudir cada vez que forme para el relevo.

El batallón de África, los Céfiros, los legionarios austriacos enviados por Francisco José para ayudar a su hermano y los propios soldados de Maximiliano, reciben a los apuestos belgas con los brazos abiertos.

El comandante que los comanda, tiene fama de no obedecer ni a Dios ni al diablo y le gusta mostrarla. Un tipo peculiar llamado Alfred der Smissen que le ha caído a Carlota tan fenomenal que ni lo menciona en sus cartas... Su impresión sobre Smissen, se la queda para sus adentros. A principio de diciembre, llega la anunciada visita de Meglia, nuncio de Su Santidad. La pareja imperial, sabe muy bien a lo que viene: a exigir que se restituyan los bienes del clero expoliados por Juárez.

Maximiliano ha preparado un concordato para llegar a acuerdos con la Santa Sede en el que nada se menciona de los bienes terrenales pero sí se deja claro la libertad religiosa.

Meglia puntualiza con claridad meridiana a qué es a lo que ha venido: restitución inmediata de todos los bienes del clero y nada de tolerancia de cultos, solo se reconocerá el catolicismo.

Ante tal posición, Maximiliano decide pasar el asunto a un consejero para que convenza al nuncio. Pero nada logra. «Yo no he venido con instrucciones de negociar. He venido a hacer respetar la voluntad del Santo Padre».

Carlota recibe al monseñor en un intento de suavizar la situación, pero el nuncio es de brazo rígido. No lo tuerce.

Maximiliano, se pone de mala oblea y no se le ocurre otra cosa que promulgar un decreto que no es ni más ni menos que el decreto de Juárez nacionalizando los bienes del clero.

Esto ya no es topar con la Iglesia, esto es darse tal choquetazo frontal del que le será difícil recuperarse.

### Punta «Hombría»

Maximiliano ha decidido sacar punta a su hombría y por boca de sus fieles austriacos, ha hecho correr la voz de que Carlota es estéril. Sabido es que en aquella época, el diagnóstico universal de los matrimonios sin hijos era siempre el mismo: la mujer es estéril.

Pero, ¿a santo de qué le ha dado a Max por lanzar su hombría a los cuatro vientos? Todo tiene su razón.

El mosqueo sobre la convivencia de la extraña pareja, cunde de boca en boca. Los criados, de ambos sexos, no callan comentando que la imperial pareja no hace vida común más que en la mesa y pocas veces.

Los soldados franceses, hasta los que llevan galones, no hacen más que soltar mofas sobre el mejicano Miguel López, el rubito y guapo general que acompaña a Max y que en cuanto Maximiliano le echó la vista encima, en Veracruz, le nombró jefe de la escolta imperial y que no pierde ocasión de caracolear en su montura delante del emperador para que se fije en él.

Los panfletos republicanos, no hacen mofa. Atacan divulgando que Maximiliano sufre una enfermedad vergonzosa, que ha contagiado a la emperatriz y por eso es estéril.

Su más *cercano* servidor, esa especie de *Tarzán* brutote al que por tener un nombre impronunciable, Scherzenlechner, le han apodado el *Gran Mu* (la gran vaca), inseparable del emperador durante tanto tiempo, ha montado un circo por haber perdido *cercanía* con el emperador y se ha largado a Europa.

No sin antes decir aquello de «Si yo hablara...» o «Si yo tirase de la manta...».

Despedida nada original y generalmente utilizada por los descabalgados.

Convenientemente extendida la noticia de que Carlota es estéril, Maximiliano anuncia que resignados a no tener sucesor han decidido adoptar uno.

La servidumbre, se pone contentísima. No es debido a que Carlota pueda ser madrastra, es poder cotillear: ¿habrá sido infiel Maximiliano a su mujer y tendrá un hijo secreto?

No. Se trata de que Maximiliano ha decidido *comprar* un heredero. Se busca mercado en América donde el kilo de heredero debe de estar a unas doce mil piastras, y el peso de un niño de dos años y medio, debe de ser de unos doce kilos. Ciento cuarenta mil piastras es lo que su mamá acepta como precio final.

El niño lleva el apellido Iturbide y de nombre Agustín. No es hijo del famoso emperador de corta duración, Agustín I, que no tuvo descendientes, es sobrino. Y como niño de dos años y medio, es encantador. Para que no se críe solo le buscan un compañero, un primo llamado Salvatore.

Carlota, tiene el detalle de ir personalmente a recoger a la parejita. Y el padre Fischer, al que más adelante encontraremos, bendijo la decisión que él mismo había sugerido.

Once meses después..., como se suele indicar en las películas un cambio de período, se produce un cambio en USA.

El 9 de abril de 1865, el general Lee, comandante de los sudistas, se rinde al general Grant de los nordistas, con lo que se da por concluida la Guerra de Secesión.

Lincoln, el primer presidente republicano de Estados Unidos, reelegido en 1864, promete que no habrá más guerras, mientras él sea presidente.

Días después mientras asistía al teatro Ford, es asesinado en el palco. Aparejada a la trágica noticia, llega la del secretario de Estado, Seward, que *también* ha sido asesinado y por lo tanto, el vicepresidente Johnson sucederá automáticamente a Lincoln.

Carlota, en cuanto tiene noticia piensa la que se les puede venir encima, pero aparta el negativo pensamiento, se vuelca sobre sus cuartillas y llena páginas escribiendo «el cuento de la lechera» para *leerlo* ante el consejo. Maximiliano anda una vez más por esos mundos mundanos y ella «regenta».

«De la derrota del Sur, saldremos beneficiados. Dejemos venir a todos los sureños que han de salir huyendo. Démosles las tierras que Juárez ha confiscado a la Iglesia; trabajarán, roturarán los campos y desarrollarán provincias enteras, arrastrarán a los indígenas en su empeño y estabilizarán el país».

La voz disonante, no falta: «¿Y con los negros qué hacemos?».

En los apuntes de Carlota también está resuelto el problema de *color*. «Vienen con sus amos voluntariamente y permanecerán junto a ellos, les daremos un trato especial ya que esclavos no son. Ustedes —dirigiéndose a los ministros—tendrán que presentarme decretos en los que a los negros se les dé el trato de menores y las personas para las que trabajen habrán de ocuparse de alimentarlos y vestirlos adecuadamente».

Resuelto el problema de blancos y negros —para ella— redacta una carta de pésame para los asesinados y de buenos augurios para Johnson, pide que Max la firme y envía a Washington a Mariano Degollado para que la entregue en mano. Degollado ha regresado el recadero, incapaz de abrir la boca por el corte que le han dado en Washington. No, perdón: el recadero, Mariano Degollado, ha regresado incapaz de abrir la boca por el *corte* que le han dado en Washington. Entrega a Carlota la carta sin abrir y balbucea el mensaje recibido: «Estados Unidos sólo reconoce la República mejicana».

O sea, que del Segundo Imperio, no quiere ni pésames.

## Abdico, ¡no abdico!

En Cuernavaca, Maximiliano trabaja duro en las cosas del imperio, y en ratos libres se dedica a replantear reformas para el castillo de *Miramar*, para que si algún día vuelve a habitarlo esté todo a su gusto.

A Carlota, le ha cortado sus intervenciones reduciéndola a *florero* en los consejos. Y le ha dado el encargo de coleccionar objetos para la Exposición Universal de París que ha de celebrarse al siguiente año.

¡Abdico! Ha exclamado Maximiliano cuando es informado de la real situación, rompiendo su placentera estancia en Cuernavaca.

Los soldados, pasan hambre, no se les paga y algunos desertan para ver si en el otro lado pueden comer mejor. En el Sur, Oaxaca resiste como puede el acoso del líder Porfirio Díaz, dispuesto a recuperar la ciudad que Bazaine había conquistado. Por el Norte aprieta Juárez con armas americanas de contrabando y «voluntarios» enviados por Washington para dirigir las tropas. En Hermosillo han caído treinta soldados franceses...

Almonte, enviado a París para pedir a Napoleón III que retrase la retirada de las tropas, regresa con el recado de que lo que hará es acelerar la retirada. (Los americanos aprietan). Y que el emperador francés lo que quiere es que se le abone una parte de lo recaudado en aduanas, como garantía de todo lo que Maximiliano le debe.

«Abdicar es de viejos caducos. No es propio de un príncipe de treinta y cuatro años rebosante de vida y con todo un porvenir a la vista... Hay que conservar el imperio...».

Lo menos una docena de cuartillas de latigazos ha hecho llegar a su amado Max, que tras la literal fustigación de Carlota, suelta el «¡No abdico!». ¿Pero cómo hacer?

«Tú veras, se atreve a decir a Carlota que lo tiene subyugado». Y Carlota parte con destino a París segura de que los enviados, Éloin, Almonte y Loysel no han hecho bien su trabajo y que ella convencerá a Napoleón para que no se lleve sus soldados a casa.

## París y Roma

La imperial caravana; con personajes destacados, personal de servicio y destacamento de escolta se pone en marcha. Al pasar por Río Frío, Carlota rememora el trágico final del barón de Huart, amigo íntimo de su hermano Felipe. Enviado a México por el nuevo rey de Bélgica, Leopoldo II, para plantear asuntos de herencia surgidos a la muerte de Leopoldo I.

El barón, tuvo la mala ocurrencia de continuar su viaje de regreso sin escolta y al entrar en un desfiladero, una docena de *individuos*, bandoleros, bandidos, desertores, disidentes o sabe Dios qué, atacaron contra los belgas y acabaron a tiros con el barón.

La imprudente decisión de viajar sin escolta, se debió a que precisamente en aquel paraje llamado Río Frío, debía de haberse efectuado el cambio de escolta pero al llegar Huart y su pequeño séquito, el destacamento de relevo no estaba. Los soldados franceses dieron la vuelta y dejaron al barón sin amparo. Qué cosa tan rara, ¿no?

La imperial procesión, llega a Veracruz, cargadita de vivas y laureles y embarca en el *Imperatrice Eugenie*, que la llevará a Europa. No hace demasiado caso a los cánticos que los mejicanos le cantan aludiendo a que *la paloma no volverá*. Ella, a los que más cerca tiene les asegura que en tres meses la verán de nuevo. Al ver la bandera francesa como enseña del vapor, se niega a embarcar hasta que es izado el pabellón de México

A los tres días de viaje, parada en una colonia española: Cuba. La reciben veintiún cañonazos de los que hacen ¡pum! al aire y el corregidor y el arzobispo que suben a bordo. Ella no abandona el barco. Pide «jabón de escribir» y deja unas cuantas hojas escritas para Maximiliano. Para el futuro probablemente. Luego, consume el tiempo leyendo los anuncios de una subasta: «Quinientos pesos por un cocinero, doscientos por un cochero, cien por una nodriza, cincuenta por un esclavo enfermo...».

Durante la larga travesía Carlota celebra sus «bodas de agua» en el Atlántico —nueve años lleva al lado de Maximiliano (a ratitos)—. Max no está a su lado. A causa de su crónica disentería u otras dolencias de *más bajo alcance*, solo pudo salir a decirle «adiós» cuando Carlota emprendió el viaje. Por otra parte, sabemos que a Maximiliano no le gustaba mucho

viajar en su compañía. Eso sí, desde Chapultepec, le telegrafía un correo de los de enmarcar y que el que lo lea sepa lo que es amor: «ángel mío, estrella de mi vida...».

El 8 de agosto la emperatriz de México y el *Emperatriz Eugenie* anclan en Saint-Nazarie, Francia claro. De los dieciocho mil habitantes, solo tres chiquillos y dos cotillas han llegado a curiosear al muelle. La chalupa, con el general Almonte representante del imperio mejicano en París y su esposa, se acerca al barco. En una segunda chalupa llega el alcalde a dar la bienvenida a la magna visitante.

Carlota cose al alcalde a preguntas: «¿No está el prefecto? ¿No hay tropas para rendir honores? ¿No hay recepción oficial?». El alcalde no sabe qué responder. Invita a Carlota a dar un paseo por la ciudad y tomar un refresco. «Quiero salir inmediatamente para París», es la respuesta de la emperatriz. «No tenemos el tren dispuesto, habréis de pasar aquí la noche». «¿Dónde están los coches para ir al hotel?». «No tenemos».

En un simón, llegan al hotel Carlota y su dama de honor. El resto a pie. No llueve, pero el *chaparrón* ha sido de los que calan en el alma.

Desde el mediocre hotel en Saint-Nazarie, Carlota solicita audiencia a Napoleón. Y como respuesta recibe otro chaparrón: «He regresado malito de Vichy, y no me es posible recibiros. Sería mejor que fueseis primero a Bélgica a saludar a los vuestros mientras me recupero». Napoleón quiere quitársela de encima.

Por si fuese poco, recibe la visita de su representante, Almonte, que le trae noticias de que Austria ha sido atacada por Prusia. Una gran derrota en Sadowa, la guerra de los siete días, que le ha costado a Austria veinticinco mil muertos y veinte mil prisioneros y se ha visto obligada a firmar la paz.

Con el ánimo por los suelos, Carlota sube al tren que la llevará a París y en pocas horas llega a la estación de Montparnasse donde la espera un grupito de mejicanos. Por parte de

Napoleón, ni siquiera un coche. Napoleón no tiene la menor gana de encontrarse con la emperatriz. Carlota, herida en lo más hondo, se aloja en el *Gran Hotel*, donde recibe las disculpas del general Genlis, ayudante de campo de Napoleón III. Se le había encargado recibir a la emperatriz con los coches de la Corte, pero se ha equivocado de estación y ha ido a buscarla a la estación de Orleáns. Carlota, por educación y por el mensaje que trae, no suelta un taco contra el *despistado* general. «¿A qué hora tendrá a bien vuestra majestad recibir mañana a su majestad? «A la hora que desee». Responde secamente Carlota.

Pasado el mediodía, llega el cortejo imperial al hotel. Las dos «hermanas» se abrazan, Carlota saluda al séquito de Eugenia y Eugenia al séquito de Carlota. Suben a la suite de Carlota y ante un antiguo reloj y dos jarrones como testigos, se escanean mutuamente. Como es natural una y otra descubren todos los defectos del paso del tiempo. Charlan sin ganas hasta que Carlota le entrega el voluminoso memorándum que ha escrito para que se lo entregue a su marido.

- —¿Cuándo podré devolveros la visita? Dispara Carlota harta de decir y escuchar simpladas.
  - —Pasado mañana, si le parece bien a vuestra majestad.
  - —Y al emperador, ¿podré verlo también?
  - —El emperador se encuentra muy mal.

Con refinadas palabras, como es menester, pero con toda la mala leche que se puede acumular en tal situación, Carlota se dispara:

—Mira nena, pasado mañana es domingo. Deseo verlo mañana mismo, si no, me plantaré en Sant Cloud sin más protocolo. ¿Vale?

La pompa monárquica, ha sacado a Carlota de su hundimiento. A su llegada a Sant Cloud, los tambores redoblan, las trompetas resuenan, los soldados se ponen firmes, los oficiales inclinan sus sables... Es lo que le gusta. Vuelve a sentirse empe-

ratriz de México y mientras asciende hacía el despacho de Napoleón, después de haber abrazado a Eugenia, repasa mentalmente todo el memorando que contiene las instrucciones de su amado Max, que de tanto releerlo se lo sabe casi de memoria.

Napoleón III la recibe en su gabinete de trabajo con toda cortesía y hasta con cierta admiración. Carlota somete al emperador a su escaneo. Hace dos años que no se han visto y Carlota encuentra que ha perdido mucho. Las piedras de su vesícula que le traen a mal traer al monarca y las pedradas que le tiran desde USA para que abandone el segundo imperio mejicano le han mermado notablemente. Se acerca a los sesenta años —ella cuenta treinta y seis—. Solo el empaque que le da su uniforme de gala, salva en parte la prestancia del mujeriego emperador.

Sin permitir interrupciones, Carlota expone su alegato de un tirón. Destacando que en tres años de guerra el comandante de los franceses, Bazaine, no ha hecho más que gastar una fortuna y mostrar su incapacidad para formar un ejército francés. Pone al gran Napoleón a caer de un burro, sin el menor miramiento, pero no encuentra resquicio por donde entrar a buscar la solución para que Napoleón III cumpla su palabra.

El espíritu del profeta Jeremías que anunció la ruina de la Ciudad Santa seiscientos cincuenta años antes de Cristo se apodera del gran emperador Napoleón III y a dúo con su *plañidera* Eugenia Iloran.

Carlota, una vez bien fustigado el emperador, anuncia que no se quedará ni a comer y exige ser devuelta al hotel.

Napoleón, como toque final ofrece a Carlota la posibilidad de que tenga una reunión con sus consejeros. Nada resuelve, la posición de éstos ha sido menos llorona pero más dura que la del propio emperador: Francia ha perdido todo interés por México.

Diez días de calendario y diez libras de su peso ha perdido Carlota en París. Nada de vida mundana, ni recepciones. Su desahogo se limita a escribir a Maximiliano y con profusión de detalles ponerle al corriente del vapuleo que le ha dado a Napoleón III y la esperanza de que con el papa resolverá, pues está decidida a arreglar el asunto en Roma.

Una vez más, Carlota se repone de su fracaso. Está decidida a arreglar el asunto en Roma. El papa, tendrá que escucharla. Ganas le dan de salir haciendo *footting* hasta Roma para *enfrentarse* al jefe de la Iglesia, pero no tiene más remedio que regresar a Trieste y esperar audiencia. La agenda papal se supone que está llena.

Mientras espera que Napoleón le prepare un tren especial para retornarla a Trieste, recibe la visita de Alicia Iturbide, la madre del pequeño Agustín que Maximiliano adoptó y que viene dispuesta a rescatarlo. ¡Está Carlota como para hablar de niños! Se reviste de altivez y recibe a la madre rescatadora. «Tendréis que devolverme a mi hijo». «Tendréis que devolverme el dinero que se os pagó por él». Pocas palabras más. «Escribir al emperador». «Ya lo he hecho veinte veces pero no me contesta».

El tren especial, se detiene en la pequeña estación de Miramar. Los jardines la reciben con un estallido de flores. Ella no quiere ver a nadie. Come a solas y solamente se deja atender por su doncella Mathilde Doblinger.

El telegrama que recibe de Maximiliano, no contiene espumas amorosas. «La situación moral es buena», pero «la situación militar es caótica». Hemos perdido Tampico, Monterrey y muchas otras ciudades, los «disidentes» (así los llama Max) acosan Veracruz y Jalapa...

A Carlota, no es necesario que Max le explique: Bazaine es un inútil, un derrochador y un miserable... Es lo que Max le habría «aclarado».

Por fin, llega el telegrama esperado. El papa recibirá a la emperatriz. Para Carlota la noticia es como un estimulante, se pone algo nerviosa pero emprende el viaje dispuesta a resolver

nada menos que el mantenimiento de un imperio. Está algo *machacada* pero no deprimida. Esta mujer de hierro tiene una increíble capacidad de reponerse.

El viaje hasta Civitavecchia, ha sido algo penoso, un ataque de epidemia obliga a que los viajeros procedentes de Trieste permanezcan en cuarentena en Venecia. Carlota ha querido acortar el tiempo y decidido tomar un atajo. Pero, ¡qué atajo! No escucha a nadie y toma el tren hasta Marburgo, Austria. Otro tren hasta Villach, en Carintia, desde donde continúa viaje en diligencia, atravesando Los Alpes y entrando en Italia. En el albergue donde han de pasar la noche, los más cercanos a la emperatriz se atreven a comentar «Esta mujer ha perdido el juicio». Razón no les falta. Ha confundido a un organillero con un general austriaco, ha llamado ladrón a un oficial de su séquito, luego se ha encerrado en su habitación.

A la mañana siguiente, aparece perfectamente arreglada y dirigiéndose al conde del Valle, su gran chambelán, le comenta: «He estado enferma». Podemos partir.



Ha pasado un mes desde que Napoleón III ha mandado a la insistente Carlota a su casa, a la que en el fondo admira por su indomable energía, y de nuevo la emperatriz se alza sobre su desgracia. En la estación de Roma es recibida por una delegación de cardenales y guardias de relucientes corazas. Protegida por un ceñido cordón de policía, es conducida al *Albergo di Roma* donde le han reservado una planta entera. Deferencias que tanto aprecia y disfruta.

A primera hora de la tarde, recibe la visita del cardenal Antonelli. No viene a bendecir a Carlota con agua bendita, pero sí le trae un buen jarro de agua fría.

El secretario de Estado, primer ministro del Vaticano, se apea de su suntuoso coche y antes de entrar al Albergo donde Carlota espera a pie de escalera, entre dos lacayos con encendidos candelabros, se toma un tiempo dando de besar a los curiosos uno de los anillos de su colección, única en el mundo. Se comenta que tiene un anillo para cada día. Luego, arrastrando la capa magna asciende a la planta noble seguido de Carlota y los lacayos que hacen de cirial.

Una vez acomodados en un saloncito, Carlota intenta explicar al cardenal el innoble comportamiento de Napoleón III, el emperador francés que tanto protege a Roma. Pero el Cardenal Antonelli, no ha venido a escuchar lamentos y no le da cuartel.

¿Un concordato con el imperio de México? Por supuesto que sí, pero ¿por qué el emperador Maximiliano no ha devuelto los bienes del clero? ¿Por qué se ha proclamado esa tolerancia religiosa, que da opción a todo tipo de herejías?

Conversan un rato más en la dirección que el cardenal traza y se despiden tras el anuncio de que Su Santidad recibirá a la emperatriz, que el cardenal ha dejado debidamente desorientada.

Carlota está habituada a los grandes recibimientos, pero lo que ven sus ojos al apearse del coche en la entrada de los palacios vaticanos, junto a la Basílica de San Pedro, le abruma. Los grandes cargos vaticanos, que ostentan las más notables familias vestidos a lo Felipe II, con gorgueras blancas y pantalones bombachos, los guardias suizos con sus coloridos uniformes con los colores del Vaticano, diseñados por Miguel Ángel, la púrpura de los cardenales... la impresiona. Se ha vestido de negro y cubierto su cabeza con mantilla, como el protocolo exige y como si echase de menos sus pomposos vestidos y sus joyas, en un intento de suplirlos se yergue y recoge su mantilla sobre el pecho, con un gesto de ¡Aquí estoy yo! Pero lo que no escapa a los ojos de su chamberlain, es el rictus que sus labios

muestran. Está fatigada, o quizás algo más, considera el conde del Valle, que ha vivido a su lado inesperados momentos.

Al entrar en el salón del Trono, donde el Padre Santo la espera, Carlota siente que su fortaleza se derrumba. Rodeando al papa, sentado en su Trono bajo un dosel están los cardenales, y alineados contra la pared otros miembros de sus corte.

El papa, se pone en pie para recibir a la emperatriz y cuando esta se inclina para besarle la mula<sup>7</sup> se lo impide dándole a besar el anillo pontificio.

Carlota al levantarse, acerca su rostro al papa y le murmura: «Santo Padre, salvadme me han envenenado»

Podríamos decir, que así finaliza la historia de Carlota de México, pues todo lo que llegó después es la gran tragedia de la que ella a penas se enteró durante los sesenta años que le restaban de vida.

Nueve largos años han trascurrido desde el «Sí, quiero» de Maximiliano al «No puedo» de Napoleón III, durante los cuales Carlota se ha esforzado en mantener adecuadamente compartimentados sus *hemisferios* cerebrales.

Ha logrado sobreponerse al egoísta, despectivo y un tanto raro carácter de Maximiliano. Se ha esforzado en dejar testimonio *jabonoso* del amor que el mejor de los hombres siente por ella y como ella reverencia todo lo que su bienquerido esposo hace. Se ha lamido las heridas de todos los desprecios sufridos sin dar la menor muestra de decaimiento. Ha cumplido con soltura y acierto con todo el ceremonial que su rango exige. Ha mostrado su sorprendente capacidad organizadora cuanto ha tenido que hacer las funciones de «regente» y ha sabido callar

<sup>&</sup>lt;sup>7</sup> La mula, entonces: tres genuflexiones antes de besar la pantufla del papa, de terciopelo rojo con las armas pontificias bordadas en oro.

<sup>«</sup>Santo padre, salvadme, me han envenenado» ha murmurado Carlota al levantarse.

cuando Maximiliano, sin duda celoso por su mostrada capacidad, le ha quitado los poderes dejándola de lado.

Todo lo ha llevado con sumisión y entereza, haciendo de tripas corazón en los momentos más humillantes y sacando energía de su interior cuando se ha tratado de defender responsabilidades o defender al emperador.

Casi una década ha estado recibiendo golpes en todos los compartimentos. Pero finalmente, los últimos asestados por Napoleón III y Pío Nono, ha derribado toda la compartimentación y de los escombros ha emergido la locura.

Los más allegados buscando su *momento de gloria* periodística, y sin el menor atisbo de caridad hacía la «brava» Carlota, se han cebado en comentar situaciones del pasado, en las que según ellos, ya había dado muestras de su enajenación mental.

Cuentan a los periodistas el suceso en un orfanato cuando metió la mano en una cazuela hirviendo para sacar una tajada y comérsela. Cuando en una ocasión se tiró al suelo en un ataque de histeria y todo lo que se les ocurre *rebobinar* sea verosímil o fantasioso.



No es agradable, pero hemos de seguir. La Historia es la historia.

El Santo Padre, ha recibido el funesto mensaje con templanza —es posible que por estar informado de desvaríos anteriores— y con santa voluntad, pide que Carlota le acompañe a una pequeña salita, donde amablemente deja que ella se exprese.

Carlota, se serena al estar en *intimidad* y entrega al papa el borrador del concordato que pretende Maximiliano para México. Pío Nono, sin leerlo, advierte a Carlota que es un tema que ha de ser sometido a la consideración de los obispos mejicanos. Deja que Carlota hable y hable, que suplique, que intente

persuadirle... pero él no suelta prenda. Al cabo de una hora, el papa se levanta, gesto con el que da por concluida la audiencia.

Con la pompa vaticana que tanto ha impresionado a Carlota, la retornan al Albergo di Roma, donde sin decir ni palabra a los mejicanos que la esperan impacientes para saber cómo se ha desarrollado la audiencia, se encierra en su suite.

Al día siguiente, recibe la visita del Santo Padre en el propio Albergo. Solo unos minutos, el protocolo no lo exige pero el Padre Santo ha querido visitar a la emperatriz ¿para ver cómo se encuentra? Bendice de uno en uno a los mejicanos del séquito, que sin duda se sentirán muy felices al poderlo contar en su tierra y deja a Carlota en estado de «aturdida altivez», o sea, hecha un desastre.

Ocho días trascurren hasta que aparece Felipe, el hermano menor de Carlota. Ha sido llamado por Almonte dada la situación en la que la emperatriz se encuentra.

Ha obligado a que el papa le conceda una nueva audiencia. Hace que le preparen la comida cocinada en su propia habitación, comida-habitación. Cuando la locura se apodera de ella, arremete contra las dos personas que la cuidan acusándolas de ladronas. Ha pasado varios días comiendo únicamente naranjas, que ella misma pela, y nueces.

Cuando tiene sed, pide que la lleven a beber en una fuente pública y utiliza el vaso de plata que el papa se vio obligado a regalarle una vez bendecido.

Dicta a su secretario notas en las que prescinde de los servicios de sus más fieles servidores acusándolos de ladrones... Escribe su testamento...

Para qué extendernos, en el lamentable estado de Carlota, con el paso de los días ha dado muestras de su irreversible dolencia. Los periódicos de toda Europa divulgan la noticia de la locura de la emperatriz.

Felipe, su hermano más querido, después de sufrir con ella las últimas jornadas consigue convencerla para regresar a Miramar. También a Felipe, durante el viaje le culpa de su estado «¿Por qué me has envenenado? Yo te habría dado en vida todo lo que poseo». Arremete igualmente contra su hermano Leopoldo II, acusándole de haber dado las órdenes para que la envenenen.

#### **Fischer**

Maximiliano tiene noticias del estado en el que su amada Carlota se encuentra. Pregunta quién es ese doctor que la cuida y cuando le dicen que es el director del manicomio, reacciona diciendo que no hay imperio que valga la pena, que partirá de inmediato para ponerse a la cabecera de su amada y cuidarla con todo cariño.

Maximiliano, ordena de inmediato que reserven en Veracruz la corbeta austriaca *Dandelos*, que ha de llevarlo a Europa. Disuelve las legiones de voluntarios, devuelve al pequeño Iturbide a su madre, anula los decretos que promulgó en octubre de 1865 y que tan reprobados habían sido y se pone en camino, a los dos días de haber recibido la noticia.

El cura Fischer, «que se ocupa de todo» incluso de que el viaje se haga *despacito*, para que la disentería crónica que padece Maximiliano no le cause mayores problemas, ha preparado a mitad del camino, en Orizaba, una recepción destinada a elevar el ánimo del emperador. Y a causa de la buena preparación, Maximiliano no es abucheado, como esperaba. Al contrario, es recibido con tanto entusiasmo que toma la decisión de despachar a la escolta francesa de la que el emperador está tan harto como la escolta del emperador.

El «Pescador»: Fischer, lanza su caña en el río revuelto dispuesto a pescar a Maximiliano, antes de que éste emprenda la filantrópica retirada, y sin demasiado esfuerzo lo consigue. La perspectiva de abandonar el imperio cuando más lo necesita y consumir el resto de sus días, cuidando a una loca,—como el cura con nombre de pescador (Fischer) le ha sabido vender—, hace mella en el ánimo de Maximiliano y éste decide continuar en la brecha.

No debió de necesitar insistir mucho el cura, pues, pese a lo expresado al recibir la noticia, no podemos suponer a Maximiliano con verdaderos deseos de cambiar de profesión de emperador a enfermero.

Pero, ¿quién es ese cura que tanta influencia tiene sobre el emperador?

Agustín Fischer. Un cura alemán con cincuenta años a su espalda, y una increíble capacidad de seducción que ha logrado que Maximiliano acepte todos sus consejos y directrices sin rechistar.

Pobre de nacimiento, emigrante en Estados Unidos, labriego, buscador de oro en California, inmerso en la baja sociedad... así hasta que los jesuitas lo captaron para sus filas, le cambiaron la religión de protestante a católico, lo ordenaron sacerdote y llegó a ser secretario de un obispo mejicano. Desapareció del mapa cuando los jesuitas lo borraron de sus listas a causa de su vida de crápula con amantes, hijos y otros excesos fuera de orden y de la Orden.

Apareció en México, supo descubrir la debilidad de Maximiliano y con su *buen hacer* y mejor fascinar, logró descabalgar a uno de los validos del emperador (Loysel) y ocupar su puesto.

A Maximiliano, se le han acabado las prisas después de haber visto como le quieren los mejicanos. Entiende que el imperio no está en peligro y que si la situación no es muy buena es a causa de la inutilidad de los mandos franceses.

Sin el ejército de ocupación, será mucho más fácil tomar las riendas del imperio y formar un verdadero ejército meji-

cano. Así se lo ha dicho Fischer y seguro que así será. Por lo tanto, se toma unos días de descanso en la hacienda de Jalapilla para pensar con tranquilidad; tiene treinta y cinco años, no tiene muy claro recluirse en Miramar. En Austria, su hermano Francisco José, no volverá a darle otra oportunidad, su cuñado Leopoldo, ahora rey de Bélgica, no querrá ni verle. Está Carlota, pero sabe Dios si se curara...

Tiene la suerte de tener a su lado a Fischer, con el que se entiende muy bien; sobre todo cuando Fischer le habla en alemán para irritación de cualquier otro presente.

En Washington, solo se han enterado de la mitad de la película. Saben que Maximiliano se ha largado, pero no saben que no. Convencidos de que ya no existe Maximiliano, envían al general Scherman, a México. No al célebre árbol de éste nombre del parque de Secuoyas, que mide 80 metros y tiene 2.200 años, para que hagan leña. Al que envían es más joven y más bajito, y no para que hagan leña. Para darla y para parlamentar con el nuevo jefe: Juárez.

Maximiliano no termina de arrancar y los franceses le aprietan para que se marche lo antes posible, pero Maximiliano (o sea Fischer) dice que antes de partir, ha de reunirse con sus ministros y consejeros de Estado. Pide que se presenten todos en Jalapilla y así se hace. La reunión, sin que Maximiliano intervenga, ni ganas tenga de hacerlo, concluye con el acuerdo por aplastante mayoría de que el imperio ha de continuar. Los franceses se quedan con cara de bobo y Fischer brinda con los ministros conservadores, su equipo.

El 5 de febrero de 1867, el mariscal Bazaine, a bordo de la nave que lo devolverá a Francia, se lamenta: «Tendría que haberlo traído a la fuerza»

«Sin franceses, sois ahora el verdadero emperador» machacan a Maximiliano los *fischers*. En cuanto a la derrota sufrida en San Jacinto, donde las fuerzas «disidentes» han fusilado a cien prisioneros: «Por una derrota que hemos sufrido, tendremos cien victorias» afirma Fischer. Pero puesto que Porfirio Díaz nos ha vencido en Oaxaca y pretenderá entrar en Puebla, para poder aplastarlo es necesario que vuestra majestad deje México y se reúna en Querétaro con el grueso de nuestras tropas monárquicas.

Amén, padre Fischer. Y Maximiliano fue a parar a doscientos kilómetros al norte. Al llegar a la ciudad, se sintió de nuevo emperador. Todo había sido preparado para que no faltase ni el Te Deum... No han concluido los festejos de bienvenida y ya tiene Maximiliano alarmantes noticias. El generalazo de Juárez, Porfirio Díaz, va camino de México después de haber ganado Puebla. La derrota se acerca. El general Márquez propone desplazar la mitad de las tropas a México, —para, sin porfiar, entregar la ciudad a Pórfiro en cuanto éste asome por lontananza—, para responder al posible acoso de Porfirio Díaz. En realidad, dispuesto a entregar, sin porfiar, la ciudad a Pórfiro. Maximiliano acepta y se queda con sus menguado y mal pertrechado ejército, lo que permite a los juaristas, rodear Querétaro con toda facilidad.

Refugiado en el Convento de Santa Cruz, Maximiliano trata de resistir durante setenta y dos días el asedio de las fuerzas *rebeldes* siete veces superiores a las suyas, pero finalmente se ve obligado a izar bandera blanca.

Prisionero en el propio convento de Santa Cruz, espera, con poco ánimo ser juzgado.

La condena a muerte de todo un emperador, *levanta* las coronas europeas y de más lejos; unas, pidiendo clemencia, otras amenazando con represalias contra Juárez... pero no hay nada que hacer. El segundo Imperio Mexicano, de Maximiliano I concluye, a los tres años, de la misma forma que el primero de Agustín I (Iturbide).

En el Cerro de la Campana, lugar donde se rindió, un pelotón de fusilamiento, acaba con Maximiliano y dos de sus ge-

nerales. Precisamente el mismo día en el que Napoleón III y la emperatriz Eugenia clausuran la exposición universal de París.

#### Final de Carlota

Como suele ocurrir en éstos *notables* fusilamientos, Los periodistas no tardan en elogiar ni el ¡Viva México! Lanzado por Maximiliano antes de recibir la descarga, ni aquello que siempre se dice de que no dejó que le vendasen los ojos... las cartas que envió a su madre durante sus días de cautiverio —reales o inventadas— que contenían la denuncia de todos los que le habían traicionado.

«A burro muerto cebada al rabo» Todos los periódicos, daban cuenta del trágico final de Maximiliano y ensalzaban el gesto que había tenido al rechazar la oferta de Juárez de dejarle libremente abandonar el país, y seguir luchando por el imperio.

Como al resto del mundo, también a Trieste llegó la noticia, pero no a las manos de Carlota, encerrada en el Castillero.

¿Y qué fue del padre Fischer?

Nada. Nadie lo puso en la listas de Juárez, —probablemente escrita con tinta americana— de enemigos a liquidar,

Fischer, había tenido la mayor influencia imaginable sobre Maximiliano; había sugerido la adopción del pequeño Iturbide, había inspirado los sangrientos decretos de 1865, había puesto *freno* al intento de Maximiliano de volver a Europa, había *desplazado* al emperador hasta Querétaro —absteniéndose de acompañarle— para defender lo indefendible, Sin embargo, nadie le tocó ni un pelo. Ni nadie se ocupó de pedirle cuentas de su amasada fortuna ¿Se lo tragó la tierra? ¿Había sido teledirigido?

Lo más verosímil es que volviese a Estados Unidos donde tenía muchos *amigos*...

Con Carlota encerrada, las familias se preocupan por su salud, y se «interesan» por su fortuna; once millones de francos.

Felipe, se ha ocupado de escribir a los bancos pidiendo que bloqueen sus cuentas. El rey Leopoldo II, ha expresado su posición: «Si mi mujer se volviese loca, la encerraría y punto» A Francisco José, una vez muerto sus hermano, sólo le interesa saber si recibirá algo. Todo el mundo hace inventarios de joyas y propiedades, pero nadie está dispuesto a ofrecer siquiera un sofá cama a la princesa de Bélgica y emperatriz de México...

Al margen de los tejemanejes y arañazos que la familia se arrea, hay una mujer entera, católica y de gran corazón, que sufre por Carlota; es María Enriqueta de Austria, reina consorte de Leopoldo II. Casada por conveniencia a los diecisiete años con el príncipe heredero de Bélgica y el Estado libre del Congo. Una reina a la que nadie ha tenido nunca en cuenta y el rey la ha tratado al límite del desprecio pese a haberle dado descendencia.

Tampoco Carlota se había fijado mucho en la poco bella, por fuera, María Enriqueta. Sin embargo, la reina de Bélgica prescinde del poco afecto que encuentra entre los de su entorno y decide tomar cartas en el asunto. Convence a su marido para que la permita ir a Trieste para intentar socorrer a la desdichada Carlota.

La reina Enriqueta, recibe con alborozo la noticia: el rey Leopoldo, ha designado al hombre de su máxima confianza, el barón Goffinet, para que se ponga al lado de Enriqueta en su difícil intento de rescatar a Carlota, de las garras de los Habsburgo.

Carlota entre ataque y ataque de locura, tiene periodos de lucidez. y la reina Enriqueta, tiene talento para afrontar ambas circunstancias. Aprovecha los momentos más lúcidos de Carlota para convencerla de que en Trieste no está bien y que se recuperará mejor en Bélgica y afronta los difíciles momentos de locura con templanza.

«Esto es una mierda» espeta Goffinet, —con otras palabras— en cuanto pisa el castillo de Miramar, ¡Y pensar que esto ha costado diez millones de francos! Ve en la situación en la que se mantiene encerrada a Carlota. Arremete contra todos los componentes del *escudo* Habsburgo que trata de tenerla secuestrada y se dispone a alquilar un tren, para trasladarla a Bélgica si Enriqueta es capaz de convencerla.

Los trucos para engañarla con falsos telegramas de Maximiliano diciendo que sale de Veracruz con destino a Europa, no sirven; en cuanto se los entregan se altera. ¡Falsos! ¡Me quieren matar! Sabe muy bien Carlota como escribe Maximiliano, y en cuanto ve que el telegrama no contiene palabras amorosas no lo duda.

La entereza de la reina Enriqueta, en los momentos de locura, y el amoroso trato dispensado por ella en los periodos de lucidez, han logrado que al momento de subir al tren que la llevará hasta el punto final de su viaje al castillo de Tervueren, Carlota, completamente serena le pida:

—Te lo suplico, María Enriqueta, no permitas que nos separen.

Carlota ha llegado a su nuevo claustro completamente serena, ha reconocido al personal de servicio a los que ha saludado de uno en uno, ha sido convenientemente *acomodada* y quedará atendida por cuarenta servidores.

Nada se le ha comunicado de la muerte de Maximiliano, cuyos restos han sido trasladados en la fragata *Novara*, en el mes de agosto para darle sepultura en la cripta familiar de los Habsburgo en Viena

Pasados dos meses, el obispo Deschamps, después de mucho meditarlo, temiendo un arrebato de locura de Carlota, se atrevió a darle la noticia. Sorprendentemente, Carlota, tras abrazar a la reina Enriqueta llorando, se había limitado a decir: ¡Ah, si yo pudiese hacer las paces con Dios y confesarme!

Carlota, trasladada primero al castillo de Laeken y posteriormente al de Bouchout, donde finalizó su tragedia en 1927. Sobrevivió sesenta años a su amado Max, a un gran número de

sus contemporáneos y a los convulsos momentos de Europa durante seis décadas.

Entre sus contemporáneos, el extraño padre Fisher, ha muerto de muerte natural, en 1888, después de haber salido «ileso» de la llegada de Juárez al poder. También Juárez ha logrado morir en su cama poco antes de que su brazo derecho Porfirio Díaz le arrebatase el poder, para durante treinta años convertirse en el más déspota de los presidentes, habitando en la casa de Maximiliano en Chapultepec. Bombelles, el carcelero de Carlota en Miramar, murió de un ataque al corazón en una orgía y se llevó su secreto de «Si yo hablara» refiriéndonos a Francisco José, pues Bombelles parece ser que era el único que podía conocer el enigma del asesinato o suicidio del heredero del imperio austriaco y su amante en Mallerlyng, pues además de la estrecha amistad con Rodolfo, fue el quien recibió a la pareja en el pabellón de caza. Al lado del Francisco José, había llegado al grado de almirante y al grado de *intocable* ¿Por qué?

Porfirio Díaz, tras haber gobernado el país durante treinta años, muere en París en 1915 y da paso en las páginas de la Historia y al celuloide a Pancho Villa y a Zapata.

Napoleón III, exiliado en Inglaterra, muere en 1873 a los sesenta y cinco años.

En 1914 Carlota, cuenta setenta y cuatro años, tiene a las puertas de su castillo de Bouchout, a los alemanes que han invadido Bélgica. En 1917, ha finalizado la guerra mundial, el imperio austriaco ha desaparecido, los Habsburgo arruinados y perseguidos, el imperio ruso se ha desmoronado...

## El papel lo traga todo

Si la tierra se tragó al extraño padre Fischer, el papel se tragó todo los que los cronistas periodistas, escritores y hasta historiadores sacaron de sus documentos y de su propio magín.

El Salpicón Histórico de la poco convencional vida íntima de un emperador que muere fusilado y una emperatriz que finaliza sus días extraviada en su locura, produce tal impacto que origina múltiples gotas que atomizadas van a parar a los tinteros de cronistas y escritores de ese palo tan interesante y a veces, interesado, que es la Historia.

Cuánto de lo que se ha escrito sobre la imperial pareja es incontrastable, cuánto es verosímil y cuánto es fruto de un tintero, es difícil de espulgar. Pero algo de todo ello sí que apunta a fidedigno.

El apasionado amor «epistolar» que la pareja se profesa, no concuerda con el distanciamiento que procura Maximiliano cada vez que puede dejar *lastre*. Tampoco el empeño que Carlota pone en dejar escritos llenos de elogios para su amadísimo Max. Es como si entre los dos se hubiese pactado un silencio íntimo y ambos deseasen dejar para los archivos la belleza de su amor, sin dejar constancia del menor trapito sucio.

Que los panfletos de Juárez diciendo que Carlota estaba contagiada de sífilis por su marido, puede que fuesen eso: panfletos. Pero puede que no. Sin embargo, lo que sí parece documentado es que Max enganchó la dolencia inferior en uno de sus viajes a Brasil.

Respecto a la cercanía de Max con sus amigos más íntimos, alguna gota del salpicón caída en tintero cáustico y recogida por alguna pluma mordiente ha ido más lejos. Por ejemplo, cuando se recoge en una crónica que Felipe, el hermano de Carlota, asegura que Maximiliano nunca «tocó» a su hermana.

Para suavizar el final de la trágica historia, en algún tintero cae la gota Weygand. Un muchacho nacido en enero del año 1867 y que jura que ni sabe quién lo ha engendrado ni quién lo ha parido, ni quién lo protege. ¿Es Maxime Weygand uno de tantos que Leopoldo II ha tenido *en las afueras*? No. Los periodistas dicen que no y se ponen a calcular: Si la fecha

de nacimiento es tal, la fecha en que fue engendrado es cual. Ultiman: mayo de 1866 y se lo colocan a la emperatriz Carlota, que en aquellas fecha, distanciada de Max, aseguran que estaba acaramelada con Van der Smissen. Aparecen dos fotografías en las que se ve que Smissen y Weygand son como dos gotas (salpicadas del mismo charco) Ello no quiere decir que Carlota sea la madre, pero para los periodistas sí lo es. Le adjudican la maternidad a Carlota y listo. Creen *saber* que la emperatriz disimuló el embarazo con pomposos vestidos, que lo parió en El Castilleto y lo envió *por mensajero* a Bélgica.

Si Carlota ha tenido un hijo, no será menos Maximiliano. También tiene su gotita del *Salpicón*. Mucho más tarde, en 1917. Julio Sedano, cuando se encuentra ante el pelotón de fusilamiento, pide que no le venden los ojos y suelta: «¡Quiero morir como mi padre!». ¡Toma ya! Este Sedano, de cincuenta años, que se ha dedicado al espionaje hasta que le han trincado, asegura que es hijo del emperador de México y Concepción «la india bonita» de El Olvido, amante de Maximiliano en Cuernavaca.

Uno se sorprende de dos cosas: que el fusilado hubiese tenido en el olvido lo de El Olvido, o que a Maximiliano le hubiesen sentado tan afrodisíacamente bien los porros que se fumaba y las hierbas que masticaba en aquellos días de Cuernavaca que hasta fue capaz de despejarse de su incapacidad.

En fin, es la Historia escrita.





# Medina en llamas



as llamas han consumido montones de casas. Los realistas de Carlos I han pedido a los comuneros que les entreguen las piezas de artillería que custodian en

Medina del Campo. Los comuneros, temerosos de que pudiesen ser utilizadas contra ellos, no les han abierto el arsenal.

Los encargados por el rey de rescatar las armas, Rodrigo Ronquillo y Antonio de Fonseca, no se han salido con la suya y para no dar cuenta al rey de su fracaso, han decidido castigar a los custodios del armamento quemando la ciudad. 21 de agosto de 1520.

La revuelta antiseñorial, o antifiscal, comenzó en 1520, cuando Carlos I pisó nuestro suelo acompañado de un gran séquito de nobles y clérigos flamencos, dispuesto a dejar Castilla sequita. Los nobles y clérigos que estaban, decidieron enfrentarse a los que llegaban y hubo guerra. No fue larga, solo un par de años duró. Hasta el 23 de abril de 1522. Todo concluyo en Villalar, donde los comuneros perdieron un millar de hombres y los líderes **Juan de Padilla, Juan Bravo** y **Francisco Maldonado**, perdieron sus cabezas.



Ella no participó en el enfrentamiento de Villamar en el terreno de batalla pero participó todo lo que fue capaz, antes y después de Villalar en la causa comunera.

Pero, ¿quién fue ¡ella!?

Pues nada menos que una leona La leona de Castilla, María.

A María de cachorrilla la dieron de mamar en El Albaicín (Granada) y seguro que de la mejor leche. No era para menos, descendía de un López de Mendoza, conocido como *El Gran Tendilla* y de una Pacheco llamada Francisca. Y nos hemos atrevido a decir que la amamantaron en El Albaicín, ya que ella aseguraba recordar que con cuatro añitos había presenciado la primera sublevación morisca<sup>8\*</sup>, algo que ocurrió pocos meses antes de que, en Gante, viese la luz justo en la mitad del siglo (1500) el emperador Carlos V. Emperador con el que más tarde se vería las caras y las lanzas nuestra protagonista.

No se sabe cuando María nació, pero como al casarla en 1511 se anotó en el *alta de tálamo* que tenía quince años, según mi calculadora nació en 1496. Cuatro años antes del referido emperador Carlos V. Hijo de Juana primera de Castilla (Juana *la Loca*) y de Felipe *el Hermoso*.

Que no se quede sin apuntar, que su papá fue *El Gran Tendilla* — del hierro de los Mendoza— Íñigo López de Mendoza y Quiñones. Primer marqués de Mondéjar y segundo conde de Tendilla. Y que su mamá fue Francisca Pacheco, también marcada con un buen hierro. Desde los tiempos de Juan II de Castilla, ya al final de su reinado, y desde que Enrique IV andaba a gatas, Juan de Pacheco, marqués de Villena, había sido uno de esos validos que gatean hasta la cima de la corona de los monarcas y dominan el cotarro. Hasta la época de los Reyes Católicos anduvo el Pacheco mangoneando.

<sup>&</sup>lt;sup>8</sup> El recuerdo se refiere a 1499. El alguacil Barrionuevo subió a La Alpujarra dispuesto a que una morita pasase de ser mora a ser morisca (mediante el obligado bautismo), la morita dijo nones y el alguacil la amenazó con el «Código Cisneros». Los monfíes, se soliviantaron y mandaron al alguacil al «Barrio nuevo». El papá de nuestra protagonista y el obispo Hernando de Talavera, enterraron al alguacil, advirtieron a Cisneros que se estaba pasando y lograron sofocar la sublevación.

María Mendoza Pacheco debería de haber sido su nombre de pila y de linaje, pero ella prefirió pasar a la historia saltándose el apellido Mendoza y ser María Pacheco.

Para saltarse un apellido de tanta altura como Mendoza, con cardenales y todo en su pedigrí, tendría la moza que tener algún motivo de órdago. No creemos que fuese por el cabreo que se pilló cuando la casaron con un simple caballero de Torrijos, que le pareció poquilla cosa y poquilla hacienda. Nos quedaremos mejor con la versión que ella daba para justificar el salto, que es lo que nos cuentan los que dicen saber de ésta impar dama. Dicen ellos que adoptó «el Pacheco» para diferenciarse de otras dos hermanas que tenían el mismo nombre: María.

Nos podemos figurar que en la casa del Tendilla habría en la puerta un azulejo con la jaculatoria «Ave Marías». La misma que en la benditera de su alcoba. Incluso a una bastarda que había logrado extramuros le había colocado el mismo santo nombre de María.

Por cierto, una de las Marías del Mendoza, se casó con un soriano, conde de Monteagudo y debió de ser tan buena chica que se ganó el sobrenombre de *la Santa*. La encontraremos más adelante.



Nuestra ilustre cachorrilla pasó sus primeros años con sus padres y hermanos en su casa de Granada. No en una casa cualquiera, se crió en una morada mora de estilo andalusí por allí por el cerro de La Sabika. Morada que había ocupado anteriormente un tal Ben Al-Hamar *el Rojo*, en 1238 cuando se coló por la Puerta de Elvira y se estableció en lo que fue el Palacio del Gallo del Viento (antigua Alhambra). Desde allí comenzó a hacerse el amo por la gracia de Alá y se metió en obras de acomodación.

Las obras de misericordia del nazarí de roja barba fueron escasas y las obras de construcción de la medina, se quedaron a medio hacer. Su hijo, Mohamed II fortificó el complejo y ya avanzado el siglo XIV (1332), cuando apareció el turbante de Yasuf I, continuaron las obras y se construyó la Torre de los Comares, (viene de «cumarias», que son unas celosías de madera que cubrían todas las ventanas). El remate lo logró Mohamed V que mandó edificar el Patio de los Leones.

Dos siglos y medio después de la llegada del nazarí de barba roja (1492), el complejo cambió de propietario. Los musulmanes salieron de España a empujones jurando por Alá que volverían y la Alhambra se llenó de nuevos inquilinos. Isabel y Fernando se hicieron con Granada como remate final de la Reconquista y en la torre un tal Iñigo de Mendoza colocó la cruz. En premio a sus servicios, fue nombrado primer alcaide de Granada con derecho a vivienda, por los Reyes Católicos y allí es donde nació, y vivió, nuestra *Leona de Castilla* con sus otras hermanas del mismo nombre.

María, educada en el ambiente renacentista de la corte del Gran Tendilla, destacó en sus estudios de latín, griego, matemáticas, letras e historia. Los «palos» que tocaban entonces las bien nacidas cuando no eran empujadas a un convento.

Ya crecidita y con abundante melena, don Íñigo de Mendoza pensó que si *enjaulaba* a su cachorrilla desaparecerían las discusiones domésticas pues la nena parecía tener tendencia a ser la rama del gran árbol Mendoza que daba frutos poco dulces. Sabihondilla y bien instruida, daba bastante guerra casera. De forma que se lo planteó al hijo de un gran amigo. Y su gran amigo de la *saguita* (no era de relumbrón de saga) de los Padilla, se sintió encantado de que su hijo se hiciese cargo de la que apuntaba a felina. «Sí, cierto, solo cuenta quince años, pero está muy desarrollada —le decía don Íñigo al caballero toledano— ya verás como te gusta».

Don Juan de Padilla, veinteañero toledano, no llegaba a la alcurnia de la novia, y la muy instruida María no veía en el mozalbete el hombre que daría la talla. Tanto es así, que ella fue siempre doña María de Pacheco y él no pasó en los documentos de ser Juan de Padilla. A veces sin siquiera el «de». Juan Padilla *pelao*.

La adjudicación de María al caballerete *snob*<sup>9</sup> incluía en el «pack» de la dote nada menos que una donación de cuatro millones y medio de maravedíes, a cambio de que la cachorrilla renunciase para ella y sus descendientes a la herencia paterna.

A María no le quedó más remedio que aceptar a morrete arrugado la decisión de su padre y celebrar la función con Juan de Padilla, nacido en Torrijos (Toledo) que pese a ser *snob* estaba de muy bien ver y muy buen achuchar.

Al principio María no le facilitó la convivencia pero no tardó en aceptar compartir de buen grado mesa, mantel y colchón y hacer *bolos* con el gallardo toledano. («bolo»: apelativo colgado a los de Toledo).

Siete años después de que el oficiante de la ceremonia dijese aquello de «Mujer te doy y no esclava» —o lo que se dijese a la usanza— el arrugado morrete de la leona ya se había distendido.

Cuando murió su suegro, el Gran Tendilla, la pareja hubo de trasladarse a la residencia de los Padilla para que Juan Padilla

<sup>&</sup>lt;sup>9</sup> Recordemos que se tiene como cierto que el apelativo *snob* proviene de una costumbre americana de colocar en las casas el nombre de cada vecino seguido de su rango o categoría y que a los *peloas* sin título de nobleza (*nob*) se les anteponía una ese: *s.nob* (sin nobleza).

ocupase el puesto de Capitán de gentes de armas que había quedado vacante por defunción (1518).

Padilla, de carácter pacífico y sin gana de gresca, se sentía feliz en Toledo mandando a los soldaditos, pero la cosa se puso cruda cuando las Comunidades empezaron a mostrar su deseo de plantar cara, con la sana intención de rompérsela, al príncipe Carlos, nieto de los Reyes Católicos.



Hemos hecho referencia a que cuando María Pacheco contaba cuatro años, se armó una rebelión de «los moros fetén», los que no queriendo pasar a ser moriscos salieron echando leches de Granada y se establecieron como monfíes (bandoleros) en La Alpujarra, soñando con reconquistar lo que Boabdil había entregado llorando a los Reyes Católicos.

El argumento de los monfíes para salir de Granada, no era otro que entre las promesas de los monarcas cristianos para que Boabdil les diese las llaves de la ciudad y lo que posteriormente estaba ocurriendo no había el menor parecido. Como si las capitulaciones del moro, se hubiesen escrito, en papel mojado o pápiro encharcado.

Nada de respetar creencias, ropajes, haciendas o bienes. Cisneros no estaba por la labor y si no había bautismo, no había nada que hacer. O morisco o monfíe.

Aquello pasó pero en los años veinte de aquel siglo en curso, se produjo una *disconformidad* parecida a la de los monfíes. De nuevo se armó una de esas que se arman con armas.

Los castellanos, no estaban por la labor de reverenciar a su nuevo rey, hijo de Juana *la Loca* que era la propietaria de la corona. A ella sí, pero al hijo no.

Con diecisiete años había llegado a Asturias el príncipe Carlos, el segundo de los Austrias de la media docena que reinó en

España. Venía de Flandes, donde había nacido y donde había sido educado bajo el símbolo de la Cruz, y la presión de la otra cruz: su tía Margarita de York.

#### Un poco más sobre Carlos

Al tener que emigrar sus padres a España para ocupar trono, Carlos quedó en Flandes al cuidado de su tía Margarita de York. Esta lo educó con mucho reclinatorio y mucha Comunión haciendo del muchacho un gran defensor del cristianismo humanista —tan humanista que permitió que su madre permaneciese recluida mientras él lucía corona de rey y de emperador, *por el bien del reino*, claro. La severa educación de la «tita Marga», no le impidió tampoco que dejase una buena chavalería de sangre color azul-bastardo por esos mundos de Dios. Entre ellos a Juan de Austria, héroe de la Batalla de Lepanto.

Con su esposa, Isabel de Portugal, también cumplió; cinco hijos, entre ellos, su sucesor Felipe II en el que a los cincuenta y seis años abdicó. Cansadito como estaba de ser el gran defensor del Catolicismo en Europa, y soportar el peso de medio mundo a sus espaldas, se retiró a un monasterio (Yuste) para poder rezar tranquilito.

La muerte del Habsburgo Felipe *el Hermoso*, a causa de un mal trago —recordemos que se dice que murió por beberse un vaso de agua fría después de un partido de pelota (y no tenemos que pensar que el agua no fuese «pura» pero hay quien dice que se llevaba tan mal con su suegro Fernando *el Católico* que se puede entrar en la sospecha de que la pureza del agua pudiera haber sido alterada por real orden.

Su muerte dejó viuda a la hija de los Reyes Católicos, Juana primera de Castilla. Viuda con cinco hijos y preñada, pues *el Hermoso* pese a ser un adicto a las cortesanas se ve que en casa también cumplía con su Juana, celosa hasta la locura. Seis reto-

ños en ocho años de matrimonio, no está nada mal. El segundo fue un varón nacido en mitad del siglo xvi, año 1500, y se le dio de nombre **Carlos**.

La Reina Juana reinó temporalmente a dúo con su *hermoso* marido, y en triunvirato con su *hermoso* austriaco y su aragonés católico padre Fernando.

Si durante su primer período de reinado Juana dio muestras de ciertos desvíos mentales, la cosa se agravó a la muerte de su marido. El acompañamiento del augusto cadáver desde Burgos hasta Granada para darle sepultura, le tomó ocho meses de su reinado durante los cuales sus muestras de desequilibrio mental se agravaron.

Con cuarenta y cinco años de edad (1524), su padre Fernando el Católico ordenó que la retirasen de circulación y la acomodasen en un castillo-caserón, en Tordesillas, acompañada de su hija menor Catalina a la que había parido en Torquemada (Palencia) durante el nefasto peregrinaje del sepelio. Allí permaneció Juana hasta su muerte a los setenta y seis años.

¿Treinta y un años de reclusión por orden de su padre? No, claro que no. Su padre murió cuando ella llevaba siete años recluida. ¿Y el resto? El resto fue hechura de su familia; de su hijito Carlos I y su nieto Felipe II. ¡Real familia!

Decíamos unas líneas atrás, que el principito Carlos llegó a Asturias, con sus educados diecisiete añitos. Y ahora decimos, que podría haber sido recibido con ciertas reservas pero en principio sin dura oposición de haber llegado con el belfo y el gañote algo menos estirado. Feo, demasiado joven y sin conocer ni la tierra que pisaba ni lo que en ella *chapurreaban* los tolerantes castellanos; la nobleza interesada y el pueblo convencido en que tenían una reina, lo podían haber aceptado como rey sin ponerle demasiados palos en la rueda de la carroza. Hasta un *culín* de sidra le habrían podido ofrecer, los asturianos.

El problema, el mosqueo general, surgió cuando el monarca apareció en Asturias acompañado de *sus gaiteros* para ser jurado rey de España como Carlos I.

La flor y pasta de la nobleza castellana pronto entendió el riesgo que corrían sus cargos y prebendas, y que sus bolsas podrían contraerse como lo estaban haciendo sus semblantes desde que vieron aparecer al conjunto musical dispuestos a hacerles bailar al son que ellos tocasen.

Efectivamente, los altos cargos fueron rápidamente desplazados de sus puestos que pasaron a ocupar los gaiteros de Flandes que mientras sus soldados se hinchaban a sidra por las tabernas cometiendo desmanes (la soldadesca siempre ha sido soldadesca), ellos, se ocupaban de solicitar servicios para el nuevo rey. Servicios era la forma en que se exigían los altos impuestos a los castellanos para atender los reales dispendios. Y que es el mejor sistema para crear cabreos.

#### Volvamos con María Pacheco

Lo de «De tal palo tal astilla» no funcionó. Al igual que en muchas otras ocasiones (también contemporáneas) María Pacheco no salió «astilla del gran Tendilla». (El pareado ha salido sin querer).

Lo normal hubiese sido que María se hubiese acoplado a la cuerda de los realistas, por su alcurnia y por haber sido favorecida con un papá de ese bando. Pues no señor. Le pareció más de justicia apoyar a los comuneros convencida de que el de Gante, con ser emperador y todo, no lograría someter a los castellanos.

No solo animaba a su marido a que arrimase el hombro y el sable a la causa comunera, más bien lo hostigaba ilusionada en verlo convertido en un gran capitán comunero. Suponemos que para ello utilizaba el látigo de la comparación, que es de

los que más duelen, y le hablaría de otros hombres con agallas dispuestos a enfrentarse al monarca extranjero si alguno de ellos encendía la tea.

Hombres a los que conoció Padilla durante el fregado.

Juan Bravo. Hijo del alcaide de la fortaleza de Atienza (Guadalajara) primo de María Pacheco, por parte de madre María de Mendoza. Casado con Catalina del Río con la que se fue a vivir a la sombra del acueducto en Segovia. Por cierto que tuvieron una hija a la que llamaron María Mendoza. ¡Cómo estaba el siglo de Marías y Mendozas! En cuanto al apellido, recordemos que se podía elegir a la carta entre parientes o antepasados.

Catalina del Río, le duró sólo seis años, y en cuanto la dejó en descanso eterno, no descansó hasta pillar una nueva. María también pero apellidada Coronel vaya usted a saber por qué. Su padre un converso ricachón, llamado Abrahan Seneor, colocó al yerno en Segovia como regidor y jefe de milicias (1519).

María Coronel le dio dos Mendozas: Andrea Bravo Mendoza y Juan Bravo Mendoza. Y además un aplauso cuando decidió enfrentarse a Carlos I.

Francisco Maldonado. Salmantino y primo nada menos que de Pedro Maldonado Pimentel, un noble que en su escudo de armas tenía unas cuantas flores, de lis claro, y vivía en un palacio con una fachada propia de una marisquería; tachonada de conchas. Algo que a los turistas les parece poco acorde con las flores de lis.

Pedro Maldonado, el de la Casa de las Conchas, estaba dispuesto a luchar al frente de los comuneros contra el emperador de Alemania y rey de España, pero prudentemente, para no jugarse el pescuezo dado su alto linaje, le pasó el marrón a su primo Francisco para que se lo jugase él.

Lo cierto es que los dos lo perdieron, pero eso vendrá más adelante.

**Pedro Laso de la Vega.** Toledano contemporáneo de los mencionados, también tuvo un gran papel en el levantamiento comunero. Se negó a acudir a las Cortes de Santiago de Compostela, en representación de Toledo y en lugar de tan inapetente viaje, se dedicó a azuzar a los rebeldes en Toledo.

Como no fue decapitado en Villalar, no se ha gastado mucha tinta con él, pero fue un gran *empujador* de la causa. Después del fracaso comunero se escaqueó en Portugal y no apareció hasta que Carlos I otorgó el perdón a 293 comuneros entre ellos a Laso.

Por cierto: el tal Laso de la Vega, era hermano del gran poeta Garcilaso de la Vega, de Álvaro de Luna, (valido de Juan II) y cuatro varones más paridos por una María Mendoza. ¡Cómo no! ¡Cuánto cundía el nombre de María y el apellido Mendoza!

Para Maldonado (Pedro) no hubo perdón. Fue ajusticiado un año más tarde por orden directa del rey en el castillo de Simancas. En las mismas fechas fueron decapitados siete procuradores trincados en Tordesillas y el pellejero Villoria, en Salamanca. La Casa de las Conchas de Pimentel también recibió su castigo urbanístico; fue desmochada de sus torres para que quedase más bajita.

Meses después de su llegada a Asturias, Carlos marcha a Valladolid con sus «gaiteros» donde encuentra que los nobles del Pisuerga no están para bailes, ni dispuestos a seguir pechando con los servicios —esa forma tan jabonosa de exigir impuestos—. La batuta está en manos del señor de Chièvres y Adriano de Utrecht, personajes que desde que Carlos tenía nueve años andaban a su sombra.

Pese al mosqueo general la llegada a Valladolid resultó apoteósica. Cada representante de las dieciocho ciudades o villas con derecho a voto<sup>10</sup>, acudió con sus arcones de vestuario, sus

Burgos, Soria, Segovia, Ávila, Valladolid, León, Salamanca, Zamora, Toro, Toledo, Cuenca Guadalajara, Madrid, Sevilla, Granada, Córdoba, Jaén y Murcia.

sirvientes y sus soldados. Estrenar rey no era algo que aconteciese cada fin de semana y además, todos ellos confiaban en pillar algún pellizco del nuevo monarca a pesar de que no tenían muy claro que los flamencos finalmente se marcharían a su Flandes y habría cargos libres para ellos. Se sumaba además, que la plebe deseosa de participar del estreno llenó las calles, posadas y tabernas. Todos deseosos de ver qué pinta tenía el nuevo monarca. Siempre ocurren estos reventones de entusiasmo cuando debuta un rey. O cuando lo llevan al cadalso.

Durante la comilona del primer día, el procurador de Burgos, Juan Zumel, pretendió cantar al rey las verdades del barquero y en nombre de los dieciocho, pidió que se leyese despacito el papel donde todos los representantes habían firmado que no jurarían fidelidad al rey hasta que este no garantizase que guardaría las libertades, los privilegios y los usos y costumbres de Castilla. Por pedir que no quedase.

El rey, por su parte lo que pedía era un servicio de seiscientos mil ducados para gastos.

Un par de semanas duraron las conversaciones y en ellas ya pareció que había división de opiniones entre los linajudos castellanos. Algunos, querían creer que el rey accedería a sus peticiones, incluso a la de que se reconociese a su madre como reina y él fuese un segundón. Otros no confiaban que el rey y sus flamencos cumpliesen ni una de las exigencias de los castellanos.

- —¿Tú qué piensas? —Preguntaba Juan Bravo a Padilla, que se habían conocido poco antes.
- —Mi padre dice que no nos fiemos ni un pelo. Lo que nos han contado los duques de Alba y de Béjar, que han hecho de mediadores, no llega más allá de pedirnos que estemos calmos. Que todo llegará. Lo realmente cierto es que don Carlos se ha enfajado los seiscientos mil ducados que pedía. Veremos cómo contamos a los nuestros el «éxito» de nuestra gestión.

En 1519, unos meses después de su llegada, a Carlos, se le muere su abuelo. (Maximiliano I de Habsburgo, padre de Felipe *el Hermoso* y Margarita de Austria).

Al rey de España, no le queda otra que acercarse a Alemania para hacerse cargo de la herencia<sup>11</sup> que no era cosa de despreciar ya que incluía hasta la posibilidad de que en el lote entrase una corona de emperador. El viaje es costoso y de nuevo tiene que recurrir a Castilla solicitando *servicios*. En esta ocasión es mucho el dinero que necesita ya que para salir elegido emperador ha de comprar —además de un traje nuevo— a los electores y el kilo de elector está a precios altísimos.

Bien vestido y bien «forrado» sale para Alemania. Deja a los nobles castellanos con la leche agriada y deja el reino en manos del más destacado de su séquito; un tal Adriano nacido en Utrecht que le superaba en cuarenta años de edad, le daba veinte vueltas en inteligencia —tanto que llegaría a ocupar la silla de Pedro en Roma— y que desde la infancia de Carlos se había dedicado a formatearlo.

La regencia de Adriano de Utrecht, con ayuda de otro de sus validos, el señor de Chièvres, tiene desalentadoras consecuencias para los nobles castellanos, que van perdiendo cancha, privilegios y cargos que pasan a ocupar los de la *troupe* flamenca. La nobleza está que trina y se empieza a forjar la idea de plantar cara al que ya se empieza a llamar «rey extranjero» y usurpador en palabras finas y con otras más gordas, que no debemos escribir. Blasfemando, se llega hasta abril de 1520 mes en que en Segovia se enciende la tea y empiezan los altercados comuneros. Rodrigo de Tordesillas, procurador en Cortes, re-

Estados patrimoniales de la Casa de Austria: los ducados de Austria, Estiria, Carintia, Carniola, el condado del Tirol, y otros dominios en Alsacia y en Suiza (como el condado de Habsburg), más la opción al título de emperador de Alemania (el Imperio Romano de Nación Germánica).

gresa de La Coruña, donde se han celebrado Cortes y trata de calmar a los exaltados. Pero la multitud en lugar de escucharle prefieren degollarle en la plaza pública. Y lo degollan.

En Medina del Campo (agosto del mismo año), hay un arsenal de piezas de artillería. Los realistas las quieren y van a pedirlas. Los medinenses en lugar de entregarlas al peticionario real Rodrigo Ronquillo, colocan los cañones en la plaza y hacen corro en torno a las piezas. Juan Padilla, lidera estos primeros enfrentamientos.

El Ronquillo no aguanta y mientras la población se ocupa de cuidar sus cañones, él se ocupa de incendiar sus casas. Convento de San Francisco incluido.



#### De nuevo con María Pacheco

Desde su llegada al feo caserón de Toledo, propiedad de los Padilla. María se ocupó de que los criados diesen brillo a los bolones de las camas doradas y colocasen geranios en las ventanas. Ella por su parte se ocupó de dar lustre a su marido. Las revueltas comuneras lo encumbrarían. En la casona, reuniones de lo más selecto de la nobleza y la cultura.

Una gran parte de los asistentes, no estaba muy de acuerdo en ponerse al lado de los comuneros, y así se lo hacían saber a María. Entre ellos, su propio padre y sus hermanos. Pero, María ya se sentía *leona*.

Los que mandaban las fuerzas imperiales, tenían claro que no hacía falta el «divide y vencerás» ellos solitos se estaban dividiendo. Una parte de la nobleza, esperaba que el rey accediese a darles cargos y privilegios, otra parte estaba convencida de que había que quitarse al rey emperador de encima.

No es cuestión de extendernos en la Guerra de las Comunidades recreándonos en sus enfrentamientos. Podemos destacar el fallido intento de los comuneros al entrevistarse en Tordesillas con la reina prisionera, pretendiendo que se pusiese del lado de los revolucionarios y luchase en contra de su hijo. Loca o no, la reina Juana no cedió.

La guerra, no fue precisamente la guerra de los cien años. Desde el incendio de Medina del Campo (21 de abril de 1520) hasta la decapitación en Villalar de Padilla, Juan Bravo y Maldonado (24 de abril de 1521) no transcurrieron ni nueve meses.

A la muerte de Padilla, a *la leona*, pese a ser hembra, empezaron a crecerle las melenas, y se convirtió en protagonista de la Revolución. María gobierna Toledo apoyada por el obispo de Zamora, Antonio de Acuña y sigue enfrentada al que ella llama «el hijo de la reina». Período que duró aproximadamente lo mismo que el mencionado anteriormente.

Podría haber sido más corto y con rápida victoria realista, pero en estas fechas, el ejército imperial hubo de desplazarse a Navarra para combatir una invasión francesa y posibilitó a María Pacheco encandilar a sus seguidores.

El apoyo del obispo de Zamora le vino a María al pelo —a la melena—. Antonio de Acuña, era un clérigo nacido demasiado pronto (1453, Valladolid), de haber nacido más tarde se hubiera sentido muy feliz ubicado como artillero en la torreta de un *Panzer*.

Llegó a Toledo con sesenta y siete años dispuesto a ayudar a la viuda de Padilla haciendo lo que le gustaba: dar leña. En su currícula, había de todo; desde haber sido excomulgado en Roma, hasta haber sido capellán de los Reyes Católicos. Desde haber defendido la subida al trono de Felipe *el Hermoso*, hasta participar con el Rey Católico en la conquista de Navarra.

Desde participar en batallas, hasta ser nombrado Obispo de Zamora por el papa Julio II. ¡Todo un personaje!

En Toledo, se apunta a la Guerra de las Comunidades, presiona a los canónigos para que le nombren arzobispo y se mete en faena contra Carlos I. Con sus huestes, en su mayoría con sotana, toma sin dificultad Magaz y Fromista (Palencia) y cuando se entera de la quema de Mora por los imperiales, arremete contra Villaseca de la Sagra (Toledo) y la destruye en buena parte. Sin olvidar cargarse el palacio señorial de don Juan de Silva.

Como a falta de pan, buenas son las tortas, a falta de clérigos buenos son los reclutas. Moviliza a los hombres de entre quince y sesenta años y destruye la villa.

No me extenderé con éste singular arzobispo que armó la de Dios precisamente en su nombre.

Su final le llegó por vía de garrote vil en el castillo de Simancas, donde lo había encerrado el rey Carlos al no poderlo matar por ser clérigo. Intentó escaparse asesinando a un alcaide y lo pillaron. Contaba setenta y tres años el vejete arzobispo pero ¡cómo se lo había pasado de bien los últimos seis años!

Muerto Padilla, María se enluta, y a dúo con el mencionado Acuña, se disponen a enlutar a las viudas de los imperiales. Ella, desde su casa al principio y desde el alcázar después, sigue gobernando Toledo empecinada en que será capaz de acabar con «el hijo de la reina» y todo hijo de lo que sea que esté a su vera.

Recibe la visita de un enviado de Carlos, con bandera blanca y sable deseoso de probar el filo. Trata de domar a *la leona* y convencerla de que el circo se ha acabado. Ni por esas. «La próxima vez que venga, será para arrestarte y las consecuencias te las puedes imaginar». Tampoco le hacen mella.

María hace traer desde Yepes la artillería, cierra las puertas de la ciudad, impone altas contribuciones, requisa el sagrario de la catedral para pagar con su plata a las tropas y sigue resistiendo.

El arzobispo Acuña, pierde de sopetón las ganas de pelear. Entiende que la ilusión de alcanzar la mitra toledana como primado de España que es lo que en el fondo le llevó a Toledo se ha esfumado y decide huir intentando llegar a Francia.

Madrid ha capitulado, solamente Toledo resiste. Los dirigentes comuneros de la ciudad, son partidarios de capitular, sus más allegados tratan de convencerla —alguno se atrevería a decir: «Hermana, estás peor que Juana»—, pero ni por esas.

Desde abril a agosto, comuneros y realistas se dedican a sembrar de cadáveres los campos toledanos, hasta que por fin los imperiales cercan Toledo (1 de septiembre de 1521) y comienzan a bombardear la ciudad. Tras siete semanas de cañoneo y la firma de un armisticio los comuneros evacuan el alcázar. Pero se llevan las armas y mantienen el control de la ciudad.

En febrero (ya estamos en 1522) los comuneros se alzan de nuevo y toman el alcázar liberando a los prisioneros. Ocurrió el día 3 de febrero. El día 4 había acabado todo. Los realistas habían sofocado la revuelta.



#### ¿Y María Pacheco La leona de Castilla?

Pues María, que durante todos los meses que duró la guerra, había sacado de quicio a sus hermanos, cuñados y demás parientes de primera fila, adictos al monarca austriaco, tratando

de convencerla de que tirase la toalla, al final recibió la familiar ayuda para salir del atolladero.

Disfrazada de pobretona, como se hace en estos casos, tomó a su pequeño Pedrito<sup>12</sup> y suponemos que los pocos pedruscos de valor que pudo y escapó a Portugal. Con Pedrito según unos cronistas o sola al haber fallecido antes su niño de peste, según otros novelistas o escritores.

Como era de esperar, y desesperar, la estancia de doña María de Pacheco en Portugal no resultó un paseo por un jardín de rosas. Refugiada en la Seo, primero en Braga y después en Oporto, vivió las más angustiosas estrecheces. El obispo, Pedro de Acosta no estaba dispuesto a facilitarle más que alojamiento para ella y sus criados pero únicamente lo justito.

Los exiliados poderosos y temerosos que habían escapado de España, perdiendo sus bienes pero conservando sus cabezas, acudían a socorrerla en lo que podían pero tampoco estaban en Oporto rebosantes de caudales.

El rey Carlos I, concedió casi trescientos perdones a los comuneros destacados —como es habitual cuando se quiere ganar el acercamiento de los vencidos con gestos magnánimos. Lo saben bien los que ganan— pero con respecto a doña María, la comunera, lo que tenía era ganas de echarle mano y condenarla a muerte acusada de rebeldía por el circo que *la leona* le había montado.

María a cubierto por estar exiliada bajo sagrado, vivía sus tristes días perdiendo salud. Las cartas y solicitudes a sus hermanos, pidiendo ayuda, «no llegaban» y cuando alguno la visitaba exponía a su querida María el riesgo que para él representaba

Cronistas y otras gentes de pluma, no siempre escriben con rigor. Un ejemplo: el Pedrito que aparece en la película de Juan de Orduña *La Leona de Castilla* en la que a la muerte de Padilla, aparece un hijo, Pedrito que aparenta más de veinte años, cuando la propia María contaba a la muerte de Padilla no más de veinticinco.

intentar interceder para que el rey le perdonase. Sabían que el solo hecho de intentarlo les podría crear «dolores de cuello» pese a estar pegaditos al rey.

El que peor lo pasaba era el embajador de España en Portugal. «Apáñate como sea, si es necesario paga mercenarios para que la secuestren pero me la tienes que poner ante mis ojos». Este mensaje de Carlos rey, quitaba el sueño al embajador, pero cada vez que acudía a tratar de convencer al obispo de la Seo, se llevaba un revolcón con aquello de que está bajo sagrado.

Se dice que la única que permaneció temporalmente a su lado fue su hermana María la Santa, marquesa de Monteagudo. Puede que sea cierto. Los demás, sabedores de que el rey Carlos jamás la perdonaría, entendieron que no valía la pena intentarlo.

Quizás, el que mejor se portó fue el rey Juan III de Portugal, que desatendió las peticiones de la corte castellana para que fuese expulsada.

Extinguida su vitalidad, la rebelde heroína comunera, murió en marzo de 1531 con solo treinta y cinco años de edad (treinta y uno contaba entonces el rey). Fue enterrada en la catedral de Oporto ya que el rey Carlos I no consintió que sus restos reposasen en Villalar junto a los de su marido.



## **LDITORES**



...desenvainó su espada, trazó una raya en la arena y con determinación arengó a sus hombres:

«Por este lado se va a Panamá, a ser pobres, por este otro al Perú, a ser ricos; escoja el que fuere buen castellano lo que más bien le estuviere».

Isla del Gallo, septiembre de 1526.

# **LDITORES**

### Una raya en la playa



I reloj de los siglos daba las dieciséis y cuarto, minuto más minuto menos. Digamos allá por el año mil quinientos y pico.

En Europa un monarca pluriempleado andaba como culo de mal asiento de residencia en residencia entre los palacios de su reinado en España y los de su imperio en Alemania. El rey de aquí y emperador de allí, había nacido en Gante justo en el estreno del siglo xvi. Año 1500.

Se llamaba el poderoso monarca Carlos I de España y V de Alemania. Nació de una hija de los Reyes Católicos —conocida por su mala cabeza (algo que no está muy claro)— y un hermoso Felipe, de la casa Habsburgo, con papá emperador romano germánico.

Cuando Carlos contaba quince años comenzaron a morirse gentes importantes de su entorno y le empezaron a llover herencias. Murió su abuelo paterno Maximiliano de Austria, murieron los Reyes Católicos, murió el Hermoso... Todos los reinos pasaban a las manos de Carlos. Incluidos aquellos que a consecuencia de que los padres de su Juana habían impulsado campañas inmobiliarias con un agente llamado Cristóbal allí lejos en la otra orilla de los mares. Cuando menos se lo esperaba —lo de menos no es creíble— se encontró el rey emperador con un montón de parcelas urbanizables en propiedad, dispersas por esos mundos de Dios y otros sin Dios.

Carlos, tenía en cada una de estas parcelas heredadas, su representante de las Coronas, con su espada, su bandera y su Cruz. Lo de la Cruz era debido a que aconsejado por un amigo italiano, Mercurino Gattinara, Carlos se había empeñado en crear una cristiandad universal, así es que donde enviaba la espada enviaba la cruz.

En una de estas parcelas heredadas llamada **Panamá**, trabajaba un barbudo extremeño como ganadero y encomendero de indios (lo de encomendero quiere decir más o menos que disponía de permiso real para explotar indios). El barbudo se llamaba **Francisco Pizarro**. Cincuentón aproximado, nacido en los años 70 de aquel siglo xv. Había llegado como soldado bien curtido al Nuevo Mundo; después de haber andado zurrando la badana a los italianos al servicio de Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán. Aquél que no gustaba de dar cuentas a nadie. Ni siquiera al rey católico. Aquel de: «*Por picos, palas y azadones, cien millones...*».

Para situarnos en el escenario, consideremos que tirándonos de cabeza al mar del Sur desde un peñasco en Panamá, podemos bajar braceando por la costa hasta la capital de Perú, Lima, (Ciudad de los Reyes se llamó antes por haber sido descubierta un seis de enero). Claro que hemos de bracear con energía los cuatro mil quinientos kilómetros «marinos» (yarda más, vara menos) que separan los dos puntos citados. Tan lejos está uno de otro que para exagerar grandes distancias solemos decir: «¡De aquí a Lima!».

A braza o a *crol* estaremos nadando por el océano Pacífico. Un mar que el agente inmobiliario de los Reyes Católicos llamado Colón, no fue capaz de descubrir en sus viajes camino de Asia. El que encontró el inmenso «charco» y lo llamó mar del Sur, fue un vasco. Bueno, vasco pero no vasco. Vasco Núñez de Balboa. Nació este conquistador de tierras y mares en Ejea de los Caballeros (Badajoz) en el año 1475 y murió en Panamá en el año 17 del siguiente siglo.

Balboa viene a cuento por dos motivos: a) tuvo en su equipo a **Francisco Pizarro** durante sus andanzas andinas; b) murió en 1517 de muerte natural. Tan natural como mueren los ejecutados. Balboa fue ejecutado, acusado de alta traición, por un tal Pedrarias y puede que con Pizarro mirando al tendido. No se salvó ni por haber descubierto un océano.

Siendo Pizarro un bastardo, hijo de un alférez de los Reyes Católicos, la bastardaza no debió de sorprender demasiado.

Pero dejemos a Balboa, allí donde está; en pie sobre la bola del mundo con la bandera en una mano y la espada en la otra. Pero antes de tirarnos al agua desde allí donde está la estatua de Núñez de Balboa en Panamá, y ponernos a bracear, por la cinta costera, veamos cómo estaban las cosas propiamente en Panamá.



En el año 1502, partió de España una de aquellas expediciones que organizaba Nicolás de Ovando, Comendador Mayor de la Orden Militar de Alcántara, algo así como un *tour operator* patrocinado por los Reyes Católicos.

Treinta embarcaciones y dos mil quinientos *embarcados* en busca de fortuna se echaron a la mar en febrero de aquel año. Entre ellos, **Francisco Pizarro.** Y decimos *embarcados* dada la tremenda capacidad que tenía el amigo Ovando para reclutar marineros ilusionados en tocar el oro a manos llenas.

Desde su llegada a Panamá, en la expedición citada, hasta dos décadas más o menos, poco se sabe de las *andanzas* del extremeño. Notas hay de que fue encomendero y que llegó a ser alcalde de Panamá. Lo que sí parece probado es que en el año 1519 se cargó a Vasco Núñez de Balboa.

Como en éste *Salpicón Histórico* lo que pretendemos es ocuparnos de la conquista de Perú, daremos un salto hasta situarnos un poco más adelante en el tiempo.

Allá por el año 1522, Pizarro conoció a otro soldado tan analfabeto y tan ambicioso como él, y que como él tenía su bolsa mucho más ligera de lo que había soñado tener como rédito de su odisea americana. Se llamaba **Diego de Almagro.** 

**Diego de Almagro, el Tuerto.** Manchego, de Almagro claro, en su juventud anduvo vivaqueando por Sevilla hasta que apuñaló gravemente a uno de sus compañeros cuando servía de criado en casa de uno de los alcaldes y hubo de tomar las de su nombre: las de Villa Diego y salir corriendo decidido a poner agua por medio y partió para América.

Andando un poco desinflados a causa de la escasa rentabilidad de su aventura, conoció la pareja a un tal Pascual de Andagoya, que de Andagoya era (Álava).

Pascual, incorporado a la gesta conquistadora desde los diecinueve años, llegó a fundar la capital de Panamá (1519). Pero tampoco su alto cargo le satisfacía y caía en la ansiedad de llegar más lejos.

Correteando por la costa, siempre en desplazamientos oficiales como gobernador que era, había llegado en una ocasión hasta San Juan (Colombia). Allí se enteró que en un lugar llamado *Birú* había un Imperio inca «chapado en oro». Intentó conquistarlo pero fracasó. A causa de su salud, que ya no estaba para nuevos intentos, regresó a Panamá y *sopló* a Pizarro y Almagro, lo que había oído.

Animados por lo que Andagoya les había contado, Pizarro y Almagro solicitaron permiso al gobernador de Panamá para desplazarse al sur. El gobernador les dio permiso verbal y escrito pero sin abrir las arcas.

En un primer intento expedicionario la pareja sin fondos sufrió un gran fracaso por falta de medios. Había que encontrar un socio para una nueva expedición que dispusiese de contante y sonante para afrontar las dietas y gastos de desplazamiento. Lo encontraron en el clérigo **Hernando de Luque**, dispuesto a

abrir los cepillos de la iglesia para la causa y, más importante, a que Gaspar de Espinosa, avaro ricachón, abriese su arca y patrocinase la escapada.

El adinerado Espinosa, una vez escuchado el proyecto, se prestó presto a prestar. Puede que las cláusulas del préstamo fuesen de usura, como a un prestamista corresponde pero poco importaba al dúo conquistador. Si lo que les había contado Andagoya era cierto, la rebusca daría de sobra para cancelar cualquier préstamo. Y pobre del usurero y Andagoya si nada encontraban, pues en tal coyuntura las *liquidaciones* serían de otra índole.

En cuanto al clérigo promotor, Hernando Luque, la cuestión no presentaba complicaciones. El compromiso adquirido era simplemente que a Luque se le compensaría con el obispado de todas las parcelas que se conquistasen.

En septiembre de 1524, los socios cerraron los acuerdos de reparto del botín y montaron la estrategia para conquistar aquél imperio del sur llamado Perú.

Solamente se necesitaron ocho semanas para que quedase todo listo. Pizarro fue nombrado capitán de la expedición y con el pecho hinchado de orgullo por el titulazo, ciento doce reclutas, cincuenta indios nicaraguas y algún grumete negro levó anclas.

En Panamá se quedaron: Luque con sus rezos y Almagro con su «mal de bubas»; así se llamaba la enfermedad que se apañaba por andar sin *calcetín* por senderos contagiosos. El famoso doctor francés que habría de inventar el práctico calcetín de látex no había nacido aún y la sífilis hacía estragos.

El clérigo Luque, se quedó para rezar y Almagro para preparar una nave con avituallamiento mientras Pizarro navegaba en avanzadilla.

Anotemos que a Almagro, la asociación con Pizarro, pese a no haber puesto ni un solo maravedí para la expedición, le costó un ojo de la cara. En un desembarco al Sur de Pueblo Quemado, se las tuvo a flechazos con los indios y a causa de uno de los flechazos se ganó el apodo: *el Tuerto*.



Seguimos braceando por el mar del Sur. Vemos a nuestra izquierda algo así como la chepa escarpada de un dinosaurio a lo bruto. Es la cordillera de Los Andes que discurre pegadita al mar y que hace de barrera para que las serpientes y otros bichejos de la selva amazónica que hay tras ella no se acerquen al agua a comer marineros. En esta tremenda espina dorsal hay picos que alcanzan la altura de seis mil metros, y las montañas más humildes miran al cielo desde los mil.

Braceando braceando iremos viendo las costas de Colombia, Ecuador y Perú. Si siguiésemos nadando aparecerían las de Chile (fronteras actuales).

Allí, donde hoy están los peruanos estuvieron los españoles conquistadores del siglo xvi. Los que tenían como gran jefe de territorios al emperador Carlos V. Medido en siglos, es un hecho reciente. Antes de los peruanos de ahora y de los conquistadores del xvi en aquella zona había **Incas**.



En los tiempos en que Carlos I reinaba en España y Francisco Pizarro trabajaba de ganadero en Panamá, en Perú había incas. Como hemos dicho. No sólo en Perú. Estaban desparramados por toda la costa del océano Pacífico, desde la frontera de Ecuador con Colombia hasta la mitad de Chile. Moros en la costa ni uno (en España pocos quedaban), pero de incas aquella costa estaba *abarrotá*.

Que había incas en la costa en el siglo xvi lo sabe hasta el más adoquín sin necesidad de ser experto desenterrador de esqueletos y vasijas de terracota. Allí están los muros de piedra que nos dejaron para que nos rompiésemos la cabeza contra ellos tratando de averiguar cómo leches movían y colocaban aquellos pedruscos y como mutilaban las montañas para dejarlas mochas.

Para fastidiar al prójimo del futuro, los incas no dejaron nada escrito al respecto, ni planos ni notas, ni tan siquiera unos rasguños en las piedras para que nos entretuviésemos en descifrarlos. Nada de nada.

Los historiadores, los arqueólogos y los científicos siguen hechos un barullo, y sin aclarar nada que sea anterior a los últimos cien años del Imperio inca. De esta fecha para atrás (unos diez segundos en el reloj de la arqueología) no se sabe nada. Eso sí, hipótesis no faltan. Como ejemplo, digamos que una de las edificaciones más espectaculares de los incas, está construida sobre una montaña chata, arropada por moles de rocas y no se ve desde el suelo. En el año 1911 (anteayer), un americano llamado Hiran Bingham encontró los restos de esta fortaleza, templo o segunda residencia de mandones. Se puso a rebuscar esqueletos (de lo que poco entendía) y decidió que todos los encontrados eran de mujer. El americano (morboso el tío), que por lo visto no sabía contar costillas de esqueleto, decidió por su cuenta que aquello que había encontrado era un templo en el que se cobijaban las vírgenes del Sol. Posteriormente otras investigaciones menos a ojímetro mostraron que había esqueletos y esqueletas y la teoría de las vírgenes del Sol se nubló. Hoy, hasta que nuevas teorías lo desdigan, se cree que lo que el americano estudioso encontró en el Monte Viejo o Machu Picchu, son los restos de una fortaleza que se había construido uno de los conquistadores incas, el sapa Pachacuti para gozar y gozarlas por todo lo alto en todo lo alto.

Por el número de edificaciones, unas doscientas, se supone que la ciudadela la habitaban unas trescientas personas permanentemente y que el aforo llegaba a mil cabezas indias en temporada alta. Cuando el sapa, su mujer, su séquito, y sus concubinas pasaban períodos de descanso y jolgorio en aquel serrallo de alta montaña.

Ha de saberse que entre los incas la esposa del **sapa: la coya,** solía ser una hermana de éste y probablemente para que no lo acusasen de incesto, en la adoración a Inti (el Sol) se consideraba que Mamaquilla (la Luna), era hermana y esposa del astro ardiente.

Los restos de los sempiternos muros de las construcciones incas traen a mal traer a todos los estudiosos que no encuentran salida al problema que se les presenta cuando ven grandes bloques de piedra de diez toneladas sin material alguno de unión. Regresan a casa preguntándose durante todo el camino ¿cómo puñetas cortaban los incas estos pedruscos si ni siquiera disponían de hierro? Y otra incógnita: ¿Cómo se apañaban para meneárselas?

Entre las teorías que van apareciendo la más verosímil parece ser la de **Mandí**. Éste al menos la expone con lógica. A no ser que se piense que más que una hipótesis es una fantasía. La cuento.

Cuando las naves espaciales llegaron, los verdes de orejas grandes y ojo en la frente venían dispuestos a montar una factoría para construir naves espaciales utilitarias. El mercado no ofrecía duda. Con estas naves utilitarias, pasar un fin de semana en «Mamaquilla» estaría al alcance de cualquier terrícola adinerado.

Como emplazamiento ideal para la factoría, se eligió Perú. A la vera del Pacífico. En este lugar sus discos voladores de logística, transporte de curritos, equipos técnicos y sus grandes naves con chorros de escape technicolor podrían amerizar y

despegar con facilidad y discreción. Estar resguardados por una alta cordillera resultaba favorable para evitar miradas de curiosos de esos que siempre dan la vara diciendo que han visto un platillo volante.

Preocupaba que los análisis hechos desde la nave laboratorio daban como resultado que aquellas tierras cercanas a la costa bailoteaban de vez en cuando al incrustarse bajo la cordillera placas en movimiento que provocaban tremendos terremotos. Afortunadamente los verdes de ojo en la frente contaban con suficientes medios para hacer las paredes gordas. Capaces de aguantar los envites de las impertinentes placas del subsuelo.

Todo esto había sido tenido en cuenta, pero lo más importante para decidir la ubicación, había sido el informe —cifrado claro está— del sabio director de la nave detector de metales. Los *leds* del panel de control ascendían haciendo guiños por la columna de los parámetros y alcanzaban en momentos un signo que hasta la fecha no ha sido posible *descriptar*, pero que sin duda indicaba: ¡Aquí hay la releche en metales!

Con los informes de las naves espaciales técnicas, comenzaron las obras. Llegaron primero las naves *raseurs*, dotadas de un disco en su base, diámetro plaza de toros, con tremendas cuchillas. Estas naves, capaces de desnudar una montaña en un abrir y cerrar de palancas, llevándose por delante fauna y flora, lograban pelar una superficie equivalente a unos cuantos estadios de fútbol en un santiamén.

Apoyadas sobre sus tres patas y desprendiendo un chorro de fuego que asustaba a las lagartijas —si es que alguna había quedado con vida— las naves *lasercut* cortaban de la rocosa montaña bloques de piedra de distintos tamaños, de acuerdo con las capas que la montaña ofrecía. Al tiempo, las naves *trincheris*, se desplazaban por el llano abriendo profundas trincheras con un gigantesco cazo de uña que le salía de sus entrañas.

Las ventosus, las naves grúa, tomaban los bloques de piedra cortados por las *lasercut* con sus ventosas de eficacia lapa, y las depositaban con precisión en las profundas zanjas. Una vez las zanjas estaban rellenas de bloques, comenzaba el trabajo desde la cota cero. Trabajo más fino y de alta precisión que llevaban a cabo las máquinas *roerpedrus*. Tomaban un pedrusco de adecuado tamaño y lo roían por sus lados y cantos hasta ajustarlo al intersticio dejado entre los grandes bloques. Ni una piastra de aquellas se gastaban en cemento o pegamento. Todo ajustaba a la perfección.

Los muros crecían a increíble velocidad, tanto a ras de suelo como en las montañas de cresta mutilada.

La operación construcción había que llevarla paralela a la de repoblación. Algo que para los recién llegados no ofreció dificultad alguna. Unos cuantos indios de la tribu «Cotillones» se habían colado desde Brasil para ver qué hacían los hombres verdes de orejas grandes y ojo en la frente con aquellos cacharros que asustaban tanto. Los promotores de la factoría de naves utilitarias en ciernes, los trincaron, los *canearon* un algo para asustarlos y los escanearon un mucho para estudiarlos.

Con todos los datos en sus ordenadores esperaron la llegada de la gran nave *Clonis*. Una nave tamaño cuartel que amerizó levantando olas de veinte metros y delfines de cuarenta.

La clonación salió perfecta y en sólo veinte años dispusieron de cientos de obreros y obreras para la construcción del Imperio inca. Al inicio hubo algunos problemas con los clonados que fue necesario resolver: las pastillas color rosa del desayuno les producían gastritis y las verdes de la cena disentería «clónica». No quedó otro remedio que aplicar las naves *raserus* a la ladera de unas cuantas montañas y construir esas grandes terrazas que tanto admiran hoy los turistas para que los clonados incas sembrasen patatas y maíz pues de no hacerlo se corría el peligro de que los incas la hincasen.

Algo parecido fue necesario hacer con esta raza que no era pildóvora y sí carnívora. El jefe verde andaba un poco mosqueado de que entre los clonados abundasen tanto los mancos y los cojos. Para que dispusiesen de carne abundante y dejasen de comerse la pantorrilla del compañero, fue necesario clonar cientos de llamas. Un animal que les proporcionaría carne para su sustento y lana para sus vestidos. Lo de la vestimenta era necesario. Sorprendía a los verdes que los clonados, o los incas ya, tuviesen el sensor térmico tan desajustado y lo mismo tiritaban que sudaban. Con las llamas se solucionaron los dos problemas: *catering* y vestuario.

Para el jefe verde de grandes orejas y ojo en la frente, el proyecto Inca funcionaba casi a la perfección. Los clonados habían alcanzado la edad propicia para la reproducción y comenzaron a aparecer clonitos y clonitas. Pronto se llenaría aquello de incas.

Sin embargo, algo había que no ofrecía el resultado esperado. Por muy avanzada que esté una civilización y venga de la galaxia que venga, siempre hay algo que falla. En el caso de Perú falló lo que menos se esperaba. ¡Nada menos que el detector de metales!

De hierro, que es lo que se buscaba para la construcción de las naves utilitarias, no apareció ni una mina ni una limalla siquiera. Buscasen donde buscasen, solo aparecía oro, plata, estaño y otras mierdas parecidas que no servían para el proyecto. Jefe verde estaba negro por el fracaso. Lo que tanto abundaba, el oro y la plata, para nada le servían.

Andaba el jefe verde en esos cabreos cuando le llegó la noticia: en las galaxias se había desencadenado una guerra de naves tomar y andaban todos apedreándose con satélites. La presencia en el espacio de los verdes era imprescindible.

Así fue como los constructores de esas fabulosas obras de los incas desaparecieron. Probablemente perdieron la guerra ya que nada se ha vuelto a saber de ellos. Ni siquiera una visita han hecho a sus clonados en los últimos siglos.

Los de los platillos volantes, se marcharon a la guerra, su guerra, dejando las cosas a medio hacer. Muros y más muros para fortalezas y templos, vestigios que hoy siguen en pie para orgullo de los peruanos y *business* para las agencias de turismo. Larga sería la lista de los soberbios edificios y templos: Templo de las diez ventanas, Templo del Sol, Templo de Viracocha y muchos más. Lo curioso es que los constructores debían de saber mucho de muros y de poner piedra sobre piedra, mientras que de tejados su ignorancia debía de ser supina. Las edificaciones las remataban, tanto los que se largaron como los que se quedaron, con techos de paja. En poco tiempo se quedaron todas las edificaciones sin techo. Y así están.

Desde que los constructores de naves utilitarias abandonaron el territorio para ir a la guerra de las galaxias —siempre según la hipótesis de Mandí<sup>13</sup>— hasta que recibieron la visita del extremeño que antes presentamos, **Francisco Pizarro**, dispuesto a hacerse con todos los metales que no le gustaron al jefe verde, los incas vivieron a su aire con sus rezos y sus rarezas. Podría decirse que en paz. Pero tampoco. Entre los incas había sus más y sus menos.

Desde la llegada de Pizarro y sus españoles, hasta un siglo marcha atrás, dicen los que dicen saber, que algo se conoce de este gran Imperio. Y se quedan tan panchos cuando refieren que la llegada de los incas, de no se sabe dónde, debió de acontecer entre los años 1100 y 1350. Bien, una tolerancia de dos siglos y medio. Podían opinar, para no cometer errores, que la llegada tuvo lugar entre antes de Cristo y después de Cristo.

<sup>&</sup>lt;sup>13</sup> Si realmente Mandí es el seudónimo de Manuel Díaz será mejor no creernos nada de su hipótesis.

Digamos que en aquella fecha, que ya tenemos *clara*, parece ser que acamparon en las cercanías del lago Titicaca (en traducción muy libre retrete para monos).

La producción de clonados —siempre según la poco fiable teoría de Mandí— se produjo con un pequeño puñado de indios cotillones trincados por curiosos, y como consecuencia de ser pocos los indios-patrón, había multitud de clonados que eran todos igualitos. Ello daba lugar a que en una tribu se produjesen confusiones —favorables en muchos casos— de que uno se metiese en la cama con la mujer de su mejor amigo (indiadas que siguen ocurriendo).

Parece ser —insiste Mandí— que de este barullo proviene la tradición de pintarrajearse de colorines hasta incluso lo que cubre el taparrabos. Forma de dar coloridos nombres y apellidos a los componentes de una familia.

Otro de los truquillos para distinguirse entre unos y otros —y está más que comprobado— era el colgarse de las orejas grandes abalorios. Tan gordos y pesados que estiraban los lóbulos de forma increíble. Los españoles apodaron a los incas nobles, a los de peso pesado en los pendientes, «orejones».

Durante un siglo vivieron los incas su paz, sus guerras y su expansión sin que nadie les molestase. Hasta que a Carlos V se le ocurrió que estaban dejados de la mano de Dios y que era necesario encarrilarlos, se apañaban ellos solos. Veamos en lo que más destacaban según las informaciones de los conquistadores. Siempre según los estudios de los estudiosos serios aunque de vez en cuando se cuele algún americano incapaz de descifrar el sexo de los esqueletos.



RES

Cuando llegaron los españoles, con Pizarro a la cabeza, dispuesto a descabezar, el Tahuantinsuyu, nombre que daban los incas a su al-Ándalus. Era un territorio de cuatro provincias (suyus): el Collasuyu, el Antisuyu, el Cuntisuyo y en fin, «el todo Suyu» ocupaba una franja de cuatro mil kilómetros de longitud bordeando la costa. En solo un siglo se habían hecho con todas las tribus vecinas y en la mayoría de las ocasiones lo habían logrado por la vía del diálogo. Mostrando armas pero sin usarlas. El Imperio inca eludía englobar tribus guerreras y que no se adaptasen a su idiosincrasia.

El jefe, con título de **sapa** (señor único) mandaba cosa mala. Lo hacía de viva voz y sin necesidad de leyes u órdenes escritas —ya hemos citado que los incas, de escritura ni palotes—. El señor único, el sapa, casado con su hermana, la **coya**, como Inti (el Sol) casado con su hermana Mamaquilla (la Luna), vivía rodeado de concubinas y un grupo de orejones en la ciudad sagrada. El *concubineo*, era sólo permitido a los de alta alcurnia. Los campesinos currantes lo tenían prohibido y tocaban sólo a una contraria por cabeza.

El palacio del sapa y su séquito se encontraba en el centro de una ciudad de diseño urbanístico de lo más hortera llamada Cuzco (que significa nada menos que el ombligo del mundo). Había sido construida formando con sus palacios y edificaciones la silueta de un puma. El sapa, con su elite de orejones y sus mujeres, vivía en Cuzco a todo trapo. Se lo había montado de forma que todas las tribus que se *arrejuntasen* a su imperio pagasen sus gastos. Él, elegido por la divinidad (otro más) con el poder en la mano, se ocupaba de dirigir los destinos del prójimo. Los nobles a su costado, cada vez que el imperio crecía con la incorporación de una nueva tribu, tenían que asumir el fastidioso compromiso de convertirse en «sapachivatos» y formar parte del equipo de inspectores censales. A los recién incorporados al imperio los dejaban seguir mandando en sus

vasallos y obtenían el grado de curacas pero siempre sin poder escapar a la supervisión de los hombres del alto mando, del elegido por la Divinidad. El sapa también destinaba unas cuantas familias a vivir entre los de las tribus recién incorporadas para que diesen ejemplo y los novatos aprendiesen a vivir como auténticos incas. Desplazados que no siempre lo hacían de buen grado; a regañadientes y acordándose de la progenitora del sapa.

Para manejar un imperio creciente, y con la carencia de no querer dejar nada escrito, o no saber escribir, lo que resultaba imprescindible era disponer de un sistema «métrico guital» que por medio de «guitas», cordelillos y lacitos, facilitase al sapa datos estadísticos sobre el censo de los *purej* (varones entre veinticinco y cincuenta años, que son los que contaban a *efectos productivos*).

Algo exagerada nos parece la cota superior, pues dada la calidad de vida de los incas, es de suponer que la mayoría de ellos la hincaban mucho antes de cumplir los cincuenta. Pero así consta en los escritos (no por los incas) y así lo anotamos.

Veamos cómo se las apañaban con ábaco cordelero. Una especie de ordenador sin disco duro que consistía en un palo horizontal del que colgaban cuerdas de distintos colores llamado *quipu* y que hace siglos trae a los estudiosos de cráneo para interpretar cómo funcionaba. Más o menos han llegado a estas aproximaciones:

Imaginemos el *quipu* como el fleco del mantón de una chulapa o folclórica de *tablao*. Los distintos colores de sus flecos pueden indicar un algo. Digamos: flecos amarillos, nacimientos; flecos rojos, guerreros; flecos verdes, habitantes, etc. Si en cada uno de estos cordeles hacemos un nudo que vale cinco, un nudo doble que vale diez, una lazada que vale cincuenta, una doble lazada que vale cien y con un poco de ingenio nudos y lazadas especiales, no será difícil contar después.

Es posible que el asunto sea algo más complicado y que con el original ábaco y sus cordelillos se pudiesen efectuar operaciones aritméticas y todo pero hasta no tener más conocimientos nos quedaremos con las *científicas conjeturas* de los estudiosos.



Un imperio que se limite a adorar a un ser de chicha y hueso —aunque esté incestado con su propia hermana por mandato divino— ni es imperio ni es *na*.

Los incas, al igual que otras culturas primitivas, adoraban a un dios principal —el que elegía a los mandones a dedo— y unos cuantos secundarios.

Así Viracocha el creador de la tierra, el cielo y los hombres era el dios principal, pero por ser una divinidad abstracta y los sacerdotes no ser capaces de explicar a la plebe el misterio, estaban los dioses más tangibles, o que se dejaban ver. Había para todos los gustos, Inti y Mamaquilla (el Sol y la Luna), y luego estaba el dios del Trueno, del Rayo, y todos los que aportaban las tribus que se incorporaban al Imperio. Resumiendo: politeísmo a gogó.

Entre todas las variantes destaca la adoración a las *mallqui* que aunque suene así de raro no son otra cosa que las momias de los antepasados. Con los muertos se traían los incas unos trajines increíbles. Pariente que se moría, pariente que se ponía a secar antes de depositarlo en una profunda cueva o darle sepultura. Las clases menos privilegiadas momificaban sus parientes por lo barato y a la intemperie. Nada de mejunjes caros como hacían los egipcios. El clima seco de la costa o las nieves de las altas cumbres ayudaban en el empeño de que las momias se conservasen *sanas* y vistosas.

Naturalmente cuando el difunto pertenecía a esferas sociales de alta alcurnia no se los subía a la alta montaña, se los embetunaba convenientemente con sebo de maíz.

El representante de Viracocha en el imperio —dios oficial— con rango de sumo sacerdote, era generalmente un primo o pariente cercano del sapa. No tenía que ser licenciado en teología pero estaba obligado a vivir apartado de Cuzco, alimentarse de raíces y agua, hacer ayunos de ocho días y sobre todo mantenerse célibe. A medida que los estudios avanzan y los rebuscadores encuentran evidencias, va tomando fuerza la teoría de que el cenobita de anacoreta nada de nada y menos de que vivía en solitario. Parece ser que en realidad el representante vivía mejor que su representado y en agradables compañías. ¿Habrán encontrado los rebuscadores *pantis* escondidos entre las rocas de su cueva?

Por otra parte, para tener contentos a los dioses tangibles y a los intangibles, se practicaban las ofrendas. Tanto para agradecer buenas cosechas, como para pedir por la salud del sapa, o para que las nubes descargasen sus aljibes celestiales.

Escalofríos da pensar que pueda ser cierto lo de *Los niños* de *las nieves*. La ceremonia llamada *capacocha* consistía en enterrar a un niño vivo en las nieves de una alta cumbre como ofrenda para pedir las lluvias.

Consuela pensar, relativamente, que pueda ser cierto el hallazgo de Johan Reinhard (americano como el contador de esqueletos de Machu Picchu).

En 1995 descubrió el cuerpo de una niña congelada que presentaba una violenta fractura en el cráneo. Detalle que hace pensar que *Los niños de las nieves* eran asesinados antes de ser enterrados en la nieve. No vivos como consta en los escritos de los conquistadores españoles. La bestialidad sigue siendo tremenda pero al menos podemos pensar que la muerte fue algo más clemente. De todas formas, al haber aparecido la momia

en la ladera de un monte (monte Ampato, Perú) los expertos discuten en la actualidad si pudo haber caído del monte y producirse la fractura del cráneo o verdaderamente la fractura es consecuencia de un golpe. La aparición de la momia de la niña perfectamente conservada debido a las bajas temperaturas, ha sido probablemente el hallazgo arqueológico inca más relevante del siglo xx. La momia fue bautizada como Juanita en honor de su descubridor, Johan Reinhard.

Esto que puede sonar a irreal, es totalmente cierto y está documentado.

Naturalmente, como en cualquier otro imperio, también los incas se ocupaban de la demografía. Si por medio del ábaco cordelero, se regulaba la distribución de las cosechas, el número y distribución de los *purej* (los productores) y cosas así, lo de emparejar deudos no se basaba en sorteos de lacitos o cordeles. Y el emparejamiento estaba tan controlado como cualquier otra cosa, pero con el método metomentodo.

Una vez al año se reunía a las chicas casaderas ante los machos incas y se celebraba la ceremonia de «ésta para mí». Cada cual tomaba su cadacuala y listo. En la hilera de casaderas no se presentaban todas. Antes de exponerlas al ojeo, se había procedido a la separación de bienes. En este caso de buenas. Un visitador del imperio visitaba las aldeas cada cierto tiempo para que le presentasen las niñas de unos diez años. El funcionario, separaba las más monas y las daba el título de mujer elegida, allacuna. Las elegidas eran internadas en una especie de conventos donde aprendían a hilar, tejer, hacer cerveza de maíz y modales. Posteriormente de allacuna pasaban a «allacama». El sapa elegía para concubinas unas cuantas y las restantes pasaban a concubinear con los nobles del Imperio, altas personalidades o pelotas oficiales del sapa. A las sobreras que no servían para la corrida, se las encerraba en los famosos templos del Sol como sirvientas. Nada de a-lla-cuna ni a-lla-cama. Con el título

de *macumas*, vírgenes del Sol, pasaban el resto de su vida a la sombra y con voto de castidad.

Mal asunto, para una chica, nacer inca y no pasar la selectividad.



A pesar de que el sapa mandón trataba de tener todo controlado con sus dictados (sin escribir) y llevar las estadísticas de los insumisos rebotados, bien controlados en un fleco, quizás negro, de su insólito ábaco, siempre había quien deseaba que el sapa pasase a ser momia venerada y le dejase el puesto. Y hacía lo posible para lograrlo.

Cuando un sapa inca la hincaba, el sucesor no tenía que ser el primogénito por narices. Podía ser el segundo, el tercero, un bastardo, un pariente cercano... lo importante es que fuese elegido el mejor. Lo de elegir al mejor se sigue intentando siglos adelante, pero la elección sigue estando en manos de los hombres y claro, es difícil que acierten y que además queden todos contentos de haber atinado. Ocurre ahora y ocurría entonces, cada vez que un sapa pasaba a momia se armaba la gresca entre candidatos.

En el año 1531, algo de eso había por allí, por Perú. Había muerto el sapa Huayna Cápac. El Cápac había dejado dos *Capaces* uno se llamaba Huáscar y el otro Atahualpa. Y como ambos se sintieron capaces de mangonear, para decidir cual de ellos debía ser el sucesor recurrieron al infalible método de una guerra civil. Y en estas estaban cuando llegó Pizarro para decirles: «Ni para uno ni para el otro. Perú me lo quedo yo».

El apodo de *el Tampax* le hubiese venido al pelo al extremeño. Se encontraba en el momento adecuado y en el sitio oportuno. Si el ábaco de flecos llamado *quipu* trae de cabeza a los empollones, inseguros de si un lazo marinero en un cordelillo verde significa cincuenta muertos o cien vivos, para qué decir con la confusión que se traen tratando de averiguar cómo un puñado de españoles barbudos pudieron acabar en un santiamén con una multitud de incas pintarrajeados.



Podemos considerar, según los datos a mano, mucho más recientes —más fiables que las teorías de Mandí o las del americano contador de costillas— que la conquista de Perú se desarrolló, más o menos, como sigue:

En la expedición de Pizarro con su centenar de hombres elegidos —lo mejor de cada casa, suponemos dado su comportamiento posterior— sus cincuenta indios y sus grumetes negros, no faltó de nada. De nada si a calamidades no referimos. Cuando agotados se refugiaron en la playa de Chochama—al poco de su partida— quedaban solo cincuenta de los que habían salido de tierra firme y la mayoría de ellos hechos un guiñapo. Allí aparcados esperaron la llegada de Almagro con provisiones y refuerzos. Pizarro esperaba deseoso continuar la singladura y sus chicos desesperaban rezando para que no lo lograse y poder regresar a Panamá. Los rezos no debieron de llegar a los dioses y el que llegó fue el tuerto sifilítico Almagro con dos naves, ciento diez hombres y un saco de bocadillos.

Con tremendas dificultades continuó la expedición un trecho hasta la desembocadura del río San Juan. Tampoco aquí faltó de nada. Serpientes venenosas, plagas de mosquitos con trompeta sin sordina y arenas movedizas que se tragaban a los soldados cual picatostes en puré. Para no seguir coleccionando calamidades, tomaron los jefes de la expedición firmes determinaciones. Almagro, pese a tener sólo un ojo, veía más que suficiente para entender que se tenía que largar del delta del río antes de que se lo tragase una serpiente y se envenenase con su sifilítica sangre.

Pizarro se quedaría sobre el suelo, sin nave, con ochenta hombres. El piloto mayor Ruiz Estrada continuaría viaje al sur para obtener noticias.

A Pizarro, que le había enchufado el «marrón» a Ruiz Estrada, no le fueron las cosas muy bien. Se presentaron los indios antropófagos con hambre y en un solo día acabaron con quince españoles.

A Ruiz Estrada que navegaba costa abajo, le fueron las cosas mejor. Llegó hasta la mitad de la ruta y en Tumbes, ya atravesado el Ecuador, se tropezó con una embarcación en la que viajaban un montón de indios chapados en oro. Los chicos de Ruiz Estrada despojaron a los indios de sus pesados abalorios y capturaron a unos cuantos. Entre ellos a dos que pasarían a la historia con cierta fama. Felipillo y Manuel, que así fueron bautizados, aprendieron español y permanecieron como traductores al lado de los conquistadores.

Un mes después de su partida, Ruiz regresó a San Juan y lo mismo hizo Almagro. Almagro traía seis caballos y unos cuantos perros de guerra, de la raza acojonaindios. Ruiz traía a Felipillo y Manuel, que ya sabían decir amén, amén, o sea además, de un montón de cachivaches brillantes que hicieron brillar los ojos y el ánimo de Pizarro para continuar con su aventura de conquistar Perú.

Más de dos años había durado la primera fase de la expedición cuando en enero de 1527 desembarcaron en una zona muy pobre de la actual costa ecuatoriana. Nuevamente no supieron elegir terreno, o quizás es lo que había disponible; los frondosos bosques tocaban a tres serpientes por árbol y los

mosquitos nublaban el cielo. Los mosquitos picaban, Almagro y Pizarro se picaban y a punto estuvieron de entenderse con las espadas. El desánimo crecía, parte de la tropa se rebotaba, el hambre flaqueaba sus cuerpos y sus mentes aventureras. Menos mal que los caballos a la barbacoa estaban riquísimos. Se comieron la cuadra entera. De los seis jamelgos que había traído Almagro, habrían quedado únicamente las *hiposandalias* como los griegos llamaban a las herraduras, pero ni eso, en aquellos tiempos no existían. ¡Lástima. Les podían haber traído buena suerte!

Dos meses después de la llegada, con los hombres hechos trizas, y los caballos hechos chuletas, Pizarro se refugió con ochenta de los suyos en una pequeña isla que llamaron isla del Gallo. Podemos suponer que confiados en que los indios antropófagos y las serpientes no supiesen nada.

Nueva decisión: Pizarro se queda de Robinsón en la isla del Gallo y Almagro retorna a Panamá en busca de ayuda. Seis meses se tiró Pizarro aguantado el hambre y la mala leche de su pequeña tropa. A veces temiendo que una mañana se despertaría con una caña con la punta untada en curare clavada en el pecho. Y ya se sabe, si te pinchaban con curare no habría quien te curare.

Por fin, en septiembre, llegan refuerzos de Panamá. Refuerzos y malas noticias para Pizarro. Almagro no había logrado reclutar hombres en Panamá y el gobernador había decidido enviar una expedición para recuperar a aquellos que estaban desolados y hechos trizas en la isla del Gallo. El mando de la expedición, con el mensaje de *recoger los bártulos* se confió a Juan Tafur.

Traen órdenes del nuevo gobernador de que se suspenda la aventura y regrese todo quisqui a sus lares y dejen de dar el coñazo con la historia de que lo que pretenden conquistar vale un Perú.

Cuando Pizarro recibe la noticia se pone rojo, erguido y chulo; reúne a sus soldados y les suelta una animosa y convincente arenga. Con la punta de su espada traza una línea en la arena, mira hacia el sur y dice: «Amigos, a este lado está el hambre, el sufrimiento y los males, mas también está la gloria y la riqueza. Al norte está Panamá donde el sustento no os faltará». Tras lo cual, salta el surquillo, hecho en la arena a punta de tizona y desafía: «¡El que tenga co... rdones, que me siga!».

Trece dieron el saltito. Pasarían a la posteridad como los Trece de la Fama. El resto, casi atropellándose unos a otros subieron a la nave de Juan Tafur.

El primero en dar el saltito, fue un hombre nacido en Moguer que llegaría, por sus méritos y por conocer los mares del Sur, mejor que los delfines a hidalgo, Caballero de la Espuela Dorada, Piloto de la Mar del Sur con 75.000 maravedíes de salario por año y Regidor Perpetuo de Tumbes. Se llamaba Bartolomé Ruiz.

Nuevamente Almagro y Estrada y Ruiz, salieron, rumbo a Panamá a solicitar del gobernador una prórroga y pedir que no se enfadase. Mientras tanto Pizarro y sus doce más uno apóstoles leales aguardaron cinco meses pasándolas más estrechas que la puñeta. Temerían incluso que si no llegaba la solución sobraría un apóstol para la última cena.

Por fin llegó la expedición, enviada por los socios de Pizarro, Diego Almagro y Hernando Luque. Dos naves al mando de Bartolomé Ruiz, y suponemos cargaditas de *catering*, soldados y armas.

Para qué decir cómo encontraron a los que habían dado el saltito. De inmediato —suponemos que tras aliviar sus buches— pusieron rumbo al Sur.

Un buen día, la suerte sonrió a los conquistadores. Descubrieron unas embarcaciones indias cargaditas de oro en las cercanías de Tumbes. Se animaron y desembarcaron cerca de la ciudad (en el golfo de Guayaquil). En la ciudad fueron recibidos por el curaca local —recordemos que el curaca era el jefe de la tribu de reciente incorporación al Imperio inca tolerado por el jefe del Imperio—. No se sabe con que buenas o malas artes verbales de cruz o de espada, Pizarro apañó unos cuantos objetos de oro y tomó rumbo a Panamá para enseñárselos al gobernador con un «¡Pa que te enteres capullo!».

El gobernador de Panamá elogió la belleza de los *souvenirs* al ver como relucían, pero insistió en que no le complicasen la vida, que para él ya brillaba el presente suficiente como gobernador sin necesidad de meterse en peligrosos jardines o tierras movedizas.

Luque, el clérigo con pretensiones de multiobispo, ante la negativa de colaboración del gobernador, que no estaba dispuesto a perder su bienestar para que ellos gozasen de un *mejorestar*, propuso al tuerto Almagro y al magro Pizarro (casi en armadura ósea, flaco como un pizarrín estaba Pizarro) que lo que había que hacer era buscarse un nuevo *sponsor*.

¿Quién mejor que un emperador católico para la gesta? Un monarca deseoso de llevar adelante el programa de no dejar un indio sin bautizar en la corteza del planeta por muy escondido que estuviese en una mina de oro.

«Creo que la ayuda la hemos de buscar en el hijo de Isabel la Católica, que Dios tenga en gloria, —recomendó Almagro a Pizarro— ella era muy aficionada al parceleo ultramarino y sabemos que el emperador Carlos es de la misma tendencia. Podrás convencerle diciendo que el Señor de los Cielos estará feliz de que saquemos a todos estos incas de su ignorancia y sus creencias de adorar al sol que menos calienta».

Sin cien cañones por banda, viento en popa a toda vela... salió Pizarro rumbo a España. No resultó difícil lograr del emperador Carlos su colaboración. Escuchó con atención todo lo que ocurría en aquellos mundos carentes de agua bendita, le

contaron lo de *Los Niños de la Nieve,* la veneración a las momias (no a las reliquias de santos como a Carlos y a su hijo Felipe II le encantaban) y muchas cosas más de aquellas gentes dejadas de la mano del Señor. Añadieron que en Perú se encontraba el oro y la plata dando puntapiés al suelo y que unos tipos que allí mandaban tenían acumulados grandes tesoros. Fuere por lo de los pobres sin bautizar o por lo otro, el rey de España y emperador de las afueras se prestó a subvencionar la gesta. Eso sí, participando la Corona de España en el reparto del botín. (Del 1.400.000 pesos de oro y 26.000 libras de plata, del tesoro de Atahualpa, le tocaron a Carlos cien mil de los primeros y cinco mil de las otras).

No es que Carlos V fuese egoísta; es que andaba a la quinta pregunta. Un imperio cuesta mucho de mantener.

La parte de comisionista que recibía, por haber sido *sponsor* de Pizarro era mucho menos jugosa de lo que Carlos en principio esperaba. De los metales preciosos que salían del Caribe, una buena parte se quedaba en manos de los piratas y otra buena porción quedaba enriqueciendo el fondo del mar. ¡Hombre al agua! Gritaban los piratas cundo alguien se tiraba o era empujado a las olas.

¡Oro al agua! Se lamentaban los capitanes españoles cuando sus naves, perforadas a cañonazos y con marinos de los que no sabían nadar, se hundían con la carga.

Dejando al margen los gastos «imperiales» de la bicorona de Carlos de Gante, estaban los gastos «caseros» y los de fuera de casa. Las novecientas mil doblas que aportó como dote su esposa Isabel de Portugal (unos cincuenta millones de las antiguas pesetas) no dieron para mucho. Había que mantener a los cinco hijos vivos que le había dado Isabel en catorce años y a las mamás «vivas» que le habían dado otros cinco en veintinueve y que después de haberlas preñado había que

«conventuarlas», casarlas o ponerlas un pisito. Todo costaba mucho.

De los hijos, dos le salieron muy gastosos Jeromín (Juan de Austria) el habido con su amante Bárbara Blomberg, gastaba un dineral en pólvora y soldadas allá por los Países Bajos luchando contra los calvinistas y Felipe, tenido con Isabel de Portugal, que tenía metido en la cabeza construir un monasterio en El Escorial, no paraba de poner ante su padre su hucha, tamaño barril de cerveza, y pedir: «Papa, anda dame para cemento y para pagar éstas nuevas reliquias de santos que he adquirido».

Un emperador, montado en el maravedí fiado, lo que tenía que haber hecho, cuando quedó viudo a los treinta y nueve años en lugar de tanta trashumancia de capital en capital, era buscarse una novia con un buen capital. A esa edad, todo un emperador aunque no fuese precisamente un Adonis, no le hubiese sido difícil.

Tan achuchado estaba el emperador, y tan achuchados tenía a los prestamistas que un buen día, le dijo a su Felipe: «¿Sabes qué niño?: quédate con todo, yo me voy a un monasterio». Y se fue a comer y rezar.

En el mes de julio de 1529, Carlos no había cumplido aún los treinta años pero cumplió con los solicitantes y se despachó dando títulos. Pizarro, capitán general vitalicio de Perú, Almagro gobernador de Tumbes y los trece *apóstoles* de la isla del Gallo, elevados a hidalgos.

Antes de partir para Panamá, a fiambrera llena, para que sus paisanos se enterasen lo intrépido que era y lo bien relacionado que estaba, Pizarro se acercó a Trujillo, su pueblo natal. Allí con su título de capitán formó el equipo. Fichó a los cuatro hermanos que su padre le había proporcionado de producción propia. Todos con la misma (pero con distintas hembras). Sin entrar en detalles de origen se enrolaron en la aventura; Hernando, legítimo por parte de padre; Gonzalo y Juan, ilegítimos

de canitas al aire (todos con la misma, **energía** queremos decir), y Francisco Martín, por parte de madre. Para completar un quinteto fichó también a su primo Pedro Pizarro, como cronista.

Desde Panamá sin prisa y sin hambre, se ultimaron los preparativos para la conquista definitiva, y en enero de 1531 levaron anclas rumbo a Perú, con pecho y velas hinchadas, tres naves, ciento ochenta hombres y veintisiete caballos.

En una ciudad llamada Coaque, se tiraron seis meses sabáticos, probablemente esperando que los hermanos Huáscar y Atahualpa terminasen de darse leña para seguir ellos dándosela al que quedase. Se estaban dando de lo lindo. Su papá, Huayna Cápac, había conseguido un imperio desde Quito hasta más allá de Bolivia. Ahora se trataba de que los niños lo perdiesen con sus guerras inciviles. Huáscar era el legítimo heredero, hijo de su esposa y hermana, *la coya*, pero el vástago favorito del inca era Atahualpa, cuya madre era hija del último cacique de Quito. Huáscar salió perdiendo y fue hecho prisionero en la guerra con su hermano. El imperio inca quedó maltrecho de tanto arrearse y los odios se empezaron a desarrollar mejor que las patatas (de las que se cultivaban cien variedades distintas).

Pizarro, dirigiéndose a su hermano Hernando, pronosticó fatuo: «Más vale llegar a tiempo que rondar un año. Verás que ni siquiera hemos de valernos de aquello de divide y vencerás. Están divididos. Venceremos».

Efectivamente, tenía razón. Para entrar en acción, supo esperar hasta que los hermanos Cápaces terminasen de darse leña en aquel imperio que tenían patas arriba con sus guerras para ver cuál de los dos se subía al dorado trono.

En la pelea entre los Cápaces resultó más *capaz* Atahualpa que Huáscar, lo que le dio derecho al vencedor de instalarse con su corte en Cajamarca una ciudad entre Quito y Cuzco.

Enterado Pizarro, decidió hacer una visita de *cortesía* al vencedor y acompañado de sesenta y dos jinetes y ciento seis

infantes se plantó, no por las buenas, por las otras, en el corazón del Imperio inca.

Comparar el armamento disponible por parte de los incas, que recordemos no habían descubierto ni la rueda ni el hierro pese a estar forrados de oro, con el arsenal de Pizarro sería como comparar una pedrea callejera con tirachinas contra una compañía de fusileros.

Los de Pizarro llevaban hasta seis arcabuceros y algunos falconetes con balas de piedra. Pero sobre todo estaban los caballos, algo que los incas temían tanto como a los perros y que no contaban en su fauna limitada a las llamas.

Pizarro a la cabeza de su ejército, limitado pero comparativamente armado a la perfección, se dejó ver desde un altiplano cercano a Cajamarca aquel 14 de noviembre de 1532. Unos mensajeros de Atahualpa hicieron saber al capitán español que eran esperados en la ciudad. Los españoles se adentraron en el valle de Cajamarca y se les triplicó el bultillo de la nuez en gañote cuando vieron que había más de treinta mil guerreros incas esperando su llegada.

Hernando, el hermano de Pizarro, trincó a unos cuantos nativos flojos y tirándoles de la lengua con malos modales les hizo cantar. Los torturados confesaron que Atahualpa les preparaba una trampa para liquidarlos.

Pizarro al saber que la invitación del Inca no era para celebrar un *party* decidió con sus capitanes hacerse con el centro amurallado de la ciudad por la fuerza bruta. Salieron a toda leche dispuestos a hacerse con el amurallado espacio y se llevaron el gran chasco. ¡No había ni un inca a quien hincar en toda la gran plaza! Se habían largado todos. Atahualpa había plantado su campamento en un cerro cercano dejando vacía la ciudad.

La plaza de Cajamarca, con su templo y todo, parecía hecha a propósito para proyectar emboscadas. El gran espacio despejado en el centro se prestaba ideal para que pudiesen caracolear los caballos con jinete espada en mano sobre las ancas, Pizarro colocó a los arcabuceros y los falconetes en lo alto del templo del Sol y a los infantes medio escondidos para cerrar las puertas y que nadie pudiese escapar una vez que cayesen en la trampa.

Con las tropas debidamente dispuestas, Pizarro envió al capitán Soto, acompañado por veinte jinetes, para acojonar, al campamento de Atahualpa. En son de paz y para invitarle a cenar aquella misma noche.

El Inca se hacía el remolón. Hasta que llegó Hernando con un escuadrón de soldados y un quintal de leche agria y por medio del intérprete Felipillo le hizo llegar un mensaje más clarito: «Decidle a ese perro —advirtió— que como no salga pronto le daremos guerra y acabaremos con él».

Atahualpa dejó su campamento y escuchó a los barbudos visitantes que le aclararon la situación sin ambages.

«Venimos en nombre de un rey muy poderoso. Para ser tus amigos y ayudarte a vencer a tus enemigos».

Felipillo, se vio obligado a suavizar la respuesta al traducir del quechua al español, pero en la cara del Inca se leía: ¿¡No te jode!? ¡No tengo enemigos, los he matado a todos!

Sin llegar a palabras mayores convencieron los españoles a Atahualpa para que aceptase la invitación a cenar con Pizarro—que lo invitaba en nombre del rey poderoso dispuesto a ayudarle— y quedaron que sería la noche siguiente. Se tomaron unas cervezas en el campamento del Inca, servidas en copas de oro por sus doncellas y se dijeron un odioso ¡Hasta mañana!

Aquella tarde hubo cola en las zanjas letrina de los españoles. Supieron que la procesión de incas avanzaba lentamente durante el día y que un tal Aldana que se había acercado a meterles prisa para que no se enfriase la cena había visto que los miles de acompañantes de Atahualpa llevaban bajo sus túnicas porras, mazas claveteadas y hondas.

Al caer la tarde, se llenó por fin la plaza de indios acompañantes de Atahualpa. A recibir al invitado acudió fray Vicente Valverde. Cruz en una mano, Biblia en la otra y Felipillo al costado. Plantado ante el gran Inca le soltó la letanía para que se enterase de una vez en quechua lo que le comunicaría en cristiano.

«...y Dios que ha creado el mundo ha concedido al rey de España derechos sobre estas tierras. ¡Entérate!».

Atahualpa dudó entre estampar a Felipillo contra el suelo o hacerlo con la Biblia. Decidió lo segundo.

El golpe de la Biblia contra el suelo, se confundió con el que dio el consejero próximo al Inca al recibir el arcabuzazo del propio Pizarro. Tras la señal de Pizarro, sonaron al unísono el resto de arcabuces. Los indios al intentar huir, se encontraron de cara con la caballería que irrumpió a sablazo limpio acuchillando todo lo que encontraba a su paso. Murieron unos tres mil y los pocos que pudieron escapar, lo lograron gracias a la debilidad de una de las murallas que reventaron con la presión de sus propios cuerpos.

El Inca, permaneció sentado en su litera de oro hasta que un soldado lo agarró por los pelos y lo apeó sin modales de su tronomóvil. Pizarro se acercó al derribado y lo hizo prisionero. Así concluyó el Imperio andino.

Ocurrió en noviembre de 1532. Habían transcurrido nada menos que ocho años desde que a Pizarro se le había metido en el coco conquistar Perú.

En cuanto el sol asomó al siguiente día, todo el mundo se puso a trabajar. Los indios que habían quedado ilesos se rindieron a Hernando de Soto y se pusieron a abrir fosas para sus caídos. Los chicos de Pizarro, con permiso de su jefe, se dedicaron desde primera hora a afilar sus pizarrines con cuantas indias encontraban a su paso. Ni siquiera esperaron a apoderarse de todo el oro y la plata del campamento de Atahualpa. Lo hicieron en los descansos entre *ataque* y *ataque*.

Atahualpa fue bien tratado como prisionero de altos vuelcos —como príncipe reinante— e incluso se le permitió estar acompañado de parte de su séquito de orejones con aquellos zarcillos de gitana rica de mercadillo que los españoles miraban con codicia pensando si se los arrancarían al tirón o con oreja y todo.

Unos días después de haber caído prisionero y quizás a causa de la cantinela que le contaba el traductor «Venimos a ayudaros... estas tierras pertenecen a un poderoso rey de España... verás que bien os enseñamos a rezar...», Atahualpa sintiéndose *protegido* no soltó ni una lágrima al enterarse de la muerte de su hermano Huáscar, que le podía haber arrebatado el trono durante su cautiverio. Casi con toda seguridad lo había mandado matar él, dicen los que dicen saber.

Pizarro, debió de entender que convenía que a Atahualpa le siguiesen obedeciendo sus súbditos. Eran los que sabían dónde se encontraban los tesoros y en cuanto llegó a un acuerdo con el prisionero para el precio del rescate los utilizó.

Atahualpa no entendía de matemáticas ni Pizarro de flequitos de mantones de Manila con nudos, así es que se recurrió a una fórmula rudimentaria pero que no arriesgaba errores. La oferta del príncipe cautivo fue muy concisa. Levantando el brazo estirado pactó: «Te ofrezco esta habitación llena de oro desde el suelo hasta donde alcanza mi brazo y otra igual de plata».

Pizarro, tras lamentarse de que Atahualpa fuese algo bajito, aceptó el trato poniendo como condición que el pacto se realizase en un período máximo de dos meses.

Por cada una de las puntas de la Rosa de los Vientos se esparcieron por toda la «incania» los súbditos de Atahualpa que regresaban en procesión cargados de objetos de oro y plata a Cajamarca. Los españoles por su cuenta se desplazaron desde la ciudad a Cuzco para arrancar las setecientas placas de oro que adornaban el templo mayor. Hernando Pizarro mientras tanto en el famoso santuario de Pachacamac arreando con todo lo brillante.

Una vez requisados todos los objetos de valor se procedió a la fundición y transformación en lingotes para su mejor reparto. Algo que los piratas de su graciosilla majestad británica debieron de ver con muy buenos ojos ya que les facilitaba el trabajo en sus abordajes a las naves españolas.



Después, lo de siempre. El vencedor teme que el vencido pueda recuperar sus adictos, que comiencen a brotar facciones poco domesticables y le entra el canguelo. Como es frecuente, se toma la decisión de eliminar el riesgo cortando cabezas. El caso de Pizarro no fue la excepción de la regla. Hernando Pizarro y Hernando de Soto, advertían a Pizarro de que no debía de cometer el error de cargarse al Inca. Sin embargo, el fraile Valverde y otros a sombra de sotana, convencieron a Pizarro que era lo más conveniente.

Aprovechando que los Hernando mencionados andaban de un lado para otro vendimiando oro, se le montaron unos títeres al pobre Atahualpa y fue condenado a muerte acusado de estar preparando un complot y sobre todo por haber contraído matrimonio con su hermana. Eso sí, para que viera que no eran los españoles tan malos como pensaba, se le ofreció que si se bautizaba, en lugar de ser ajusticiado (asesinado) quemado vivo en la hoguera se le daría garrote. Atahualpa fue bautizado al pie de

la estaca y antes de ser ejecutado confió sus hijos a Francisco Pizarro.

No es oro todo lo que reluce, pero quizás Pizarro endiosado por su conquista de Perú no consideró el refrán. La ejecución de Atahualpa, inútil y desatino político, acabó con cualquier posibilidad de asegurar pacíficamente la conquista. Vamos, que la cagó en relieve.

Pronto se arrepintieron los conquistadores y trataron de poner parches a la situación para recobrar la autoridad. Pizarro nombró jefe a otro hijo del Huayna Cápac llamado Toparca y se lo llevó con él hasta Cuzco a saquear la ciudad que dejó como una era en septiembre. Había pasado un año desde la conquista de Cajamarca.

Al poco de llegar a Cuzco, murió Toparca y fue nombrado sucesor otro hijo de Huayna Cápac. Manco de nombre y con dos brazos enteros. Manco puso a disposición de Pizarro sus dos brazos y una fuerza de guerreros indios y ayudó a Pizarro a conquistar Quizquiz que era el último reducto de los seguidores de Atahualpa.

Pizarro, con la conquista rematada, decidió hacerse su nido en Lima (Ciudad de Reyes como dijimos). Se construyó un palacio con naranjos y todo y un patio para jugar a los bolos. Precisamente en el patio de los bolos en 1541 lo dejaron tieso a cuchilladas unos compatriotas que estaban de él hasta las bolas.

Almagro estaba empeñado en que la ciudad de Cuzco le pertenecía y que la Corona se la había concedido. Los hermanos de Pizarro estaban convencidos de que Almagro, anciano enfermo y casi ciego no podría disfrutar de la ciudad y no valía la pena que se la quedase. Lo solucionaron como los pleitos soft, por lo civil. Bueno más bien no. Fue con una guerra civil entre españoles. Perdió Almagro y fue apresado por Hernando Pizarro que lo mandó ejecutar el 9 de julio de 1538.

A Almagro hijo, llamado *el Mozo*, no le sentó bien que ejecutasen a su padre y para vengarse conspiró en primera línea para que acuchillasen a Francisco Pizarro en su bolera.

En 1542 al buen mozo Almagro le tocó chupar en la batalla de Chupas. Perdió y fue ejecutado también.

¡Joder con el club de los conquistadores! Al parecer, en Perú no era fácil morir en la cama ni padeciendo el mal de bubas.

La muerte de Atahualpa no acabó con la resistencia india. Como siempre, los que han de salir corriendo, se apiñan y vuelven a la carga con mala leche. No es nada nuevo.

El Manco, terminó demostrando que lo era sólo de nombre. Se sublevó contra los españoles y se puso a dar caña. Su hermano **Tupac Amaru** también. Tupac Amaru, último inca de la recua, se pasó varios años cerca de Machu Picchu en la fortaleza de Vilcabamba incordiando todo lo que pudo hasta que en 1571 el virrey Francisco de Toledo se lo cargó.

El tataranieto de Tupac Amaru, Tupac Amaru II llevó a cabo la última rebelión contra el gobierno español. También fue capturado y ejecutado en la plaza de Cuzco.

Un año después, les llegó a los conquistadores el San Martín. Nada que ver con el castellano refrán que hace alusión a la fecha en que se suelen sacrificar a los gorrinos. Es otro San Martín.



Podría decirse que la llegada de Pizarro a Perú, fue algo así como el comienzo del «Siglo de Oro» cuando ya el siglo xvi había envejecido más o menos unos treinta años.

Nos estamos refiriendo al Siglo de Oro, en onzas. No a aquél otro en talentos. Menos extenso, pero largo también, 189

años, que van desde la gramática de Nebrija a la muerte de Calderón (1492-1681).

Sí, sí, de acuerdo, lo sabemos; un siglo sea de oro o de aluminio, abarca solamente cien años, pero es que en nuestro Siglo de Oro fue tan fructífero en talentos que no pudimos dejar fuera de siglo a unos cuantos. Mejor estirar los calendarios para que cupiesen todos.

En cuanto al otro siglo, al de los preciosos metales, la cosa empezó muy bien, pero pronto algunos amigos de los lingotes, como Drake, Henry Morgan y otros de su pirata especie, patrocinados por coronas extranjeras, se dedicaron a aligerar nuestras cargas y nos limitaron el chollo.

Podemos añadir que los enfrentamientos sobre las olas eran tan mal organizados que una buena parte de los tesoros quedaban depositados en el fondo del mar. ¡Qué pena! Con la necesidad que tenían de oro los reyes de España para pagar a sus prestamistas. De todas formas algo llegaba.

(Ver en Salpicones Históricos I, De profesión: pirata).

El arribo de la primera tongada del *Siglo de Oro en Onzas* a España, le debió de producir al emperador *tramposo* Carlos V, un tremendo alivio. Un rey que más valía no encontrárselo en una esquina, pues si te lo tropezabas lo más probable es que te pidiese un préstamo.

Tenía don Carlos a los prestamistas exprimidos hasta la pulpa —ellos tan contentos— y hasta hubo un momento que llegó a deber a los «buitrebanqueros» Welser y Frugger tantos florines, unos ciento cincuenta mil, que se vio obligado a ceder a los Wesleis un *trocito* del Nuevo Mundo en Venezuela.

Con los ingresos de la alcabala, el almojarifazgo, el diezmo, las aduanas y cualquier otro impuesto que se inventase con raro nombre, no tenía ni para empezar. Poner sus posaderas en el trono imperial del Sacro Imperio Romano Germánico le había

costado una fortuna (prestada). Y para qué decir del sumidero que tenía en los Países Bajos.

Cuando el rey supo de la nueva, y se sintió *Rey de Oros*, estaba *a dos velas*, como siempre y para celebrarlo además de encender un cirio, se sentó a la mesa, ante los quince platos —menú habitual del monarca— y se trincó dos azumbres de cerveza, cuando lo habitual era un solo azumbre (dos litros). No era para menos.

Reyes y reinas de peso pesado ha habido bastantes, pero no tan *triperos* como Carlos de Gante. Por ejemplo Enrique VIII o Isabel II lo eran, y como el rey Carlos, procuraban eliminar sus excesos mediante ejercicios de tálamo, casero y externo, variando lo más posible *la dieta*.



Avancemos. Demos un buen salto en la Historia.

Así como en el agua aparecieron los Henry Morgan y los Drake, en tierra firme, fueron apareciendo otros personajes que nada querían robarnos pero que estaban empeñados en que lo que teníamos no era nuestro y que eso de los virreinatos se tenía que acabar. Eran legión los descontentos, pero carentes de un caudillo se limitaban a dar la guerra a escala menor.

Hasta que apareció un argentino, que desde los cinco años había vivido en España, estudiado en el Seminario de Nobles en Madrid, iniciado su carrera militar en Murcia y participado en la batalla de Bailén contra Napoleón y había llegado a sus treinta y cuatro años a teniente coronel.

En suma: ¡Un españolazo!

Espera, espera, no juzgues. Estamos refiriéndonos a José de San Martín.

El teniente coronel español, decidió un *buen día* regresar a su Argentina natal. No sabemos qué clase de «buenos aires» le afectarían pero lo cierto es que le voltearon el *chip*. De tal forma que en lugar de regresar a España después de unas vacaciones, para seguir en las andadas, al lado de Fernando VII, se fue a Los Andes al lado de los colonizados. Concibió el plan de la emancipación sudamericana, lideró la liberación de Chile y en 1821 puso el punto final al largo Siglo de Oro en Onzas, de trescientos años, con la liberación de Perú.

En 1824, reinando en España Fernando VII, San Martín, con su bandera de libertador, dejó la política, llenó unas cuantas maletas con papeles y se puso rumbo a Europa. Llegó con su hija a El Havre y sus maletas mosquearon tanto que le incautaron los papeles. Luego se los devolvieron y a maletas repletas se marchó a Inglaterra.

Seguramente, en su equipaje llevaría una buena redoma de tinta negra. Un buen regalo para los ingleses empeñados en escribir sobre España en tan corrosivo color.

Si la valija *diplomática* del libertador San Martín, realmente contenía crónicas y relatos como los que fray Bartolomé de las Casas, *el Protector de los Indios*, dedicó al príncipe Felipe (futuro Felipe II) y presentó al rey Carlos, contentos se pondrían los escritores de monóculo negro dedicados a emborronar la Historia de España.

¿Qué habría visto y vivido el sevillano dominico para presentarse con su *bloc de notas* ante el rey denunciando lo que en las nuevas Hispanias estaba sucediendo?

Probablemente, San Martín, el que fuere oficial de los Ejércitos de España y luchó contra José I, portaba en su petate resmas de escritos debidamente *resumidos*, para no cansar a los amanuenses británicos con lecturas cansinas.

Hacerles saber que en América se estaba masacrando a los indios, y que de los quince millones de indios que la poblaban

cuando llegó Colón, setenta años más tarde quedaban solamente tres, era lo importante.

Extenderse en que el 75 por ciento de la población había muerto a causa de pandemias de viruela y tifus o sarampión, no era necesario que constase en sus *fascículos* en venta. Para propagar una leyenda negra, cuanto menos puntos blancos, mejor.

Cuatro años después, con el pescado vendido (es simple suposición), regresó a Argentina pero allí andaban de pelea y no quiso intervenir. Como no había «Aires Buenos» regresó de nuevo a Europa, contaba cincuenta y dos años, se afincó en Francia, colgó en su despacho un cuadro de su «tronco» y libertador Simón Bolívar —que con ojos resentidos contemplaría—, y allí consumió sus últimos veintidós años de *gloria* como libertador.

Desde el primer encuentro de los Conquistadores en 1532 hasta 1574, transcurre casi medio siglo, si hemos calculado bien. Largo trecho para un simple *Salpicón Histórico*. Dejaremos únicamente nota de que en el año 1824 con la victoria del Ejército **Unido** Libertador en las batallas de Junín y Ayacucho, se dio por concluido el virreinato. Ejército **unido** debido a que en Guayaquil se habían reunido el argentino de *aires cambiantes* con el caraqueño Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar y Palacios, o sea **Simón Bolívar**, y habían llegado a un *acuerdo de colaboración* para dar leña a los conquistadores.

Discutieron sobre el sistema político que se aplicaría una vez que se quitasen de encima a los españoles; San Martín abogaba por una monarquía constitucional y Bolívar por una solución republicana. No se pusieron de acuerdo. Fuere porque Bolívar tenía más razón, más experiencia (ostentaba el título de *Libertador* desde 1813 por sus triunfos en Caracas) o porque tenía más soldados, lo cierto es que San Martín abandonó el proyecto dejando en *manos* de Bolívar la liquidación del virreinato.

Naturalmente, en este casi medio siglo que hemos dicho, acontecieron importantes hechos relevantes a favor de los conquistadores pero que seguramente en su viaje a Europa para contárselos a los de *negra tinta*, San Martín llevaría pocos apuntes.

Es evidente que los conquistadores reclutados por Ovando, no procedían de la flor y nata de la sapiencia. En su mayoría hombres de dura tizona y no menos dura sesera. Más dispuestos a explotar o dar sepultura a los nativos que a inducirles a transitar por caminos hacia el cielo. Sin embargo, no debemos meter a todos en el mismo capazo. Conquistadores hubo que, además de sable, llegaron armados de buena formación y gran talento político. Entre ellos, pocos, el famoso Hernán Cortés, que pasó por la Universidad de Salamanca y todo.

Pero no fueron precisamente ellos, enrolados, jefes y capitanes, los que dejaron profunda huella en las tierras conquistadas. La cultura, las artes, la arquitectura, la pintura y en general la erudición, estuvo a cargo de hombres de otra naturaleza; aquellos que no luchaban con espadas. Auténticos misioneros, no solo dedicados a su labor pastoral sino a la *civilización*, pues al igual que iglesias, ermitas o conventos, ofrecen hoy testimonio de su digna labor, lo son las escuelas, universidades y hospitales que ellos levantaron.



# **LDITORES**



# Un chusco para el abuelo Miguel

ada mañana, uno de los seis nietos del abuelo Miguel acude al cercano cuartel de Infantería a recoger el «chusco». Además del chusco gratuito, también puede comprar, por dos pesetas, un bocadillo de medio chusco con mortadela.

A veces, dependiendo de cual de los nietos se ocupe del encargo, el *medio* con mortadela no llega íntegro a casa. Sobre todo si el que hace el *mandao* es el nieto más pequeño, el más pillo.

El chusco es la ración diaria de pan que reciben los acuartelados soldados de remplazo, entre ellos el nieto mayor del abuelo Miguel que a la sazón presta servicio a la Patria en un cercano cuartel. Además del chusco, recibe diariamente su rancho y cincuenta céntimos de peseta. El medio chusco con mortadela tiene un precio de cuatro sueldos de soldado.

Pero, ¿a santo de qué recibe el abuelo Miguel diariamente un chusco, sin mortadela, de unos 250 gramos de peso, cuando se acerca a medio siglo desde la fecha en que fue licenciado?

Lo del chusco, tiene su miga. Es el «Premio Tahona» que reciben diariamente los supervivientes de las campañas de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, que lograron regresar a España con la piel entera.

Estamos en 1947, más o menos, y el abuelo Miguel debe de estar cercano a obtener el grado de octogenario. También, más o menos. Viudo, vive en Madrid con su hijo Ramón y su numerosa familia, que son los receptores del chusco. España padecía una *reciente* postguerra y el Gobierno asistía a sus héroes del Caribe con esta harinosa ayuda para aliviar el hambre que se había apoderado del país tras la Guerra Civil. No era mucho, pero la situación no estaba para repartir hogazas.



#### La «chusca» historia

Cuando el reloj de los siglos estaba a punto de marcar el primer cuarto del diecinueve (1824) del imperio aquél en el que no se ponía el sol, nos quedaban unas parcelillas terrenales, rodeaditas de agua, que sumaban en su totalidad unos 115.000 kilómetros cuadrados: la suma de Cuba, Filipinas, Puerto Rico y unos cuantos pegotitos salpicados por los mares del Sureste Asiático. Retales, solo eso nos quedaba del total de los veinte millones de kilómetros cuadrados que habíamos llegado a acaparar valiéndonos de la Cruz y la espada.

En el dicho primer cuarto del siglo diecinueve, las colonias españolas de América ya habían logrado su independencia. Sin embargo, curiosamente, los habitantes de los retales que conservábamos no habían pretendido en aquellas fechas su emancipación. Puede que por no tener demasiado interés, o puede que fuese debido a que las guarniciones españolas allí asentadas no les dejasen levantar la cabeza.

# **Filipinas**

El archipiélago, rebautizado como Filipinas, por gracia, o para hacer gracia al príncipe Felipe (Felipe II) lo componen unas siete mil islas. Dos de ellas grandotas: Luzón, con Manila como capital, con una superficie aproximada a la isla de Cuba, y Mindanao

algo más pequeña. Hay unas cuantas más modositas y el resto hasta siete mil, son motitas oceánicas cual pequeños volcanes ciegos asomando su cresta por encima del espejo marino.

# Legazpi

Antes de que el abuelo Miguel participase en las campañas, allá por 1875 —de nuevo, más o menos— habían pasado un montón de cosas. Tres siglos dan mucho de sí. Y como esto son *Salpicones Históricos*, y no otra cosa, nos vamos a plantar en 1564 en Jalisco, México, así, sin más, de un retrosaltito.

En noviembre de 1564 fueron bendecidas, en Jalisco, México, las banderas y las cinco naves que partían rumbo a Filipinas. Al mando, un hidalgo guipuzcoano de unos sesenta y cinco años llamado Miguel López de Legazpi.

Legazpi estaba en México desde hacía unos veinte años, había hecho fortuna y nueve hijos, y cuando más a gusto estaba, el que mandaba entonces en España y «periferia retalera» desde hacía ocho años, Felipe II, le endosó el marrón para que fuese a poner Filipinas en orden. Al maduro hidalgo, no le quedó otro remedio que levar anclas y dejar su pasado como pasado.

Por aquellos años, llegar a las islas Filipinas, no resultaba complicado para los buenos navegantes. Regresar era otra cosa. Aquello estaba lleno de anti-colonizadores. Miguel López de Legazpi, fue el primero que logró entrar y salir; después de dejar fundada la capital de la isla de Luzón: Manila. No le resultó nada fácil la tarea. Para hacerse una idea del ambientazo que le esperaba en Luzón y en todo el archipiélago sepamos que uno de los que le estaban esperando reinaba como Rajah Tupas, y se sabía que éste era hijo de aquel otro que había invitado a treinta oficiales de una expedición anterior (la expedición de Magallanes) a un banquete y se los cargó a todos según iban llegando.

Mientras navegaba rumbo a Filipinas, Legazpi «rebobinaba» la odisea de Magallanes y mascullando contra su rey —en voz bajita— y acordándose, para sus adentros, de Isabel de Portugal (la madre que lo parió), rezaba para que no se produjere aquello de *De tal palo tal astilla*. Pedía al Señor que el Rajah Tupas fuese mejor chico que su padre.

Lo de la invitación de Magallanes y sus treinta oficiales, a un *party* «organizado» por el papaito del Rajah Tupas, había acontecido cuando nuestro Carlos I contaba veintiún años (1521) y Magallanes cuarenta. El rey Carlos lo envió a ampliar sus parcelas pero no logró realizar el encargo. Aquel navegante descubridor llamado Magallanes, no regresó, se lo cargaron a pie de obra en Filipinas. Un mes de abril de los cuarenta y un años que había cumplido.

Realmente este aventurero se llamaba Fernnão de Magalhãnes pues era portugués. Lo que ocurrió, es que presentó al rey de Portugal su proyecto y el monarca luso le llamó iluso. El navegante se rebotó, se cambió de chaqueta y planteó su aventura al rey español que le facilitó el viaje. Y le castellanizó el nombre para facilidad de pronunciación y para que quedase claro que era España quien recogería los laureles de las posibles glorias del navegante. Cinco naves con 234 tripulantes y comida para dos años levaron anclas en Sanlúcar de Barrameda. De la expedición, regresó una sola nave a Sevilla, la *Victoria*. Capitaneada por Juan Sebastian Elcano con dieciocho famélicos soldados a bordo, tocó puerto cuando habían transcurrido treinta y cuatro semanas desde el inicio de la singladura.

Para qué contar el viajecito. Magallanes logró que el mar del Sur pasase a llamarse Pacífico y que un importante estrecho fuese bautizado con su nombre, pero lo que no logró fue pacificar al jefe de los cebuanos, Lapu-Lapu, los cebuanos se lo cargaron en una contienda. En la isla filipina de Mactán quedaron sus restos.

Año 1522. Le faltaban a Felipe II cinco años para nacer y al hijo de *Juana la Loca*, Carlos I, treinta y seis para morir.

Decíamos, que la aventura de Magallanes concluyó en 1522. Veinte años después, en 1542 le tocó el marrón a Roy López de Villalobos. Estaba tan tranquilito en México cuando al virrey se le ocurrió enviarlo a buscar nuevas rutas comerciales allí a la quinta puñeta, a las Indias Orientales. Le dieron cuatro barquitos y un puñado de marineros y le dijeron: *p'alante tío*. Escasos dos años resistió Roy. Bautizó las islas como Filipinas, pero no fue capaz de bautizar más. Su final fue salir a toda vela y a toda leche del meollo ya que los nativos le habían recibido con cajas destempladas y flechas templadas.

En su regreso a México, López de Villalobos tuvo el desacierto de buscar refugio en casa de un vecino poco amigo. Se metió en las islas Molucas propiedad del vecino portugués y éste lo recibió peor que los filipinos. Tras unas cuantas escaramuzas, lo prendieron y murió en la casa del vecino, como prisionero a sus setenta años, más o menos. La tripulación, salió a vela tensada y regresó a las recién bautizadas.

Y nos hemos plantado en 1572. Felipe II cuenta ya treinta y un años y muestra el mismo afán que su padre Carlos I de que en sus dominios no hubiese sombra, ni que nadie se la hiciese. Vamos a dar otro salto y nos plantaremos ya casi en la época del abuelo Miguel. Esto va deprisa.



# Siglo XIX, primer «cuartillo»

La corona de España se la disputaban con impresentables artes y bastante «cuerneo» dos clanes, bueno dos Casas o castas: los Bonaparte que eran los bribones y los reyes de España que

eran los Borbones. Por parte de los bribones, Napoleón. Por parte de los Borbones Carlos IV y su hijo, máster en felonía, Fernando VII. «Íntimos» ambos de Napoleón, hasta 1814.

Fernando VII, antes de morir en 1833, se las había apañado, cambiando leyes que impedían el acceso al trono de las mujeres, para que en lugar de su hermanastro Carlos María Isidoro reinase su hijita Isabel, y claro, el hermano y sus seguidores no se dieron por conformes y se liaron las Guerras Carlistas. Pero eso son *Salpicones* de otro charco.

(Ver índice en volumen I: Una batalla relámpago).

¿Y, en Cuba y Filipinas, cómo andaba la cosa para que estuviese allí el premiado a su regreso con un chusco diario ya en la mitad del siglo xx?

La tranquilidad, reinaba en Filipinas desde tiempos remotos. Desde la visita de Magallanes (1521) hasta que los tagalos, una de las etnias más importantes de la isla de Luzón, se cansaron de su soleado bienestar y se embarcaron en la aventura guerrera. Otras zonas colonizadas por España ya habían logrado emanciparse y acabar con los virreinatos españoles.

Coincidiendo con las fechas en que Napoleón se metió en harina —en pólvora— contra España (1808) aparecieron líderes en América dispuestos a pilotar operaciones para que los españoles saliesen volando de los territorios conquistados: Bolívar, San Martín y unos cuantos más... Lo consiguieron prácticamente en una década. Década infausta que en la Historia se ha *vaselinizado* como la «década ominosa», que es lo mismo pero suena menos duro. Lo mismo que a los tres años anteriores se les ha llamado «trienio liberal» y que muy bien se podía haber calificado como el trienio de los despropósitos. Pero sigamos con la historia del abuelo Miguel.

En Cuba, los cubanos, alentados por los criollos, mostraban su descontento por la dominación española pero al ser la mayoría de los que mandaban descendientes de los colonizadores no tenían ganas de armarla demasiado gorda. Pedían a los capitanes españoles, nombrados desde Madrid, que les concediesen cierta independencia y les permitiesen participar en las cuestiones de gobierno pero lograban poca cosa. En Madrid, no les hacían mucho caso.

La saeta del reloj de los siglos seguía impasible su marcha y ya había traspasado la mitad del mismo (1868). Digamos que hasta entonces, la situación en Cuba, más o menos fue tirando. Pero en octubre de aquel año, sonó un grito que puso el convivir patas arriba. «El grito de Yara». Lo lanzó Carlos Manuel de Céspedes. El hoy llamado por los cubanos «padre de la patria cubana».

Diez años tardó el eco del grito en silenciarse. Desde 1868 hasta 1878 la sublevación contra los colonizadores españoles no se dio tregua. La contienda fue bautizada como la Guerra Larga. No era para menos.

Los insurrectos, no lograron su independencia pero al menos lograron en la Paz de Zajón que el general Martínez Campos —aquel que más tarde sería el protagonista de la reinstauración borbónica, que Cánovas del Castillo había pergeñado— les concedió una amplia autonomía.

En España en éste tranco de la Historia, teníamos como reina a Isabel II.

Precisamente en el año del «grito de Yara», Isabel II hubo de largarse a París. Dicen que con los bolsillos llenos de joyas. La sublevación de los generales en Cádiz, llamada *La Gloriosa*, echó a la reina de casa. Dos años más tarde abdicó en su hijo Alfonso XII. Nosotros, los españoles, durante una temporada, después que los gobernantes se diesen unos cuantos sopapos electorales, nos hubimos de apañar con un rey de alquiler durante tres años. Amadeo I de Saboya. Rey propuesto por el que en el momento manejaba el cotarro: el general Prim. General que no pudo gozar de favor alguno del rey de alquiler.

A Prim, lo asesinó un italiano antes de que a su recomendado Amadeo le diese tiempo a ajustarse la corona.



# Abuelo, cuéntanos

Los nietos, sentados en torno a la mesa camilla con el abuelo Miguel, meriendan pan con mortadela. Uno de ellos posa su dedo sobre un punto del hule con mapa de España que cubre la mesa y pide:

- —Abuelo, cuéntanos cosas de la guerra.
- —¿De la guerra? Anda dile a tu madre que me ponga el desayuno.
- —Abuelo, estamos merendando, ya has desayunado, has comido y te has quedado *sobado* dos horas. Anda cuéntanos algo de la guerra.
- —¿Qué queréis que os cuente? No me acuerdo de nada. Sé que vine en un barco. Recuerdo que estuve malo y que me dolían las piernas y los tiros me sonaban en la cabeza...
- —Ven un momento a la cocina —interviene la madre dirigiéndose al preguntón—. ¿Queréis hacer el puñetero favor de dejar al abuelo en paz? —recrimina al muchacho cuando lo tiene a su alcance. ¿No sabéis que no está en sus cabales? Aplicaros con los libros. En ellos está todo lo de las guerras.

Como el abuelo no está en condiciones de recapitular *su guerra,* lo haremos nosotros que algo hemos leído al respecto. Supongo que a los nietos del abuelo Miguel les dará lo mismo. Empezaremos explicando qué es lo que impulsó al joven Miguel para irse a la guerra.

El patriótico gesto del abuelo Miguel, como el de muchos otros, de trasponer desde Toledo a Filipinas para pegar tiros con

un mosquete, fue por carencia de valor. Exactamente, carencia de dos mil pesetas que era el valor de la cédula de *escaqueo* que te permitía quedarte en tu pueblo y que fuese otro en tu lugar a dar escopetazos y jugarse el pellejo. Algo así como la Santa Bula para poder comerse un chuletón un viernes de abstinencia si no eras vegetariano. Pero para una familia dedicada al surco y las tomateras, no era fácil haber podido reunir en tan pocos años, desde que la peseta se inventó (1868) tamaño fortunón. De modo que, el joven Miguel hizo lo que «Mambrú»: *Mambrú se fue a la guerra / mire usted / mire usted / que pena...* Bueno, a Miguel lo mandaron.

Dejó plantadas en su huerto las patatas y las cebollas, dejó plantados en su casucha a sus padres y partió. Casi sin saber ni adónde iba, como le ocurría a la mayoría de los valientes de leva.

Si en párrafos anteriores anotábamos que en Filipinas la presencia de los colonizadores se asumía con cierta tolerancia, anotemos ahora que en parte no se debía a que los nativos fuesen blandos y sí a que la colonización de Filipinas fue menos dura que en otros territorios conquistados.

En la zona de Mindanao, población islámica, había menos conformidad y de tanto en tanto la armaban pero en el resto se mantenía el sosiego desde los tiempos en que Magallanes anduvo por aquellos pagos. Sosiego logrado principalmente por la influencia de los misioneros españoles que no se limitaron a andar con el hisopo bendiciendo huertos y cabañas sino que además de introducir el arado y la rueda, llegaron a crear importantes universidades<sup>14</sup>.

Pese a lo anotado a favor de los colonizadores a lo que se pueden añadir muchas cosas más, cierto es que el poder

Los jesuitas fundaron la Universidad de San Carlos en 1595 y los dominicos fundaron la Universidad de Santo Tomás en 1511.

estaba en manos de los colonizadores y que los isleños no encontraban margen para tener adecuada participación en los gobiernos. Descontento que dio lugar al levantamiento anticolonial en 1896.

# El avizor ojo americano

Los americanos, con su práctica política de *Wait and see*, observaban y esperaban. El presidente de Estados Unidos, Willian McKinley, que no era tuerto, tenía un ojo avizor puesto en el Atlántico (Cuba y Puerto Rico) y el otro en el Pacífico (Filipinas) esperando que algo ocurriese para aprovechar la oportunidad. Mientras tanto, *endulzaban* a los cubanos comprándoles todo el azúcar sobrante de su producción. España solamente les compraba una pequeña parte de la misma mientra que Estados Unidos, además del azúcar importaba el 88 por ciento del total de los productos que Cuba exportaba.

Cinco años antes (1893) ya habían puesto el ojo en México y apoyando a los rebeldes de Juárez, descartaron a los franceses y a los austriacos de la ocupación, segaron los pies a Maximiliano I y se cargaron el segundo imperio de México.

(Ver en índice Rumbo a México).

El momento de decir «¡Aquí estamos!» llegó para los americanos el 15 de febrero de 1898. Ese día, esa noche, una unidad de las de andar por el agua, saltó por los aires. Debió de producir tal estruendo que llegó hasta los oídos del presidente McKinley. Se trataba nada menos que del acorazado Maine, buque de guerra americano anclado en el puerto de La Habana que estaba allí con la excusa de proteger a los residentes norteamericanos. De los 355 tripulantes, murieron 254 hombres y dos oficiales. El resto de la oficialidad disfrutaba a esas horas de un baile dado en su honor por las autoridades españolas.

Sin meternos en diagnósticos bélicos, podemos pensar que cuando un barco vuela, a alguien le puede quedar la duda de quién fue el que lo hizo volar y con qué fines ¿o no? Lo cierto, es que la explosión del *Maine*, les vino al pelo a los americanos para declarar la guerra a España.

La tentativa de comprar la isla de Cuba había fallado una vez más. Son tan diversas las fechas y las cantidades ofrecidas en las varias tentativas, no muy documentadas, que nosotros vamos a prescindir del precio ofertado. Nos ceñiremos a la última tentativa del presidente McKinley. Los que dicen saber, hablan de una oferta a la viuda de Alfonso XII de trescientos millones de dólares. No sabemos si la reina regente cantaba bien o mal, lo que si sabemos es que España le cantó a McKinley aquello de *Ni se compra ni se vende el cariño verdadero*.

La solución para hacerse con la isla de Cuba, la encontraron los estadounidenses en el *vuelo* del acorazado que les vino de perilla para su estrategia de obligar a España a renunciar a la soberanía por las buenas. Por las buenas *artes* y por las buenas armas.

El terreno, estaba bien abonado ya que como en otras revoluciones cuando algún líder suelta un grito los disconformes lo siguen en tropel. Ocurrió con *el grito de Yale* en México, y volvió a producirse con *el grito de Baire* en Cuba. Tres años antes de la declaración de la guerra (febrero de 1895). Grito para el que el fundador del Partido Revolucionario Cubano, José Martí llevaba inhalando aire guerrero desde 1892 fecha en que fundó el partido.

La guerra Cubano-Hispano-Estadounidense, para los cubanos guerra hispano-cubana-norteamericana, fue corta, de febrero a febrero. Un año y unos días más. Hasta que cayó asesinado en Guipúzcoa Cánovas del Castillo —al que los Borbones deben

su reinstauración— y cayó Santiago. Santiago de Cuba, capital del Caribe.

Antes de *adentrarnos* en Filipinas, recordemos que en una guerra anterior, corta pero definitiva en la que nos habíamos quedado sin *María Cristina* y sin *Cristóbal Colón*, en aquel enfrentamiento hispano-americano-cubano fue en el que ganamos para España el título de **desastre del 98.** No fue una guerra larga, solo tres años, pero fue una guerra de las que «hunden». Amén del crucero y el buque referidos, nos hundieron la moral.

# Guerra en Filipinas

Y antes, más antes «calendario marcha atrás» España y Cuba se enfrentaron en una guerra que duró diez años. Se inició con un «grito» el grito de Yara, que dio el líder Carlos Manuel de Céspedes, que llegaría a primer presidente de la República de Cuba en Armas. Lo lanzó en octubre de 1868 y nos costó más de ochenta mil soldados.

Con la posterior «operación remate» de EE. UU. en 1898 perdimos once mil kilómetros cuadrados, equivalente a las seis provincias más extensas de España (Badajoz, Cáceres, Ciudad Real, Zaragoza, Cuenca y Huesca). Fue el coste de que el acorazado americano *Maine* saliese volando por los aires en La Habana aquel 15 de febrero de 1898. Casi cuatro siglos después de que Diego de Velázquez atracase en la Bahía de Miel (hoy Baracoa).

Bueno, quizás no fue el *barquito volador* la causa, y sirvió a más recónditas pretensiones de los *armadores*. Lo cierto es que tratamos de mantener la isla durante siglos pero al final, la perdimos, y eso que la teníamos muy bien *pobladita*. En 1898 teníamos allí medio millón de soldados y otro medio millón de

civiles. Cuando la población total no llegaba a un millón seiscientos mil habitantes sumando blancos y otros.

#### Tratado de París

La rendición tuvo fecha de febrero de 1898 y el 10 de diciembre del mismo año, se firmaba el Tratado de París.

Firmar el Tratado no resultó complicado; los americanos lo traían muy bien redactadito. Al pie del protocolario encabezamiento, se precisaban los diecisiete artículos que lo formaban y se firmó con un «amén» español. A pesar de que algún puntito de algún artículo fuese un punto «cardinal» —de los que producen cardenales— se firmó.

Decía la proclamación:

Los Estados Unidos de América y S. M. la Reina Regente de España, en nombre de Su Augusto Hijo Don Alfonso XIII, (doce añitos) deseando poner término al estado de guerra hoy existente entre ambas naciones...

Como resumen de los diecisiete artículos:

España renuncia a todo derecho de soberanía y propiedad sobre Cuba; España cede a los Estados Unidos la isla de Puerto Rico y las demás que están bajo su soberanía en las Indias Occidentales; los Estados Unidos pagarán a España veinte millones de dólares; los Estados Unidos permitirán durante diez años que los barcos españoles puedan atracar en las islas Filipinas; los Estados Unidos dejarán en libertad a sus prisioneros y los devolverán a España haciéndose cargo de los gastos; España hará lo mismo con los suyos y también por cuenta propia los mandará a casa.

El Tratado se firmó en París, pero los americanos no lo celebrarían con champán o pastis. Seguro que lo harían con «cubata». De Cuba se apropiaron y en la isla se quedaron hasta que empezaron a sonar nuevos «gritos».

# ¿Y ya está?

No, no, ni mucho menos. Para que el soldado Miguel pudiese regresar, antes hubo que *resolver* la «última» de Filipinas en Baler. A los americanos también les gustaban las islas Filipinas, sobre todo las más grandecitas, pero el presidente McKinley, desde el balcón de la historia, con su ojo avizor, su nariz olfateadora y sobre todo con su oreja desplegada, mientras esperaba escuchar algún «grito» patriótico o el estruendo de algún «acorazado volador» promulgaba: «Si nos anexionásemos Filipinas sería una agresión criminal».

En Filipinas, las guerrillas «hacían lo que podían» para incordiar y mostrar su descontento, pero cuando se enteraron de la Revolución de Cuba los independentistas se *animaron* y el general Blanco se puso negro y declaró el estado de guerra en todo el archipiélago. No consiguió dominar la rebelión y fue sustituido por el general Polavieja.

El nuevo general, logró recuperar algunas zonas en manos de los rebeldes, pero se pasó en represalias; consejos de guerra sumarísimos, fusilamientos... con lo que se ganó el rechazo de las altas esferas y acosado por las críticas dimitió.

Al duro general, en 1895, le sigue el general Primo de Rivera—que ni era madrileño, ni se llamaba José Antonio. Se llamaba Fernando y era sevillano—. Y que por segunda vez ocupaba el cargo de capitán general.

Primo de Rivera, veterano de las Guerras Carlistas, intentó manejar su mano izquierda tratando de «pacificar» a los rebeldes de las guerrillas; hasta tal extremo manejó su mano izquierda que llegó a prometer que expulsaría de Filipinas a las Órdenes religiosas. Lo cierto es que algo logró. Los indígenas

se rindieron a cambio de algunas tierras y con su líder en cabeza, Aguinaldo, se refugian momentáneamente en las montañas, donde Aguinaldo instala su cuartel general.

# Bonifacio, Aguinaldo y Antonio

Bonifacio, Aguinaldo y Antonio, fueron los tres líderes revolucionarios más empeñados en *descartar* a los españoles del juego filipino. Uno de ellos: Aguinaldo, llegaría a presidente de Filipinas, en marzo de 1897, y a los dos meses de haber logrado la presidencia (que ningún otro país reconoció) se quitó del medio al otro, por el infalible método de acusarle de sedición y condenarlo a muerte.

Lo curioso es que Andrés Bonifacio fue el fundador de la sociedad secreta *Katipunan* sociedad que una vez «desaparecido» el fundador, pasó a ser dirigida por Emilio Aguinaldo.

En agosto de 1896, sonó el *grito de Balintawak* (otro conflicto más nacido a gritos), los dos, Bonifacio y Aguinaldo, llamaban a la revolución contra los «kastila» (españoles, por si no sabes tagalo) pero en lugar de hacer piña, cada uno se montó su partida y apareció el «versus». Los *Magdiwan versus* los *Mágdalos*. Perdió Bonifacio. Y nos quedamos con Aguinaldo en este relato.

Aguinaldo, a los cuatro días de haberse hecho con el poder revolucionario, concluyó con los «kastila» el pacto que desde hacía meses venía negociando, con el capitán general Primo de Rivera (pacto de Biak-na-Bato, que sabe Dios lo que querrá decir en tagalo). Cesaron las hostilidades y Aguinaldo, con el «apellido» de cuatrocientos mil pesos que los españoles le dieron como parte<sup>15</sup> de la indemnización acordada, se largó a

Lo pactado eran ochocientos mil pesos, pero se le dio la mitad en la primera entrega para que emprendiese el camino y cuando estaba en Hong Kong, Primo, envió a un sobrino para que le dijese que no le daría ni un peso más y que no volviese a poner pie en Filipinas.

Hong Kong con treinta y tres de sus correligionarios. Tal como se había pactado.

A los cinco meses, ya se había gastado los cuatrocientos mil pesos en Hong Kong, pero no en juergas, como podría pensarse. Se los había gastado en armas. Además, había hecho muy buenas amistades, con los de USA, que estaban dispuestos a utilizar al líder revolucionario a su favor.

Bien armado y bien respaldado; a los Estados Unidos, a los que no les importaba gastarse unos dólares en «aguinaldos», tenían muchos y no sería necesario que para ello se empeñasen. Su empeño era estrenar territorio al mismo tiempo de estrenar siglo y había que apremiar —y premiar— a los que habrían de conseguir lo primero.

Al general Antonio Luna, fundador de la Academia Militar de Filipinas e importante rival político de su misma cuerda, Aguinaldo no se lo cargó hasta junio de 1899, y fue de una forma un tanto obscena. Le mandó un telegrama citándolo en una iglesia y él no se presentó. Los que se presentaron fueron unos aguinaldistas que lo cosieron a balazos.

#### Años después

Dispuestos a armarnos un **dos de mayo**, regresaron de Hong Kong los líderes revolucionarios con sus dos aguinaldos: el aguinaldo recibido de Estados Unidos, para que peleasen sin escasez de medios contra los españoles y el Aguinaldo llamado Emilio; veinteañero con ansias de llegar a presidente de Filipinas. Y llegó.

Años después de que McKinley, cacarease aquello de «Si nos anexionásemos Filipinas sería una agresión criminal», posiblemente por un golpe de *amnesia* o con el deseo de dejar en la Historia algunas páginas escritas en mayúsculas —sin

sospechar que sus días se estaban acabando<sup>16</sup>— el presidente de EE. UU. se olvidó del código moral que promulgaba como adalid de los Derechos Humanos, cambió el *chip* y pasó a promulgar que era necesario expulsar a los colonizadores españoles y hacerse cargo de los pobres filipinos a los que había que ayudar a que saliesen de su ignorancia, y sobre todo a enseñarles a hablar un idioma común, el inglés claro, pues el tagalo que la mayoría hablaban no había forma de entenderlo.

Con tales filantrópicas consideraciones, los de McKinley, se plantaron en la Bahía de Cavite, Manila, en enero de 1898 y «redujeron» la flota española en siete buques y el ejército español en sesenta hombres muertos y 193 heridos.

Después, los estadounidenses siguieron con su empeño de *civilizar* a los filipinos hasta 1913 reduciendo el ejército español en dieciséis mil soldados y tal cantidad de civiles que los historiadores no han sido capaces de contarlos; unos hablan de doscientos cincuenta mil y otros de un millón.

Para darnos idea de la inquina yanqui y la prisa por hacerse con el archipiélago, basta recordar la orden del general Smith en mayo de 1902 siendo ya presidente Roosevelt: «¡Matad a los mayores de diez años!».

A los de los Estados Unidos les salió más barata la toma de Filipinas que a los filipinos y los españoles; de sus 128.000 soldados solo perdieron cuatro mil trescientos y hubieron de curar a tres mil heridos.

Nota curiosa. El presidente número 25 de los Estados Unidos, murió de gangrena el 14 de septiembre de 1901. Gangrena producida por las heridas de los dos balazos recibidos del anarquista de origen polaco León Czolgosz. Ocurrió durante la Exposición Panamericana en Búfalo.

La curiosidad es que en aquella exposición se presentaban los rayos X y los doctores no se atrevieron a utilizarlos. Además, en el quirófano de la exposición ino había luz eléctrica! Donde no faltó electricidad, fue en la silla en la que sentaron al asesino, y que venía utilizándose desde agosto de 1890.

No olvidemos que USA había ido a las rebajas a París en febrero de 1898 y por veinte millones de dólares había comprado aquellos pegotitos de Asia Oriental que no quiso venderles España.

La guerra, como hemos dicho, duró hasta 1913, y los americanos permanecieron en Filipinas hasta 1946. En 1945 tuvieron que defender lo que habían «conquistado» pues se presentaron los japoneses, a los que también les gustaba el archipiélago «de Felipe II de España» y entraron sin miramientos en Manila para dejar cien mil muertos y el capítulo de la historia nipona titulado: «La Masacre de Manila». Un mes duró la contienda hasta que el general MacArthur entró en la ciudad el 27 de febrero y les conminó a que se marchasen de «su» archipiélago.

## ¿Y que fue de Emilio Aguinaldo?

«De fuera vendrán, que de casa te echarán». Emilio Aguinaldo, una vez usado para roturar el terreno, fue capturado en marzo de 1891 por las fuerzas estadounidenses en Palanan y puesto ante la alternativa de ser fusilado o renunciar a la acción militar, eligió lo segundo y firmó la rendición, con lo que quedó finiquitada la etapa revolucionaria. Le permitieron *gozar* de arresto domiciliario y le dejaron cumplir noventa y cuatro años para que escribiese sus memorias pero a su sucesor Macario Sacay, le fue peor: lo ahorcaron.

De todas formas, a Aguinaldo lo volveremos a encontrar en las páginas siguientes. Antes de que los estadounidenses lo diesen como material de desecho una vez utilizado.



#### **Baler**

La gota más acre de éste *Salpicón Histórico* es, sin duda, *el Sitio de Baler*. Tanto es así que cuando se hace referencia a los *Últimos de Filipinas*, es a éste heroico episodio al que se le da máximo realce. No es que se desfavorezca el resto de los hechos acaecidos en aquella fragosa guerra, pero sea en papel, en tela o en celuloide son los treinta y tres héroes de Baler los que condensan la historia del bélico desastre nacional en el que se nos fue de las manos y de las armas el único terrenillo que teníamos en las Indias Orientales españolas. Se nos fue a la par que el siglo xix.

Situemos el escenario:

Baler, capital de la provincia de Aurora en la isla de Luzón (conocida también como Nueva Castilla) a doscientos kilómetros de Manila en plena Sierra Madre. ¡Madre qué sierra! Al pequeño pueblo de Baler, en la isla de Luzón a unos cien kilómetros de vuelo de pájaro desde Manila (que se convierten en doscientos treinta si se han de hacer a pie) no había llegado ni una paloma con mensaje en la patita de que el conflicto bélico había concluido.

La ciudad la fundó en 1610, aproximadamente, fray Blas Palomino, un fraile jienense de los de *santa* biografía, que murió atravesado por una lanza.

Baler era entonces una población no muy grande, pues si hoy tiene treinta mil habitantes, incluidos los que quieren lucir biquini lo más lejos posible de su habitual residencia, podemos calcular que en aquellas fechas serían cuatro gatos. Unas dos mil quinientas almas, entre almas católicas bautizadas y almas «protestantes» contra los conquistadores.

Si en Filipinas había entonces unos nueve millones y hoy pueblan el archipiélago cien millones, los números seguro que se acercan. Es fácil entender que después de cuatrocientos años de *convivencia*, mestizaje e influencia cristiana, no todos los filipinos andaban por la vía de la independencia, por ello no debe de sorprender que hubiese en el ejército tantos nativos, que se afiliaban a las listas del voluntariado.

#### Calma en Baler

Así como en Manila se estaban produciendo todos los conflictos, en la provincia de Aurora, y por lo tanto en Baler no sonaban muchos cañonazos. En el período en que duró el exilio de Aguinaldo se vivió con cierta calma. Siempre con aquella calma que produce una tregua, pero sin dejar de lado que a los nativos no les gustaba jugar con los españoles ni a las damas (los españoles no tenían damas en la guarnición) y menos que nada les gustaba participar obligados en el juego que se habían inventado los españoles llamado «polo» («hacendera» en Castilla). Se trataba de que para que no se aburriesen los habitantes de Baler, se les obligaba a dar el callo, haciendo trabajos gratuitos para la comunidad o para los colonizadores, durante quince días al año (anteriormente habían sido cuarenta días). Lo solían hacer mal y a regañadientes. Alguno de ellos prefería jugar a esconderse entre la maleza y lanzar un flechazo a cualquier español, o sayón indígena que se hubiese unido a ellos, cuando se acercaba al río a lavarse los pies. Tampoco les gustaba que fuese precisamente el maestro del pueblo el que se ocupase de dirigir «el juego» y en cuanto pudieron se lo cargaron.

Queda así claro que no todos los filipinos estaban del lado de los españoles, pese a que hubo momentos en el archipiélago que de los trece mil soldados que sumaban las fuerzas españolas nueve mil eran filipinos.

En el año 1897, repetimos, se produjo un pacto entre colonizadores y colonizados (¿Pacto trampa?) los líderes de la

revolución se fueron con su «aguinaldo» y se exiliaron *voluntariamente* en Hong Kong, como hemos apuntado en líneas anteriores. A principios de 1898, dada la aparente paz reinante, el gobierno español retiró de Baler la guarnición de cuatrocientos hombres y la sustituyó por cincuenta soldados como el abuelo Miguel, pensando que con Aguinaldo en Hong Kong había llegado la calma después de la tempestad. ¡Gran acierto nacional!

A Baler, como hemos dicho, no había llegado ni una paloma con mensaje en la patita, anunciando que el conflicto bélico había concluido con el Tratado de París en diciembre de 1898.

Hasta las cabareteras del recién estrenado *Moulin Rouge* tenían conocimiento de que los americanos habían estado de compras por París y se habían gastado veinte millones de dólares. Todo el mundo conocía la *operación*. Sin embargo, en aquella motita del mapa de Filipinas, llamada Baler, no se habían enterado de la *avenencia* y de que ya no había que pelear.

Antes de firmar el Tratado de París, en Baler se había luchado de lo lindo. Jalonemos uno de los episodios de los enfrentamientos que se produjo en Écija (Nueva Écija de allí).

Los de Katipunan, estaban que trinaban. Habían llegado a Écija con su cargamento, al punto donde entregaban las armas de contrabando a los rebeldes y se encontraron de sopetón con cincuenta soldados españoles que les estaban esperando. Noches antes, con nocturnidad y afilados machetes, se habían cargado al cabo y a los cuatro guardias civiles, filipinos por cierto, que tanto les *incordiaban* y dificultaban su tarea de introducir las armas. La reacción de los españoles fue inmediata, apostaron cincuenta soldados al mando de un teniente ¡de dieciocho años!, el teniente Mota, dispuestos a no dejar entrar en la zona ni una escopetilla de perdigones. Pero *apostaron* mal. Los de la *Suprema y Venerable Asociación de los Hijos del Pueblo*, cuando los insurrectos más *necesidad* tenían de introducir armas, se toparon de sopetón, con medio centenar de soldados.

No había más remedio que *pedir paso* aunque para ello hubiese que cargárselos a todos. Y eso fue lo que hicieron los de la sociedad secreta —secreta a voces — *Kataas-taasang, Kagalang-galangang Katipunan*. En el enfrentamiento, el joven teniente Mota, prefirió suicidarse antes de entregarse derrotado.

Para relevar a los caídos del teniente Mota, y reforzar la plaza, llega el vapor *Compañía de Filipinas* con una nueva guarnición de cincuenta y cuatro hombres. Esta vez, al mando de un veterano de las Guerras Carlistas, como hemos dicho, más dos tenientes (33 y 29 años) y un teniente médico (36) que se alojan en la comandancia dispuestos a mantener el tipo y la plaza. Al refuerzo se incorpora fray Cándido, el párroco del pueblo que había estado prisionero de los tagalos quien para que le dejasen libre hubo de recurrir a una mentira piadosa: «Dejadme ir, yo convenceré a los españoles para que se rindan».



#### El sitio de Baler

Dada la importancia de éste capítulo, hemos de darle, además del relieve que le corresponde, un cierto orden cronológico ya que los hechos requieren casi un relato día a día.

Todo había empezado el 26 de agosto de 1896 con la Revolución Filipina. Para situarnos: *En casa,* Elecciones Generales (masculinas) el 5 de abril. María Cristina regente y Alfonso XIII con diez añitos. Y para situarnos en Filipinas, ese día, los «katipuneros» de Andrés Bonifacio se levantaron contra los españoles en los arrabales de Manila. El intento, fue inmediatamente sofocado pero la chispa ya había saltado y «los fuegos artificiales» no cesarían hasta que pasados treinta y cinco meses se izó bandera blanca en Baler (2 de junio de 1899).

A finales de mayo, llegan noticias a Baler. Las últimas que recibirían por tierra: la flota española ha sido derrotada en Cavite por las fuerzas estadounidenses (1 de mayo).

El día 26, los «balerios» dejan el pueblo prácticamente desierto. Sabían que la guerra se acercaría a sus playas y que el kilómetro que les separaba del agua lo podía hacer el atacante de un saltito.

### 27 de julio

El destacamento español, intuye que algo gordo se avecina al ver que el pueblo ha quedado desierto. Como no se han enterado de los *negocios* de París y los del *Katipunan* siguen acosando, con creciente número de insurrectos, resuelven hacerse fuertes y como no disponen de un fuerte propiamente dicho con empalizadas y troneras, lo hacen en un *fuerte* con campanario. «¡Todos a la iglesia!», ordena el capitán De las Morenas. Y en la iglesia se refugian los hombres que forman la guarnición, dispuestos a no izar bandera blanca. Por ventura, los soldados que el destino ha situado en Baler, no corresponden a los soldados que manejan solamente armamento bélico, entre ellos hay labradores, panaderos, zapateros, canteros, herreros y hasta cocineros, prestos a hacer uso de sus conocimientos profesionales durante el sitio.

El traslado desde el pueblo a la iglesia, no se hace de esos de salir corriendo. El capitán Enrique de las Morenas, tiene cuarenta y tres años y buena experiencia militar recabada en las Guerras Carlistas. Antes de ocupar la iglesia, se lleva del pueblo todo lo que puede, especialmente si es comestible, y las tinajas de agua que encuentran.

La iglesia del pueblo estaba bien cuidada y hasta tenía un huerto y todo, gracias al «polo» de los voluntariosos soldados y los menos voluntariosos nativos.

Circundaba la iglesia la trinchera «por si acaso» construida por los medios «polo». Hasta un pozo se hizo para que nadie se fuese a lavar los pies al río, pues los filipinos seguían insistiendo en que los españoles tenían que largarse.

Lo primero que se encuentran al *tomar posesión* de la iglesia, es una nota que han dejado los *amigos*. No es de bienvenida. En *síntesis* les intimidan para que se rindan. «Estáis rodeados, los españoles han capitulado, evitad el derramamiento de sangre...».

Los de la guarnición, convencidos de que es una mentira poco piadosa, no hacen ni caso. Se meten en faena convencidos de que la iglesia de robustas paredes aguantará hasta cañonazos; tapan el torno, derriban algunos tabiques, refuerzan las ventanas y ordenan víveres y la munición, a la espera de que lleguen refuerzos.

En el *sagrado* fuerte disponen de lo necesario para resistir bajo el mando del capitán De las Morenas, de provisiones.

Para alimentar su amor patrio, tienen al capitán; para alimentar su cuerpo: las provisiones que había traído el vapor de la Compañía de Filipinas, prestado al ejército, y todo lo que habían podido sacar del pueblo. Lo más primordial de su despensa, media tonelada de arroz descascarillado. Para alimentar su alma cuentan con fray Cándido Gómez y para intentar corregir sus diarreas cuentan con un médico. Disponen también del huerto que les *premia* con algunas hortalizas, pero éste suministro dura poco. Los atacantes se acercan cada vez más y aunque disponen de suficientes armas y munición para rechazar los ataques de los tagalos, no está el ambiente como para salir de la iglesia a regar las lechugas.

Cada día, de los 337 que duró el sitio, fue un día heroico y cada miembro de la guarnición un héroe. Pero hubo días y héroes que merecen ser destacados; como aquel 4 de julio. Recién *instalados* en la iglesia, con toda la música que sona-

ba en el exterior, dos voluntarios, Gregorio Catalán y Manuel Navarro, le echaron *bemoles* y salieron a hacer fogatas. Quemaron el barracón de la Guardia Civil, el colegio y las casas más cercanas a la iglesia. Puntos desde los cuales los filipinos disparaban con mayor facilidad.

Hay que tener muchos arrestos, o estar tocado por un loco dedo divino, para atreverse a hacer una incursión en un campo minado de filipinos dispuestos a la caza. Hubo momentos durante el sitio en que los rebeldes sumaban ochocientas cabezas independentistas desparramadas por los alrededores de la iglesia, pero aquel 4 de julio, Gregorio y Manuel, lograron poner medio pueblo en llamas.

Tan pronto ocupan la iglesia, y mientras esperan refuerzos, los enclaustrados, cada uno con sus mañas profesionales, se afanan en adecuar su *santo fuerte*. Hacen letrinas, condenan ventanas, abren huecos para ventilación, tiran tabiques, cavan un pozo...

Los días van pasando y los refuerzos no aparecen. Los sitiados siguen repeliendo los ataques de fusil y los de los mensajes. Comen con extrema moderación *estirando* los víveres, y se esfuerzan en aguantar el hambre cuando ven cómo desciende *el nivel* de los sacos de arroz.

Al empezar a faltar los alimentos frescos, aparece el beriberi. El doctor Vigil se lo sabe de redondilla, el arroz descascarillado carente de tiamina (vitamina B1) comienza a hacer estragos y algunos soldados mueren.

Pese a ello, en la iglesia como si en lugar de estar al mando de la guarnición el gaditano capitán De las Morenas, hubiese estado el vallisoletano Juan Martín Díez, el Empecinado, el capitán y los oficiales se empecinan en no rendirse.

Entre los sitiadores y los sitiados, el sistema de comunicación «diplomática» fracasa. Los atacantes envían en varias ocasiones un hombre a la iglesia con una nota insistiendo que les conviene rendirse. La nota ha de ser contestada con el envío de un mensajero pero el mensajero que lleva la nota de *no nos rendimos* no regresa, deserta y se queda con los insurrectos.

El berrinche en el *fuerte,* al conocer las deserciones, es de los que claman al cielo y cuando se presenta un nuevo «diplomático» es contestado de verbo.

Tras lanzar unos *tacos* de los más gordos, casi gritándole en la oreja se le hace saber al *correo*: «El próximo parlamentario que se acerque, ha de ser después de un toque de corneta solicitando parlamento, ha de presentarse con bandera blanca y recibirá la respuesta, de viva voz, en la iglesia. De no ser así, será recibido a balazos. Sobre todo si el que se aproxima es un desertor».

El 14 de enero, del último año del siglo, suena la corneta diplomática y al poco, aparece un hombre vestido de paisano con bandera blanca. El parlamentario dice ser el capitán español Olmedo Calvo y es recibido, a pie de campanario, por el teniente Martín Cerezo al que, al parecer, confunde en un primer momento, con el capitán De las Morenas. Aclarado el patinazo, pide parlamentar con el capitán. «No puede recibiros, darme el documento, yo se lo entregaré —es la seca respuesta».

No puede decirle que enterrados en la propia iglesia yacen: el capitán De las Morenas, el capellán fray Gómez, el segundo teniente Alonso Zayas y algunos soldados.

Antes de que se nos pase: en Baler, hubo seis desertores (dos de ellos, sanitarios filipinos), once muertos a causa del beriberi, tres por disentería y dos de bala.

El documento, que porta el parlamentario, no es otra cosa que la aclaración de que la soberanía de la isla ha sido cedida a EE. UU., que deben de abandonar la plaza y atenerse a las instrucciones del capitán Olmedo Calvo.

Si al comprensible estado psicológico del teniente, se añaden los defectos que en la entrega del documento encontró, se puede entender que rechazase la rendición y considerase el parlamento como una patraña a añadir a otras tentativas anteriores; el que se presentaba como capitán, vestido de paisano, que en el documento no figurase ningún número de registro y sobre todo que se pidiese la entrega de las armas ¡y de las arcas del tesoro! ¿De qué tesoro?, en las condiciones que estaban.

Todas estas conjeturas fueron determinantes para que el teniente Martín Cerezo, asumiese la responsabilidad de dar continuidad a la resistencia.

Pasados siete meses de encierro, la desesperanza hace presa en alguno de los soldados. Seis de ellos desertan pero otros que lo intentan son atrapados y encerrados en el baptisterio.

Un rayo de luz, invadió las almas de los sitiados al escuchar una mañana cañonazos y ver por la noche que un reflector escudriñaba la playa. Pensaron que alguien venía a rescatarles. No se equivocaban, el buque de guerra de los Estados Unidos *Yortown* (en guerra con los filipinos al haberse establecido la «paz» de veinte millones de dólares entre Estados Unidos y España). Las tropas americanas desembarcaron en la playa pero fueron recibidas por los tagalos parapetados en la selva y hubieron de desistir de su rescatador empeño. En la playa quedaron muertos quince marineros y el oficial que los mandaba.

El acoso continuó con creciente intensidad. Las condiciones en la iglesia eran cada vez más caóticas. A los 283 días de asedio el arroz se había acabado. Cualquier cosa era buena para llevarse a la boca, aunque fuesen ratas. El cabo Olivares, con diez hombres salió a campo enemigo a requisar víveres y logró traer algo.

A los sitiadores, les costaba trabajo creer que los españoles fuesen capaces de seguir resistiendo.

Un nuevo parlamentario se acerca a la iglesia, es el teniente coronel Aguilar Castañeda, expone que han de rendirse pero *el empecinado* héroe tampoco le cree. De nuevo piensa que todo

es una patraña. Aguilar, después de soltar unos cuantos tacos de oficial cabreado, le dice: «Si le parece, haré que venga el propio general Ríos en persona». «Si viniera, entonces sí que obedecería las órdenes» responde Martín Cerezo.

Fue un periódico el que acabó con la obstinación de Martín Cerezo y el sitio de Baler. Lo había dejado el teniente coronel Aguilar en su entrevista en la que aburrido hubo de marcharse blasfemando. En el periódico aparecía una nota dando cuenta de que el teniente Francisco Díaz Navarro había sido destinado a Málaga. La noticia, finalmente apagó el piloto rojo de Martín Cerezo. Díaz Navarro, amigo y compañero suyo, le había contado en secreto que solicitaría el traslado. Por lo tanto, era verosímil todo lo que Aguilar le había contado y todo lo que el periódico decía.

Después de 337 días de asedio, el 2 de junio de 1899, un teniente de Infantería, un teniente médico, dos cabos, un trompeta y veintiocho soldados salieron de la iglesia enarbolando la bandera de España y con las armas al hombro. Pasaron entre los soldados filipinos que les hacían pasillo en posición de firmes y abandonaron el último solar español en el Pacífico, que había sido conquistado en marzo de 1521.

La expedición, no llego a Manila hasta el 6 de julio de 1899 pues para recuperarse necesitaron cuatro semanas. Durante el lento viaje, fueron recibidos en Tarlak por el presidente Aguinaldo, que les recibió como héroes, como había ordenado que fuesen tratados. Les ofreció alojamiento, algunos regalos y entregó a Martín Cerezo un periódico en el que se elogiaba el heroico comportamiento de los *Últimos de Filipinas* y un decreto de artículo único en el que con extensas líneas halagadoras loaba todos sus valores y finalizaba: «vengo a disponer que no serán tratados como prisioneros sino como amigos y que se les proveerá de los pases necesarios para que puedan regresar a su país».

Se ve que el sillón de presidente tiene efectos benéficos pues el presidente Aguinaldo se portó con los *Últimos de Filipinas* como un buen chico. En años anteriores se había cargado todo lo que se le había puesto por delante, incluidos Andrés Bonifacio y Antonio Luna, sin embargo con los héroes de Baler, se portó esmeradamente bien, tan bien que hasta la reina regente María Cristina le concedió la más alta distinción de la Cruz Roja por el trato que había dado a los de Baler.

El 29 de julio embarcaron en el vapor *Alicante* y llegaron a Barcelona el 1 de noviembre. Naturalmente fueron recibidos por las autoridades, que seguramente los encontraron valientes, gallardos y con excelente aspecto, ¡Dios mío si los hubiesen visto cinco meses atrás!

En 1908, cuando ya algunos de ellos habían muerto, se concedió a los supervivientes una pensión vitalicia de sesenta pesetas mensuales transferible a sus descendientes o sus padres y el privilegio de ser caballero cubierto ante el rey. No sé si éste privilegio se limitó a los oficiales o se extendió también a los soldados rasos. Tampoco tengo constancia, ni la buscaré, de si fueron o no premiados con el «chusco», como el abuelo Miguel.

# of the state of th

# ¿Y los otros de la Guerra Olvidada?

Bueno, los otros eran muchos, demasiados para que todos juntos pudiesen hacer una visita de cortesía al presidente Aguinaldo. Presidente desde el 22 de marzo de 1897 hasta el 1 de abril de 1901.

Desde que España perdió Filipinas, hasta que se produjo el rescate, pago o trueque de los prisioneros en manos de los

filipinos —pongamos entre ellos al abuelo Miguel—, transcurrieron más de dos años (diciembre de 1897-enero de 1900). Pero sobre todo el primer año fue fatal. Período durante el cual, los trece mil rehenes, entre militares, civiles y clérigos, apresados por los tagalos, al mando de Aguinaldo, hubieron de sufrir humillantes desdichas por parte de los filipinos e imperdonable desamparo por parte del Gobierno Español de Sagasta y Silvela.

Emilio Aguinaldo, nombrado presidente de la República de Filipinas —y antes de llegar a presidente también— fue especialmente cruel con los frailes acusando a las Órdenes de mayor presencia en las islas (dominicos, agustinos, jesuitas franciscanos y recoletos) de haberse hecho dueños de grandes colonias agrícolas con afán de enriquecerse. Acusación por la cual, sometió a los clérigos a los más duros trabajos forzados y más crueles vejaciones.

Para el resto de los cautivos, hubo de todo; en función de la zona y los jefes insurrectos responsables en ella. Todas las crueldades imaginables pudieron darse en algunas localidades pero no podemos dejar de señalar que en otras los prisioneros recibieron pequeñas alivios y ayudas de los propios filipinos e incluso de algunos jefes militares. Y hasta familias hubo que dieron cobijo a algún español, pues es indudable que los vínculos morales y de parentesco entre filipinos y españoles, con el paso de los años y la influencia de la cristiandad habían cuajado entre muchos de ellos. De forma que, aun a sabiendas de que se exponían a veinte años de cárcel, de acuerdo con los bandos promulgados por Aguinaldo, se arriesgaban.

Otros prisioneros que cayeron en zonas controladas por jefes más desalmados se vieron obligados a duros trabajos en la tala de bosques o en la construcción de carreteras.

Pero, ¿por qué se estaba dilatando el intercambio de prisioneros obviando los acuerdos firmados en París?

Como no fuese debido a que el gobierno «de turno» pergeñado por Cánovas del Castillo, en aquel último repecho de la cuesta del siglo xix estuviese esperando la entrada del nuevo siglo para que los prisioneros entrasen con buen pie, en España, otra cosa no se entiende en este diplomático retardo que se produjo en la llamada «guerra olvidada».

También es posible, y nadie va a evitar que así pensemos, que entre los gobernantes existiese cierta competencia por recibir la medalla de rescate con cinta roja y gualda.

Mientras el abuelo Miguel y miles de «migueles» más sufrían en Filipinas, en España la convulsa política tenía a los gobernantes tan ensimismados en mirar a los turnos de la Restauración, que, al parecer, no les quedaba tiempo para echar un ojo a aquellas lejanas islas.

En España, el anarquista lombardo Angiolillo, había asesinado al malagueño artífice de la Restauración Cánovas del Castillo. El asesino dijo haberlo hecho por vengar a los anarquistas detenidos en Barcelona durante los altercados del día de Corpus Christi (1886), pero el resultado nacional es que nos dejó nuestro gobierno patas arriba.

El asesinato de Cánovas, dejo al régimen en una crisis que duraría largos años.

A la muerte del conservador Cánovas, le tocó, de nuevo, el turno, por segunda vez, al riojano liberal Sagasta.

Y así, entre conservadores y liberales —radicales en mayor o menor grado— estuvo España cambiando por turnos, hasta 1903 año en que el madrileño conservador Francisco Silvela cedió el sillón al mallorquín Antonio Maura.

¿Justifica éste «turneo» el abandono del ejército allí lejos? Creemos que no, dejémoslo en atenuante.

Puestos a pensar «de otra manera» es posible que hubiese razones de otra índole pero, ¿cuáles podían ser? Varias razones. Una: el Gobierno de España, no quería enemistarse con los

de USA. Otra: como medio de presión contra Aguinaldo, España trataba de retener a los prisioneros filipinos en cárceles de España y África. Una más: Aquilino, quería negociar «en metálico» con España y exigía siete millones de pesos pero España no estaba dispuesta a pagar más de dos. Otra razón más: si se llegaba al *acuerdo* de siete o de dos había que hacer el pago en «B» pues los americanos se enfadarían mucho si se enteraban de la *transición*, temerosos de que los siete o los dos los empleasen los filipinos para comprar armas que apuntasen contra ellos y como consecuencia se retrasase su victoria. Los americanos estaban ya lamiendo las mieles de que Filipinas era USA (Un Suculento Anhelo) y que pronto sería USA (Un Sitio Americano).

Por si fuese poco, Emilio Aguinaldo, estaba obstinado en recibir su propio «apellido» y en los acuerdos a escondidillas entre España y Filipinas, decía estar dispuesto al canje de los militares y civiles prisioneros pero en ningún caso a cambiar curas por filipinos. Exigía tratar el asunto del clero directamente con el papa (León XIII). Seguramente intuyendo que las sotanas serían *mejor pagadas* que los andrajosos uniformes militares.

Mientras tanto, los prisioneros sufriendo lo insufrible en aquella «guerra olvidada». No quiere esto decir que no se hiciesen gestiones para solucionar el problema pero siempre fueron encomendadas a responsables de más bajo nivel que las que el caso exigía.

Finalmente, y para no extendernos: España, aunque tarde, abrió las cárceles españolas y del norte de África y dio suelta a los prisioneros de Cuba y Filipinas.

Como resultado, estrenamos el siglo xx (enero de 1900) con el arribo a puertos españoles de buques cargados de repatriados, entre otros, *Elcano*, el *San Ignacio* y *León XIII* (el buque, no el papa).

A bordo de los buques *repatriadores* —parece ser que alguno botado por USA— llegaron unos seis mil prisioneros. Sería

morboso, recrearnos en describir en qué estado llegaron estos seis mil cautivos, habiendo dejado en las «tierras de Felipe II», miles de compatriotas; es fácil imaginarlo y visualizarlo en los cientos de fotografías que dan testimonio de la llamada «guerra olvidada».

¿Venía el abuelo Miguel en alguno de estos buques?<sup>17</sup> Vamos a dejarlo en afirmativo. Puede resultar novelesco pero lo cierto es que en las condiciones mentales en que llegó el abuelo Miguel por más que sus nietos insistieron, no lograron detalle alguno de su bélica *aventura*.



# **ITRELÍNE**

<sup>&</sup>lt;sup>17</sup> Cuando corría el año 1946, el autor de éste *Salpicón*, con diez años, de aquellos *adultos* de la posguerra, corría a diario al cuartel a recoger el «premio tahona» de su abuelo como superviviente de las guerras de Cuba, Filipinas y Puerto Rico. Permítaseme esta puntada biográfica.



# ¿Sin «descorchar»?

an pasado más de cuatrocientos cincuenta años. Ya sólo los libros se acuerdan. Pero los protagonistas existieron y los hechos acontecieron. No siempre tal y como a los personajes se presentan y los hechos se cuentan, pero casi. Los historiadores juegan con la ventaja de que ni fuimos testigos contemporáneos ni nos dedicamos a escudriñar añejos legajos y documentos en busca de certificaciones o contradicciones. Eso lo dejamos para ellos.

Para los aficionados a leer *Salpicones Históricos*, como chuletillas para rebobinar sus conocimientos, carece de importancia saber si Alexandra, la hija de Madame Pompadour, murió de accidente, como dicen algunos, o de peritonitis como dicen otros. Lo cierto es que la cosa fue mortal.

En el caso de nuestras coronas protagonistas, saber que de una de ellas se dice que murió «sin descorchar» por propia voluntad, interesa únicamente por lo que a la sucesión en el trono de Inglaterra respecta.

Que su soltería perenne se debiese a que no se sentía atraída por el sexo opuesto —como algunos aseguran—, que fuera debido a una malformación congénita o simplemente que le apeteciese morirse «sin descorchar» no nos interesa demasiado. Los *Salpicones Históricos* no tienen más pretensión que la de recordar hechos y «bichos» del pasado. Si en ellos aparece alguna chispilla de humor, mejor que mejor.

Para aceptar la historia lejana tal como los estudiosos la cuentan, lo más sencillo es leer a un solo autor, leer en el color que él escribe, aceptar como verídico, o verosímil, todo lo que

nos cuente y no comerse el coco. Claro que es poco enriquecedor, pero como son relatos de lejanos tiempos sería vano el intento de querer sacar agua totalmente clara de enfangados charcos de los que la Historia está muy salpicada.

El problema se acrecienta si tratas de sacar agua clara de «salpicones» contemporáneos. Los escritores, siempre escorados, descargan sobre el papel sus fobias y sus filias que da gusto. Sobre todo cuando lo que pretenden contarnos tiene tinte político. Si los acontecimientos son cercanos lo aconsejable para quedar hecho un lío es leer a escritores de criterios opuestos, confrontarlos con los que directamente percibes y piensas, y puedes estar seguro que al final estarás hecho un taco. Por ejemplo, en la historia de una guerra civil, digamos la nuestra, que ha producido más escritores que muertos, puedes pasar la vida leyendo para llegar a la conclusión que es imposible formarse un criterio firme y convincente de lo que pasó.

#### «Casting»

Antes de comenzar los *Salpicones*, y con el fin de que no perdamos el hilo, demos un vistazo a la «ficha» de las «coronas» que aparecerán.

Catalina I de Inglaterra (Catalina de Aragón)

Esposa de Enrique VII y de Enrique VIII (no a la vez, claro). 1485 – 1536 = 51.

Hija de los Reyes Católicos.

Princesa de Gales durante cinco meses y medio. Dieciséis años.

Viuda siete años y casada de segundas con su cuñado. Reina consorte de Inglaterra 1509 a 1533.

#### Eduardo VI de Inglaterra

Casi nos lo saltaremos.

Subió al trono a los diez años y a los cielos anglicanos cinco años después.

A la «tierra» lo trajo Jane Seymour, tercera esposa de Enrique VIII.

#### Juana I de Inglaterra, Juana Grey

De Juana I sí anotaremos algo.

Sucedió al pequeño rey Eduardo VI, y reinó desde 1553 hasta 1553 (no es un error de fechas) Su reino duró lo que dura una novena. Era nieta de Enrique VII.

Para suceder en el trono a Eduardo VI, Juana Grey ocupaba la cuarta posición en la parrilla de salida. En cabeza estaba María Tudor, hija de Catalina de Aragón, primera esposa de Enrique VII ¡y de Enrique VIII!

Pero temiendo que María llegase con pretensiones de dar la vuelta al calcetín religioso, el regente del fallecido rey, John Dudley, duque de Northumberland, se la jugó «enchufando» a su nuera Juana para que las cosas de la Iglesia siguiesen como Enrique VIII las había pergeñado. La verdad es que la jugada le salió fatal.

Juana fue siempre protegida por la cuarta esposa de Enrique VIII, Catalina Parr, pero cuando llegó a Londres a calzarse la corona, se encontró solita.

Había muerto el rey Enrique, había muerto su protectora Catalina Parr y había muerto el hijo varón de Eduardo VI. Como consecuencia de tanto difunto, la sucesión al trono de Inglaterra andaba de altas intrigas.

Al final, Juana puso su belleza y sus dieciséis años al servicio del Estado y la casaron, con un chavalote de quince años

llamado Guilfordt Dudley hijo de un lord de cabeza pesada: Lord Northumberland.

A los dos meses de casada, Juana ascendió al trono de Inglaterra.

María I de Inglaterra (María Tudor la Sanguinaria)

Hija de Catalina de Aragón, nieta de los Reyes Católicos y segunda esposa del segundo Felipe de España.

Isabel I reina de Inglaterra e Irlanda (la protagonista).

1533 - 1603 = 70.

Reinó cuarenta y cinco años. Desde 1558, con veinticinco, hasta su muerte.

La última reina de la dinastía Tudor.

Hija de Enrique VIII y su segunda esposa Ana Bolena.

#### La Reina Virgen

Con sus «apellidos», Tudor por parte de padre, «Pescado» por parte de madre (*Poisson*) y su resistencia vaginal, esta reina se presta a la duda, y en algunos escritores a la chanza. Nosotros trataremos de no pasarnos, en la duda sí, pero no en la chanza.

Si no están las cosas claras entre peritonitis o accidente en un caso tan simple, como el mencionado de Alexandra, no podemos pretender que lo estén en el difícil diagnóstico que se aventuran a dar los historiadores en el caso de la llamada Reina Virgen. Cada empollón chapotea en sus «salpicones» afirmándose en sus conclusiones. Lo hacen basados algo en documentos y mucho, abusando de la ignorancia de los que somos indocumentados.

Algunos escudriñadores creen haber encontrado en sus investigaciones indicios de que Isabel era originaria de la isla de

Lesbos. No es cierto, nació en Greenwich, si bien su tendencia sexual no ha quedado «meridianamente clara».

Lo que sí parece cierto es que ésta Isabel, pionera en el uso de postizos y pelucas a causa de su real alopecia, sentía mucha menos pasión por el macho que otras realezas del mismo nombre. Entre otras, nuestra reina Isabel II. La casaron con un maricuelas que no tenía siquiera capacidad «anfibia» para cumplir con sus deberes en tierra y solo hacía «aguas». Ella, Isabel, tenía un carácter muy vengativo y por el desacierto de su matrimonio de Estado, se dedicó de lleno a la *vendetta*. Cepillándose a todo bicho pujante que encontraba a su paso gozó como una reina. Que reinase mejor o peor es otra cosa, poco importa. Para eso estaban sus validos y su mamá que regenteaba que daba gusto, pero ella lo pasaba pipa.



Volviendo a nuestra protagonista *la Reina Virgen,* no debemos de echar en la papelera los escritos de los historiadores que afirman que la reina tuvo dos amantes. No al mismo tiempo, como se podría pensar. Uno fue Robert Dudley, de la misma «quinta» que la reina. Estuvo casado dos veces pero *no dejó rastro*. Robert, no fue astilla del palo de su padre que dejó una camada de doce. Sin embargo, *fuera borda* sí dejó un Robertito con su apellido Dudley. Parido por su amante, la baronesa de Sheffield.

Dudley antes de ser conde, fue condenado. A su padre, y a él, se les metió en la cabeza proponer como reina a una pariente con dieciséis añitos para que reinase en Inglaterra y a punto estuvieron de perderla. De todas formas, lograron que reinase su promocionada, Lady Jane (Juana Grey) por un corto tiempo; lo que dura una novena.

Escrito dicen que está, que antes de ser ejecutada la «reina de los nueve días», María Tudor, la pidió que se pasase al catolicismo, pero Jane no cedió y fueron ejecutados ella, su marido y su padre.

(Ver en volumen I Bloody Mary).

Robert Dudley, salió del apuro sin perder la cabeza; la reina María Tudor lo indultó y lo nombró Maestro de Ordenanza. Más tarde reinando ya nuestra protagonista Isabel I y relacionado o no con su «descorche» Dudley se convirtió en valido o favorito y fue premiado, a sus treinta y dos años, con el título de conde de Leicester.

Veinte años después, Isabel I, lo envió a luchar a los Países Bajos. ¿Se había cansado del valido o ya no valía? Lo cierto es, que en los Países Bajos, no triunfó. No se lo permitió el gobernador Alejandro Farnesio y, con el sable entre las piernas, regresó al cobijo de Isabel. Dudley, murió a los tres años. A los tres años de haber regresado de pelearse con Alejandro Farnesio.

El otro presunto amante de la Reina Virgen, se llamaba también Roberto, como el que hemos citado en líneas anteriores. Robert Devereux, conde de Essex. Si de «Roberto primero» hemos dicho que era de la misma quinta que la reina Isabel I, no podemos decir lo mismo de «Roberto segundo» pues cuando éste entró en la Corte con veinte años —*empujado* precisamente por Dudley— su Majestad Isabel ya andaba, o cojeaba por los sesenta. El conde de Essex llegó a la Corte como uno de esos trepadores que no están en peligro de extinción, «los trepas», con ganas de ascender hasta la copa.

Pronto, ascendió el joven «Roberto segundo» a *Gran Maestre de las Caballerizas* — cargo que ya más de una vez hemos aclarado en los *Salpicones Históricos* que nada tiene que ver con el de mamporrero.

Cuentan que a la reina sexagenaria se le caía la baba cuando por las noches tenía a su vera al apuesto mozalbete dándole compañía —dejémoslo ahí— y que se enfadó mucho cuando Essex se embarcó rumbo a España sin pedir un besito de beneplácito.

Essex, no andaba para esas memeces, él quería «trepar» y apuntarse a la guerra contra España, esperando la revancha de lo que les había armado España un año antes con la *Armada Invencible*, le daba una gran oportunidad.

El intento de Felipe II de destronar a Isabel de Inglaterra, fracasó, pero puede que no tanto en la medida en que se ha escrito (especialmente con tinta inglesa) pues de los ciento veintisiete navíos regresaron a puertos españoles ochenta y siete.

Lo cierto es que en 1589 el consejo pensó que había que devolver el ataque y al mando nada menos que de Drake, con Essex a bordo, salieron a la pelea marítima.

Tampoco la suerte se puso del lado de Drake. Se ve que a Francis Drake se le daba mejor lo de la piratería, pues en esta ocasión de guerra *organizada* en lugar de un botín de oro, a punto estuvo de *recibir* en sus posaderas el botín de la reina cabreada.

Habían lanzado un ataque a Lisboa, posesión española desde 1580 pero no lograron entrar.

Isabel se enfureció con todos, perdonó a su valido con un: «no me lo vuelvas a hacer» y le dio nuevos cargos mejor remunerados.

En 1591, Isabel envió a Francia tropas para ayudar a Enrique IV (de allí) a luchar contra la Liga Católica y como jefe de expedición nombró a Essex.

En 1599, volvió a mandarlo como comandante en jefe de una expedición a Irlanda para que se pelease con los rebeldes del conde de Tyrone. Fracasó en la pelea pero intentó hacer buenas migas con el rebelde, en vistas al futuro. Al futuro propio.

El jodío conde de Essex, no se conformaba con tener buenos cargos y pasearse en la carroza de la reina con la «carroza» rei-

na. Apuntaba más alto en su trepar. Como suele ocurrir, cuando un favorito es demasiado ambicioso y está a punto de alcanzar la copa, aparecen la FALTA TEXTO?????. Los intrigantes se dedican a *mosquear* a quien lo encumbró, dejando caer que si no lo hace caer perderá el trono. Las conspiraciones hacen su efecto y el resultado suele ser la tala del árbol con el valido en la copa.

El conde de Essex fue valido de la reina hasta 1601. «Trepó» demasiado alto. Tan alto que hasta formó una conspiración para destronar a la «veterana» reina cercana a cumplir los setenta. Le salió fatal la aventura. La reina recibió la noticia de sus espías como un hachazo, y mandó a Essex a la Torre de Londres, para que él recibiese también uno.

Total, que Essex terminó como su abuela, Ana Bolena; perdió la cabeza.



Conocidos los dos personajes a los que se les atribuye la función de «sacacorchos» de la reina sin «descorchar», sigamos con ella.

#### Isabel I de Inglaterra

La que ahora «salpicamos» (1533-1603) nació de padre rey y madre reina. Pese a ello, posteriormente fue declarada bastarda. Su padre, Enrique VIII, se mosqueó al ver que le sobresalían cuernos por la corona —o se lo inventó para decir que su esposa Ana Bolena se los estaba poniendo—, y decidió despojar a su esposa de su mala cabeza.

Isabel quedó acogida al régimen de bastardía tal como lo estaba María, hija de su anterior esposa Catalina de Aragón y nieta de los Reyes Católicos. La media docena de veces que el VIII de Inglaterra, actuó de forma parecida, para cambiar de

pareja en el bailongo real, hace que nos preguntemos quién era realmente el «bastardo». Unas veces con reales señoras y otras con las criadas les puso corona nada menos que a media docena de hembras.

Hasta que el rey Enrique, el octavo, claro, pasó a mejor vida en 1547 —algo casi imposible con la vida que se estaba pegando— dos hermanastras, María e Isabel compartieron exilio con categoría de bastardas: María, hija de Catalina de Aragón e Isabel, hija de Ana Bolena. Luego, a ambas les tocó reinar.

Primero se alzó en el trono María, parida diecisiete años antes que Isabel. Reinó un lustro y dejó el trono después a Isabel para que reinase sin prisas unos cuantos lustros más. Toda la época isabelina. Antes que María, la hija de nuestra Catalina de Aragón, reinó un ratito una que se tiró al ruedo como espontánea. Una tal Grey, pero no aguantó más que nueve días. Hasta que llegó María con su apodo «la Sanguinaria» (*Bloody Mary*) y la destronó de un hachazo.

Medio siglo estuvieron troneando entre las dos hermanastras, en la desproporción que hemos citado de uno a nueve más o menos a favor de Isabel. Ellas troneando y el clero tronando.

#### Retrovisor

Enrique VIII, el padre de las dos reinas en cuestión, para tomar por esposa a la criada pretendió que no contase en su haber el haber estado casado con Catalina de Aragón, su cuñada. Se empeñó en que Catalina ya había estado casada con su hermano y que él la recibió usada. Por lo tanto, la boda, según él, no valía. Catalina empeñada en decir que su hermano ni la había tocado de lo enclenque que estaba y que se murió sin probar bocado y el Padre Santo empeñado en que el juego no valía y que el matrimonio con Catalina rezaba en su haber.

Enrique estaba empeñado en casarse por la Iglesia con su Ana Bolena, que le estaba dando mejor resultado camero que la hermana pequeña de ésta, que no se llamaba Ana, pero que también era dama de «deshonor» de la reina, y que al parecer también estaba muy buena pero que no era tan lista. Ana estaba empeñada en que si ella le hacía el juego en la cama él se lo tenía que hacer en el trono y que no se conformaba con diademas y esmeraldas.

El pobrecito Enrique no podía gozar en paz y en pleno y como estaba mucho más encoñado con la Bolena que con el Papa, daba el coñazo al pontífice para que arreglase el asunto amenazando que de no ser así saldrían a «obleas».

El trono y el altar, esta vez no se pusieron de acuerdo; el papa excomulgó a Enrique, y el rey gordito que ya no podía aguantar más durmiendo solo se vio obligado a buscar una solución. La religión a lo romano no le permitía lograr su propósito pero tampoco era cuestión de abrazar el islamismo para poder abrazar a la Bolena. Buscó una solución adecuada y se acordó que había una arcaica religión anglicana. Los calvinistas y los luteranos que estaban por aquellos años a catecismo empuñado contra los católicos le dieron la oportunidad de crear la Iglesia Anglicana que le permitiría hacer lo que le diese la real gana. Se peleó con la Iglesia de Roma, se «divorció» del papa y se casó con la criada de Catalina de Aragón, que es lo que él quería.

Si cuando en un país, por muy democrático que sea, se cambia de gobierno de lado, de izquierdas a derechas o viceversa, se promulgan nuevas leyes, siempre desfavorables a los que perdieron la poltrona ello da lugar a encontronazos, para qué decir cuando los que se cambia es nada menos que una religión. Les toca cobrar a los que rezaban en el altar de enfrente.

El rey, ya casado por la Iglesia, la propia, se hinchó a hacer reformas y dictar leyes contra todo lo que oliese a Roma. Dejó a los clérigos «romanos» casi en ayuno forzado y él siguió engordando.

#### Juana

Como hemos anotado, la muerte de Enrique VIII, en 1547, con un peso de doce arrobas y cincuenta y seis años de edad, subió al trono, con solo diez añitos Eduardo VI. Traído al mundo por Jane Seymour, tercera esposa del sexteto de Enrique. El joven rey murió a los quince años. Es cuando la que estaba en cuarta posición en la parrilla de salida subió al trono como Juana I. ¡Hasta que llegó María!



#### María Tudor

María, llegó a las puertas de Londres en el año 1553. Venía acompañada de un nutrido grupo de soldados leales dispuestos a rescatar «una iglesia»: la Iglesia Romana, nada menos. No estaba María en su mejor momento de salud, treinta y siete años habían pasado sobre ella. Sin embargo, en cuanto a energía, la Tudor llegaba a plena carga. Todo el sufrimiento y las humilaciones que tanto ella como su madre, Catalina de Aragón, habían padecido, se había transformado en energía. Dispuesta llegaba a reparar el daño que su excomulgado padre había infligido a la Iglesia Católica.

Gorda, la había armado el gordinflón rey Tudor creando una nueva Iglesia para poder casarse con su criada. Y al final ¿para qué? ¿Para darse el gusto de cortarle la cabeza?

Hay gustos que merecen palos.

Pero allí estaba ella. Para «restaurar» lo roto por el rey Enrique, su padre.

Nieta de los Reyes Católicos, hija de la católica Catalina de Aragón, adicta al reclinatorio y al rezo, olvidó el catecismo, la Biblia y las obras de misericordia de golpe y la emprendió contra los anglicanos sin miras y sin compasión.

La reina Juana, y su suegro Northumberland, fueron de los primeros en subir al cadalso. Para que su alma quedase limpia, María pidió a su prima, la reina Juana, que abjurase de su fe anglicana, y como la reina se negó. María «no tuvo más remedio que ejecutarla». Y a su marido un poco después.

¡Manda cirios la católica majestad!

Pero sigamos adelante ya que hemos de llegar a Isabel I de Inglaterra.

### María y Felipe

María, hacía un año que lucía corona inglesa cuando se unió en conveniente matrimonio con su primo, el príncipe Felipe de España. Vía por la que Felipe, antes de ser rey de España llegó a rey de Inglaterra —bueno, rey, rey no; rey consorte—. Contaba ella treinta y ocho años y su consorte unos diez menos.

María, pese a que Antonio Moro puso todo su arte en los pinceles para poder «colgarla» en El Prado, no logró arrancar belleza alguna del rostro de la reina. Claro que lo que buscaba Felipe, no era precisamente la belleza. Tampoco su salud al momento del desposorio era envidiable, por lo que Felipe barruntaba alto riesgo. Si no lograba un heredero, sus amistosas relaciones con Inglaterra podrían concluir si su esposa desaparecía «sin dejar rastro». Convenía un acercamiento a su cuñada Isabel, futura reina, para colocarle un marido de su bando o simplemente para «colocársela» él mismo.

El príncipe Felipe, como corresponde a un excelente cristiano, no deseaba la muerte a nadie, pero... Por si su esposa y prima, la reina María Tudor, que estaba bastante pachuchilla le dejase viudo —no es que lo *desease* pero entendía que no le vendría mal— no quitaba los ojos de su cuñada hermanastra, Isabel «de Bolena», diecisiete años más joven que su María. Se casaría con ella y volvería a implantarse en Inglaterra definitivamente la Iglesia Católica.

Dentro de la estrategia de acercamiento, convenció a María para que cuando él andaba por Londres Isabel viviese con ellos.

Puede que Felipe no lo supiese, o no quisiera saberlo, que durante la temporada que las dos hermanastras compartieron «exilio» —cuando María quedó reducida a Lady Tudor— Isabel hacía creer a María que si ella llegaba al trono, la religión de Inglaterra volvería a ser Católica, Apostólica y Romana. Algo que convenía expresar pero que estaba a mil leguas de su pensamiento.

Cuando la reina María Tudor, tomó por esposo a su primo, a Felipe, le faltaban aún un par de años para que su padre Carlos I le diese permiso de obras para construir un monasterio en El Escorial —se lo concedió un poco antes de morir (1557) cambiando en el testamento su «lugar de reposo» de Granada a El Escorial—. Ya antes, y para retirarse él a Yuste le había cedido el trono como rey de España entera y unos trocitos de las afueras: Sicilia y Cerdeña.

Para colocar a María en el trono de Inglaterra, asentemos que el matrimonio de Felipe con su prima duró unos cuatro años y no dio fruto. María falleció a los cuarenta y dos años, pero antes «hizo fallecer» a un buen puñado de anglicanos.

Hasta la muerte de su padre, María había pasado de todo. De todo lo que le pude acontecer a una hija a la que se le ha sustituido el título de Princesa de Asturias por el de real bastarda. Reinó durante un quinquenio. La sucedió, su medio herma-

na Isabel, diecisiete años más joven y huérfana de madre por real decapitación.

Si recordamos todo lo que el Tudor hizo pasar a su madre Catalina de Aragón y a ella misma, entenderemos con que «yogurt» se ajustó María la corona de Inglaterra.

La nueva reina María I de Inglaterra, se dedicó durante el lustro que duró su reinado a lustrar la Iglesia que su padre había deslustrado. Arremetió con cetro duro contra todo lo establecido y sin dudar en cortar cabezas puso las cosas de nuevo en su sitio. En su sitio según Roma. No olvidemos cómo se ganó su apodo.

Al casarse con su primo Felipe, futuro rey de España, se empeñó en reconciliar a la iglesia del papa con la del papá. Ya casada con Felipe (1554) en 1557 declaró la guerra a Francia y no le salió nada bien. Los franceses recuperaron la plaza de Calais en poder de Inglaterra y los ingleses se lo tomaron muy a mal a María y se cabrearon con ella. María para demostrar que los reyes, y las reinas, siempre tienen razón, endureció la represión contra los «protestones» y contra los protestantes hasta que se ganó el conocido apodo de *Bloody Mary*.

En 1558 María entregó a su hermanastra Isabel los trastos de matar, poniendo como condición que continuase dando duro a los protestantes. Isabel además de gracias dijo: «Vale tía así se hará» y con quince años se sentó en el trono dispuesta a dar estopa. ¡Pero a los católicos!

Siguiendo con el retrovisor y entrando ya en el reinado Isabel I, recordemos que Catalina Parr fue la esposa que sobrevivió al rey Enrique VIII de la media docena que esposó.

La muy tonta en cuanto se vio viuda se casó con un muy listo Thomas Seymour que aprovechaba la convivencia familiar para meter mano a la joven Isabel. Y en cuanto la Parr murió, con treinta y seis años, trató de contraer matrimonio con Isabel de quince. Puede que gozase algún restregón con la real moza —hipótesis dudosa dado lo poco aficionada que resultó ser la solterona reina a los esponsales— pero lo de la boda fue rechazado de plano. El ligón fue ejecutado poco después acusado de conspirar. A grandes males, grandes remedios.

#### Isabel primera y Felipe segundo

Lo frecuente es que a las princesitas se las prometa en matrimonio antes de quitarles los pañales y que éste se consuma antes de comprarles el primer sujetador. Nada que hacer con Isabel dispuesta a morir sin descorchar. Algunos «historiorebuscadores», para no acusar a su graciosa (poco) majestad de cosas más escandalizadoras para los puritanos, apuntan su resistencia vaginal a una posible *malformación congénita*. ¡Coño, si no le gustaban los tíos, no le gustaban y basta! ¡Dejar a la reina en paz! No es tampoco presumible que los candidatos que pretendían enchufarle fuesen galanes enamorados. Es más probable que se tratase de varones o barones dispuestos a dejarla en estado para bien del Estado.

El miedo que tenía el ya rey Felipe II de perder cancha en Inglaterra, se disipó con la ayuda del hábil confesor del monarca, Francisco Fresneda, que se desplazó a Londres cuando María I estaba a punto de decir adiós y a cambio de prometer a la reina el Paraíso, obtuvo que ella designase como sucesora a su hermanastra Isabel.

María expiró y Felipe respiró.

Había una candidata al trono con un currículo que asustaba. Hija de Jacobo V, rey de Escocia, casada con el delfín francés Francisco hijo de Enrique II que por muerte de padre y suegro se había encasquetado las coronas de Escocia y Francia.

Si añadimos que a la candidata, **María Estuardo**, por ser nieta de un hermano de Enrique VIII, le correspondía la sucesión al trono de Inglaterra, en caso de que María I, esposa de Felipe II,

desapareciese sin dejar rastro ni asignar sucesora a Isabel se ha de entender que nuestro rey estaba obligado a mover títeres.

Si la tarea, con éxito, del confesor de Felipe fue prometer a María el paraíso celestial a cambio de que designase a Isabel como sucesora, la del conde de Feria fue la de prometer a Isabel el paraíso terrenal a cambio de que no tomase por marido a ningún enemigo de España. Si era obediente, la dejarían reinar por lo católico, como había sido educada en el entorno de María, sin darle quebraderos de corona. ¡Menos mal que Isabel de marido tenía pocas ganas! Con su carácter, una vez puesto el culo en el trono habría mandado a los felipistas a tomar por el asiento si le hubiese apetecido casarse.



# Comienza el largo reinado

Un día de septiembre, el 17, de 1558, redoblaron las campanas de las iglesias anglicanas de Londres a todo badajo. Las de las iglesias católicas también sonaron, pero en sordina. Isabel, a sus veinticinco años, había sido proclamada reina de Inglaterra. Tomó asiento en el trono dispuesta a mantener a raya a los católicos y a que nadie la enchufase un consorte de Estado. Y de ser posible, a alcanzar un récord *Guinness* en su reinado, cuarenta y cuatro años, los mismos que alcanzó Felipe IV de España posteriormente.

Durante el reinado de María I se había intentado por todos los «miedos» emparejar a su hermanastra Isabel con algún varón a tiro, incluido Felipe II, pues el canguelo de que algún enemigo de España se llevase la gata al lecho aconsejaba no distraerse y colocarla adecuadamente. Nuestro Felipe no cesaba en atenciones con ella y cuando concluía sus estancias en Londres para regresar a sus dominios dejaba bien encargado que se la cuidase con toda atención. La había sacado de la Torre de Londres donde acusada de conspiración permaneció encerrada dos meses y mantenía en la recámara la posibilidad de casarse con ella si María no le daba sucesor o moría pronto.

Durante la espera, había que quitar del medio a los candidatos de otra cuerda y arrimar los propios. La alianza Hispano-Inglesa lograda por los Reyes Católicos corría peligro si se metía por medio algún intruso fuera de control.

Felipe tenía su candidato amigo. El mozo que Felipe pretendía arrimarle era Manuel Filiberto de Saboya —siempre sin perder la esperanza de ser él el que finalmente lograse el arrimo—. María Tudor, la reina, también tenía su recomendado y esponsorizó la maniobra de enviar a Isabel a España para que se perfeccionase en la religión católica y de paso que se casase con don Carlos, el primogénito de su marido habido con María Manuela de Portugal. ¡De la que se salvó Isabel! Don Carlos murió joven, con la cabeza astillada y recluido en el Alcázar de Madrid (según las húmedas viperinas por orden de su padre).

Isabel, como había hecho con otros candidatos, dijo nones al candidato de su hermanastra reina. La reina se tomó muy a mal que Isabel se confesase solterona de vocación y tanto es así que quiso declarar a su hermanastra hija ilegitima de Enrique VIII y su concubina Bolena y por tanto indigna del trono.

Felipe que ya ceñía corona con dos palitos romanos, se interpuso a la pretensión. Probablemente pensando que podría llegar a casarse con Isabel. A Felipe esto de casarse le gustaba un montón. No llegó a la media docena de veces como el que pretendía que fuese su difunto suegro pero se casó cuatro veces.

Había también un pretendiente inglés: Eduardo de Courtnay pero María anduvo lista y lo despachó a Italia para que no estorbase. Murió en Padua en 1556.

No se entiende tanta insistencia cuando Isabel no hacía más que repetir ante cada ocasión el cuplé: *Soltera y sola en la vida...* 

La nueva reina, sin dar tiempo a que se apagase el eco de los badajazos de las campanas anunciadoras de que ella era ahora la jefa del poder absoluto, se sentó en su butacón de solterona perpetua, dispuesta a arrebatar el *Guinness* de Felipe IV de España: cuarenta y cuatro años y lograr en una larga época que hasta los muebles llevarían su nombre.

Establecer una Iglesia a su servicio —la que había impuesto su padre para poder casarse con su madre—, fue su primera baza. Se despojó del velo romano bajo el que había permanecido de tapadillo durante el reinado de su hermanastra y empezó a dar estopa a los romanos. O sea a los *romanos*. Los protestantes que habían sufrido el cambio impuesto por María y habían recibido lo suyo, se apiñaron al lado de la nueva reina felices y contentos de volver a las andadas.

Isabel exigió a sus súbditos —nada menos que bajo pena de muerte— el *Juramento de supremacía* que sustituía la autoridad del papa por la del monarca inglés. Se montó treinta y nueve artículos y *La ley de Uniformidad* y dijo: ¡Chicos, a jurar! Algunos juraron *jurando*, pero juraron. ¡Cualquiera no!

Los clérigos católicos estaban que no se atrevían a salir de la sacristía y a sus fieles les temblaba el rosario al saber con qué mala leche andaba la nueva reina.

Los católicos fueron considerados culpables de delito de alta traición por la adhesión a un soberano extranjero, el papa, y hubo maratones acuáticos para atravesar el Canal de «la marcha».

## Los del norte no tragan

Los señores católicos del norte, después de una década de presión luterana, decidieron dar la cara. Isabel decidió rompérsela a todos y en 1569 las matanzas indiscriminadas y el pillaje fueron inusitados. «Con furia y con cólera» escriben los historiadores. En 1570, Pío V excomulgó a la hija del excomulgado y se incrementaron las ejecuciones y confiscaciones de bienes.

Volvieron a incrementarse cuando la reina se percató de que los católicos recibían apoyo exterior. Se le encresparon a la reina los cabellos de su peluca y decidió apalear con duro cetro. Con todos los «juradores» tras ella se logró implantar el *nacional-anglicalismo*, con escasos argumentos teológicos y abundantes razones políticas. La Iglesia Anglicana estaba solidificada.

La alianza de España e Inglaterra, lograda en Medina del Campo hacía casi ochenta años (1489) pasó los últimos a trancas y barrancas, y en 1568 se embarrancó. No podía ser que un Felipe II católico hasta los huesos acudiese a misa del brazo de una candidata a la excomunión. (Excomunión que se produjo dos años después).

Además, a Felipe también le había dado calabazas Isabel y esto le sienta muy mal a cualquier rey. Así las cosas, mejor que cada uno rezase por su lado. El distanciamiento era inevitable. Las circunstancias habían cambiado.

El duque de Alba estaba con sus tropas a treinta millas de Kent (que debe de ser un trecho realmente corto) algo que tenía a Isabel mosqueada y temerosa de una invasión en represalia por sus *anglicanos pecadillos* contra España. Pecadillos meridianos como correspondía a la Tudor nacida en Greenwich: *extraoficial* ayuda inglesa a los independientes flamencos (de Flandes no de *tablao*) y su mirada al tendido cuando el Drake

—héroe nacional para ellos y vulgar pirata para nosotros— nos jorobaba con su pirateo el tráfico ultramarino.

La distancia entre Madrid y Londres se hacía cada vez más larga. En 1570, Isabel, pese a no ser precisamente una ninfómana decidió sacrificarse por su país y se acercó con propósitos de alianza matrimonial política y territorial al duque de Anjou —luego Enrique III de Francia— para jorobar a España. Posteriormente lo intentó con su hermano el duque de Aleçon. Por suerte para ella, el proyecto no cuajó, se hubiera visto en la obligación de perder su soltería y quizás no pasarlo muy bien con sus obligaciones de esposa ¡no estaba ella para ese tipo de guarrerías de Estado!

El proyecto no se fue al carajo debido a que ella lo consultara una noche con su almohada de miraguano. Cierto que fue una noche: la noche de San Bartolomé en 1572. La celebre matanza de los hugonotes (los seguidores de Calvino en Francia para ser más claros) exacerbó la tirria de los ingleses contra los de la Iglesia de Roma y no era cuestión de ponerse al lado de los franceses en tal momento.

Los éxitos de los *romanos* de Felipe II, seguían dando dolores de cochina envidia a la real solterona. España se había anexionado Portugal, Alejandro Farnesio triunfaba en Francia y Flandes, las victorias de Lepanto y Las Azores cayeron del lado de los católicos de Felipe. «Esto es irritante, intolerable y bastante jodido. Tenéis que contrarrestar el poderío del que fue mi amigo y pretendió ser mi marido» exigió la reina a sus validos. William Cecil (secretario de Estado desde el primer día que Isabel subió al trono) y Francis Walsinghan escucharon a cerviz doblada y se pusieron a la faena de hacernos faenas.

La piratería contra cualquier cascarón flotante con bandera española vivió sus mejores tiempos hasta que en 1585 se le hincharon a Felipe las narices bajas y se acabó la temporada alta.

Procedió al embargo de bienes y barcos ingleses en los puertos de su reino para berrinche de Isabel y sus Drakes.

La Tudor no se rajó. ¡Te vas a enterar Borbón! (no se sabe si dijo borbón u otra cosa terminada en -brón). «Toma unos cuantos muchachos y vete a los Países Bajos a ayudar a los rebeldes para que Felipe se joda» —le dijo a su valido conde de Leicester, el Robín favorito de la reina—. El obediente conde tomó nueve mil cabezas de soldado, y se supone que unas cuantas de equino, y salió a toda leche para cargarse a los católicos en una «guerra relámpago». ¡Duró solamente veinte años!

Felipe que ya tenía claro que con Isabel no iría juntos ni a cobrar una herencia, se montó su plan: facilitar el paso de los tercios de Farnesio a Inglaterra, ocupar la región de Kent y Londres, encandilar a los católicos, provocar un levantamiento y quitarle la sillita de la reina a la reina. Con Isabel destronada se cerraría el grifo de los soldados a Flandes que tanto le estaban haciendo la puñeta. Las expediciones del gran pirata, Drake, al Caribe y a Cádiz y la ejecución de María Estuardo—volveremos a ello— unido a lo anteriormente dicho, fueron los «salpicones» que rebosaron el charco. Felipe II tomó la decisión de crear una flota invencible que no resultó tal. Júpiter se puso al lado de la Tudor y descargó su batería de rayos y truenos contra la flota con la eficacia que corresponde a un dios mitológico. La Invencible recogió las velas rotas y regresó a puerto hecha cisco.

#### La otra María

La quinta María de nuestros *Salpicones Históricos* —la que nos faltaba en nuestro *repoker* de reinas— reinó como María I de Escocia, María Estuardo, durante veinticinco años, entre dos Jacobos: Jacobo V, su padre, y Jacobo VI, su hijo.

A su padre, se lo llevó la parca a los treinta años. Unos dicen que murió de cólera y otros, más morbosos, dicen que murió «colérico» por haber perdido la batalla de Solway Moss.

Fuere como fuere, a María —que fue destinada a reina al sexto día de su nacimiento—, la subieron en brazos al trono para ser coronada. No podía ser de otra forma, la reina contaba nueve meses. Seguramente los mirones, que nunca faltan, pensaron que se trataba de un bautizo.

A los monarcas «bebé», o a los que nacen reyes como Alfonso XIII de España, hay que ponerles siempre a su lado un tutor, más o menos «trepa» para que se ocupe de la regencia mientras éstos crecen. Generalmente, cuando ya son capaces de balbucear órdenes, se cargan a sus «formateadores» cambiándolos por otros o dando a los primeros un tajo en el pescuezo.

Durante los primeros doce años de reinado de María Estuardo, se ocupó de la regencia el que estaba segundo en la línea de sucesión James Hamilton, segundo conde de Arran. Después, la madre de María, María de Guisa se hizo con el poder y desplazó a Hamilton para regentar ella hasta que la muerte se la llevó en 1560.

Durante la regencia de su madre, María escapó de ser casada con un hijo de Enrique VIII y Jane Seymour. Cuando María tenía seis meses, se la habían prometido al «niño» de la Seymour, acordándose la boda para nueve años después. Se pretendía con este enlace que los herederos de «la parejita» ocupasen los tronos de Escocia e Inglaterra (Tratado de Greenwich). La regente María de Guisa, se pasó el tratado por debajo del refajo y dijo nones. El padre del «noviete», Enrique VIII, se pilló tal rebote con la que deseaba fuese su consuegra, que pretendió que el enlace se celebrase a la fuerza. Tan encorajinado estaba que las dos Marías, madre e hija, hubieron de esconderse en un castillo temerosas de que el rey las echase la mano, o el hacha, encima.

Eduardo VI, se quedó sin novia. Tampoco se buscó una nueva. Murió a los quince años.

El empecinamiento de Enrique VIII en casar a su hijito con la reina de Escocia para unir los reinos y, sobre todo para tener a María bajo su dominio, no se limitó a un berrinche monárquico. Lo que en realidad más deseaba es que Escocia rompiese sus relaciones con Francia. Enrique se gastó un millón de libras y un buen puñado de soldados intentando mediante incursiones conquistar Edimburgo, y secuestrar a la niña-reina. No le salió bien. La reinecita permaneció bien escondida hasta que llegaron los franceses en ayuda de los escoceses.

¡Qué bien!, ¿no?, que cuando estés en un apuro venga un vecino a echarte una mano y un ejército. Altruismo digno de elogio el del rey francés. A no ser que sus intenciones fuesen otras. Como así fue.

El rey francés Enrique II, pensó que mejor que unir Escocia con Inglaterra, sería unir Escocia con Francia y como él también tenía un delfín «bebé» en edad casadera, lo más practico sería comprometerlos en matrimonio.

En agosto de 1548, una flotilla francesa se acercó a recoger a la pequeña reina —de cinco años— y se la llevó a Francia, donde viviría bajo el patrocinio del rey los siguientes diez años.

En el verano de 1558, María con dieciséis y su «pequeño delfín» Francisquillo, con catorce, atravesaron sueltos el umbral de Notre Dame y salieron enlazados.

No tuvo suerte María Estuardo en sus noviazgos, al igual que el hijo de Enrique VIII, el delfín de Enrique II, no gozaban de buena salud. El primero murió a los quince años y el segundo a los dieciséis. Ni dos años le duró a María como marido el que de rebote había llegado a rey consorte de Escocia por vía sacramental.

En compensación de ojo por ojo diente por diente, la muerte del joven rey convirtió a María en reina de Francia, también por vía sacramental, extremaunción en este caso.

A la muerte de su madre en 1560 —a la que no volvería a ver desde que la enviaron a Francia— y la de su marido en el mismo año, Francia estrenó nuevo rey con el nombre de Carlos IX, hermano del fallecido e hijo segundo de Catalina de Médicis. Otro en edad de hacer el bachiller: diez añitos. La regencia por minoría de edad, quedó en manos de su madre.

Los franceses, viendo que el apaño de unir Francia y Escocia no es viable, retiran su apoyo a los católicos escoceses, se vuelven a su terruño y reconocen el derecho de Isabel I a reinar en Inglaterra.

Unos meses después del tratado, María regresó a Escocia, pero no llegó como lo había hecho María *la Sanguinaria*. María llegó viuda, culta, y guapísima pero sin energía de mandona. La religión había dividido al pueblo y hasta se encontró que su ilegítimo hermano Jacobo Estuardo I era el líder de los protestantes. Al que tomó como consejero para berrinche de los católicos. Llegó incluso a firmar, a petición de su hermanastro consejero, la pena de muerte del líder de los católicos escoceses, lord Huntly.



# Marejadillas

En la lucha por hacerse con el dominio del mar, ingleses y españoles se arrearon con furia. Especialmente en los años 1596 y 1597 entre unos y otros no dejaron ola con cresta. Los *privateers* —corsarios a secas— de un lado y los de Felipe II del otro, estaban convencidos de que en el mar no había agua suficiente para los dos bandos y en lugar de *dialogar* y repartirla, los dos querían el charco entero.

Los corsarios depredando las costas americanas y Cádiz lograron buenas victorias. Luego llegó «Paco con las rebajas»

(Felipe) y recibieron de lo lindo. George Clifford no logró nada en Puerto Rico; Richard Grenwille fue derrotado y muerto en Las Azores; Cavendish palmó tras su derrota en Santa Elena; Richard Hawkins vencido y prisionero en las costas peruanas; Francisc Drake —un pirata cinco estrellas— y John Hawkins en su expedición al Caribe fueron expedidos al otro barrio...

Felipe, durante este período, envió contra Inglaterra dos armadas pero al parecer lo hacía sin solicitar la intervención de Júpiter. Este dios cabreado con Felipe le enviaba sus *elementos* y no le dejaba pescar victorias en las revueltas aguas. Las espadas siguieron en alto. Las velas hinchadas y las narices del Borbón y la Tudor también.

Pese a la derrota de La Invencible, Isabel no fue capaz de erguirse en Neptuna y hacerse dueña de las olas. Los intentos por parte inglesa de machacar La Coruña y Lisboa, dieron como resultado grandes pérdidas para Drake y Norris que se habían pensado que las dos plazas eran pan comido. En Flandes, pese al apoyo inglés, la guerra seguía indecisa. En Francia el panorama se había aclarado más favorablemente para los intereses de Felipe; los tercios de Luis del Águila se habían asentado en Bretaña, los españoles habían entrado en París, se había conquistado Ruan, Calais y Amiens. La apretada fue tan fuerte que el rey de Francia, Enrique IV, calvinista convencido, no tuvo otro remedio para acceder al trono que desconvencerse y declararse católico profundo. «París bien vale una misa» dicen que dijo. No se puede uno fiar de que lo dijese pero como dicen los italianos: si non è vero é ben trovato (si no es cierto, suena bien). Después de lo de la misa, «cantada» por Enrique, se firmó la paz de Vervins. Inglaterra quedó sola ante España. Pero, ¡qué España! Una España de refrán: «El que mucho abarca, poco aprieta» agobiada y arruinada, con una maravilla de monasterio allí donde antes se tiraban las escorias pero sin un duro. Llegaba el momento de saltar de siglo (1598) y no teníamos ni

para comprarnos la pértiga. Los esfuerzos bélicos en Francia y Flandes y la mar de dinero que se fue a la mar, *Invencible* incluida, nos había dejado tiesos. Por perder perdimos aquel año hasta el rey, Felipe II.

#### Irlanda

En el siglo XII el Vaticano sentó en la silla de Pedro a un inglés, Adriano IV —el único papa inglés de la historia—. Adriano tuvo la ocurrencia de regalarle la isla a Enrique II de Plantagenet como derecho de conquista. Unos siglos más tarde, ocupaba el trono otro Enrique. Enrique II de Francia, de la Casa Valois. Lo había heredado de su padre Francisco I en 1547.

Algo rarillo este rey de Francia hijo de Francisco I. A la vez que se peleaba contra los Habsburgo y hacía alianzas con los turcos y con los príncipes rebeldes del imperio, en el interior de su reino combatía a los protestantes franceses (los hugonotes). Hasta que se armó la de San Quintín (1557) y los españoles lo derrotaron.

Dejemos a Enrique y a Adriano diciendo que el primero se casó con Catalina de Médicis, que esta le dio diez hijos y que tres de ellos fueron reyes. Enrique murió con cuarenta años a causa de las heridas recibidas en un torneo.

Mi opinión personal es que a los reyes se les debería de aconsejar que jugasen con el *Nintendo* no con armas que les pueden hacer pupa y perjudicar a los reinos.

Y no solamente prohibirles que jueguen con cacharros que pinchan. No hay que dejarles ni que se acerquen a los cacharros que disparan balas.

Están siempre los «altezas» y los «excelencias», tan metidos en su corona o esperando que les llegue que se descuidan; lo mismo se cargan en sus juegos a un hermano que se pegan un tiro en un pie.

Como deporte, deberían de practicar solo el parchís, la taba o las canicas. Y a los caballos ¡ni acercarse! Sean de los que están garaje o en cuadra. A los de garaje, muchos de ellos no saben dominarlos y se dan unos guarrazos tremendos y de los de cuadra, se caen como tontos.

Tres «tontones» de muestra:

- 1.º El conde de Tendilla, cuando estaba a punto de casarse con su prima Ana, la hija menor de la princesa de Éboli, se cayó del caballo y se mató. Consecuencia: Ana se metió a monja.
- 2.º Al príncipe Alfonso, hijo de Juan II de Portugal. Le gustaban los caballos de carreras. En su última carrera, el caballo le impidió llegar a la meta como rey de Portugal mediante frenazo en seco y mortal revolcón. Consecuencia, muy grave. De chavalillo, lo habían casado con Isabel, la hija mayor de los Reyes Católicos. El proyecto de encastrar en su corona las perlas de Castilla, Aragón y Portugal, se fue al carajo.
- 3.º Guillermo I de Inglaterra se aventuró a ir a Ruán (Francia) a pelear en primera línea, tenía cincuenta y nueve años; el caballo, seguramente también unos cuantos. Al jaco le debieron de fallar las patas, y los dos al suelo. Consecuencias: dejó once huérfanos y una viuda, Matilde de Flandes.

Podíamos añadir unos cuantos más, Hay muchos, pero mejor que enhebremos de nuevo el hilo de la Historia.

Hasta principios del siglo xvi. La isla *regalá* gozó de calma chicha. Fue entonces cuando los ingleses decidieron imponer en toda Irlanda las leyes y la religión de Inglaterra. Es probable que lo hiciesen para que no faltase «cisco» en la historia. Y no faltó; los irlandeses revelaron sus intenciones y se rebelaron.

Isabel I no estaba dispuesta a tolerar contradicciones y pasó el rastrillo por la isla. El robo, la tortura y la muerte fueron las normas comunes de esta guerra sucia. Isabel se pasó. Todo por

no tener a sus espaldas unos isleños que rezaban en forma diferente a la que a ella le gustaba.

El borrón que Isabel dejó en su reinado, lo denuncia un historiador inglés y un político tan inglés como el historiador «La administración de Irlanda durante el reinado de Isabel I no es un tema grato sobre el que escribir» dice el escritor. «...su perversa e inhumana actuación es una gran mancha en la Historia de Inglaterra» juzga Winston Churchill.

Los católicos Borbones, trataron de echar una mano a los irlandeses y en alguna ocasión los ingleses recibieron duro. España apoyaba con dinero, operaciones comando y suministrando trastos de matar al rebelde conde Tyrone. Quien con la ayuda referida se cargó en la trifulca de Yelow Ford, agosto de 1598, dos mil ingleses.

Tras la batalla del «Ford amarillo» y tres años más tarde, Felipe III se animó a seguir ayudando a que la isla se emancipase de Inglaterra y envió veinte navíos y cuatro infantes a Kinsale. La operación fue un total fracaso en el último intento de emancipación de Irlanda. Ocurrió hace cuatro siglos y ahí sigue el conflicto con los paramilitares conocidos como *The Troubles* del norte.



Pasó la primera época en la que Isabel I y Felipe II se querían a matar y la segunda en que se querían matar. Pasaron los reinados de Isabel y Felipe y los tronos de los dos países cambiaron de posaderas por desaparición de sus ocupantes. Felipe II murió cinco años antes que Isabel, muy católicamente y con las manos juntitas sobre el pecho, como su padre, el inquilino de Yuste, le había inculcado. La muerte de Isabel fue bastante diferente. Extenderse sin compasión (con *morbo*) con los que sufren, no es caritativo sean éstos Altezas Reales o mozos de cuerda. No obstante, no podemos prescindir de expresar en unas líneas cual fue el lúgubre final de *la Reina Virgen*. Como parte de éste *Salpicón Histórico*.

En sus últimos años, mentalmente perturbada, se obsesionaba en cubrirse de joyas y telas achaparradas con plata y oro y pelucas de los más increíbles colores. Pasaba de una actividad frenética a una postración entre almohadones sin que nadie pudiese hacer carrera de ella., En enero de 1603 cayó enferma sin posibilidad de recuperación y rehusó la asistencia médica durante los casi tres meses que duró su enfermedad. Poco antes de morir, designó como sucesor al hijo de María Estuardo (Jacobo VI de Escocia) que reinó como Jacobo I de Inglaterra.

El trono de España lo ocupó Felipe III, hijo del II como es de entender.

#### **Nuevos reyes**

A los dos nuevos monarcas les bastó dar un vistazo a las arcas reales para ver que no disponían de reales para darse de leches. Pensaron que los duelos con pan son menos y no habiendo ni para pan ni para duelos, lo mejor era no pelearse y firmaron la paz entre ambas monarquías. En 1604, Inglaterra muy protestante, España muy católica y punto.

Felipe III para que la paz con Francia quedase bien atada, con sábanas, casó a su hijo, futuro Felipe IV, con una infanta francesa y el rey Enrique IV de Francia (Enrique III de Navarra), calvinista primero y católico después se casó con una infanta española.

#### **Puntos finales**

Decir que la reina amante de las pelucas, poco amante del sexo contrario y apasionada más que a vestirse a «carrozar-

se» de forma extravagante, fue una reina buena o mala para su país, no es cuestión de estos «salpicones». Lo que parece que demostró, es que reinaba «con un par de ovarios». Ni siquiera necesitaba consultar a nadie. En más de cuarenta años de *troneo*, solamente reunió trece veces a sus consejeros, y probablemente para hacer después lo que le daba la gana.

Poner en un plato los «pluses» y en el otro los «minus» y dejar que la balanza nos dé su opinión, sería tanto como erguirnos en jueces de su conducta. Nada más lejos de nuestra pretensión. Anotaremos algunos datos y opiniones de los que saben o dicen saber y pongamos punto final.

- Dicen que hasta sus últimas horas conservó sobre su mesita de noche la fotografía de su amado enemigo Felipe II.
- Isabel, dentro de la Historia de Inglaterra, aparece con una aureola de prestigio como la verdadera fundadora de la futura grandeza del país.
- El papa Gregorio XIII, no se conforma con que Pío V la excomulgase en 1570. En 1580, escriben que dijo: «No sería pecado librar al mundo de una hereje tan miserable como Isabel I». ¡Leche con el papa!
- Cuentan, los que saben, que Isabel no pensó nunca que la sentencia de María Estuardo llegara a ejecutarse y que se llevó un gran disgusto cuando supo que la sentencia se había cumplido. ¡Buena chica la reina!
- Dicen que los dos meses que su hermanastra, la reina María, la mantuvo encerrada en la Torre de Londres, se debió a que estaba más claro que el agua que Isabel se quería cargar a María. Si no llega a intervenir su rey consorte, La Sanguinaria la hubiese dejado encerrada por conspiradora hasta sabe María cuándo.
- A la guerra de su entonces pequeño país, contra la gran potencia española, la empujaron los ministros más «pro-

- testones», más radicales y más amigos de Drake. Ella no quería peleas con Felipe —lo dicen algunos.
- Las setecientas ejecuciones durante la revuelta de los católicos del norte en 1569, nada dicen en su favor. En cuanto a los ciento cuarenta y seis sacerdotes ejecutados entre 1585-???????, cuando las cosas ya debían de estar claras, hasta el final de su reinado, habrá que pedir la opinión al clero.
- En el eslalon de opiniones no faltan referencias a sus éxitos; consolidación del espíritu nacional; consenso religioso a una determinada forma de protestantismo; éxito frente a la monarquía hispánica; vocación marítima e imperial; ascenso de Londres como gran capital...; Acierto sobre acierto!
- Otros se inclinan a contarnos que su política careció de diseño y que salió adelante siempre por su agudo instinto de hacer frente a los acontecimientos según estos se producían. Quiere decirse que menospreciando su inteligencia, que al parecer la tenía, y su indudable tenacidad, minimizan su actuación enmarcando todas sus decisiones en el modelo de *realpolitik*.

#### Punto curioso

Dos estados de la «Unión Gringa»: Virginia, capital Richmond y West Virginia, capital Charleston, están dedicados a la *Virgin Quenn* y antes de llamarse Virginia se llamó Virginland.





# Un libro de peso

## Tiempo atrás

nos ochocientos años antes de que naciera Carlos V, y unos mil doscientos —a ojo de buen «Casio»—, ya había cisco de turbante y chilaba en el globo. O sea, allá por el año 700 y sus cercanos. Antes de que a las maletas le saliesen sus primeras ruedas.

Por aquellas fechas, los árabes se habían propuesto conquistar España, ¡y vive Alá que lo consiguieron en un abrir y cerrar de quinquenio! (711-716).

¿Cómo lo lograron?

Los árabes, desde hacía ochenta años venían dando palos a unas cuantas puntas de la Rosa de los Vientos. Durante el reinado del califa Umar I (634-644).

Antes de ser un Estado árabe casi todas las tribus de la Península Arábiga habían hecho piña y le habían dado el piñazo al Imperio Bizantino; quitándole las provincias de Siria y Egipto. Al Imperio Persa se lo cargaron también y se quedaron con lo que hoy es Irak y Pakistán.

El Imperio Bizantino, que surgió en el año 395, era un rodal tremendo allí en Oriente. Se llamaba también Imperio romano de Oriente. Se cayó del mapamundi en el año 1453. Mejor dicho, lo tiraron los turcos otomanos. Como no les gustaba el nombre de Constantino XI, que mandaba entonces, ni el nombre de Constantinopla para la parcela, la rebautizaron como Estambul.

Constantino, abandonado por la cristiandad, resistió hasta la muerte pero al final murió en batalla y la ciudad cayó en poder del Islam.

Destacamos este hito por dos motivos: por ser el que marca el final de la Edad Media y por la curiosidad de que cuando Constantinopla sucumbió el que mandaba era un paleólogo\*. ¿Qué pintaría un paleólogo mandando en Constantinopla? Se aclara este punto en el glosario del final.

Se les daba tan bien a los árabes lo de dar y darse leña que no les importó seguir un siglo más hostigando y dando caña. No siempre andaban caneando a otros, de vez en cuando se paraban y se daban leña entre ellos para debatir (sin «de») sus diferencias. Que no eran pocas.

De las tres líneas de expansión de la conquista árabe: una hacia el norte, otra hacia el sudeste y una tercera por las costas del norte de África, nos cayó la tercera.

Vivíamos *tranquilamente* nuestra paz visigoda hasta que nos tocó tenerlos de huéspedes unos cuantos siglos.



#### Mahoma

Al fundador y profeta del Islam: Mahoma, le corresponden unas cuantas líneas de estos *Salpicones Históricos*.

Con una miaja de respeto a sus seguidores, no demasiado, ha de quedar algo aquí sobre aquel —no santo de mi devoción ni profeta de mis creencias— que interpretó un importante papel en la función de la España Islámica.

Ahmad, Muhammad, Mohamed o Mahomet: **Mahoma**, llegó a La Meca, por vía maternal, en el año 575 según dicen unos y en el 570 según otros. En lo que parece que coinciden es en

que murió en el año 632. Para unos con cincuenta y siete años y para otros con más.

Buen comienzo para entrar en una biografía confusa y de la que una gran parte es inventada por los historiadores y otra intuida. ¡Vamos bien!

De familia pobre, tribu de los Quraish, a los seis años quedó huérfano y fue recogido por su tío Abú Talib. Con el *tito* Abú pasó unos cuantos años entre camelleros comerciantes de un lado para otro, pisando arenas y comiendo lagartos.

A los veinticinco se casó con Jadicha. Que, «jadicho» sea de paso, era una rica viuda de la que Mahoma era criado. El braguetazo, esta vez de braga y no de bragueta como es lo habitual, lo situó en La Meca en una buena posición. Para corresponder, Mahoma le hizo una hija a su ricachona Jadicha. (*Kadidja*). Fátima se llamó la criatura.

Mahoma conoció en La Meca y probablemente en sus viajes comerciales, las pequeñas comunidades judías y cristianas y pese a que muchos historiadores aseguran que era analfabeto, se atrevió a crear una religión que serviría de base para toda una cultura de difusión universal.

A los cuarenta años, empezó a retirarse a una cueva del monte Hira donde creyó recibir la revelación de Dios —*Alá*— que le comunicaba a través del arcángel Gabriel el secreto de la verdadera fe.

Comenzó a predicar entre las clases más pobres de la sociedad —o sea, las menos cultas— presentándose como continuador de Abraham, Moisés y Jesucristo, al tiempo que entre las clases elevadas —o sea, las más ricas— se creaba enemigos poderosos.

En La Meca había un montón de ricachones y el comercio funcionaba. Lo que no estaba ordenado era el asunto religioso. Al igual que entraba el comercio, entraban las religiones extranjeras y el politeísmo\* era notable y chocaba con el viejo paganismo árabe.

En la lectura de estos *Salpicones Históricos*, nos tropezaremos con algunas gotas turbias. Para aclararlas puede ser útil dar un vistazo al «rosario» de ellas que se anexa después de la página final de este *Salpicón*. Son las palabras que, ascendidas a categoría de alférez, aparecen con estrellita (\*).

Mahoma concibió una religión de un solo Dios, con influencias cristianas y judías, y empezó a hacer propaganda a lo suyo y oposición a lo establecido —algo que no suele gustar a los que lo establecieron— y estos, temerosos de que su influencia pudiese desbaratar los lazos de obediencia tradicionales, decidieron echarle la zancadilla. La tribu Coraichita dominante en La Meca se mosqueó, lo acusaron de impostor y comenzaron las persecuciones.

Muerta su esposa Jadicha y su tío Abú, Mahoma, perseguido, se vio obligado a dejar La Meca e iniciar un maratón hasta Medina acompañado de los más pegaditos a su doctrina. Otros muchos se habían refugiado en Abisinia, bajo la protección del *negus\** cristiano, temerosos de ser aplastados bajo sandalia coraichita.

La fecha: 16 de julio del año 622, se considera como fecha fundacional de la era islámica y el momento de la huida se conoce como *la Hégira*\*.

En Medina, Mahoma trató de acercarse a la comunidad judía a la que no convenció. Rechazaron su doctrina por considerar que era una interpretación errónea de las Escrituras. Ante tal chasco, entendió que su predicación no le llevaba por los caminos de Abraham sino que constituían una nueva fe.

Sin pensárselo dos veces, dio un manotazo a su veleta y cambió la orientación de su doctrina; de Jerusalén a La Meca.

En Medina, se constituyó en cabeza de una comunidad político-teocrática como profeta y gobernante. Ya no se limitó a predicar una fe y se dedicó a sistematizar la conducta personal de los musulmanes y la actitud pública de la comunidad religiosa. A los de La Meca, se la tenía guardada desde que lo

echaron. Se la debían y no pararía hasta demostrar que él era todo un profeta de los duros.

Los enfrentamientos entre Medina y La Meca, culminaron con la conquista de ésta última por los mahometanos en el año 630.

No se había parado en barras Mahoma para la conquista. Además de sus prédicas, con astucia militar, negociación política y enlaces matrimoniales consiguió su objetivo. No dejemos pasar que Mahoma se casó con doce mujeres. En una de las bodas, y de una sola tacada, se casó con nueve. Lo del celibato le debía de parecer una absurda pérdida de «energía».

La piedra negra venerada en La Meca, el santuario de La Kaaba fue inmediatamente consagrada a Alá. Poco antes de morir, Mahoma realizó una peregrinación de Medina a La Meca y desde entonces todo musulmán debe de realizar este rito de peregrinación una vez en su vida.

Mahoma, fue el creador personal de la teología islámica que quedó reflejada en el *Corán*. Único libro sagrado de los musulmanes; una colección de sentencias que se suponen inspiradas por Alá y que fueron recogidas en vida del profeta en el año 650. En los últimos años de su vida, el Islam se extendió al resto de Arabia unificando a las diversas tribus paganas. Conjunto de tribus politeístas.

Al morir Mahoma sin sucesor varón, pese a haber compartido jergón con doce hembras, se montó el circo para la sucesión. Ya sabemos que las mujeres de entonces, y más o menos igual siguen por allí, no tenían entidad en vertical y en cuanto dejaban de estar tumbadas en el catre, se quedaban en *na*. Al final, la sucesión recayó en un yerno del profeta, Abu Bark que se convirtió así en el primer *califa* o sucesor.



# Salirse de palio

Veinte siglos de cristiandad, han dado espacio suficiente para que de cuando en cuando se salga de palio algún rebotado. Puede ser un obispo en el Palmar de Troya o algún líder de secta que cautive a sus adeptos mediante el gancho del amor libre en comuna a cambio de la cuenta corriente del sectario y la de su familia si es posible. No faltan. Pero lo de Mahoma no tiene parangón.

Como caso singular, si damos un par de zancadas adelante y nos adentramos en la historia más reciente, nos encontraremos con el rebote del octavo de los Enriques de Inglaterra. Enrique se salió de palio al negarle el Padre Santo de Roma el permiso para matrimoniar a su amante Ana Bolena cara al público, de escondidillas ya lo había hecho. Ana Bolena era criada, o dama de honor para que quede más fino, de su majestad la reina Catalina de Aragón, primera esposa de Enrique y viuda de su hermano.

Estaba Clemente VIII como para conceder la anulación del matrimonio. Catalina de Aragón era su sobrina y él se encontraba encarcelado por Carlos V cuando le llegó la petición.

No hubo acuerdo entre el VIII papal y el VIII real y el berrinche de Enrique fue algo tan gordo como él. «¡Me montaré mi propia Iglesia y me casaré con la que me dé la real gana y lo haré tantas veces como me apetezca!», fue la *reboterespuesta* del monarca. ¡Qué se entere usted don papa!

Montó la iglesia anglicana con contento de Lutero, Calvino y otros y se dedicó de pleno a sus casorios sin tener que pedir permiso a nadie.

Para casarse con su tercera mujer Juana Seymour, hubo de ejecutar a Ana Bolena acusándola de cameo externo. Un año después se le murió la Juana, eso sí, después de parirle un rey, Eduardo VI, y como lo de la viudez no le gustaba se casó de

nuevo; con Ana de Clèves, a la que repudió a los doce meses para casarse con Catherina Howard. A la que mandó ejecutar para casarse con la última de su media docena, Catherine Parr. Fue la última y sobrevivió al monarca. Al rey pese a tener apellido de batería (Tudor) se le agotó la carga.

Hemos de seguir donde estábamos, con Mahoma.

En los tiempos de Mahoma, en sus últimos años el *modus muriendi* de los árabes nómadas eran las razzias. Las tribus nómadas se pateaban el desierto con sus recuas de ganado de un lado a otro; ahora tira con los rebaños para la zona donde ha llovido, ahora tira para donde hay pozos permanentes... La falta de *Hipers o McDonalds* en el desierto, y la escasez de alimentos de producción propia, fueron la causa de que las tribus recurriesen a las razzias. Los encontronazos entre tribus, eran el pan nuestro que faltaba cada día y a razzia limpia conseguían eliminar bocas.

Mahoma, profeta-político *fifty fifty*, entendió que la unión de los árabes, solo se podría lograr si se conseguía una gran expansión territorial invadiendo zonas con menos arena y más lechugas. El desierto además de fastidiar los ojos y quemar los pies, producía *monzones* de hambre que solo en parte se solucionaban con las razzias.

Por aquellos calendarios —propios por cierto, puesto que lo anterior a la *Hégira* para él no contaba—, Mahoma solo tenía poder en Medina y sobre alguna que otra tribu que se le arrimaba. No muchas. Como político, entendía que sobraba gente y arena y como profeta no podía apoyar la reducción de hambrientos consintiendo las razzias. Pero si suprimía estas razzias de tribu contra tribu o familia contra familia, se agravaría el problema de encontrar alimentos para todos. ¡Menuda papeleta! La solución del canibalismo no servía, los musulmanes tenían prohibido comer ciertas carnes... y menos las de aque-

llos que por la escasez de agua en el desierto estaban hechos unos cerdos.

Seguramente, la solución la encontró una tarde en el cine. La película: *Licencia para matar* —siempre en cartelera, entonces, antes y ahora— le alumbró la solución. El título ha cambiado varias veces a través de los siglos; unas veces como *yihäd* o guerra santa, otras como Cruzada y otras como Santa Inquisición, pero el argumento no cambia mucho: eliminar extras o figurantes hasta el *The End*. A veces caen actores secundarios e incluso algún protagonista empeñado en aparecer en la escena del héroe.

Y Mahoma habló al pueblo:

—Todo el que quiera ser aliado mío, ha de convertirse al islamismo y reconocerme como profeta. —Así de clara y rotunda fue su proclama.

Las tribus, sabedoras de que estaba dispuesto a dar leña con su guerra santa a todo el que no se convirtiera, no dudaron en acudir a Medina a uña de camello.

Mahoma murió, pero su proclama quedó hecha y sus sucesores no tardaron en organizar grandes expediciones de saqueo contra zonas ricas para *islamizarlas*. Les tocó la china a Siria e Irak.

Una gran invasión, a tres bandas, exigía un mogollón de colaboradores. Había que reclutar a todo bicho capaz de guerrear al lado de los árabes y como era imprescindible que para matar con causa justificada al enemigo tenían que creer firmemente en que estaban haciendo algo noble, (o rentable) era necesario acurrucarlos a todos bajo un manto común. Solución: el Islam. En Arabia, como casi todas las tribus nómadas eran idólatras, se decidió lo más practico: Para islamizar había diversos métodos, que se aplicaban según cada caso. Cuando los adversarios eran politeístas o idólatras, se les daba a elegir entre la espada o el Islam. ¿Qué prefieres: espada o Islam? Al entender que espada

significaba clavada en el buche, preferían Islam. Así reclutaban a los politeístas o idólatras.

Con los judíos y los cristianos eran menos agresivos. Les permitían mantener sus creencias y los convertían en «grupo protegido». Que no era otra cosa que: «Pagar impuestos, seguir currando y rezar a quien os plazca».

En las expediciones de saqueo, los botines de bienes muebles se los repartían entre ellos, pero cuando los musulmanes árabes empezaron a conquistar tierras de las de arar, prefirieron no convertirse en curritos de azadón y se siguieron creando grupos protegidos cuyos miembros llamados *dimmies* tenían que cargar con el azadón y los impuestos, impuestos. Las guarniciones que dejaban en las ciudades conquistadas, se ocupaban de *protegerlos*. En el diccionario árabe no se conocía la palabra «mafia».



# España por aquel entonces

¿Cómo estaba aquí la cosa por aquellos años setecientos? Nada clara, como veremos, y llena de visigodos. Por los años cuatrocientos y un poco más, los visigodos entraron a España y ocuparon la provincia romana Tarraconense, pero en lugar de hacerse buenos cristianos, para evitar follones, se adhirieron al arrianismo\*, forma herética\* del cristianismo, y dado que, la mayoría de los de aquí eran cristianos de los fetén, no se entendían muy bien con los visitantes visigodos.

Sin entenderse se tiraron casi doscientos años. No hubo *entente cordiale,* hasta que en el año 589 un rey visigodo más listillo, convenció a los visigodos más preeminentes que para

lograr un reino unificado tenían todos los fieles que rezar en el mismo altar.

Logró el visigodo listo que todos abjuraran del arrianismo convertidos al cristianismo. Así consiguió la unificación de un reino que abarcaba toda la Península Ibérica y hasta un pellizco de Francia (Septimania).

A principios del siglo, el grupo de mando lo formaban las clases elevadas en las que se incluían los obispos y arzobispos a los que también les gustaba el cotarro. Eso sí, manteniéndose sometidos a la voluntad del rey y sus consejeros. Las facciones de las clases elevadas siempre dispuestas a mandar mucho y obedecer lo menos posible, andaban a la greña entre ellos, pero como cristianos que eran se odiaban por lo venial y se aguantaban lo venal.

Las monarquías visigodas no eran muy sólidas. Al no haberse descubierto aún que existía la sangre azul, y no saber que reinar por mandato divino era lo menos discutible, al rey lo elegían las clases elevadas entre sus propios miembros. Sistema que garantizaba pataletas, berrinches, celos, envidias, rencores y mala leche a *gogó*, entre los nobles. Cosa natural.

Al no tener reglas fijas para la sucesión, cada cual arrimaba el ascua a su sardina candidata lo que aseguraba que los testarazos a la cresta y las intrigas no faltasen en el reino. Algunos de los papás reyes, trataron de «enchufar» la corona a su hijito primogénito o preferido, pero la oposición, o sea, todos los demás, solían decir nones.

Los relojes de arena, del desierto como es natural, seguían soltando su fino hilillo. La luna cambiando sus fases y las estaciones del año seguían siendo cuatro en casi toda la corteza de la tierra. Había trozos que no servían para Vivaldi: verano caliente y verano achicharrante eran sus dos únicas estaciones en algunas zonas. La historia seguía su imparable curso.

En fin, se llegó hasta final del siglo como se pudo y en el último peldaño de acceso al nuevo cambiaron unas cuantas cosas.

Si entre las clases altas se daban refregones, entre las clases a ras de suelo lo que había era empacho de tanto aguantar. La población de a pie la formaban hispanorromanos libres y un montón de campesinos explotados en régimen de servidumbre, sucesores de los *coloni* romanos que se sentían sometidos y explotados.

Los obispos, cada vez rezaban menos y mandaban más, ganaban terreno y la mayoría de las tareas de gobernación se discutían en concilios eclesiásticos, bajo puntos de vista teológicos. Como consecuencia se veía a los judíos como enemigos. Se montó un Concilio en el año 694 en el que quedó claro (entre los que lo montaron) que era conveniente que los judíos dejasen sus actividades comerciales. Se llegó incluso a proponer que se condenara a la esclavitud a los que no aceptasen lavarse el coco con agua bendita y el chorrillo de «Yo te bautizo en el nombre del Padre...». (Quedó en propuesta).

Como se podía esperar, los jodíos judíos, viéndolas venir negras con los visigodos, empezaron a conspirar con sus hermanos de raza del norte de África y a proporcionar información a los musulmanes para que preparasen su entrada a casa.

Cuando los musulmanes llegaron, los judíos los recibieron poniendo en «Puerta España» un felpudo rotulado: «Bienvenidos». Al igual que hicieron todos los colectivos (esto suena muy moderno) de los descontentos sometidos. Siempre esperando lo bueno por conocer y la liquidación por derribo de lo malo conocido.

Resumiendo: la debilidad del reino visigodo los historiadores la encuentran en un trípode de tres tambaleantes patas: división entre las clases elevadas para adjudicar coronas, descontento de las clases menos favorecidas y finalmente la cagada de la persecución a los judíos.

A las fechas en que los musulmanes se asomaban a nuestra casa, dispuestos a rendirnos visita y quedarse después, se organizó una pelea, una más, por la sucesión, ésta de las de tropezón de guerra civil, entre los que mandaban y los que querían mandar.

Hacía veinticuatro años que reinaban: primero Égica, y luego su hijo Vitiza. Vitiza estaba empeñado en que le sucediera su hijo Águila y para colocarlo de rondón lo nombró *dux\** del Tarraconense. Cuando Vitiza murió en el año 710, los nobles que ya no tragaban con la sucesión dinástica, nombraron un nuevo rey, que Rodrigo se llamó.

Águila, el hijo de Vitiza, dijo que seguiría reinando en el Tarraconense. Por narices y porque se lo había dicho su padre. Se armó la gorda, y cuando los musulmanes llegaron Rodrigo no dominaba todo el territorio ya que Águila se había encabezonado en reinar en una parte.

Los musulmanes llegaron y sin gran esfuerzo se cepillaron a Rodrigo. Contentos de que la pelea había sido poco cruenta ya que Águila y Rodrigo, entre ellos, habían contribuido a mermar las filas de sus propios ejércitos.



# ...y llegaron

El primer contingente importante de musulmanes puso babucha en el sur de España en abril o mayo del año 711. Los musulmanes esperaron la estación primaveral para hacer su primera incursión en Andalucía. Se trataba de que los soldados invasores alucinasen al comparar la Andalucía florida en todo su esplendor con las arenas pisoteadas en su marcha. Tampoco era cuestión de esperar el invierno y entrar bajo un chaparrón con las chilabas empapadas hechas un asco y las babuchas llenas de barro.

Antes ya se habían colado en menor número para echar un vistazo y ver si les gustaba el terreno. Para ello, habían contado con la información de los judíos cabreados y un conde que estaba de muy mala leche por una faena que le había hecho el rey Rodrigo. Don Julián, que así se llamaba el conde irritado, había enviado a su bella hija a educarse a Toledo, y el rey Rodrigo que era rey por derecho o por usurpación, pero rey al fin y al cabo, se la había cepillado sin más.

Julián, para vengar su ofensa, o encubriendo con ella su traición a su propio suelo, cruzó el Estrecho, con unos cuantos visigodos más, enemigos de Rodrigo, y se fue a contar a los musulmanes lo bonita que era la Península y los ricos botines que se podían obtener.

Lo de Rodrigo cepillándose a la niña, una mamonada individual pero lo de Julián lavando la ofensa en aguas del Estrecho, una cabronada visigoda.

Animados por la propaganda «rodriguera», en julio del año 710, una partida de cuatrocientos musulmanes encabezados por su jefe Tarif, se plantó allí abajo, al oeste de Gibraltar. Lo que hoy se llama Tarifa. Está claro lo que buscaban, ¿no?

Tarif, al ver aquellas dunas ondulantes de agua, que impulsadas por fuertes vientos, se acercaban y se alejaban de la playa con alegre rumor, debió de pensar que eran ideales para: inventar primero y practicar después, el *surfing*. Bautizó el lugar, como estaba mandado, Tarifa y comenzó su campaña de *marketing* para promocionar la zona. Al año siguiente, para una segunda incursión, se habían apuntado nada menos que siete mil «incursionistas».

En la segunda excursión-incursión, la mayor parte de los participantes eran bereberes\* y las naves habían sido facilitadas por don Julián. Seguramente para seguir lavando su honor. Lo cierto es, que Julián les facilitó una vía de penetración, y «nos penetraron».

El jefe de la expedición era un lugarteniente bereber del gobernador árabe del noroeste de África, llamado Müsà ibn al Nusayr (lo dejaremos en Musá). El gobernador, su jefe, se llamaba Tarïq ibn Ziyäd. Nombre que ha sido perpetuado como Gibraltar y que no es otra cosa que una corrupción de Ýabal Tarïq, la montaña de Tarïq.

Para no liarnos con diéresis, tildes, apóstrofes y acentos, resumiremos:

Tarif: nos visitó con cuatrocientos adictos, bautizó Tarifa y se fue a contarlo.

Musá: lugarteniente bereber del gobernador Tariq.

Tariq: gobernador árabe, competente militar al mando de las fuerzas que guarnecían Tánger.

¡Ya está!

Aprovechando que el rey Rodrigo andaba algo despistado por el norte, los musulmanes tuvieron tiempo para jugársela en el sur y se establecieron en el lugar donde posteriormente se alzaría Algeciras.

Rodrigo se enteró y se aprestó a bajar con los suyos al sur a toda leche dispuesto a tirar a los musulmanes al río Barbate. Gran parte de sus seguidores se habían echado atrás y su ejército menguado hubo de enfrentarse a los siete mil hombres que Tariq había traído, más otros cinco mil que habían llegado a echarle una mano. Resultado: hasta el propio don Rodrigo fue declarado *missing* en combate. Unos dicen que murió y otros que desapareció. Para el caso es lo mismo.

Esta batalla derrumbó la organización central del reino visigodo y Tariq viendo que lo de España era pan comido, se aprestó camino de Córdoba con setecientos jinetes y se la adjudicó. Por el camino, para no relajarse, la emprendió en Écija con los visigodos fugitivos desparramando un buen montón de ellos panza arriba, lo que le valió el reconocimiento y la adhesión de los judíos y otros colectivos descontentos en una zona muy amplia. Animado, y con el grueso de sus ejércitos tras él, tomó camino a la capital visigoda: Toledo. Si Córdoba se había rendido ante un destacamento de setecientos jinetes, en Toledo ni siquiera hubo que echar mano de los *ponys*. Al llegar le dijeron *wellcome* y basta.

Algunos historiadores cuentan que Musá sintió celos por los éxitos de su subordinado. Fuere por celos o por celo de mantener lo conquistado, Musá se hizo acompañar de dieciocho mil hombres, árabes en su mayoría, y cruzó el Estrecho a sus anchas. En julio del año 712 avanzó sobre Sevilla.

El flujo de visigodos, desperdigados y a la carrera, llegaba de todas direcciones a Murcia para ponerse a cubierto del chaparrón que se les venía encima y cuando más tranquilos estaban los acurrucados visigodos en Murcia, se presentó Musá dispuesto a quebrar su sosiego y sus cabezas. Los reagrupados aguantaron la presión casi un año, dando gritos visigodos a los sitiadores pero al final callaron. Pero no es que fuesen *silenciados*. Un pacto con el príncipe Teodomiro, gobernador visigodo de la provincia, acabó con el conflicto, y con parte de los ahorros de los sitiados por las condiciones de paz impuestas en el tratado.

En el año 714 Musá ocupó Zaragoza y envió patrullas de exploración hasta Narbone para que diesen un vistazo a los posibles saqueos. Recordemos que un pellizco de la Francia del sur era reino visigodo.

Musá intentó sacar tajada del pellizco visigodo francés, pero pinchó en hueso. Un tal Carlos Martel plantó cara y pancarta: «No pasarán», y tras unas cuantas batallas ganadas por Carlos los de Musá hubieron de desistir. Pero esto corresponde a la historia de nuestros vecinos.

Como bravo y eficaz defensor de aquel trocito visigodo que teníamos en Francia, creo que Carlos se merece unos renglones.

Carlos seguramente engendró su mala ralea, por vía de madrastra. Como hijo ilegítimo de Pipino de Heristal y su concubina, Alpaide, no lo tuvo nunca fácil. Como suele ocurrir con las legítimas. A Plectude, el segundo «pipino» no había quien se lo hiciese tragar.

Al morir Pipino I, tenía que haberle sucedido Carlos. Contaba el gallardo mozo veintinueve años y experiencia como mayordomo de su padre rey, hubiera sido lo normal. Sin embargo, existía un pequeño inconveniente: un pequeño de seis años que tenía la legítima Plectude.

Si Plectude le echaba la zancadilla al bastardo Carlos, corría el riesgo de que éste se levantase contra ella. Lo mejor, encarcelarle, y claro, lo encarceló.

No acertó la legítima, varias provincias del reino mostraron su disconformidad con que gobernase una mujer, y como lo de hacer plebiscitos no se llevaba, mostraron su desacuerdo a la usanza de la época: con revueltas. Y no hay que decir más; a la cabeza de las revueltas Carlos Martel que en el año 715 se había escapado de la cárcel y durante veinte años de entrenamiento se había dedicado a guerrear por aquellas confusas latitudes de Australia.

En el año 732 se encontró con los Omeyas en la puerta. Los recibió con sus ejércitos francos, puso toda su sapiencia guerrera en marcha y en Tous los derrotó sin contemplaciones cargándose hasta al propio emir de largo nombre Abderramán ibn Abdullah Al Gafiki.

Carlos Martel, logró el «no pasarán» pero en cierto modo, nos fastidió con su defensa al hacer cambiar la hoja de ruta de Musa que se dirigió a Asturias y mandó a su lugarteniente a que ocupase la maragatería. De todas formas, debemos de decir merci al francés por su contribución para deshacernos de la morería.

Informado de que no estaba muy claro el asunto francés, Musá decidió cambiar el objetivo y se fue con sus tropas a por Asturias. Al propio tiempo, su lugarteniente y competidor, Tarif se ocupó de hacer sus méritos ocupando Astorga y León y sometiendo a Fortún de Aragón a su poder. Fortún se cambió de acera, se compró una chilaba, tiró la capa española y la toalla y se pasó al Islam.

De cómo terminó la historia de Musá, hay poco escrito. Musá y Tarif fueron llamados a Damasco y ante la corte del califa no se sabe bien lo que cantarían y lo que contarían, el caso es, que se duda si Musá murió en prisión o sencillamente sin un duro. Al parecer se había *forrado* en exceso y no gustó su actitud. Musá llegó a Damasco por febrero del año 715 y el mando supremo de España quedo confiado a su hijo Abdal (así llamaremos a Ábd al-Azíz) que ostentó el cargo hasta que se lo cargaron a él en el año 716. Poco pudo mangonear.

Con el asesinato de Abdal, concluye la fase de conquista y ocupación.



No quiere decir que ocupasen la totalidad de la Península Ibérica. Una gran zona en el nordeste no había sido invadida y en resto del territorio quedaban bastantes zonas aisladas sin conquistar. De todas formas, el período visigodo se puede dar por concluido en esta fecha.

## La expansión

El porqué de tantos bereberes acompañando a Tarif en su segunda expedición, y la aparecida amistad tiene eso: su porqué.

La expansión de los árabes hacia el oeste empezó introduciéndose en Siria. Luego se ventilaron Egipto (640-642). Más tarde, poco más (670), fundaron la ciudad de Qayraban en Túnez. Aquí hubieron de detenerse a causa de la resistencia de los bereberes.

Haciendo arabescos de habilidad, como árabes que eran, consiguieron engrescar a las tribus bereberes para que se diesen leña entre las tribus sedentarias y las nómadas, que de siempre se llevaban a matar; «Vosotros siempre sentaditos al lado de la hoguera comerciando y nosotros camello para arriba y camello para abajo con nuestros rebaños» —decían unos. «Vosotros siempre de paseo por las hermosas dunas del desierto y nosotros aquí sin poder movernos por el puñetero comercio» —decían los otros. Y claro, para limar contradicciones lo mejor el palo.

Los árabes al final se hicieron con Túnez y tras convertir a la mayoría de las tribus nómadas al Islam, los utilizaron para hacer sus incursiones en Marruecos y la costa atlántica a través de Argelia como machacadores de sedentarios. Al final, la resistencia de los bereberes sedentarios fue aplastada y hubieron de claudicar aceptando la soberanía árabe.

No se me puede quedar en el tintero, debido a que no escribo con tinta, que a raíz de la sumisión de los bereberes de Túnez y Argelia los árabes que eran los que mandaban, dispusieron de unas fuerzas expedicionarias crecidas y que sin ellas no hubiese sido posible la invasión de España. Por ello, sería más correcto considerar la expansión como musulmana más que árabe. Tan musulmanes eran unos como los otros. Sin olvidar que la distinción entre árabes y bereberes no desapare-

ció y fue una fuente de graves tensiones internas en la España islámica.



## Los Omeyas

Ya estamos con los árabes en casa. Y la historia sigue. Los árabes dieron el nombre de al-Ándalus a su nuevo dominio, provincia para ellos, de la Península Ibérica, corrupción de Vandalicia, de los tiempos de los vándalos. No se refería al-Ándalus a la zona concreta de Andalucía, era aplicado como provincia de Damasco a todo territorio invadido en Iberia. El área geográfica se fue contrayendo con la Reconquista y se quedó como Andalucía la parte que ocuparon los moros como su último asiento de los siglos XIII al XV.

El que mandaba en todo el imperio, era el califa (Jalifa). El hombre que sucedía a Mahoma en los poderes temporales, pero no en los espirituales. Cuatro sucesores de Mahoma, llamados los ortodoxos, dieron paso del año 661 y hasta el 750 a los Omeya, que son los que cuentan para nuestro Salpicón Histórico.

Los califas Omeya, una rama de la tribu Qurays (recordemos que Mahoma era de esta tribu) habían sobresalido como comerciantes en La Meca en los tiempos de Mahoma. Se habían forrado e Instalaron su capital en Damasco, aunque andaban con la corte de un lado para otro por los palacios de Siria.

Un califa, no era un autócrata, la organización del gobierno se concebía como si se tratase de una tribu nómada árabe, a pesar del inmenso imperio que los califas controlaban. Lo mismo ocurría con los jeques, jefes de una tribu. El califa, al igual que el jeque estaba obligado a consultar a aquellos que le rodeaban y en consecuencia ponerse de acuerdo para tomar decisiones no era palo fácil de jugar.

Por ello, los últimos califas Omeyas se inclinaron por gobernar más al estilo persa de gobierno autocrático. Tradición que continuaron los regímenes posteriores de los ábbasies.

Una de las bazas más difíciles a jugar era la sucesión. En principio el elegido por todos los que opinaban —mogollón—tenía que ser el más apto y nada de primogénitos ni primos cercanos.

Los Omeyas aguantaron su saga como pudieron pero para muchos árabes constituyó una usurpación. Usurpando o sin usurpar, la familia se tiró mandando un buen trecho de la historia: nada menos que del año 661 al 750 en el mundo musulmán, califato de Damasco y del año 756 al 1031 en la España musulmana, emirato y califato de Córdoba. Un total de trescientos setenta años «omeyeando» en al-Ándalus. ¡Ándales!

El descanso de los años 750 al 756 se lo proporcionaron a los Omeyas los Abasidas, que hicieron todo lo posible para exterminar el clan Omeya en su totalidad, por medio de la simple fórmula de cargárselos a todos. Se les escapó uno: Abderramán I que salió por pies por el norte de África, se plantó en al-Ándalus y fundó el califato de Córdoba. Se libró por los pelos.

Remontar un partido por goleada sólo adquiere el calificativo de glorioso si en el primer tiempo nos han machacado y si el partido es de fútbol. Si el partido es político, más o menos es lo mismo; glorioso si se alcanza la mayoría absoluta tras un primer tiempo en el que la oposición te había revolcado y dejado casi sin asientos en el «semicorral» de mando.

Bajo este prisma, hemos de admitir que la gloria de nuestra Reconquista se la debemos en parte a los moros al darnos la oportunidad de remontar la goleada que nos metieron en solo cinco lapsos del primer tiempo. (Minuto 11 al minuto 16 del primer período).

En el segundo tiempo ganamos por gloriosa goleada. Lo que ahora nos tiene algo mosqueados es que tengamos que enfrentarnos a un partido de vuelta. Empezamos a ver moros en la costa y minaretes que sobresalen de nuestros campanarios.



## La Reconquista

Como un «matasuegras» de fiesta de fin de año, que cuando dejas de soplar se encoge y se ovilla, empezó a encogerse el dominio musulmán en al-Ándalus cuando flaquearon los pulmones bereberes y se dieron otras circunstancias desfavorables para ellos. Al pinchazo en hueso dado en Francia, se sumó que los gallegos, que sin llegar a ser visigodos del todo, menos se sentían musulmanes, empezaron a incordiar.

Don Pelayo, primer rey de Asturias, del que se sabe que nació, pero no se sabe ni dónde ni cuándo y hay quien dice que fue un noble visigodo, infringió una importante derrota a los musulmanes en la famosa batalla de Covadonga, de la que la leyenda dice que hubo intervención divina. ¡Ya era hora que de arriba echasen una mano a los cristianos! Esta batalla, se puede fechar, cada historiador a su gusto, en el año 718, o entre el 721 y el 726 (con tantos datos precisos da gusto escribir).

Sea como fuere, lo cierto es que la batalla de Covadonga fue el principio de lo que sería una *Blitz Krieg* (guerra relámpago) que duraría solo ocho siglos.

La escoba de barrer musulmanes, la tomó de manos del rey don Pelayo su yerno Alfonso. Alfonso I de Asturias o Alfonso el Católico. Fundador del reino astur e iniciador de la Reconquista.

Corrían las semanas de los años 739 hacia adelante y corrían los musulmanes hacia atrás que daba gusto. El rey Alfonso logró barrer el noroeste de España y Portugal y según algunos historiadores dejó casi limpia una cuarta parte de la Península Ibérica.

Los musulmanes que se habían establecido en el país eran en su mayoría bereberes\*. No llegaron a ser nunca considerados de igual a igual con los árabes invasores y estaban hasta el turbante de tener carné de clase «B». En el año 750, muchos de ellos se negaron a seguir siendo considerados «afridacas»; se rebelaron, revelaron su cara de hambre y decidieron abandonar el terreno para ir a cobijarse a sus tierras, con lo que las fuerzas musulmanas quedaron mermadas; fuerzas con menos fuerzas. Seguirían pasando hambre pero menos frío, debieron pensar.

Entre los años 740 y el 750, habían ocurrido cosas; en el año 740 estalló una rebelión en el norte de África de los que estaban hasta el turbante de árabes y los sublevados se apoderaron de Tánger. Llegaron tropas enviadas por el gobernador árabe desde su sede de Qayrawan pero fueron derrotadas. Lo intentaron otra vez en el año 741, con refuerzos llegados de Siria y de nuevo los rebeldes los acorralaron. Baly, era el jefe de la expedición y siete mil jinetes le acompañaban. La operación le salió fatal al que tenía nombre de zapato de marca, se refugió en Ceuta con sus siete mil jamelgos pero los bereberes los sitiaron.

Para salir del atolladero, Baly pactó acuerdos con el gobernador de al-Ándalus, prometiendo: «Si nos facilitáis medios de transporte iremos a derrotar a los rebeldes y luego nos marcharemos a casa, ¿vale?».

No lo hicieron. El confiado gobernador era de un partido (yemení) y los árabes comandados por Baly eran de otro (qay-

sies). En lugar de irse a casita, como habían prometido, se fueron a Córdoba, expulsaron al gobernador y colocaron en su lugar al mentirosillo Baly. Que pagó su mentirijilla muriendo en una batalla contra los engañados yemenis.

Seguimos con este aburrido pedazo de historia por lo interesante de su conclusión. Algo de *suspense* no viene mal cuando las secuencias empiezan a aburrir.

Desde Qairawan se envió un nuevo gobernador con un montón de sirios para que apagasen los «sirios» que se habían encendido en al-Ándalus. Se establecieron en el valle del Guadalquivir y a lo largo de la costa meridional. Los sirios enviados, habían sido en Siria yundies: soldadesca que era recompensada con tierras cuando servían al ejército a tantos acres por enemigo muerto. En su asentamiento de al-Ándalus, se utilizó tal sistema de pago. Esta huerta para ti, este olivar para el otro...

Al otro lado de la brecha, por así decirlo, el norte ibérico, se recuperaba del hambre, la oposición, los árabes yemeníes, se preparaban para dar caña a los que con la mentirijilla se habían colado en Córdoba y el Omeya que por los pelos se escapó del exterminio de su clan se disponía a saltar a la pista.

El joven 'Abd al-Rahmán, Abderramán I, nacido en el año 730, saltó el Estrecho con un ejército de yundies sirios, yemeníes y algunos bereberes andaluces y derrotó a los qaysies. Los de Baly *el mentiroso*.

Lo que interesa como colofón: el país entero se sometió a él y fue proclamado emir de al-Ándalus en la mezquita de Córdoba. En el año 756 Abderramán I con sus veintiséis años, había fundado el emirato Omeya.



# El emirato Omeya

Córdoba le gustó al emir tanto o más que a cualquiera que hoy visite la ciudad. Pero una cosa es pasear por la judería y comer en «El Caballo Rojo» y otra gobernar un emirato.

Para empezar, si quería lucir en la bocamanga de su chilaba galones de emir se los tenía que pedir a los califas abbasies, los que se habían cargado a toda su familia. Mal asunto. No cabía pensar que el Omeya que había quedado vivo reconociese al califa. Por otra parte, no tenía la posición suficiente para reclamar para sí el rango de califa. Optó por una especie de independencia consentida rezando a Alá para que no se le echasen encima los mandos superiores.

No flaco el problema al que se tenía que enfrentar el emir y sus sucesores con su variopinta población del emirato. Estaban los árabes, no muchos pero ocupando posiciones dominantes y enfrentados entre ellos; los llegados en la primera oleada, llamados antiguos colonos y los llegados después, llamados sirios.

Había, además, otros dos grupos de musulmanes: los bereberes y los nativos convertidos. Los bereberes eran con mucho el grupo más numeroso ya que habían sido el grueso de las fuerzas invasoras y ocupantes. Siempre rebotados por la falta de consideración que les tenían los árabes, como si ya tuviesen ellos petróleo y los bereberes solo arena y montañas con cabras. Muchos, maltratados por pocos: abono para follones.

Luego estaban los muladíes\* muwalladum —así denominaban los árabes a los nativos convertidos— traducido: nacidos musulmanes. Durante la Reconquista y con cierto tonillo peyorativo se los llamó renegados. El otro importante grupo del Estado islámico, era la población cristiana que conservó su religión y recibía el nombre de mozárabe. Algo así como arabizante para los moros.

Motes al margen, muchos de los nativos aceptaron el Islam por el atractivo que representaba su asociación con una civilización que parecía superior y la desconfianza que le ofrecían la estrecha relación de los obispos con la impopular dominación de los visigodos.

Con tanto grupo y grupillo, no faltaban los problemas, y para dar la respuesta de garrotazo y tente tieso, Abderramán recurrió al único sistema que podía garantizarle su puesto como emir de monomando. Creó un ejército profesional con esclavos y mercenarios y arreó todo lo fuerte que fue capaz a la oposición. Los siguientes Omeyas siguieron su método *ejemplarizante* para que no se derrumbase el emirato.

Ejemplo uno. Allá por el año 797 (dicen que los capicúas traen buena suerte) poco después de que empezase a gobernar otro de los Omeyas, al-Hakam I, todos los notables de Toledo con síntomas de desafección, en su mayoría musulmanes españoles, fueron llamados a Toledo para que presentasen sus respetos al heredero del trono. Ni respetos al heredero ni leches, según iban llegando les cortaban la cabeza y uno a uno los echaban a una fosa común.

Ejemplo dos. Por el año 818, capicúa como en el hecho anterior, la severidad del Omeya de turno, el mismo al-Hakam I, provocó un levantamiento en un arrabal al sur del Guadalquivir. Las tropas del emir entraron a saco en el arrabal, ejecutaron a tres mil de los más destacados y obligaron al resto a abandonar Córdoba. El arrabal quedó totalmente arrasado.

A al-Hakam I, le sucedió Abderramán II que se encontró un emirato sólidamente establecido y próspero. Gobernó durante treinta años y destacó, entre otras cosas, por la construcción de «semáforos». Montó una red de atalayas que vemos salpicadas por nuestra geografía desde las que se hacían señales de humo para avisar de las invasiones escandinavas.

Al entrar de turno Muhamed I, muerto al-Hakam II en el año 852, el Estado Omeya estaba prosperando y parecía sólido. Algo engañoso. Los sesenta años siguientes no fueron nada aburridos. Los altercados de los disconformes eran frecuentes pero la sangre no llegaba al Guadalquivir. Mucho descontento con la autoridad, pero carentes de alternativa frente al régimen y sistema político existente no conseguían grandes cambios.

Sin embargo, antes de que acabase el siglo IX, empezó a ponerse la cosa más tiesa para el emir. Tras Muhamed I, tomó el mando al-Mundir, al que sólo le duró dos años y se marchó en otro capicúa; el 888 dando, paso a Abd Allah.

## Las Banderías

Antes de este capicúa, empezaron a surgir individuos ambiciosos dispuestos a montar sus propios *emiratillos* independientes y a mostrar desobediencia. Ya en el año 842 uno de estos ambiciosos con triple nombre de gato Musá ibn Musá ibin Qasi, gobernador de Tudela se salió de cauce y se hizo llamar «tercer rey de España». Se hizo incluso con Zaragoza, pero al morir, sus tres hijos fueron incapaces de mantener las posesiones y finalmente uno de ellos se la vendió, así como suena, al emir.

El más osado de todos dispuesto a lograr la independencia apareció en el año 880. Se llamaba 'Umar ibn Hafsun, también muladí\*. Montó una sublevación con una partida de rebeldes, se instaló en el castillo de Bobastro y estaba dispuesto convertirse en emir de España. Le apoyaban un buen puñado de muladíes pero no se sabe qué le pasó que de un día para otro se convirtió al cristianismo y casi lo dejaron sólo sus seguidores. Aún así, siguió en sus trece y tardaron diez años en echarlo de Bobastro. Evidencia de la relativa debilidad del gobierno central.

En este período no hay que sorprenderse por los cambios de altar de los individuos. Todo se estaba entrelazando. El propio

Musá ibn no sé que más... tenía vínculos matrimoniales con la familia que estaba creando el reino de Navarra en Pamplona. No es arriesgado pensar que las luchas de aquél entonces ya no eran entre religiones, y que los Omeyas no hicieron del Islam la principal fuerza de integración de al-Ándalus.

Mientras todo esto acontecía por abajo, por allí arriba, por el norte ibérico estaba creciendo el culto a Santiago de Compostela, incluidas las peregrinaciones y recogiendo la creencia, gallega o ibérica, de los Gemelos Divinos (puesto que Santiago era considerado hermano gemelo de Jesús) lo que les daba la convicción de que tenían el apoyo divino en su guerra contra los musulmanes. Culto que fue la fuente espiritual de la Reconquista.

Estando los musulmanes enfrascados en sus sarracinas\*, Alfonso III *el Magno*, aprovechó que los moros estaban distraídos y unificando los reinos de Asturias y León bajó dando mandobles a los sarracenos y aumentó su poderío.

Que quede dicho: Alfonso III era un hijo de Ordoño I y un hijo de otra cosa que me reservo, por haber ordenado sacar los ojos a sus hermanos.

## Almanzor

Los boxeadores, para dar a su nombre un realce agresivo, acostumbran a colocarse entre el nombre de pila y el apellido un alias. Álvaro «Macho» Camacho; Boris «Huracán» García; Óscar «Matador» de la Olla... y así.

A los reyes, se les coloca un rimbombante apodo acorde con su notoriedad tras su matrícula romana. VI, el Magnífico; III, el Santo; VI, el Católico; X, el Sabio; IV, el Impotente, etc.

Los luchadores, de lanza y espada, suelen recibir el alias por sus proezas y suele estar relacionado con algo que sea tan noble que les induzca a tirar su carné de identidad a la papelera olvidando su nombre de pila o casta.

Este es el caso del malagueño Abú Amir Muhamad o Ibn Abí Amir que adopto el epíteto de *al-Mansur billäh* (el victorioso por la gracia de Dios). Abreviado al-Mansur y para nosotros **Almanzor.** 

¡Qué alivio! Van apareciendo nombres fáciles de retener, como Almanzor o el *Cid Campeador*. Paciencia, nos vamos acercando a la isla Perejil en el año 2002 y aparecerán hombres y nombres que nos resultarán más familiares.

¿Qué había hecho Almanzor para colgarse tan deslumbrante epíteto?

Estando muy malito el califa de Córdoba, al-Hakam II, encargó los asuntos de Estado y el cuidado de su niño de once años a su ministro Ya´far al-Mushafi. Una vez hecho el encargo, se murió. Año 1013.

Al-Mushafi, se apañó para asegurar, contra viento, marea y opositores, que el niño subiese al trono. Una regencia le haría perder su elevada posición y no le convenía ni de coña.

Le apoyó en su plan un hombre de treinta y ocho años llamado Ibn Abí `Ämir. Nombrado administrador de la viuda de al-Hakam para cuidar los intereses del mozalbete Hisan, que así se llamaba el pequeño heredero del califato.

Ambiciosillo era nuestro Almanzor. Primero con suaves codazos de intrigas y más adelante con empujones se cargó al que le había *colocado*.

Para cargarse al Mushafi, necesitó ayuda y la encontró en el general Galib. Previamente se había casado con su hija para tener suegro general y colaborador necesario.

Desplazado Mushafi y casado con la niña del general Galib, se convirtió nada menos que en *hayib* o mayordomo del niño Hisan. Lo que significaba más o menos que el chaval le tenía que pedir permiso hasta para ir al retrete..

En los años siguientes, además de mandar ejecutar a un *mu'tazil* que había montado un complot contra el califa y quemar un buen montón de los cuatrocientos mil libros que había conseguido coleccionar al-Hakam, se dedicó a copiar de su propia mano el Corán para darse pisto. Más tarde se dedicó a la «hípica» y no había alma capaz de bajarlo de su corcel, ni que soltase su tambor.

Como el heredero del trono crecía y maduraba, se podía dar el caso de que quisiera asumir un control personal en los asuntos de Estado, su objetivo para evitarlo fue orientarlo hacia los placeres sensuales. Con esta sutileza, el historiador W. Montgomery Watt no deja claro si por el lecho del joven Hisan pasaron barones nobiliarios o varones de caballerizas, lo que deja es margen para pensar. Lo cierto es, que en el año 981, la administración de los palacios califales del alcázar de Córdoba y de Medina Azahara, se trasladaron al nuevo palacio de al-Medina al-Zahira y el califa quedó aislado.

Luego se hizo saber que el «califito» había decidido consagrarse a la piedad y entregar los asuntos del reino a Almanzor.

Otro par de zancadas hacia adelante nos llevan a Enrique IV *el Impotente* al que los donceles de su infancia le empujaron rampa abajo con tal fuerza que llegó al fondo de lo que W. Montgomery apunta como placeres sensuales.

Menudo par de gorriones los hermanos Pacheco que le colocaron al estrafalario Enrique como donceles para que se cuidaran de él. Y se cuidaron... «clic» en Enrique IV de Castilla.

Aislado el califa, le tocaba el turno al suegro de Almanzor. El general Galib tenía cierto apoyo de los príncipes cristianos del norte para pelear con el yerno, pero no lo pilló descuidado. Almanzor mandó venir desde África una oleada de bereberes y mercenarios cristianos y ganó la partida. Se quedó en la gloria mandando a su suegro a la misma.

A su regreso triunfal de Córdoba, huérfano de suegro, se colocó el apodo de «el victorioso por la gracia de Dios» y exigió que en la oración de los viernes, tras la mención a Hisan, como era tradicional, se mencionase su nombre. Signo que equivalía al de califa.

Donde no había quien le atajase, era en el campo de batalla. Tenía a su pobre corcel *agotadico*. Llevó a cabo nada menos que cincuenta y siete expediciones victoriosas. Seguramente las llaman *expediciones* por lo expeditivo que era cargándose al enemigo. Digo yo.

El resultado de su esfuerzo fue la extensión del territorio ocupado y dominado por los musulmanes. La mayoría de las *expediciones* fueron contra Castilla y León y en cuanto algún señor feudal de los semiindependientes allá por el norte se rebotaba, las represalias eran de las gordas. En el año 985 la emprendió contra Barcelona y en el 987 una gran expedición saqueó y destruyó la iglesia de Santiago en Compostela. Sólo fue respetada la tumba del santo. Hecho que a la posteridad pasó entre los cristianos como que los musulmanes no habían podido con el santo y fue una carga de ánimo para los cristianos al sentirse bajo la protección de Santiago.

Con Almanzor, el poder militar de los musulmanes fue omnipotente y se extendió hasta los Pirineos. La vitalidad y el vigor de al-Ándalus era tal que su influencia llegó hasta África donde su hijo, el futuro al Muzaffar, logró establecerse como virrey en Fez. En el año 1002, Almanzor, que según la leyenda tenía la manía de depositar en su tambor un puñadito de tierra de cada plaza que conquistaba se quedó sin tambor. Almanzor perdió el tambor en la batalla de Calatañazor, dice la leyenda. Murió por las tierras de Soria. Algunos dicen que en Medinaceli, otros discuten que fue en algún otro lugar de la provincia. Tener muertos célebres siempre ha gustado.

Durante seis años, le sucedió su hijo Abd al-Malik al que Hisan II le dio los mismos poderes que el padre tenía y hasta le colocó el alias de *al-Muzaffar* (el vencedor) Había llegado a ser un competente administrador y un general de primera fila. Al-Malik o al-Muzaffar, murió *sin causa justificada*. No se sabe de qué ni cómo.

Así como al-Malik, *missing* en combate fue un digno sucesor de Almanzor, sin llegar a la altura del casco de su padre, los que le siguieron no le llegaron ni a la altura de la babucha.

## Los reinos de Taifas

Desde la cumbre de su esplendor cultural, económico y de poder, al-Ándalus se fue a pique cayendo en una guerra civil. Un cuarto de siglo, desde 1008 a 1031 se pasó el califato poniendo y quitando Omeyas. Seis en total, además de otros tres de una familia medio bereber.

Tras este período de incertidumbre, un consejo de notables estableció en Córdoba la abolición del califato. Pero sólo en la región de Córdoba.

A comienzos del milenio (1009) y durante veinticinco años, al-Ándalus mantuvo su apariencia de califato, pero lo cierto es, que ya se estaba *descalifateando*. Los gobiernos centrales empezaron a perder cancha y los gobiernos locales a gobernarse por cuenta propia. No pensemos que lo de las autonomías es de anteayer.

Durante la primera parte del siglo xi, se llegaron a montar casi el doble de las autonomías que sufrimos ahora en el xxi. Casi todas ellas por las costas meridional y levantina. En este período de la historia no faltaron intrigas, escaramuzas ni odios entre familias. Constituyó el período más enmarañado de acontecimientos.

Las banderías (tawä if para los árabes y taifas para nosotros, de donde viene la expresión «reyes de taifas») eran los tres grupos étnicos: bereberes, eslavos y andaluces. Los andaluces, por cierto, amalgamados con todos los musulmanes de origen árabe o ibérico y hasta algún colono de tiempos anteriores. Esto significaba que los árabes no eran considerados como una taifa independiente.

Los bereberes *taifeaban* la costa meridional desde el Guadalquivir a Granada. Con su dinastía de almudíes. Antes del año 1031 ya habían dominado Málaga y Algeciras. Más fuerte que esta, la dinastía Zirí en Granada. Algeciras y aledaños, quedaron sometidas a Sevilla. Los eslavos plantaron bota en Almería, Valencia y Tortosa, pero a diferencia de los bereberes no formaron dinastías.

Entre los andaluces, la dinastía que pegó fuerte fue la de los abbadies en Sevilla. Fundada por el cadí Muhamad ibn 'Abbäd que estuvo a la cabeza tres décadas.

Al fundador le sucedió su hijo Mu'tadid y a este el nieto Mu'tamid. Consiguieron atravesar el siglo y ponerle un nuevo palito romano. Aguantaron hasta 1091.

Mu'tadid, el hijo, extendió el reino de Sevilla y entró en guerra con Granada y Córdoba, pero el que consiguió finalmente incorporar Córdoba a su reino fue el nieto Mu'tamid.

Lo más positivo de los reinos de taifas fue, que pese a estar el terreno abonado con un «compost» de sangre, odio y envidia, florecieron las artes y las letras. Cada gobernante intentaba imitar, dentro de sus posibilidades, el esplendor de los califas. La más brillante de todas fue la corte de Sevilla, bajo el mandato del hijo y el nieto de Muhamad ibn ´Abbäd. (Los abadíes).

Lo menos positivo: que en cada región había una taifa dominante y las otras, las taifillas menores, de las que España estaba atomizada, no estaban muy felices de ser taifas menores y permanecían en posición de rebote.

El desconcierto de los reyes de taifas fue aprovechado por el rey cristiano Alfonso VI de León y Castilla que poco a poco iba consiguiendo su plan de Reconquista, llegó incluso a poner un fuerte tributo al reino de Sevilla. Su mayor palo e importante hito, lo dio cargándose al reino de taifas de Toledo en el año 1085. Toledo nunca más volvió a manos musulmanas.



## El Cid

La espina en el costado del rey Alfonso se llamó Rodrigo Díaz de Vivar el Cid. Todo un tipo. Se peleó con el rey y se ofreció como jefe militar al rey musulmán de Zaragoza. Terminó sus días como gobernador independiente de la ciudad musulmana de Valencia. ¿Chaquetero? ¿Mercenario? ¿Valeroso guerrero?

Rodrigo de Vivar requiere «salpicones» independientes. A ello llegaremos. Bastará por el momento recordar que nació en su apellido; Vivar (Burgos). Fue alférez de Sancho II luchando contra Navarra y contra los musulmanes. A la muerte de papá Fernando I, intervino en las luchas entre los hermanos Sancho de Castilla y Alfonso VI de León. Se puso al lado de Sancho, que parecía que iba a ganar. No acertó, y el que perdió, por vía de asesinato, fue Sancho.

Rodrigo de Vivar, tomó la lanza con la otra mano y se puso al lado de Alfonso al quedar este como amo de Castilla y León. Alfonso lo trató bien e incluso le dio por esposa a una sobrinilla de nombre feo y cara guapa: Jimena. En el año 1081, rey y vasallo se pelearon y Rodrigo se sacó el carné de mercenario y se

presentó al rey musulmán de Zaragoza... Pasó a la historia con poema y todo.

(Ver en índice, Un Rodrigo «polivalente»).

Mut'tamid, de Sevilla, viendo que la cosa se ponía fea y la pérdida de Toledo no tenía remedio, buscó un amigo que le diese un golpe de mano a él y de espada a los cristianos. Recurrió a Yusuf ibn Tassufun (Yusuf, para nosotros). Yusuf era el gobernador del poderoso Estado almorávide\* en el norte de África y como amigo le contestó: «Si hay que ir, se va».

El estado norteafricano, había crecido mucho en medio siglo. Comprendía Marruecos y Mauritania de cabo a rabo y un buen pellizco de Senegal: la cuenca del río Senegal al sur y la parte occidental de Argelia al norte.

Yusuf, con sus hombres, saltó el «canalillo» que tanto gustaba cruzar a los contendientes, se plantó en Badajoz, derrotó de plano a Alfonso VI y regresó a casa. Corría el año 1086.

En 1088, se volvió a llamar a Yusuf. Volvió, pero esta vez no estaba dispuesto solo a poner un parche. La segunda llamada despertó su ambición. Si le habían llamado por ser fuerte, era evidente que su amigo Mut´amid era flojo. Llegaba dispuesto a restaurar los destinos del Islam y en 1090 ocupó Granada, sin lucha. Después, cayeron en sus manos Córdoba, Sevilla, y hasta el propio Mut´amid. Así empezó el período almorávide. Se extendió durante setenta años (1086-1146). Lo que no lograron fue la conquista de Toledo.

El poder de esta dinastía bereber de los almorávides, no duró mucho en la cumbre. Los generales y hasta los propios soldados, empezaron a admirar la diferencia de culturas entre el refinamiento de al-Ándalus —que les parecía que estaba a unos cuantos años «*lus*» del norte de África— y las estepas que hasta entonces habían pisoteado. Les gustó el ambiente y empezaron a pensar en ser menos obedientes ciegos y a anteponer los intereses propios. Empezó a flaquear la cohesión.

El siguiente *round*, lo ganarían los cristianos. En 1118, Alfonso I de Aragón, *el Batallador* conquistó Zaragoza, en 1124 y 1125, realizó importantes incursiones en el sur y trasladó núcleos de población mozárabe para poblar las regiones ocupadas.

En el año 1133, otro Alfonso, el séptimo de Castilla, hizo lo propio y finalmente en 1145 se dio por concluida la etapa almorávide en España.

# De arriba, para abajo

A lo primero y en un primer principio, al empezar el comienzo, los de allí arriba por el norte, no habían plantado cara a los «godos bis» por asuntos de creencias. Se las tenían con los visigodos y se la tuvieron después con los de Mahoma, pero su primera intención no fue otra que la de ir a su bola y montárselo como independientes. Esto es importante que no quede opaco.

Lo cierto es que la llama de la Reconquista, prendió primero en Asturias y se extendió a otros reinos menores pero no tanto con la esperanza de reconquistar el país como la de lograr una independencia; ni tampoco surgió como afán por propagar el cristianismo. Luego sí, cuando hubieron de dar leña la dieron. Y lo hicieron, reafirmando sus creencias en un **Libro de peso.** 

La España o la Iberia de aquéllos siglos, presentaba grandes calvas territoriales. Muchas zonas, especialmente «Las Marcas» estaban despobladas y en ellas se fueron agrupando poco a poco los cristianos según bajaban barriendo musulmanes.

Algo muy importante a destacar es la fuerza de la fe cristiana frente al Islam. Los cristianos agrupados fueron creando aldeas y villas en las que se agrupaban en torno a la parroquia o la iglesia de la villa poniendo, pese a su precaria situación, todo su empeño, su arte y su fe en construir templos.

Al principio fueron estos lugares sagrados casi chozas de barro con tejados de jara o paja. Más adelante naves de mayor tamaño con estructuras de madera. De estas construcciones simples, se pasó a ermitas y parroquias construidas sobre mampostería y sillería con pequeños soportales.

Ha de decirse que cada grupo de nuevos «colonos» españoles, portugueses o de otras zonas reconquistadas, se esforzaba en construir la propia parroquia de su aldea.

El paso del tiempo ha acabado con aquellas primitivas construcciones de barro y adobe pero las posteriores han quedado y ahí están dando fe del acervo cultural de la época y de la fe cristiana. Hoy se pueden contemplar innumerables vestigios de aquellas en vías de desaparición y monumentales obras artísticas posteriores, diseminadas principalmente por la meseta castellana.

Las grandes iglesias de las villas, conductoras del credo cristiano empezaron pronto a elevar sus torres y sus campanarios.

Una curiosidad arquitectónica del Románico, son las construcciones levantadas por el Císter\*. Para dar muestra de su austeridad, prescindieron en la construcción de las torres de tres de las cuatro paredes. Son esas iglesias que vemos con una espadaña frontal y las campanas alojadas en sus vanos.

Mucho se podría escribir de la majestuosidad y la invitación al recogimiento de los templos del Románico. Sobre sus arcos —generalmente siete—, sus atrios que tenían la utilidad no solo de congregación para actos litúrgicos y eran utilizados para asambleas y reuniones. En algunos de estos templos, se pueden encontrar arcos de herradura o cimborrios finamente decorados con estilo árabe. Una prueba más que evidencia la «relativa simbiosis» de las culturas que convivieron juntas, con mayor o menor voluntad.

No me permitiré la osadía de tratar de describir el arte Románico que floreció en Europa desde fines del siglo x hasta

principios del XIII. Date una vuelta por Castilla visitando sus monumentos. Olvídate del Caribe estas vacaciones. Plántate ante la puerta de la Platería o el pórtico de la Gloria de la catedral de Santiago (siempre con un folleto o guía a mano) y verás como te llenas de arte.

De nuevo, un cuarto de siglo de confusión y disgregación de comunidades y autonomías, parecido al anterior de los reinos de taifas. Hasta que en 1170 nos tocaron los almohades.

Entre almorávides y almohades se podría decir: lo mismo me da, que me da lo mismo; ambas dinastías eran bereberes, las dos se basaron en un principio religioso y se parecían en muchas cosas más. Eso sí, los bereberes que apoyaban a los almohades, eran montañeros, tribus sedentarias y los que apoyaron a los almorávides eran nómadas y enemigos de los sedentarios.

La antipatía entre los que caminaban por el desierto con sus recuas de camellos y los que esperaban sentados, jamás se apaciguó. Circunstancia que los árabes supieron aprovechar a conveniencia, encizañándolos cada vez que hacía falta gresca.

El fundador del movimiento almohade, se llamaba Tümart (diminutivo bereber de 'Umar, su padre). Nació por el añon 1082, más o menos, en un pueblin del Atlas\* y siendo mocico se fue a estudiar a Córdoba. El muchacho siguió empollando por Alejandría, La Meca y Bagdad. Muy espabilado el chico, se enfrascó en la teología filosófica del asarismo\*, engendró un profundo celo reformador y se atrevió a reelaborar el dogma islámico. ¡Valiente el tío!

Daba Tümart mucha importancia al *tawhid* (defensa de la unidad) razón por la cual, sus seguidores recibieron el nombre de *al-Muwahhidun* (defensores de la unidad) que en lenguas europeas se tradujo como almohades. Se parece algo, ¿verdad?

Daba tanto la vara predicando su doctrina que consiguió que en 1118 lo expulsaran de Bugía. Pero siguió en sus conven-

cimientos y en 1121 Tümart presentó su pretensión de convertirse en *mahdí* que no era otra cosa que jefe guiado por inspiración divina. (A los que mandan, les gusta tener siempre abajo buenos ejércitos y arriba ayuda celestial. No falla).

Tümart, con ayuda de un colega seguidor que se había buscado y al que nombró su sucesor, 'Abd al-Mu'min, empezó a predicar por las montañas. Poco a poco fue descendiendo a las llanuras. Arrasó con su doctrina y con sus fieles soldaditos hasta que se hizo con Marraquech en 1147 y acabó con los almóraves.

Mumin salió vencedor de las refriegas con el cristiano Roger II de Sicilia y en 1160 ya se había hecho con la mitad de Argelia, Túnez y Trípoli.

Hasta el año de las dos docenas (1212) que el ejército conjunto de León, Castilla, Navarra y Aragón, derrotó finalmente a los ejércitos almohades en la célebre batalla de Las Navas de Tolosa, una sucesión de califas almohades, mantuvieron en jaque al-Ándalus y África. En este período le tocó a Alfonso VIII perder la importante batalla de Alarcos (en mitad del camino entre Toledo y Córdoba).

Yusuf II, que murió en 1223, no dejó vástago sucesor y como siempre ocurría cuando faltaba varón, ya que las hembras en posición vertical pintaban poco, se armó de nuevo el tiberio dinástico y consecuentemente la Reconquista salió favorecida. Fernando III, rey de Castilla primero y de Castilla y León después, había sido artífice de los progresos hasta su muerte en 1252. Prácticamente las pugnas dinásticas en la familia de Yusuf, acabaron con la resistencia a la Reconquista. En el norte de África aguantaron algo más, pero al final, en 1269, se apagó todo. El único destello de luz para los musulmanes, fue el surgimiento del reino nazarí en Granada.

Hacia 1231 un hombre de ascendencia árabe, (y de nombre no digamos; se llamaba nada menos que Muhammad ibn Yusuf ibn Nasr, o ibn al-Ahmar), montó por su cuenta un pequeño reino en Jaén. En cuatro años se apoderó de Granada y allí montó el reino nazarí. El moro era listo y sabía defenderse y atacar. Para atacar a sus rivales musulmanes locales, pidió ayuda a los cristianos y después para defenderse de los cristianos pidió ayuda a los musulmanes norteafricanos. Cuando Fernando III le arrebató Jaén (1245) y hubo de acurrucarse en Granada, entendió que el panorama se le oscurecía y la Reconquista empujaba. Buscó la solución convirtiéndose en vasallo de Fernando como habían hecho un buen manojo de gobernantes musulmanes.

El Estado que se creó, era un gajo desde Tarifa hasta más allá de Almería con fronteras a unos cien kilómetros del mar.

Muhammad I, que no es otro que el árabe del nombre largo de antes, era uno de tantos gobernantes musulmanes que se agarraron a tirar de la cuerda de Fernando III en la Reconquista. Lo curioso es que todos los demás fueron siendo sustituidos paulatinamente por gobernadores cristianos, el último el emir de Murcia en 1246, mientras que a Muhammad lo dejaron en paz. Curioso, ¿no?

Lo más seguro es que lo hiciesen para que los eruditos e historiadores tuviesen en el futuro algo sobre lo que discutir. De cómo fue posible que el reino de Granada se mantuviese durante dos siglos y medio. Y en ello están.

¿Muhammad I fue un gran vasallo de Fernando y de su hijo merecedor de trato especial? Tal vez. Castilla estaba dispuesta a mantener una zona refugio para los musulmanes destacados con una Granada independiente. La naturaleza montañosa del terreno hacía difícil su conquista, que además estaba resguardada por fortalezas y ciudades fortificadas, como Ronda. Estar tan cerca de África podía complicar las cosas. Los nazaríes podrían recurrir a los nuevos gobernantes de Marruecos, de la dinastía de los benimerines\* y armar «cacao» si se les tocaba su reino.

Lo cierto es, que los nazaríes no estuvieron nunca a la merced de Castilla. Y a la vez que tenían cuidado de no dar a los benimerines de África la oportunidad de incorporar Granada a sus dominios africanos.

El Estado de Granada era declaradamente islámico, daba asilo a los refugiados del resto de España y no utilizaba más que el idioma árabe.



## Al otro lado

Si nos acomodamos en un pedrusco «estilo inglés», como hacía Felipe II en su silla de El Escorial, allí abajo, en el sur de la Península, podemos dar un vistazo a nuestros vecinos de enfrente. Desde el Peñón, piedra de lavar capitales opacos, contemplaremos el *regato* que forman dos mares al fundirse donde don Julián, lavaba su honor mancillado por el rey Rodrigo.

La historia, al bracear por el Estrecho, salpicaba a babor y estribor. De aquí que incluyamos algunos «salpicones» del otro lado: Marruecos.

En el desierto del Sahara, dejó de llover hace unos seis mil años antes de nuestra era, y poco a poco lo que vergel y bosque que era, se quedó seco como una era.

Hacia el año 5000 a. C., poblaciones del Oriente Próximo se establecieron en las costas del Atlántico. Se mezclaron con los primeros habitantes de Marruecos y del producto de la mezcla resultaron los bereberes.

Llegaron después los fenicios procedentes de Líbano (antes Tyr). En Marruecos empezaron a competir con los cartagineses en los asuntos del comercio y cargando y descargando naves

en los puertos de Larache, Melilla, y Tánger, que se llamaban y poco interesa: Liks, Rusadir y Tingis.

Nada que ver con el prestigio de Cartago fundada en el siglo viii a. C., la gran potencia económica y militar de los fenicios y envidia primero de griegos y luego de romanos.

Tanta envidia tenían los romanos que decidieron acabar con Cartago y promocionar Marruecos. Lo consiguieron dando palos durante tres años y Marruecos, como el conjunto del Magreb pasó a tutela romana.

Los bereberes no se echaron a llorar por la llegada de los nuevos amos, de ellos aprendieron a manejar el hierro, el cultivo de la viña y el olivo. Pero les hacían currar como locos y los enrolaban a la fuerza en los ejércitos, lo que no les gustaba demasiado. Tanto es así, que una buena parte de ellos se largaron al Atlas desde donde lanzaban ataques de incordio a la potencia ocupante que los explotaba.

Los romanos tras haberse contentado casi un siglo con sus guarniciones, montaron la gran huerta en el triángulo Tánger-Rabat-Fez añadiéndolo al resto de África del norte como granero del imperio.

Unas décadas antes de nuestra era, se arman follones gordos en el reino de Mauritania; Marruecos y el norte de Argelia actuales (por cierto que de aquí viene el nombre de moros de sus habitantes).

Hacia el año 40, ahora ya después de Cristo, el emperador Claudio divide la provincia en dos mitades: Mauritania Tingitana (de Tingis o Tánger) y Mauritania Cesariense.

Las tribus bereberes del Rif, consiguen mantener su independencia. La población paga al poder central tributos: impuestos, soldados y esclavos para el circo. Así hasta el año 265 que los romanos se retiran y se acantonan en Tingis.

Ya metidos en el siglo IV, el cristianismo se expande en África del norte. Al principio lentamente y más adelante a toda

pastilla, cuando al emperador Constantino allá por el año 313 (otro capicúa), le da por convertirse y decide: ¡Cristiano yo, cristiano tú!

Los bereberes, siempre tan cabezones y empeñados en no dejarse mangonear, se oponen a cualquier invasión extranjera. Ni los vándalos del siglo v, ni Bizancio que sucede a Roma en el Mediterráneo consiguen hacerse amigos.

Hasta el año 669 no logran las incursiones árabes meterse en el Magreb, pero a base de «insistir» a finales del siglo vii la bandera verde del Islam ondea por fin en el norte de África.

En el año 711, que es en realidad donde empiezan estos *Salpicones Históricos* empezamos a compartir nuestra historia con los vecinos de enfrente.

## El reino nazarí

Nos habíamos quedado con Muhammad I establecido cómodamente en Granada y con los historiadores hechos un lío sin saber como lo había conseguido.

Sea como fuere, lo cierto es que el reino nazarí campó a sus anchas al pie de las montañas de Sierra Nevada en un paraje precioso con riachuelos, estaciones de esquí (esto fue después) y todo y alcanzó su máximo esplendor entre los años 1344 al 1396. Mientras los cristianos los dejaron en paz y los judíos andaban entre ellos sin problemas.

La situación resultaba más bien aburrida. Construyeron la parte más bella de la Alhambra para tener alguna ocupación artística. Alcanzaron una gran prosperidad con la agricultura intensiva, los oficios urbanos y el comercio, pero echaban a faltar sus guerras con el enemigo cristiano. La única fuente de desahogo que tenían era pelearse entre ellos, y como siempre pasa, con los asuntos de las sucesiones dinásticas, bebieron en esta fuente hasta que se atragantaron.

Los juristas, apoyados por ciertos elementos urbanos y especialmente por los mercenarios africanos hartos de *banquillo* y sedientos de saqueos, pedían guerra; santa o no santa, pero guerra. La elite gobernante, los comerciantes y los campesinos, preferían la cómoda paz que disfrutaban. No había acuerdo.

Al final, y ello fue el principio del final, se salieron con la suya los que pedían guerra. No supieron valorar que la que reinaba en Castilla desde 1474 y el que reinaba en Aragón desde 1479 se habían unido en matrimonio y territorio y eran los dos cristianísimos. Igualmente pasaron por alto que ya antes, en 1462, los cristianos habían pasado de nuevo a la ofensiva y conquistado Gibraltar.

Y la pifiaron. No se les ocurrió otra cosa que en 1481 arrebatar a los cristianos nada menos que el castillo de Zahara.

Para que decir la hinchazón de ovarios que se pilló Isabel con la agresiva provocación de arrebatarla el castillito. Fernando hubo de consolarla «Se van a enterar —díjole el rey a la reina—. Sé que están los musulmanes divididos y me lo montaré para colocar a nuestro lado a la mitad y daremos leña a la otra mitad».

Y para no fallar ante Isabel, Fernando cumplió. Primero Ronda, luego Málaga, y después Almería cayeron ante Fernando. Una cada dos años: 1485, 1487 y 1489.

En 1491, se decidió la toma de Granada y en 1492, se escribió el romance en el que desde una elevación de la sierra le entregan el «clínex» a Boabdil *el Chico* y le dicen aquello de: «Llora como mujer lo que no has sabido defender como hombre».

Era el último de los nazaríes y el último gobernante musulmán en España.

## Otros asuntos de Isabel

Por el año 1492, estaban Isabel y su aragonés marido hartitos de machacar sarracenos y deseosos, especialmente ella, de acometer un par de nuevas empresas apasionantes.

Juanita, la niña, crecía y estaba loca por casarse con un archiduque austríaco muy hermoso que conocía por fotografía de pincel. Era necesario tomar el bastidor de bordar y preparar el ajuar de la niña. Fernando que se ocupase de los asuntos de someter y doblegar a los vencidos.

Efectivamente, para desgracia suya y de España la niña se casó con el guaperas archiduque Felipe *el Hermoso*. El enlace salió fatal, como sabemos.

Otra empresa que Isabel estaba dispuesta a acometer, era asumir los costes de desplazamientos y dietas que un agente inmobiliario le pedía para visitar unas parcelas que había, según aseguraba el agente, al otro del charco.

Al agente Colón, nadie le hacía caso cuando se empeñaba en decir que Aristóteles tenía razón en aquello de la esfericidad de la tierra. Cristóbal Colón estaba convencido de que se podía llegar a Asia por el Oeste y no paraba de dar la vara a Isabel para que hiciese de católica *esponsor* para su viaje.

Fernando no estaba muy de acuerdo, pero como Isabel montaba tanto como él, finalmente se salió con la suya. Vendió su collar de perlas, *majoricas* o de más alto valor, y algo más de bisutería que tenía en el real neceser y le entregó el dinero a Colón para que se comprase tres «zodiacs» de las de vela.

Marchó colón con su *Pinta*, su *Niña* (carabela no novia) y su *Santa María* y regresó con dos de ellas cargadas de patatas, hojas de Chesterfield y un montón de cosas nunca vistas. Una de las carabelas, pese a ser santa, no resistió. Con los restos de *la Santa* naufragada, montó Colón un pequeño enclave en la isla

Navidad para dejar patente su presencia. (Algo que al parecer no se les ocurrió a los vikingos quinientos años antes).

A su regreso, se quedaron todos con la boca abierta —especialmente su suegro que estaba más chulo que un ocho por haber descubierto la isla de Madeira— y le dieron a Colón un abono para tres viajes más.

## La competencia

Hubo por aquellos tiempos un vasco del PNV (Partido Navegante Victorioso) que no era de la gama de los actuales de Euskalerria. Este Vasco de Gama, al igual que nuestro Cristóbal salió a dar su escapada fluvial.

Los portugueses siempre fueron aficionados al chapoteo por aguas saladas, más incluso que los españoles, dicen algunos. Tuvieron hasta un rey con el alias de *Navegante*. Enrique se llamaba.

América —que en realidad se debía de llamar Colombia por su descubridor si no se hubiese apoderado del nombre Americo Vespucio— nos la habíamos quedado enterita, con todas sus selvas sus desnudos indios, sus huertos de patatas y sus matas de Chesterfield. De manera que *el Vasco* no tendría posibilidad de encontrar una parcela donde implantar su autonomía.

Convencidos, ahora sí, de que la tierra era redonda, los portugueses enviaron al Vasco de Gama a buscar terrenos donde poder construir chozas pareadas.

¡Madre mía. Dónde fue a amarrar el navegante portugués! Nada menos que en el *plató* de rodaje de *National Geoghrafic*. Encontró en aquel Brasil de todo: selvas vírgenes, ríos más grandes que el Manzanares y el Llobregat juntos, que ya es decir, animales salvajes e indios más salvajes todavía.

El vasco regresó con un logotipo para camisetas y polos, que tumbado en cubierta ocupaba de proa a popa de su carabela, se trajo también unos cuantos loros (de los de verdad, no indias feas) y con su *Lacoste*<sup>18</sup> y otros *souvenirs* novedosos se presentó en la corte a certificar que había llegado a la otra orilla.

Contó a la corte lo del Amazonas, lo de las selvas y la cantidad de pájaros que había visto. Los otros *pájaros*, los de la corte, ni se lo creían.

Pero dejemos los Nuevos Mundos y sigamos en el viejo.

## Los mudéjares

No debemos pensar que los musulmanes tras la toma de Granada se evaporaron. Cierto que la Reconquista fue bastante intolerante con los vencidos pero ello no quiere decir que tan pronto caía una provincia en manos de los cristianos, dejaba de haber musulmanes en ella. Castilla adoptó la política de instalar colonos castellanos en las tierras despobladas (las marcas) sin embargo, y como ejemplo, ya en Toledo, cuando fue conquistada en 1085 se quedaron allí artesanos y eruditos musulmanes que jugaron un importante papel en la transmisión de la filosofía islámica a Europa. En la nueva provincia andaluza de Castilla, la mayoría eran musulmanes. Por el contrario, en Aragón y Valencia los cristianos escaseaban.

A los musulmanes no les apetecía irse a gatear por el Atlas de Marruecos, y los cristianos no veían con buenos ojos que se fuesen ya que supondría para ellos perder una parte esencial de su economía.

Los musulmanes que se quedaron sin salir corriendo tras la conquista cristiana, reciben el nombre de mudéjares (que

Lo de traerse de recuerdo un «Lacoste» también se le ocurrió a fray Tomás de Berlanga, cuando descubrió las islas Galápago y ahí está, colgado en la Colegiata de su pueblo. Disecado claro.

significa tributario, manso, domesticado). Es traducción, no es coña.

Los mudéjares tenían una situación parecida a aquellos otros que los árabes en sus conquistas los tenían como «especie protegida». Cada comunidad tenía un jefe musulmán. Nombrado por el rey, faltaría. Se les permitía rezar a su aire y ejercitar sus oficios. A cambio de capitación o tributo. Generalmente se agrupaban en barrios y se diferenciaban por su forma de vestir.

Afortunadamente en la época mudéjar, siglos XIII y XIV, se estableció una pacifica convivencia entre musulmanes, cristianos y mudéjares que favoreció el desarrollo de España. Salieron ganando: los oficios, el arte, la economía y la cultura en general.

No se puede ocultar que a principios del siglo xv, empezaron a surgir prejuicios antimusulmanes en el pueblo llano, cuesta decirlo, pero es que muchos musulmanes aplicados se estaban haciendo ricos. La convivencia pacífica se estaba apagando y los vientos soplaban encendiendo el rescoldo de eliminar todo lo que no fuese cristiano.

Puesto que disponíamos de reyes muy católicos, estos prejuicios llegaron pronto a influir en la política, y los de «tanto monta...» decidieron atajar el problema. Se olvidaron de los pactos de tolerancia religiosa acordados en la rendición de Granada, que obligaban a cuarenta años sin echar a patadas a nadie, y volvieron al asunto de los bautizos. Se promulgó un edicto por el cual, todo judío que no se quisiese bautizar tendría que dejar España. Por si acaso el papa se enfadaba, decidieron antes, en 1478, nacionalizar una de las empresas más importantes de España. No la telefónica: La Inquisición. En el futuro, los inquisidores serían nombrados por el rey o la reina de turno y no por el papa.

En 1499, (ya está a punto Carlos V de desembarazarse de la placenta), el poderoso cardenal Cisneros, se plantó en Granada dispuesto a hacer una campaña de «inmersión cristiana»

de conversiones forzadas y a quemar todos los libros islámicos que encontró.

No sorprende que se alterasen los nervios de los granadinos de turbante y los judíos con la visita del cardenal y se montó una insurrección. Poco duró, más o menos un año, y al final, 1492, se aplicó a los musulmanes de Granada la misma fórmula que a los judíos: bautismo o exilio. Muchos optaron por el bautismo aunque sin ningún cambio en sus convicciones y rezaban a los suyos de escondidillas.

En 1525 y 1526 se adoptaron las mismas medidas contra los musulmanes de otras provincias. Aunque desde esas fechas ya no hubo musulmanes en España. Los gobernantes españoles hubieron de enfrentarse con el problema de los moriscos un siglo más.

Comenzamos diciendo que al emperador Carlos V le faltaban aún ochocientos años para nacer. Ya ha nacido el de Gante. Ya cuenta veinticinco años, y gasta un montón de soldados y ducados allá por Flandes. Afortunadamente, Colón había descubierto parcelas donde el comercio se efectuaba por el sistema del trueque y se cambiaban espejitos y rosarios por piedras doradas muy brillantes que servían para sufragar los gastos del Imperio que se estaba creando en el que no debía de ponerse el sol.

España está camino de convertirse en un poder imperial. Con una gran parte de hombres en edad de guerrear fuera de España, los turcos marchando hacia Viena (tomada en 1529) indicaban que había que tomar conciencia de la amenaza islámica. Se hacía imprescindible la unidad espiritual y lograr una auténtica unidad de credo. Vamos que, judíos fuera y musulmanes fuera; decidieron Isabel y Fernando.

Otro de los problemas que había que atajar, no era de religión. Era demográfico.

Los musulmanes nos ganaban por goleada en la producción de *bambinos*. Nos ganaban entonces y nos ganan ahora. Antes porque no se lo pensaban dos veces, y que por tener un puñado de mujeres tenían que cumplir con todas y la producción aumentaba. Ahora, especialmente desde que se inventaron los utilitarios de cuatro plazas y abuela comprimida, el cochecito no da para más y los carnés de familia numerosa han dejado de extenderse pese a haber reducido el número a tres vástagos.

Dicho sea de paso, los cincuenta millones que Europa necesita que lleguen de fuera, en un corto plazo si queremos que el euro siga valiendo, antes de lograr su utilitario, se ocuparán de que los fabricantes de «potitos» hagan su agosto y las próximas *remesas* de chavalillos de colores llenarán nuestras calles. Inútil pretender oponerse a la corriente; los necesitamos y nos necesitan.

Por último, y no como final, en 1609 y 1614 se promulgaron edictos de expulsión y como consecuencia medio millón de moriscos emigraron al norte de África.

No fueron felices. Con su mezcla de culturas, islámica y cristiana, adquiridas en España, se sentían superiores a sus correligionarios musulmanes fuesen bereberes o no. Ya se habían acostumbrado a caminar por los llanos sin arena y lo de subir montañas por allí por el Atlas se les hacía cuesta arriba.

## Arte y cultura

Sin dejar de reconocer que los árabes aportaron un notable acervo cultural durante su estancia en la España islámica. Al menos yo, no pienso ponerme al lado de los que desde que se marcharon se empeñan en presentar a nuestros artistas de pincel como pintores de brocha gorda, a nuestros escultores y maestros canteros como simples picapedreros y a los poetas

de casa como incapaces de rimar un pareado. Me parece una exageración.

Puede que al inicio el choque con una civilización definitivamente más avanzada, si se quiere hasta superior, marcase una gran diferencia, pero es indudable que en un período tan largo esta fue disminuyendo.

El proceso se inició ya en el siglo x con la repoblación de las tierras fronterizas de los dominios cristianos con mozárabes de los territorios musulmanes, y gradualmente aquella población y su cultura se convirtieron en parte integrante de los reinos cristianos. En una segunda etapa la existencia de grandes comunidades de musulmanes, los mudéjares, dentro de los Estados cristianos facilitó la asimilación entre las dos culturas.

Cuando los cristianos del norte se empezaron a familiarizar con Toledo en el año 1085, con Córdoba en 1236, con Sevilla en 1248 y con otras ciudades islámicas menores, aceptaron plenamente la forma de vida que se había desarrollado en al-Ándalus. Salvo en el aspecto religioso, como es de suponer.

Me parece que no cometo grave error si mantengo mi creencia de que el resultado no fue otra cosa que la simbiosis de las sociedades arábigo-islámica e ibérica.

El pensamiento del gran aristotélico Averroes penetró en la Europa cristiana incluso mejor que en los grandes centros islámicos pero no podemos olvidar la filosofía de Santo Tomás de Aquino.

El arte mudéjar, a entender de muchos, no es tanto el arte que producían los mudéjares y sí el arte que surgía de una unidad cultural, el precioso botón de muestra: el Alcázar de Sevilla. Otro tanto ocurre con el arte nazarí, con su máxima expresión en la Alhambra de Granada.



## Glosario

**Almohades.** Algo parecido a los *almorávides\** hasta 1269. ¡Cómo pasa el tiempo!

**Almorávides.** Dinastía bereber. Reinó en el Occidente musulmán entre los años 1093 al 1198.

**Almuacín** o **almuedano.** Megáfono de pilas gargantiles que se coloca en los minaretes de las mezquitas para llamar a la oración.

**Arrianismo.** Se aplica a los seguidores de Arrio. Arrio, filósofo griego (280-336) *heresiarca\**. Un hereje empeñado en sostener que Dios hijo no es consustancial de Dios padre. Dicho de otra forma que Jesús fue uno más entre los hombres.

Atlas. No se refiere a ese libro gordo que tenemos en la estantería lleno de mapas y que raras veces consultamos. En este caso se refiere a la encrespada espina dorsal de Marruecos. Una sucesión de montañas que la atraviesan en diagonal y que desde la orilla de agua por un lado y el desierto por otro, se van alzando hasta alcanzar más de dos mil metros de altura a sólo trescientos kilómetros de la orilla, a ojo de buen cartógrafo. El «montserratino» espinazo tiene una longitud de dos mil trescientos kilómetros.

Cister o Císter (suf. CRIST). Orden religiosa fundada en Francia por San Roberto en 1098, dispuesta a recuperar la perdida austeridad benedictina. Se introdujo en España en 1133 con la fundación del monasterio de Moreruela en Zamora. Siguieron los de Fitero, Las Huelgas, Poblet... Influyó en la creación de las órdenes de Calatrava, Alcántara y Alviz. La orden fue reformada por el papa Benedicto XII en 1335.

La arquitectura difundida por el Cister, se caracteriza por la austeridad y búsqueda de luminosidad que marcó la transición de Románico al Gótico.

**Dux.** Solo me atrevo a apostar que sea un cargo análogo a los dux de las repúblicas de Venecia y Génova; príncipe o magistrado supremo.

**Hégira** o **hegira**. Era cronológica de los musulmanes que se cuenta desde la puesta del sol del día 15 de julio de 622, El día que Mahoma inició su «maratón» de La Meca a Medina debido a que en La Meca no gustaban sus prédicas.

Se compone de años lunares de 354 días y para redondear se intercalan once años bisiestos cada período de treinta.

Heresiarca. Promotor de una herejía contra el dogma.

**Idólatra.** *a)* individuo enamorado hasta los tuétanos. *b)* Se aplica a todo aquel que sea capaz de tomar por divinidad lo primero que se le ocurra: el sol, una montaña, un pedrusco gordo, una palmera... y tomárselo a pecho.

Las Marcas. Nada tiene que ver con una región de Italia en la costa del Adriático así llamada. Las Marcas de la España islámica, se refieren a aquellas zonas, tierra de nadie, entre los dominios acotados por los cristianos y los acotados por musulmanes. Existían tres marcas: la superior por la zona de Zaragoza, la media por Toledo y la inferior por Mérida.

Magreb o Mogreb. Si imaginativamente colocamos un gorrito sobre la cresta del continente africano, quedará cubierta la parte verde a la que llega la brisa del mar Mediterráneo y del océano Atlántico: Marruecos, Argelia y Túnez, El Magreb. Al lado Libia y Mauritania. Y lo que queda sin cubrir es arena, arena, más arena y algún camello que otro.

**Marrano.** *a)* Productor de riquísimo colesterol en lonchas. *b)* Se aplicaba a los conversos de mentirijilla, que rezaban a su aire a escondidas.

**Mudéjar.** Arte arquitectónico que consiste en dejar algunos ladrillos mal puestos en las edificaciones, sobresaliendo de las superficies planas. Eso sí, artísticamente colocados.

**Muladí.** Cristiano que abrazó el islamismo o hijo consecuencia de «abrazos» entre cristiano y mahometana o «jergoneo» entre mahometana y cristiano.

*Negus*. Nombre dado al emperador de Albania. No sé el por qué.

**Paleólogo.** *a)* Individuo empeñado en buscar entre las peñas y fósiles lo que hacían los que se murieron hace miles de años. *b)* Miembro de la dinastía Paleólogos. Última dinastía de emperadores bizantinos (1261-1453).

**Politeísmo.** Religión que admite como Dios a todo ídem. Hay zonas en la cubierta del globo que son increíblemente politeístas. En Japón, por ejemplo, además de un pequeño puñado de cristianos que sembraron los jesuitas, y siendo sus principales religiones el sintoísmo y el budismo hay nada menos que dos mil religiones más. De santos no digamos, hasta las grandes empresas, tamaño Mitsubishi o Panasonic, tienen santo propio.





# Un «plurivalente»

n la escuela nos hacían memorizar —además de los rezos preceptivos, los Mandamientos y los Misterios del Santo Rosario—, fragmentos de poesías destacando memorables batallas y gestas de los grandes hombres de la historia. Fragmentos que quedaron en nuestras esponjosas cabezas como cicatriz de pedrada.

Con cien cañones por banda / viento en popa a toda vela...

## Aquel otro del Cid Campeador:

Victorioso vuelve el Cid a San Pedro de Cardeña / de las guerras que ha tenido con los moros en Valencia. / Las trompetas van sonando por dar aviso que llega / y entre todos se señala el relincho de Babieca...

A rincón de patio, amagados de los maestros, aprendíamos otros retazos más coñones con los que nos chispeaba algún rapsoda picante.

Y yo me la llevé al río creyendo que era mozuela / y resultó que era un tío... y por poco me la cuela.

Los fragmentos de patio nos divertían, sin más. De los históricos cada cual a su infante entender daba cuerpo a su caudillo, guerrero o descubridor con admiración y hasta con deseos de emularlo. Lo curioso es que se nos quedaron incrustados de por vida, aprendidos de carrerilla como la tabla de multiplicar pero no te enterabas del fondo de la cuestión; ni de dónde caía

San Pedro de Cardeña ni el porqué de las peleas. Caso de *el Campeador*.

Sabíamos que el tipo mataba moros como si chinches fuesen y aprendimos que a los que mataba eran infieles. A lo que correspondía decir ¡Hurra!

Puede que no fuese tan así y que empezando por *El Cantar del Mío Cid* sea conveniente meter sus historias y leyendas en cuarentena y lejía si queremos sacar algo más limpio.



## En el patio

- -Ramón, si me cuidas te regalo el tirachinas.
- —Venga vale, Lucas. Dámelo y si se mete alguien contigo me avisas.

El diálogo en solicitud de protección tiene lugar en el patio del colegio. Entre *el Tirillas* Lucas, apodado «gafotas», y el grandullón Ramón. Ramón con un par de cursos de retraso y sobresaliente en estatura está siempre dispuesto a ofrecer sus servicios.

Para reforzar su protección cuenta con la pandilla de pequeñazos que además de sentirse fuertes por estar del lado del matoncillo de patio, reciben contentos el regaliz que Ramón les regala comprado con dinero de sus protegidos.

- Ramón, si me proteges en lugar de defender a Lucas, te regalo esta peonza con rejo de acero y cuerda de lino trenzado,
   le dice Antonio.
  - Venga la peonza.

Ramón, con su pandilla, deja de proteger a Lucas y asegura a Antonio que nadie se atreverá a mojarle la oreja. Se queda también con el tirachinas.

Protectores como Ramón existen en escuelas y barriadas. ¿También en la Historia ha habido «Ramones»? ¡Claro que sí! Estos «Rambos» han existido siempre. En solitario como matones, en pandilla como lideres de barrio, en las guerras como jefes de mesnadas y más modernamente como padrinos de mafias.

Vamos a conocer a uno de ellos: Un plurivalente llamado Rodrigo.



## **Ficha**

**Rodrigo** nació sabe Dios cuándo, y los demás sabemos donde: en Vivar (Burgos). El año, uno de aquellos del siglo xI —no está muy claro cual. El día menos.

De muy joven, dieciséis o diecisiete años, entró al servicio de un mandón de España. ¿De quién? ¿Cuándo? ¿De qué España? Empezamos bien.

La España, la de entonces: aquella *Hispania* que para hacernos idea de sus fronteras hemos de compararla con esa imagen que nos dan las zonas desérticas cuando se tira sin llover unos cuantos años y el barro se seca y se cuartea formando pequeños rodales de caprichosa geometría separados por grietas. Por aquel entonces nuestra España estaba formada por rodales llamados *taifas* o banderías; pequeños reinos surgidos a causa de la desintegración del califato de Córdoba. Unos más grandes y otros más chicos, estos reinos trataban de manejarse cada uno a su aire; eso sí, siempre los amos de los rodales grandes tratando de apoderarse de los chicos.

Los reinos de taifas no destacaban por el arrojo, la magnitud ni la preparación de sus ejércitos y cuando había necesidad de

defenderse de algún ataque de los vecinos resultaba más práctico contar con algún «Ramón» al que se hubiese regalado un tirachinas o peonza. Era el famoso pago de la época llamado parias. Los reyes con más poderío y más abultado ejército cobraban altas parias a los reyes de taifas menores asegurándoles la protección con sus ejércitos. Por ejemplo: si en el reino de León había un rey poderoso y en el de Murcia uno con menos capacidad guerrera, el rey murciano pagaba unas buenas parias y podía pedir auxilio al de León. Así se funcionaba. Si el de León era cristiano o cristianísimo y el de Murcia se tiraba al suelo cinco veces al día, cada vez que desde el minarete le llamaban a oración, y además no comía carne de cerdo, eran pequeñeces que no tenían relevancia. Para los que cobraban parias la pela era la pela y la pelea la pelea. Los cobradores del impuesto protector preferían que no hubiese guerras. Cobraban igualmente.

Para hacerle el DNI al de Vivar vamos a situar su fecha de nacimiento en 1050. Que los historiadores sigan espulgando legajos para ver si fue en el 48 o en el 51 poco importa. También rellenaremos como es menester la casilla correspondiente a: hijo de... (descendiente de..., entendamos, no otra cosa) Se cree que su padre fue un noble llamado Diego Laínez y de su madre, que sin duda la tuvo, los rebuscadores de papeles han conseguido montar su linaje pero no han llegado a saber cómo se llamaba la mujer. Algunos dan a «doña X» el nombre de María Rodríguez.

Ya lo tenemos fichado.

Cuando nació Rodrigo reinaba en León **Fernando I.** Había pillado corona por el acierto de haberse casado con doña Sancha, una hermana de Vermudo III último rey de León.

A Vermudo se lo cargaron en una batalla. Fernando le dijo a Sancha: «Chica, siento mucho lo de tu Vermudo». Y se quedó con «la peonza».

En el año 1065, a la muerte de **Fernando I** *el Grande*, el reino de León era como el apodo del rey: grande. Desde el Atlántico hasta las fronteras de Navarra y desde el Cantábrico hasta las tierras musulmanas de al-Ándalus, todo era reino de León.

El rey Fernando I no había puesto demasiado interés en agrandar la parcela con zonas más lejanas. Bastante tarea había tenido Castilla en recuperar y pegar los trozos que en más de cincuenta batallas había roto otro «Rambo», malagueño por cierto, llamado Almanzor. Caudillo que vivió desde el año 940 al 1002 y mató a todo cristiano que pilló en las tres últimas décadas de su «rambeo».

De los tres Fernando I que nos da la Historia, nos estamos refiriendo a *el Grande* o *el Magno* aquel que reinó como rey de León durante medio siglo. Nada que ver con Fernando I de Aragón, y menos con Fernando I de Habsburgo. Ambos mucho más «recientes».

Lo anterior no quiere decir que Fernando I renunciase a sacar tajada de la España musulmana. Aprovechando que el Califato de Córdoba había saltado hecho añicos a causa de batallas intestinas (se sacaban los intestinos unos a otros) y se había dividido en múltiples banderías cada una con su amito, se le presentó la oportunidad y la aprovechó.

El poderoso rey puso en oferta sus ejércitos y sacó provecho de su superioridad militar. La oferta consistía en imitar a aquel Ramón de patio de colegio de los tirachinas o peonzas. Pidiendo a cambio importantes *parias*, se comprometía a acudir en ayuda de cualquier musulmán de una taifa que fuese disturbada por el vecino. El truco consistía en que todos fuesen socios de su seguro protector. ¡Y pobre del que no pagase *a la vista*! Los morosos, no le gustaban nada al poderoso Fernando. Tenía cinco herederos y dispuesto como estaba a dejarlos bien apañados. No perdonaba ni un euro de aquellos del siglo xi, llamados maravedí.

Fernando I aportó a la dinastía de Navarra, unas cuantas hectáreas, y también cinco herederos mal avenidos: una Urraca, un Sancho, un Alfonso, una Elvira y un García.



«Para el pequeño, la plaza de parking; para la nena, el apartamento de Torrevieja; para el mayor, el piso, y para el que está terminando la carrera, el Seat».

Un testamento en el que aparezcan últimas voluntades de esta guisa es garantía de que antes de que el cuerpo del difunto se enfríe, la nena, el estudiante y el mayor, se habrán dado de hostias. Falla algunas veces, pero poquitas.

El caso de Fernando I, uno más. Había dispuesto en su testamento que a su muerte se cuartease su territorio y se repartiese entre sus hijos varones; para **Sancho**, Castilla hasta el río Pisuerga, parcela más bien chiquita; para **Alfonso**, el reino de León, y para el más pequeño, **García**, Galicia y Portugal hasta Coimbra.

El infante don **Sancho**, se pilló un globo de los de explotar al menor pinchazo al enterarse que papá-rey le había hecho la faena de adjudicar a sus hermanos parte de lo que *solo a él* le correspondía.

Había también dos chavalas: la primogénita Urraca y otra no tan urraca llamada Elvira. Para estas, ni flores. Culpa de ellas por haber nacido hembras en el siglo xi.

Los ingresos de las parias de las taifas protegidas fueron también distribuidos según testamento: para Sancho, lo que pagaban los de Zaragoza; para Alfonso, las que se cobraban en Toledo, y para García, las de Sevilla y Badajoz.

Como era de esperar, el contento no fue general. El rey Fernando había muerto en diciembre del año 1065. Hasta noviem-

bre de 1067, la viuda Sancha fue capaz de sujetar los espadones de sus niños para que no se hiciesen ni un rasguño. Pero en cuanto murió doña Sancha se desenvainaron las tizonas de la avaricia.

Para poder arrearse coronazos entre los dos hermanos reyes de Castilla y León, Sancho y Alfonso, sobraba el tercero: el pequeño García. Siendo tres no se podía pelear mano a mano —hermano a hermano—. Mejor eliminar al tercero.

La cuestión fue fácilmente resuelta: el rey García, nombre más propio para un representante de embutidos que para representar un reino, fue amablemente desposeído de sus bienes por sus queridos hermanos y desterrado a Sevilla, reino taifa musulmán del que García había recibido parias. Entre Alfonso y Sancho se repartieron las tierras, las piedras, y las parias... y más tarde las hostias. Eliminado *El Tercer hombre,* había que repartirse Galicia y no se ponían de acuerdo en cuantos gaiteros le tocaban a cada uno. Tuvieron que recurrir al infalible sistema de enfrentar a sus respectivas huestes y que entre ellas dilucidasen a sablazos. Ganó Sancho.

Alfonso cayó derrotado. Sancho, para que su hermano disfrutase de acogedora mazmorra y sólidas cadenas, lo alojó en Burgos, después lo echó del reino y le obligó a fijar su residencia en el reino taifa de Toledo.

Sancho había conseguido rejuntar todo lo que su padre había segregado y estaba por el éxito que se besaba. ¡Felicidades Sancho!

Sin más hermanos a quien vencer o desterrar, se acordó que tenía una Urraca en Zamora. La Urraca vivía tranquilamente manejando su pequeño reino zamorano sin meterse en líos, hasta que su hermanito Sancho se los lió. Se le antojó Zamora y la sitió. Pero la Urraca, prisionera en su amurallada jaula, se las ingenió para que Sancho no la despachase.

A Sancho, pese a que no atacó con armas de fuego —no había en el mercado de entonces—, le salió el tiro por la culata. Lo engañaron como a un lerdo de segunda clase.

Mientras dirigía el cerco de Zamora, un caballero llamado Bellido Dolfos se escapó de la plaza a zancada de desertor y fue corriendo hacia Sancho, que como es natural lo esperaba a lanzas abiertas. Un desertor siempre aporta noticias de los sitiados y hay que escucharle con atención. Después se le puede decir lo de «Roma no paga traidores» pero primero escuchar. El «desertor» Bellido, pues tal no era, en cuanto estuvo frente al rey de Castilla, León y Galicia, le endilgó una puñalada por Castilla, otra por León y una tercera por Galicia.

¡Mal final! Cinco años *luchando*, por reunificar territorios —desde la muerte de la viuda Sancha en 1067— para terminar cosido a puñaladas.

Algunas crónicas de la Historia recogen como maquinación de su hermana Urraca la movida del falso desertor. No sería de extrañar. Con sus hermanos varones no se había portado muy bien Sanchito.



Antes de que muriese el rey Fernando y la cagase segregando la gran parcela que tenía, su hijo mayor, varón, ya sabemos que las *urracas* no contaban, era el príncipe heredero de los reinos y como tal principito, tenía su pequeña corte. Entre sus servidores había un doncel diez años menor que el príncipe con el que se llevaba de maravillas. Lo había enchufado su padre que prestaba servicios de espada al rey. **Rodrigo** se llamaba el doncel.

Sancho II, siguiendo las enseñanzas de su padre, ponía a disposición de las taifas su ejército de alquiler con contrato de

iguala y parece ser que su muy amado doncel Rodrigo participó cuando Sancho fue llamado a Zaragoza por el rey musulmán al-Muqtadir.

Un tal Ramiro I de Aragón se había metido con el moro protegido de Sancho y de acuerdo con la *póliza de seguro* firmada, había que cargarse al Ramiro I. Se lo cargaron, fue en la batalla de Graus. Batalla en la que intervino nuestro Rodrigo a satisfacción de su señor. Quizás su primera hazaña.

Otra muesca en la empuñadura de su espada la ganó el bisoño guerrero peleando contra un musulmán de Medinacelí en defensa de la frontera castellana en Berlanga de Duero al dar muerte al incómodo vecino sarraceno. Puede que por ello llegara Rodrigo a ser el primer alcalde de la villa de Berlanga de Duero. Así está escrito en la villa, en un pedazo de pizarra pegado en una pared de adobes para el que lo quiera ver.

Cuando empezaron las trifulcas entre hermanos, por aquello del reparto de gaiteros y metros cuadrados, Rodrigo, ya armado caballero, prestó gran apoyo a su amo Sancho y pese a su juventud, más o menos quince o dieciséis años, parece que el muchacho daba leña como nadie.

Al quedar su amo Sancho patas arriba a las puertas de Zamora, Rodrigo no perdió un instante en cruzar la calle y colocarse en la acera del nuevo rey **Alfonso**; dueño y señor ahora de las tres parcelas y con ganas de seguir urbanizando Iberia. Como hombre de armas Rodrigo no tenía otras habilidades a las que dedicarse y no era cuestión de quedarse cruzado de espadas. El rey Alfonso no dudó en tomar a su servicio al joven que estaba cogiendo fama de Rambo.

Alfonso VI *el Bravo*, el nuevo jefe de Rodrigo, había barrido bajo la alfombra de su palacio algunas *pelusillas grises*. No estaba claro que el asesinato de su hermano Sancho no fuese hechura de Alfonso y Urraca, pues corría la voz de incesto entre los hermanos. Si añadimos que al tercero de los varones, García,

desterrado a Toledo, cuando se aventuró en asomar la cresta lo encerró en un castillo hasta su muerte, más pelusilla. O sea, que *el Bravo*, parece ser que tampoco era *hermanito de la caridad*.

Rodrigo, debía de tener bastante mosqueo con la catadura moral de su nuevo señor. Y para asegurarse y poder agarrarlo por las partes bajas, se atrevió a pedirle que le jurase que nada había tenido que ver con la muerte de su hermano Sancho, anterior jefe de Rodrigo y por el que sin duda el de Vivar sentía respeto y afecto.

El rebote real de Alfonso fue tan gordo que pese a quedarse sin su Rambo preferido lo desterró por preguntón y sabihondo. Al menos así es como Rodrigo justificaba ante sus esbirros el haberse quedado en paro. Mas la cosa tenía mayor enjundia: Alfonso había enviado a Rodrigo a Sevilla a cobrar unas parias y un chivato trepa le había cacareado al rey que el cobrador Rodrigo, se había quedado con gran parte de los regalos que el rey de Sevilla le había entregado para su amo.

Como consecuencia de ser un sisador de regalos, y por haberse atrevido a «dudar» de su señor, en el año 1081 sufre Rodrigo destierro venial. Las condiciones no eran muy crueles; podía llevarse sus soldaditos, sus caballos y dejar a su mujer en Castilla. Así se establecía en el fuero. Diferente cuando se desterraba a un vasallo por traición. Más adelante Rodrigo alcanzaría tal rango pero de momento sus cargos eran menores: preguntón y sisador.



## **SE OFRECE**

Caudillo con tropas propias y buenas referencias, para liquidar enemigos, infieles o cristianos.

Precios ajustados.

Anuncio que el *infiel* Rodrigo habría puesto en los trípticos de buzoneo por los castillos de *Hispania*, de haber dispuesto de una multicopista. Como faltaban siglos para tal invento —lo menos tres— no le quedó otro remedio que hacerlo a uña de *Babieca*, en un fatigoso viaje: Burgos-Barcelona-Zaragoza.

En Barcelona presentó su curriculum a los condes «capicúa». Dos hermanos corregentes del condado: Ramón Berenguer II y Berenguer Ramón II (como Otan y Nato). Sabía Rodrigo que estaban necesitados de mano de obra machacadora y pretendió vender sus servicios. Los «capicúa», que no coincidían en opinión ni por esas, no llegaron a acuerdos con Rodrigo y éste se vio obligado a cabalgar Los Monegros hasta llegar con su oferta al rey de Zaragoza. Taifa rica, importante y en conflicto familiar. En su macuto Rodrigo se traía de Barcelona un frasco de leche agria para el futuro.

Antes de dejar a los «capicúa» hijos de Ramón Berenguer I, recordemos sus apodos: el padre era conocido como *el Viejo*, Ramón como *Cabeza de Estopa* y Berenguer conocido como *el Fratricida*. Este último se había ganado el apodo al decidir que para manejar un condado como el de Barcelona dos hermanos eran demasiado. En un viaje que hacía Ramón, de Barcelona a Gerona, recibió un *viaj*e de parte de su hermano que le descompuso el itinerario y el cuerpo. Pero de momento, para la historia de Rodrigo, lo tenemos vivo.

(Ver en Salpicones Históricos I, El Santo).

Aclaremos ahora el motivo por el cual el desterrado Rodrigo ofrecía sus servicios en Barcelona y Zaragoza.

En Zaragoza reinaba uno de los más notables reyes de los musulmanes **al-Muqtadir**, admirado hasta por Maimónides; culto astuto y por si fuese poco más que rico.

El musulmán de Zaragoza era mago en habilidades tortuosas. Había ensanchado su bandería anexionándose Tortosa y Denia; con Alfonso VI había cerrado acuerdos para una especie de protectorado en Valencia y para hacerse con Lérida se había apoderado de su mayor rival **al-Muzaffar** (que mira por donde, era su hermano mayor).

Al gran rey moro le había salido un hijo torcido que se había montado su propia *taifilla* y se había apoderado de Denia como anticipo de herencia por si papá moría.

Denia era una taifa muy apetitosa para los condes de Barcelona, en su pretensión de frenar la expansión del rebelde príncipe musulmán al-Fagyt e igualmente atractiva para **al-Muqtadir** dispuesto a seguir ensanchando su reino y dar un pescozón a su niño para achantarlo.

Si los Berenguer (los capicúa) hubiesen contratado los servicios del mercenario de Vivar, los acontecimientos hubiesen sido muy diferentes pero no hubo *consenso* entre los hermanos.

Camino de Zaragoza a algunos seguidores de Rodrigo de los que pensaban que hubiese sido más rentable quedarse al lado de los Berenguer empezaban a oxidárseles lo ánimos. A la totalidad se les oxidaban lanzas, espadas y carrocerías metálicas de guerrear. Llevaban cabalgando más de mil quinientos kilómetros sin encontrar donde meter espada y el entusiasmo decaía temerosos de que el moro de Zaragoza no aceptase tampoco las condiciones de Rodrigo. Por fortuna no sucedió así. El viejo rey moro al-Muqtadir recibió a su viejo amigo *Rodri* con un interesado abrazo real. Se habían conocido siendo Rodrigo un adolescente, algo así como el mochilero del infante Sancho. Fue en la batalla de Graus. Batalla que dirigía el propio al-Muqtadir, con un ejército mixto de moros y cristianos.

Ahora estamos en 1081. Rodrigo cuenta treinta y un años y el viejo rey moro está a punto de marcharse con Alá. Lleva treinta y seis años reinando y ha decidido delegar en su hijo mayor **al-Mutamin.** El menor, **al-Fagyt** se quedó por las bravas con lo que ya gobernaba en nombre de su padre: Denia, Tortosa y Lérida.

Rodrigo y sus huestes consideran que un muerto es un muerto y que el camino que después su alma tome no es cosa de ellos. Su cometido es cargarse cuantos más mejor y en su profesión no hay diferencia entre moros o cristianos. Amparados en tan santa filosofía y muerto el viejo al-Muqtadir, se ponen al servicio del nuevo rey moro al-Mutamin.

Y comienza para Rodrigo el período de cargarse moros...



Para que las pequeñeces se resuelvan en familia, al-Mutamin decide que la primera batalla ha de ser casera, y pide a Rodrigo que debute contra al-Fagyt, su hermano.

Al-Fagyt que no tiene ganas de dejar de reinar, prefiere defenderse y pelear con su hermano al-Mutamin. Monta en cólera y en caballo y sale a galope a pedir ayuda a los de Barcelona. A la vez monta una alianza con Sancho Ramírez rey de Aragón y de Navarra.

Aquí no se trata de que los cristianos condes de Barcelona o Sancho de Navarra, cobrasen parias al moro de Lérida. El argumento era impedir que el ambicioso moro de Zaragoza continuase mordiendo linderos.

No se produjo el enfrentamiento. Los musulmanes de Monzón, cuando vieron el **monzón** de polvareda que originaban los caballos que acompañaban a Rodrigo, abrieron puertas y brazos y salieron a recibirlos.

- —Rodri, ¿qué te parece si restauramos y fortificamos el castillo de Almenar? Tendríamos a solo veinte kilómetros de Lérida una fortaleza propia.
- —Mutamin, parece que tienes ganas de marcha ¿no? A tu hermano le parecerá una tocada de narices que le clavemos una flecha en el corazón de su reino de Lérida.

- —Hombre, ha sido tan fácil lo de Monzón que estoy animado.
- —Si te hace ilusión por mí que no quede. Si hay que ir, se va. Mis muchachos lo mismo matan moros que cristianos que rehabilitan castillos. Lo podemos dejar majo.

Al enterarse al-Fagyt que se estaba restaurando el castillo de Almenar a punto estuvo de sufrir un infarto de *incordio*. Desde Lérida salieron caballos, con jinete encima, en busca de ayuda, llevando urgente mensaje a todos los condes de Cataluña, incluidos los *capicúa*. En todos los caminos se escuchaba el *morse* de los cascos ... --- ... --- El SOS de los caballos llegó con claridad a todos los condados y mucho más claro el mensaje de los jinetes: «Si Rodrigo y sus esbirros se nos colocan en Lérida jodida tenemos cualquier expansión futura hacia el sur» ¡Help!

Se unieron los condes para condenar. A excepción del conde de Pallars todos. Había que abortar el proyecto de al-Mutamin y obligarle a que suspendiese las obras. Sitiaron a los albañiles del castillo y se las hicieron pasar más que putas a los pobres currantes. Hasta el agua les cortaron.

Llegó Rodrigo y sus muchachos. Vio la que tenían montada los asediadores coligados y consideró oportuno proponer a Mutamin que lograse un acuerdo con su hermano para que les dejasen terminar de alicatar el castillo que estaba quedando chulísimo.

—Creo que será mas práctico que ofrezcamos una buena pasta a tu hermano y pedirle que nos entregue la fortaleza y la taifa. Pasta no te falta —propuso Rodrigo. Tras un dudoso silencio de Mutamin, Rodrigo añadió: —Además, te diré otra cosa Muta, no me apetece matar cristianos por muy desterrado que esté por el rey Alfonso.

Mutamin accedió a desprenderse de un buen pastón y reservarse a Rodrigo para empresas más ambiciosas. Resultaría práctico comprar a su hermano la taifa con fortaleza incluida. Como preceptivo en estas lides, se enviaron mensajeros a parlamentar con los sitiadores y hacer un guiño con la bolsa.

¡Están acojonados! —comentan los sitiadores entre sí—. Nada de compensaciones económicas dijo el moro jefe. ¡Caña al cabroncete de mi hermano! Los catalanes pese a que se les escapaba lo de ...es bona si la bolsa sona estuvieron de acuerdo en no ceder. ¡Más les hubiese valido!

La respuesta fue de choque inevitable. Se encontraron en la explanada y los poquitos cristianos que quedaron vivos vieron como los vencedores se llevaban, de acuerdo con las reglas de la guerra, hasta el último cordel del campamento de los sitiadores. Todo porteado por los vencidos que habían tomado como esclavos. Como pieza mayor, se llevaron a uno de los condes de Barcelona, **Berenguer Ramón II**, el otro, el inverso (inverso, no invertido) Ramón Berenguer, no había dado la cara. Se quedó en Barcelona.

Buena parte de la recua de al-Fagyt, recibió con alegría la oportunidad de pasarse a las mesnadas del Rodrigo, que ya estaba situado en la cabecera de la lista de los «Cid-principales» por sus éxitos. A los mandones y a la pieza gorda del «niño rebelde» se los *mazmorró* en un castillo.

Unos cuantos días después, Mutamin dio la libertad a los prisioneros con sorpresa para Rodrigo y sus jefes militares. No entendían el gesto misericordioso del rey moro; natural, a nadie había dicho el rey el precio que habían pagado por su libertad.

Mientras el desterrado Rodrigo machaca cristianos, Alfonso VI sigue a lo suyo cargándose moros. Sin Rodrigo, ataca Rueda, pero las cosas no le ruedan bien al Rey. La fortaleza de Rueda junto al río Jalón y a unos treinta y dos kilómetros de Zaragoza, era de aquellas que se consideraban inexpugnables. Aún no se habían inventado los *bazookas* y los morteros eran

de esos de machacar ajos y no fortalezas. Tres líneas de murallas y un tajo de cincuenta metros aseguraban la protección.

La fortaleza la utilizaban los gobernantes de Zaragoza para refugiarse cuando les entraba el canguelo y para encerrar a enemigos de alto rango, presos de Estado, cuando los pillaban vivos. Allí estaba el anterior rey de Lérida al-Muzaffar —hermano del anterior rey al-Muqtadir— como huésped invitado haciendo palotes en la pared con sus uñas para contar los días.

De que no se escapase el pájaro se había hecho responsable el alcaide al-Bofalac, que no debía de estar muy contento ni con el puesto ni con el sueldo. Tan descontento, que de acuerdo con el real prisionero le montó un tinglado a su jefe que le pudo costar hasta la vida a Alfonso VI.

Debido a que la zona estaba bastante liadilla y como Mutamin pagaba religiosamente las cuotas de protección al rey Alfonso, las celebres parias, pidió a éste que viniese en su ayuda. Alfonso bajó de Castilla acompañado de más nobles y vasallos de los que puedan reunirse en una boda real. Mientras Alfonso y sus magnates acampaban cerca de Rueda esperando acontecimientos, se murió el prisionero ex rey de Lérida y el traicionero alcaide se vio obligado a cambiar sus siniestros planes. Convenció al infante Ramiro acerca de la conveniencia de que la fortaleza le fuese entregada al rey leonés sin resistencia. «Anda vete y se lo dices» fue el recado.

Su plan era otro: sabía que los gallardos reyes acostumbraban a cabalgar en primera línea, mas en esta ocasión que se trataba de tomar posesión de la fortaleza, y tenía previsto que en cuanto Alfonso entrara con sus más destacados magnates cargárselos a todos.

Al-Bofalac, el guardián tramposo, ofrecería al rey Mutamid una espléndida carnicería cristiana con rey incluido y recibiría de él buenas prebendas. Era su plan. Casi salió todo como había previsto, salvo que Alfonso no entró en cabeza a tomar posesión de la fortaleza. Estaría mosqueado, su caballo cojo o sabe Dios lo que le pasaría, el caso es que dijo a sus magnates: «ustedes primero». Los nobles, tras agradecer el detalle, entraron pero no salieron. Uno, dos, tres, cuatro... —contaba al-Bofalac según cruzaban la puerta. ¡Rastrillo! —Se escuchó la voz del estratega—. ¡Leña! —gritó a rastrillo elevado.

Los moros defensores de la fortaleza se liaron con los recién llegados sin darles tiempo a desenvainar. Si notable fue la matanza por el número de muertos más lo fue por el rango de los mismos. Cayeron, entre otros, los infantes navarros Ramiro y **Sancho**, el conde Gonzalo Salvadorez, los hermanos Munio y Vela Tellez, Vermudo Gutiérrez... Nobles que si hoy nada nos dicen, aquel día de Reyes de 1083 ni pío dijeron.

Al rey leonés le hubiese apetecido una inmediata venganza y acabar con todo moro viviente en la fortaleza, pero tenía que ocuparse de los entierros de sus caprichosos nobles caídos en combate. No eran muertos de fosa común o de los de tirar a la cuneta. Cada noble o hidalgo debería de ser enterrado según su última voluntad y Alfonso se vio obligado a llevárselos en su retirada. El infante Ramiro fue enterrado en el monasterio de Santa María (Nájera) al lado de su padre el rey García caído en la batalla de Atapuerca, el conde Gonzalo Salvadórez en Oña, los hermanos Tellez en San Millán de la Cogolla, y así unos cuantos más.

Es más que probable que si el Cid —vamos a empezar a llamarle Cid Campeador— en lugar de estar desterrado hubiese estado al lado de su ex señor, Alfonso habría decidido el ataque a su favor y de enterrar a los muertos con los pies *mirando* a La Meca, se habrían ocupado otros.

Se enteró el Campeador de la traición y la trampa estando en Tudela y salió a toda prisa para ponerse al servicio del que

era su rey cristiano, pese a estar desterrado. Seguramente bajo su casco se ocultaba una sonrisa, al saber que el partido lo habían ganado los moros por tremenda «golpeada».

—Vente con nosotros a Castilla —le dijo el emperador<sup>19</sup> Alfonso VI.

Rodrigo se sintió halagado y perdonado y en un primer momento estuvo a punto de dar escolta a Alfonso, mas se lo pensó mejor y llegó a la conclusión de que más vale rey moro en mano que rey cristiano volando. El rey moro de Zaragoza lo tenía en palmitas y pesetitas y decidió quedarse a su lado. Mutamin lo recibió con musulmán abrazo.



### Morella 1084

Al servicio de Mutamin, el Cid realizó varias campañas depredadoras en las zonas del rey Sancho Ramírez de Navarra y más adelante contra la taifa de Lérida. Mutamin pidió a Rodrigo que reedificase un castillo cerca de Morella para que sirviese de base para futuras operaciones. Como en ocasiones anteriores cada vez que Rodrigo se metía a albañil temblaban los vecinos.

-¡Sancho! -gritó el rey de Lérida a su aliado- .Ya tenemos de nuevo aquí al depredador albañil Rodrigo. Está rehabilitando un castillo a veinte kilómetros de mis narices. Vente con tus muchachos. Tenemos que dar caña a este chaquetero que ahora trabaja para el moro de Zaragoza.

Sancho rey de Navarra y al-Fagyt rey de Lérida, unieron su mala leche y su mala suerte. Con sus huestes acamparon en la

Título oficioso, Rey de Reyes, que concedía el papa al que tuviese bajo su corona tres reinos peninsulares.

ribera del Ebro y enviaron a Rodrigo un imperativo mensaje: «No te queremos ver ni un día más. Si mañana no te has largado se te caerá el pelo y el castillo».

Rodrigo con todo aplomo respondió que seguiría con su plomada poniendo piedras. No hizo ni caso a la amenaza y los dos ejércitos coligados cercaron al Cid y sus chicos dispuestos a todo. Los chicos de Rodrigo cambiaron la llana y la cubeta por la lanza y la espada y arremetieron contra los molestos ejércitos que no les dejaban trabajar en paz.

En la huida de los coligados se ve que los caballos más hermosos eran montados por los magnates más gordos y como consecuencia los guerreros-albañiles iban dando alcance a los magnates uno a uno.

La lista de los atrapados empezando por el obispo Raimundo y terminando por Aznar (es otro) sumaba quince importantes cristianas cabezas. Amén de dos mil prisioneros que no dijeron ni amén.

Hasta Fuentes, que dista 150 estadios (veinticinco kilómetros) de Zaragoza salió la población a esperar a Rodrigo encabezada por Mutamid y sus hijos. La releche de vítores. Entre el botín obtenido y los rescates de los prisioneros un pastón para las arcas del moro.

## **Valencia**

Más de cinco años llevaba Rodrigo matando para Mutamin y la verdad es que el rey no tenía queja. Pero disponer de un caudillo de tal arrojo incitaba a aprovecharlo al máximo.

Zaragoza bien, pero no tenía Mediterráneo. El padre de Mutamin, Muqtadir, ya en el año 1076 había intentado unir a su reino la taifa de Valencia. No había podido ser pero habían quedado amigos con el regente de Valencia Abu Bark. Ahora en 1084 lo intentaría de nuevo su hijo pero por otros medios.

Una boda entre el hijo de Mutamin, Ahmad II y la hija de Abu Bark sería la solución para unir las dos taifas.

La boda se celebró por todo lo alto el 26 de enero de 1085. Acudieron todos los reyes de las taifas y taifillas de al-Ándalus (recordemos que como al-Ándalus eran todos los territorios dominados por los moros, no Andalucía).

Por parte de Abu Bark la operación era interesante. Tener de consuegro a Mutamin que contaba con el infalible Rodrigo suponía que la golosa Valencia no pasaría a manos del cristiano Alfonso empecinado en reconquistarla. El padre de la novia tenía noticias de que al rey de la taifa de Toledo también le apetecía tener una ciudad con Mediterráneo y había propuesto al rey Alfonso un cambio de cromos: «Te dejo entrar en Toledo si a cambio me ayudas a ocupar el reino de Valencia», había dicho el rey **al-Qadir** al *emperador* leonés.

El único que sacó ventaja del proyecto fue Ahmad II que pudo dormir calentito con la hija de Abu Bark. Por lo demás, todo se fue al carajo. Alfonso entró en Toledo a los cuatro meses de la boda referida prometiendo a al-Qadir que lo sentaría en el trono de Valencia. Y por si fuese poco Mutamin se murió.



## Los cristianos

Sin olvidar que estos *Salpicones Históricos* están dedicados al Cid Campeador, vamos a dejarlo un rato que descanse. Ya cuenta treinta y cinco años y debe de estar hecho polvo de tanta batalla y tanto restaurar castillos. Durante el descanso nos ocuparemos del otro equipo: los cristianos y su capitán Alfonso. ¿De acuerdo?

De cómo Alfonso VI se había encumbrado al poder eliminando a sus dos hermanos ya hemos dado fe en las primeras páginas. En el año 1109 ya daría él cuenta a su confesor, si tiempo le daba a ello, de cómo lo había hecho. Lo que toca ahora son sus gestas.

Antes de la conquista de Toledo, 25 de mayo de 1085, el rey Alfonso VI ya había entablado amistad con el rey al-Mamun, que lo había acogido generosamente en la ciudad del Tajo. En el año 1072 antes de salir de Toledo para reinar en León, Castilla y Galicia, había dejado lacrada amistad con al-Mamun.

En 1074 el rey moro y el rey cristiano hacen juntos un interesado viaje a Andalucía. Mamun incorpora Córdoba a sus dominios y Alfonso dineros a sus arcas poniendo parias al rey de Granada. Al poco tiempo asesinan al moro Mamun y la sucesión cae en su nieto al-Qadir, al que Alfonso ha prometido sentar en el trono de Valencia a cambio de abrirle las puertas de Toledo.

Pronto el sucesor, al-Qadir, vio como se desgajaba el reino de Valencia del reino de Toledo. No mucho más tarde pierde Córdoba, que pasa a la taifa de Sevilla. No se le daba muy bien esto de reinar a al-Qadir. Tan mal lo hacía que los toledanos lo echaron de casa. En su puesto pusieron nuevo moro, un tal al-Mutawalkkil. Esto ocurrió en 1079 y en 1080 Alfonso atacó Toledo. El Mutawalkkil salió por piernas y Alfonso cogiendo a al-Qadir por los sobacos lo volvió a sentar en el trono y le dijo: «¡Ahí quieto!». Diez años lo mantuvo Alfonso sentado en el trono de Toledo. Pero, ¡para qué mencionar las tarifas de parias que le aplicó Alfonso a su protegido! Hasta con fortalezas tenía que pagar cuando no disponía de metálico.

Cuando lleguemos a Valencia veremos que Alfonso aplastó de un culetazo a su «protegido» lo sentó en la poltrona de Valencia, y él ocupó la de Toledo.

### **Batallas**

Sin entrar en si se arreaban con pedruscos, lanzas, ballestas o a mordiscos o si se vestían con hojalata o camisetas de cobre, destaquemos tres apuntes sobre aquellos choques.

La soldadesca Los jóvenes de la época no tenían posibilidad de estudiar informática, hacer cursos de fontanería o montar un taller en el pueblo para arreglar tractores y motocicletas. A muchos de ellos el rollo de la huerta no les gustaba demasiado y temían, además, el peligro de que cuando más frondosas estuviesen las tomateras podía llegar el invasor y arrear con todo.

De forma parecida pensaban los pastores; sabedores de que los ejércitos invasores eran más trashumantes que sus propios rebaños y que en cualquier momento podían aparecer lanza en mano, los muy cabritos, dispuestos a comerse todas las cabras. Como alternativa estaba hacerse hombre de guerra y enrolarse en las huestes de algún prestigioso caudillo. El trabajo de mercenario, además de estar mejor pagado que los tomates y la leche de cabra, resultaba apasionante. Añadido a la soldada —aunque a veces cobrarla no fuese fácil— estaba el asunto de los saqueos donde lo que pillaras te lo podías quedar, si no era demasiado valioso y lo quería el jefe. Y por último, pero también muy atractivo, era el asunto de poderse «invadir» a una invadida de vez en cuando. No es que todo el campo fuera orgasmo (orégano creo que se dice) pero oportunidades de achuchar moza se daban con frecuencia.

El infante poco distinguía entre moros y cristianos y como en cada batalla siempre había un bando que perdía, al final de la misma, el infante decidía quedar al lado del ganador y seguir cobrando y dando leña a nuevos enemigos.

Los campamentos. Cada Almanzor o Cid de la época se movía de un lado a otro con sus mesnadas. Plantaban las tien-

das cerca del enemigo, generalmente en una aldea cercana al castillo del señor al que pretendían desahuciar. Si el asalto el sitio o la rendición se alargaba en demasía, era necesario cambiar el campamento de aldea por falta de servicios. Una vez que los muy animales se habían comido los animales de la aldea, mondado sus huertas y pelado sus frutales, el jefe advertía al caudillo que no quedaba ni un capón que llevar a la cazuela y que era necesario cambiar de «Hiper». Las aldeas o villas en las que acampaba la marabunta de ballesta es fácil imaginarse como quedaban. No tenían las tropas ni la delicadeza de hacer letrinas así es que los pueblos los dejaban hechos una mierda.

Las invasiones. El rey, reyezuelo o noble, engordaba tranquilo protegido por sus hombres en su castillo o fortaleza allí sobre la loma o en ciudad amurallada. Cuando más tranquilo estaba aparecía abajo en la llanura un campamento con un caudillo decidido a cumplir el mandato de algún rey que quería ampliar su territorio.

Para medir la capacidad de resistencia del amurallado el invasor enviaba un par de parlamentarios a las puertas de la fortaleza o castillo, a rastrillo echado, con un escueto recado para el portero: «Decid a vuestro señor que queremos todo lo que él tiene».

Según la capacidad de las defensas disponibles se daban diversas respuestas a los emisarios: *a)* «Decid a vuestro caudillo que es bienvenido y que transmita a su rey nuestro vasallaje». *b)* «Decid a vuestro caudillo que dé un vistazo a la torre del homenaje y se fije en las dos cabezas que asoman en dos picas. Son las de vuestros compañeros, y anunciarle que tenemos almena libre para él». *c)* «Decid a vuestro caudillo que le damos de tiempo para que se largue justo lo que tardemos en ensillar y bajar la loma a galope».

Pocas veces daba resultado la gestión diplomática. Generalmente, la discrepancia se dilucidaba en la explanada. Algunas

veces el atacante viendo lo que se le venía encima salía a toda leche. Una buena parte de los soldados se hacían los remolones y se quedaban con el corajudo que los había espantado. En las ocasiones en que las fuerzas estaban equilibradas los contendientes dedicaban unas horas a extender por la explanada la manta de sangre.

En algunas batallas el acosado, creyendo que sus fortalezas, sus castillos o sus hombres eran invencibles, se empeñaban en resistir tras sus piedras. Entonces se producía el sitio. No se dejaba pasar ni labriego con berza ni aguador con botijo. Con mala ralea se cortaban todos los árboles circundantes al castillo y se metían palos en la rueda del molino elevador de agua. Así hasta que los sitiados o bajaban a enfrentarse al invasor o adelgazaban tanto que al final se entregaban hechos un asquito de delgados y sedientos. Se han dado casos en que los sitiados, carentes de «voluntad de diálogo» antes de entregarse han preferido el suicidio colectivo e incluso incendiar la propia plaza que defendían.



# Boda de Rodrigo

Para darnos el prometido descanso en la batalla, vamos a casar a Rodrigo. Es vasallo de Alfonso *el Bravo* (son amigos, aún no lo ha despachado por preguntón y otras faltas) tiene buena paga y goza de *ramboprestigio*. Desde luego no le faltan detractores que machacan a su rey diciendo que Rodrigo no es trigo limpio, pero ello no quita para que lo casemos.

La diferencia entre un súbdito y un vasallo, en lo que a bodas se refiere, es que el súbdito se puede casar súbito con quien quiera y cuando quiera. Pero si un vasallo quiere moza el rey la ha de probar (aprobar queremos decir) máxime cuando el vasallo es de los preferidos del rey y la moza es de regia estirpe. La moza que el rey le dio a Rodrigo, era una sobrina hija del conde de Oviedo. Llamábase la muchacha, Jimena.

No debía de ser tontilla la moza Jimena. Para que el matrimonio quedase bien amarrado, y ya que con el casorio salía Rodrigo muy favorecido al meter baza en el reino de Asturias, la Jimena exigió que el contrato de arras se estableciese de acuerdo con el fuero asturiano y no con el leonés.

Por la diferencia de fueros valía la pena empeñarse en conseguirlo. En el caso leonés las arras eran el diez por ciento de las propiedades del marido, mientras que en el fuero asturiano alcanzaban el cincuenta por ciento además de existir la *profilatio*, que no es otra cosa que: si te mueres tú todo para mí y si me muero yo todo para ti. Así, nombrada heredera universal y con la mitad por adelantado la Jimena se sentía más segura en caso de que su Rodrigo pudiese recibir cualquier día mortal sablazo dado ese arriesgado oficio al que se dedicaba.

Casado Rodrigo, retornemos a sus historias de tizona y ballesta.

# Los paganos se hartan

La triquiñuela del impuesto de protección funcionaba relativamente, pero ya sabemos que pagar altos impuestos, años ha y años hoy, seas moro, cristiano o agnóstico asalariado de Telefónica, nos cae de bien como nos podía caer un frigorífico desde un séptimo piso. Motivo por el cual, los musulmanes «paganos», los *taiferos* oprimidos por las parias decidieron dar un grito africano y llamaron a los **almorávides** para que les ayudasen a compactar nuevamente sus desperdigadas banderías. Y los almorávides, al mando de **Yusuf** pegaron el saltito del Estre-

cho y se plantaron aquí dispuestos a que la Reconquista sacase la directa y pusiere marcha atrás.



Pero, ¿quién era éste Yusuf?

Diez años antes de que naciese nuestro Rodrigo, año 1050 según nos cuentan, el faquí magrebí Yassin (Abd Allah ibn Yassin) empezó a predicar el Corán entre las tribus nómadas del Sahara.

Sus primeros devotos: *morabitos* o **almorávides**, tenían la obligación de servir como soldados en un monasterio-castillo fronterizo (Rábida).

En el año 1042 Yassin con sus muchos seguidores empezó una guerra santa contra todo el que no seguía sus rigurosas doctrinas y en 1055 con un ejército encabezonado y encabezado por el emir **Abu Bark** (Abu Bark ibn Umar) los almorávides sometieron a golpe de Corán a las ciudades del Magreb.

En el año 1061 el emir Yassin, ya-sin ganas de mandar, se retiró de la arena del Magreb y se marchó a la arena del Sahara. Dejó al cargo de los nuevos territorios al que ahora nos ocupa: Yusuf. Este segundo emir de los almorávides empezó con fundar la ciudad de Marrakesh y conquistar Fez. Se le daba muy bien esto de conquistar; fueron cayendo a sus pies ciudades y se fue imponiendo en el Rif hasta Melilla. En el año 1084 se le acabó el territorio conquistable. Ya tenía Orán, Túnez y Ceuta. Miró al frente a al-Ándalus y vio lo mal que funcionaban sus banderías. Por estos dos motivos decidió hacer su segunda incursión. Anteriormente ya había venido a echar un vistazo.

(Ver en índice Un libro de Peso).

### Media Luna vs Cruz

El juego de moros y cristianos que le costaría a Rodrigo su segundo destierro, sin atenuantes, estaba previsto que se desarrollase en Badajoz.

Alfonso VI que estaba sitiando Zaragoza cuando recibió la noticia de que el gran moro se aproximaba dejó «Los sitios de Zaragoza» y cambió de partitura. Marchó a Badajoz con sus huestes y otras prestadas del rey de Aragón, su amigo Sancho Ramírez, dirigidas por el futuro rey Pedro I.

Levantaron campamento en el campo de Sagrajas en el confín de una gran explanada a la espera del intruso redentor (Yusuf) para machacarlo.

Al otro lado de la explanada ¡madre mía lo que había! Estaban todos los que habían cruzado el Estrecho unidos a los ejércitos, más o menos numerosos, de las taifas sangradas por Alfonso: Badajoz, Sevilla, Granada, Málaga y Almería. Todos con tremendas ganas de liquidar a los cobradores de impuestos y su jefe.

Se enfrentaron en el campo de al-Zallaka (Sagrajas) a unos diez kilómetros de la ciudad y allí jugaron a darse fuerte. Ganaron los moros y hasta al propio rey Alfonso se llevó su lanzada en un muslo.

Lo curioso de esta batalla es que en las crónicas, de Rodrigo no se dice ni pío ni mú, ni na. ¿Estaba nuestro caudillo de vacaciones?

El emperador, de título oficioso, Alfonso VI no se entendía muy bien con el Campeador, en aquellas fechas. Ya lo sabemos. Lo había desterrado por preguntón cuando pretendió que le jurase que nada tenía que ver con la muerte de su hermano Sancho. Más adelante veremos que lo volvió a desterrar acusándolo de traidor. Pese a ello, consideraba que ahora los almorávides apretaban demasiado y que Rodrigo con su bien formado ejército le sería de gran utilidad. No sabía qué hacer.

La reina Constanza, se ocupó de enjabonar las asperezas y para que no quedase como una idea de Maruja coronada, escribió a Rodrigo una carta que hizo firmar a un puñado de nobles. La real carta escrita con jabonosas frases en latín: «et sic regis gratiam et amorem procult dubio statim recuperaret» decía en síntesis (traducción libre):

#### Rodri:

No seas cabezón y únete a nosotros. Todos te queremos y el rey, mí señor, está loco por perdonarte y devolverte el amor real. Los que firman la presente estarían encantados de que te alineases con nosotros. Hay mucho moro que matar y para estos menesteres tú eres el mejor. ¡Anda, anímate! El rey tiene ganas de darte un achuchón. Y no es por asustarte pero los beréberes africanos se están poniendo muy chulos y si no nos unimos saldremos todos perdiendo, si llegamos a poder contarlo. Me dicen que los africanos mueren sin miedo y matan sin piedad.

Rodrigo se lo pensó cuatro veces antes de decidir. Su situación era boyante, gozaba de un prestigio muy notable y estaba acostumbrado a mandar y no a que le mandasen. Poco le apetecía estar de nuevo bajo el vasallaje de Alfonso por el que no sentía gran simpatía. Además, por muy emperador que Alfonso fuese él era el Campeador para los cristianos y el *al-kabayatur* para los musulmanes. Su ejército mixto le seguiría donde fuese. Nada necesitaba de Alfonso.

Claro que si los almorávides seguían invadiendo al-Ándalus quizás el futuro estaba dudoso. Ya eran muchas las taifas que se quejaban de sus tarifas de parias y pedían ayuda a los africanos. «No sé, no sé», se decía Rodrigo.

Finalmente, le entró un ramalazo cristiano-reconquistador de leal vasallo y decidió reunirse con el rey en Toledo.

## Encuentro bemolado (año 1087)

El encuentro de Rodrigo y Alfonso resultó de lo más melódico. Alfonso inició con un bemolado «te necesito» para continuar después en tono mayor con notas de: «eres el mejor», «a mi lado es donde tienes que estar», «sabré tratarte bien», «olvidemos el pasado»...

Concluyeron cantado a dúo: *Amigos para siempre* como en los Juegos Olímpicos.

Para que al Campeador no le sonase todo a música celestial recibió del ahora su amigo rey el título de gobernador de siete fortalezas y un montón de prebendas más. La asignación colocó a Rodrigo entre la docena de magnates más importantes del rey leonés.

El cambio de chaqueta dejaría probablemente fríos a sus muchachos. Rodrigo les procuraría camisetas marca «Arenga» para que no perdiesen temperatura ni temperamento.

«¡Muchachos! Bien sabéis lo orgulloso que estoy de vosotros. Somos los mejores. No hay quién se nos resista, pero hoy he decidido dar un quiebro a nuestras actividades y quiero que lo entendáis clarito.

»Nuestra forma de ganarnos la vida es haciendo que otros la pierdan. ¿Está claro? Bien, pues como hombres de guerra que sois habéis de luchar en cada momento al lado del que vuestro caudillo os indique. Estamos desequilibrando la demografía de España con tanto matar cristianos y para que el equilibrio se mantenga toca ahora matar moros. Soy consciente de que nuestros ejércitos son mixtos pero la profesión es la profesión y todos tenéis la libertad para el que caiga en combate entregue su alma al Dios de su devoción. En esto no me meto, pero a partir de aho-

ra, yo, vuestro caudillo, os ordeno que cada vez que veáis una cruz os santigüéis y cada vez que ante vuestros ojos aparezca un enemigo con media luna lo dejéis en cuartos menguantes».

Ante las caras de mosqueo de parte de los congregados, Rodrigo alentó: «Todos sabemos, y yo mejor que nadie, que las casas, los palacios y hasta las huertas de los musulmanes en las ciudades amuralladas y en los arrabales tienen sus "orozulos" repletos. ¿No sabéis lo que son los orozulos? Es lógico, me lo acabo de inventar. Os lo aclaro: son pozos secos, pequeños agujeros cavados bajo el pavimento o entre surcos donde los miedosos guardan sus tesoros. Estos pequeños fosos están llenos de oro y piedras preciosas. ¡No pondré límites al saqueo!».

Las huestes quedaron excitadas y deseosas de entrar en saqueo de surco y pozo.

## De nuevo, al paro

Pese a haber cantado a dúo el himno de los JJ. OO., la amistad entre Alfonso y Rodrigo no duró ni media olimpiada. No habían transcurrido dos años y el rey nuevamente desterró al Campeador. Esta vez por traición y dejándolo *pelao*. Llegó incluso a tomar prisioneros a su mujer y sus hijas, algo que estaba fuera de los manuales y límites de las «condiciones legales de destierro».

¿Qué había hecho el gran mercenario?

Nueve siglos llevan los estudiosos tratando de aclararlo y no aparece solución al acertijo. Acertijo parecido al del túnel:

Dos hombres miran, cada uno por una de las bocas de un túnel recto, plano, perfectamente iluminado en su interior en un día de pleno sol. Ni son ciegos ni hay en el interior del túnel nada que impida la diáfana visión de una boca a otra. Y sin embargo, los hombres no se ven.

Solución: Uno se asoma por la mañana y el otro por la tarde.

Algo análogo parece que sirvió de argumento para que Alfonso rompiese la baraja con su gran caudillo. Rodrigo se encontraba en Castilla con más de un año y medio de aburrimiento en el cuerpo y deseando poder sacar partido a los documentos que Alfonso le había firmado para que permaneciese a su lado: «Toda la tierra y los castillos que puedas conquistar a los sarracenos en tierra de moros pasarán a tu propiedad y con carácter hereditario. Lo conquistado se incorporaría al reino de Castilla pero se reconocía al Campeador el derecho de señorío».

Es natural que con un documento así Rodrigo desease salir de conquista y es también muy natural que doña Constanza y los consejeros enemigos de Rodrigo tachasen al rey de haberse pasado tres pueblos en sus donaciones. Puede que éste fuese uno de los motivos que alentasen a Alfonso a quitárselo de encima. Pero el argumento esgrimido fue otro, creo que bastante banal. Luego lo veremos.

### Veamos el tablero

Alfonso VI andaba por al-Ándalus empeñado en conquistar Úbeda y Baeza.

El Cid aburrido en Burgos, salió por su cuenta camino de Zaragoza a conquistar taifas vecinas. Llevaba poca gente pero en cuanto dijo quien era y a lo que venía el voluntariado hizo cola.

Al-Mustain, rey de Zaragoza, sucesor del «al» anterior, su papá, cuando conoció el éxito del reclutamiento dijo a Rodrigo: «¿Qué te parece si unimos fuerzas y nos hacemos con Valencia?

El rey de Lérida, Tortosa y Denia, tenía sitiada Valencia pero al enterarse de que llegaba Rodrigo, levantó el asedio y prometió al asediado rey de Valencia que si resistía él le ayudaría a defender la plaza. Él se largó antes de que le llegara el primer relincho de *Babieca*.

Al-Qadir, rey de Valencia protegido de Alfonso VI, andaba acojonado. El rey de Lérida le había dejado con el culete en pompa y ahora al llegar el rey de Zaragoza y el Cid, no sabía a qué espada quedar. Salió a recibir a los dos con besitos y a escondidas trataba de pactar con Rodrigo.

Al-Mustain, al fallarle los que pensaba que le ayudarían desde Valencia propuso a Rodrigo que le daría el oro si se cargaba al moro. Rodrigo, recientemente cantado con Alfonso el himno de los JJ. OO., respondió: «¿De qué vas, tío? Valencia es de mi amigo y señor Alfonso, si ahora la tiene al-Qadir es porque Alfonso se la ha dado».

Al-Mustain regresa a Zaragoza con su espadón trasero entre las piernas pero deja un encargo a su amigo Rodri para que se gane la vida con sus soldados y para no perder su amistad. Pide al Cid que aplaste un castillo de la zona cercana a Sagunto, para obligar a su cadí a que se lo entregue a Zaragoza. El rey zaragozano patina con la idea y lo que hace el del castillo de Jerica es ponerse en manos del rey de Lérida que de inmediato se hace cargo del inmueble amenazado de derribo.

Con Munviedro (Sagunto) en manos del leridano trifásico, rey de Lérida-Tortosa-Denia, Rodrigo tiene tal madeja de cables en la mollera que trata de jugar a todas las bandas posibles: al canguelas de al-Qadir le pide que aguante y no entregue la ciudad a nadie; al de Zaragoza se lo camela diciendo que le ayudará a conquistar Valencia; al de Lérida le envía emisarios diciendo que es mejor que sean amigos.

Y para que Alfonso no se mosquease demasiado le escribe misivas recordando que estaba a su servicio y que no se preocupase que con lo que le pagaban los musulmanes mantenía sus mesnadas sin problema.

Con esta última nota justificaba que estaba arrasando con todo lo que podía e incluso aseguraba que Alfonso saldría favorecido. Cuanto más arruinadas dejase él las tierras, más fácil sería para su rey tomarlas. No sabemos si es costumbre que los reyes cristianos se chupen el dedo. Suponemos que no.



# De nuevo el Berenguer II

- —¡Coño! ¿Qué haces tú por aquí? —Pregunta Rodrigo, con cara de hipócrita, a su *amigo* el capicúa fratricida.
- —Pues, ya lo ves, amigo Rodrigo, estamos asediando Valencia y fortificando éste arrabal ante la ciudad (Liria, lo que ahora es Puig).
  - —Y tú, Rodrigo, ¿qué haces?
- —Estoy acampado aquí cerca en Torres Torres, junto a Sagunto. He venido a echarte.

¿Qué había pasado?

El rey de Zaragoza, encaprichado por Valencia y entendiendo que las relaciones con Rodrigo y Alfonso no tenían arreglo, tras el corte que le dio Rodri al decir que Valencia era de Alfonso y al no haber hecho bien el encargo de conquistar Sagunto, decidió dar a Ramón Berenguer II un pastón para que le ayudase en su conquista de Valencia.

Al Berenguer II, recordando el anterior encuentro con Rodrigo dos años antes y como fue hecho prisionero de éste, se le humedecieron las manos, la frente y las calzas, cuando lo tuvo delante.

Rodrigo no quería combatir y fue gentil con el conde de Barcelona: le indicó una ruta por la que podía largarse a su condado de Barcelona sin pasar por Zaragoza para que el rey mañico no le capase a su paso. Se largó el Berenguer con la pasta y vientos frescos en cuanto Rodrigo le enseñó los dientes y las otras armas.

Desde su campamento de Torres Torres, Rodrigo se montó su sistema de cobros de impuestos a su aire y a su bolsa. Pagaban hasta los de turbante talla bebé.

Al-Qadir al saber que el Campeador estaba cerca perdió el culo para rebuscar en su cabás joyas y oro para hacérselos llegar al caudillo. Igualmente aceptó las condiciones de protección de Rodrigo que consistían en pagar parias mensuales de mil «dinerales» de oro. Al igual que el rey de Valencia, pagarían al Cid todos los tenentes de castillos en la comarca. A cambio Rodrigo se comprometía a proteger Valencia y sus castillitos contra todo enemigo cristiano o musulmán. En cuanto a las parias de Sagunto se introdujo un cambio: en lugar de pagar al rey de Lérida-Tortosa-Denia u obligar a que pagasen al rey de Valencia exigió que sería él el que pondría el cazo sin intermediarios.

Una vez convertidos en «paganinis» todos los musulmanes de Albarracín, Valencia y Sagunto, Rodrigo se fue con la música a otra parte y extendió su campaña a Alpuente para presionar a su rey Ibn Qasim. Después de haber arrasado Alpuente y obtener parias y suculentos botines, levantó su campamento en Requena, donde estuvo largo tiempo contando monedas de oro.

Así estaban las cosas cuando Alfonso VI ordenó de nuevo desterrar a Rodrigo, y esta vez acusado de traidor.

Contratiempo: Ahora que estaba tan *ricamente* en Requena, Rodrigo recibe noticias de que Yusuf ha vuelto a saltar el regato que separa Afrecha de Iberia. El rey Alfonso le pide que se llegue con sus mesnadas hasta las cercanías de Aledo para unir sus fuerzas y acabar con este pesado de Yusuf. Ya es la segunda vez que se mete en el ajo en defensa de taifas.

Efectivamente, Yusuf había sido llamado por el rey de Sevilla y otros nobles de Valencia, Murcia, Lorca y Baza, ante la insufrible situación del Levante peninsular.

¿Qué pasaba en el Levante que tanta protesta levantaba?

Cuando Alfonso VI salió derrotado y herido de la batalla de Sagrajas (batalla en la que no pidió ayuda a Rodrigo), se dirigió al castillo de Libit (Aledo) a media jornada de Lorca, en pleno corazón del territorio musulmán y contiguo a los dominios de **Ibn Abbad.** 

Alfonso convirtió el castillo en una fortaleza y lo llenó de jinetes, peones y arqueros a los que dio orden de molestar todo lo que pudiesen en todo el entorno.

No paraban los del castillo de hacer salidas a matar, saquear y cautivar, y el rey con nombre casi cristiano, Abbad, pidió ayuda al emir de los musulmanes visto que Alá, quizás debido a su nombre, no le hacía mucho caso.

Es ahora cuando el emir Yusuf piensa que son intolerables las acciones de los cristianos y pide a los reyes de Badajoz, Sevilla, Granada, Málaga, Almería y Murcia que se reúnan con él en Aledo. «No vengáis solos, venir con tropas», es seguro que les dijo. Vamos a cargarnos a los de la fortaleza de Aledo sin dejar ni uno.

Cuatro meses permanecieron sitiados los acurrucados en el castillo fortaleza de Aledo hasta que Alfonso decidió ir en su ayuda. Los sitiados las pasaron peor que mal pero resistieron. Sorprende que con todo el musulmán rebaño que había congregado Yusuf a pie de castillo, con tanta taifa, tanto peón y tanto arquero como juntó no fuesen capaces de acabar con los sitiados. Sorprende, si no se conoce que los reyes congregados en lugar de hacer piña andaban a piñazos entre ellos. ¡Menudo cabreo se llevaba el viejo Yusuf bajo el turbante! No había forma de hacerles rezar juntos. En cuanto se iniciaba el primer Misterio, de los de ellos, se picaban y se acababa como en el

Rosario de la Aurora. (Es preciso dejar claro este mal asunto para entender mejor el destierro del Campeador que viene después).

Alfonso llamó a Rodrigo a las armas y lo citó para que se reuniese con la regia hueste en un punto del camino y entrar juntos en Aledo dando estopa al moro.

Aquí viene lo del acertijo del túnel. ¡No se encontraron! Que si habían quedado en Hellín, que si Alfonso cambió la ruta, que si el Cid se retrasó, que si los emisarios de Alfonso daban los recados mal... No ha habido historiador capaz de sacar agua clara de todos estos salpicones. ¿Casuales? ¿Intencionados? Ni siquiera los cuatro extensos juramentos que se conservan en los archivos, largos los cuatro, de Rodrigo reclamando su inocencia sirvieron para que el rey Alfonso se ablandase en su decisión de desterrar a Rodrigo acusándolo de traidor.

En la opinión de muchos estudiosos el asunto del destierro es de otro calado. Rodrigo se lo estaba montando por su cuenta y a Alfonso le salió lo de Aledo tan fetén que se permitió el lujo de menospreciar a Rodrigo.

Cuando Rodrigo se enteró de que Alfonso estaba de regreso a Toledo con todo su ejército, antes de que él pudiese llegar a Aledo, salió corriendo tras el rey para pedirle perdones y explicaciones del *desencuentro*, geográfico, no político. Sin entender cómo Alfonso había ganado el combate sin siquiera ponerse los guantes ni subirse al *ring* como había sucedido.

Antes de que llegase Alfonso a Aledo con sus tropas, Yusuf se había batido en retirada. Además de escasear los suministros a los sitiadores, aquello era un caos mahometano, los reyes de las distintas taifas andaban a la greña todo el día. El rey de Málaga se había enfrentado a su hermano, el de la taifa de Granada; al-Mutamid de Sevilla se había peleado con el reyezuelo de Murcia y provocado la sublevación de los murcianos. Total que el emir se dijo a sí mismo «Yo me largo. No vale la pena

que por una mierda de castillo tenga yo que aguantar a todos estos ineptos folloneros». Y mientras se subía a su embarcación en Almería, volvió a decirse: «Si me vuelven a llamar, vendré dispuesto a leerles la cartilla y el Corán. Si es preciso destituiré a todos».

Más adelante veremos que lo volvieron a llamar por tercera vez. Llegó con el Corán y la fregona e hizo limpieza.

Rodrigo encabezando su ejército salió tras el rey Alfonso a uña de *Babieca* dejando a sus huestes acampadas en Elche. No lo alcanzó. Alfonso al parecer, tenía prisa por llegar a Toledo y escribir su sentencia de destierro por traidor para Rodrigo. Es posible que llegase de noche, pero no le faltarían magnates enemigos y envidiosos de Rodrigo para sujetarle la vela y que pudiese escribir a oscuras.

Amparado en el derecho señorial y aplaudido por sus consejeros, Alfonso dejó a Rodrigo en calzoncillos. Como traidor se le despojaba de todos sus bienesm honores o tenencias a favor del tesoro regio. Incluso se pasó haciendo prisioneros a su esposa y sus hijas. ¿Habría aprovechado Alfonso la oportunidad de rectificar su exceso en prebendas cuando cantaron juntos el *Amigos para siempre*? ¿Se habría pasado Rodrigo con su sistema de someter y quedarse en beneficio propio con todo lo que arrasaba?

Con la deshonra de traidor en sus costillas, lo más grave que podía recaer en un caballero del medievo, el Campeador respiró hondo y de nuevo reunió a sus legionarios.

«No quiero cansaros con largos discursos. Que somos los mejores, no lo dudamos y que lo seguiremos siendo, menos. Durante cinco años y medio (1081-1087) pusimos nuestras espadas al servicio del rey musulmán de Zaragoza como consecuencia de haberme desterrado el rey cristiano. Nuestras últimas campañas (1087-1088) las hemos hecho a favor de un nuevo señor, Alfonso, que nos llamó a su lado. En todas las

ocasiones habéis respondido con arrojo y valentía y hoy somos temidos en toda la península.

De nuevo mi señor ha tenido a bien decretar mi destierro aconsejado por los pelotas envidiosos que le rodean. He tratado de aclarar que nada en mi contra hay pero de nada ha servido. Sus consejeros le han dicho que hasta uso turbante para dormir y que no acudimos a la reunión de Aledo para que los de Yusuf se los cargasen a todos.

He sido desterrado como traidor y despojado de todos mis bienes. Hasta a mi mujer y mis hijas ha tomado prisioneras. ¿Qué os parece?

Estamos a cantimploras vacías. Pero no será por largo tiempo, mañana haremos caja (bolsa, dijo) y a partir de ahora, no buscaremos señor a quien servir. ¡Haremos la guerra por nuestra cuenta!».

Efectivamente, para llenar la bolsa se dirigió el Cid con todos sus «novios de la muerte» a Polop, una fortaleza del reino de Denia donde el rey al-Hayib amontonaba riquezas en una cueva. Oro, plata, monedas, sedas... Hasta el portero se llevaron.

Con sus hombres y su ingente tesoro, se estableció en Ondara, cerca de Denia. Entre argamasa y pedruscos pasaron sus huestes restaurando un castillo toda la Cuaresma de aquel año. ¡Qué afición restauradora tenía el burgalés!

Al «al» de Denia, le sacaba de quicio la presencia de Rodrigo en su casa y para librarse de tan incómodo visitante al-Hayib comenzó a enviar mensajes de *amistad* al que le había cepillado su tesoro. Llegaron por fin a un acuerdo el rey aliviado y el guerrero enriquecido, y el Campeador se marcho de Denia con el tesoro, el portero y todo lo que había exigido a al-Hayib para dejarlo en la paz de Alá.

El Campeador, con su nueva política de campear a sus anchas, marchó con sus ejércitos a donde se desarrolla la parte más interesante de estos *Salpicones*: Valencia.

## Valencia, verano 1089

De todas las gestas (para muchos indigestas) del Campeador, las que más páginas han llenado han sido las de Valencia. Merece la pena desgranarlas.

Comenzaremos diciendo que en la tortilla que se cocinó en Valencia, a partir de este verano de 1089, aparece como yema de huevo el ínclito rey musulmán **al-Qadir.** Bastante «huevón» y de veleta giratoria, aplastado en el sillón por el rey Alfonso VI.

La inminente llegada de la Banda del Cid al reino de Valencia produjo en el rey al-Qadir tal tembleque de piernas que no atinaba a encontrar en su joyero los regalos que pretendía entregar al recién llegado. ¡Sabe Alá con qué intenciones vendría el autónomo!

Por si acaso, antes de que Rodrigo se apease del caballo ya estaban allí los embajadores del rey tembleque para entregarle las parias voluntarias en metálico y valiosos regalos.

Otro tanto hacían los alcaides de los castillos y señoríos del reino, que estaban en huelga de bolsa caída contra el rey de Valencia y que a la llegada de Rodrigo perdieron el culo para ir a los pies del Campeador a comprar benevolencia.

Resumiendo: en el reino se había restaurado el protectorado castellano, pero ahora no en nombre del rey Alfonso VI, sino en provecho y bajo la única autoridad de Rodrigo Díaz de Vivar, el vasallo castellano desterrado por supuesto traidor, por su rey.

El taifero *trifásico* de Lérida-Tortosa-Denia al tener noticia de que Rodrigo andaba cerca, salió de su fortaleza saguntina tan deprisa que ni tiempo le dio a colocar con orden las cosas en su petate. Sabía que estando la fortaleza en el reino de Valencia y que al-Qadir pagaba *islámicamente* a Rodrigo, éste la recuperaría para el rey en un pispás. Casi no le dio tiempo a salir.

Conquistada la fortaleza de Murviedro (Sagunto), el Campeador se estableció en Burriana, junto a Tortosa y el tembleque de piernas esta vez atacó al rey al-Habyt. No había más remedio que poner a Rodrigo el freno de mano y al-Habit se dirigió a todo el que pensó que podría acudir en su ayuda. Se dirigió al rey de Aragón, Sancho Ramírez; al conde de Barcelona, Ramón Berenguer II; al conde de Urgel, Armengol IV. Solo le escuchó el Berenguer.

Se pusieron de acuerdo en formar un gran ejército y el rey de Lérida pagó por adelantado una importante suma de dinero.

El conde de Barcelona compró un montón de soldados y plantó su campamento en Calamocha. Se sintieron tan fuertes que se atrevieron a pedir al rey castellano que tomase parte para derrotar a Rodrigo. Alfonso les debió de tomar por lelos ante tal proposición. Un triunfo del leridano y el maño, ambos infieles, sería como renunciar a sus aspiraciones de incorporar el reino a Castilla.

Por otra parte, en aquella primavera de 1090 ya sabía Alfonso que Yusuf se estaba acercando con un tremendo ejército dispuesto a atacar Toledo y necesitaba sus tropas para defender la plaza.

Al negarse el rey Alfonso a intervenir contra su desterrado, el rey de Zaragoza al-Mustain se dio cuenta que la había pifiao. Cinco años y medio había estado el Cid a su servicio, primero al de su padre y luego al suyo, y sabía cómo se las gastaba Rodrigo. Se desenganchó del Berenguer y lo dejó solo ante el Rodrigo.

### Batalla de Pinar de Tébar

Resumamos lo que ocurrió:

«Fueron muchos, innumerables, los soldados del conde que perecieron en la batalla y quedaron allí muertos, pero aun fue mayor el número de prisioneros entre los que contó el propio conde Berenguer Ramón que con otros cinco mil fueron conducidos y presentados ante Rodrigo». Esta fue la más famosa victoria obtenida por el desterrado contra los cristianos en batalla campal. Otras dos importantes fueron las sostenidas contra el Berenguer insistente en 1082 y contra el rey aragonés Sancho Ramírez en 1084.

Tras la batalla campal Rodrigo mandó encerrar al conde insistente junto con sus magnates. A los prisioneros les pidió un rescate y exigió que dejasen en prenda alguna «prenda» de la familia y recibió de los prisioneros un buen chorrillo metálico. En cuanto al campamento del osado conde, no dejaron sus guerreros ni rastro y como era habitual todo lo que pillaron lo repartió Rodrigo entre los suyos.

Pasados unos días, Berenguer pidió clemencia al Campeador pero lo pilló en un mal momento, estaba recuperándose del trompazo que se había dado al caerse del caballo en la batalla y no quiso ni recibirlo. Prefirió que madurase su congoja.

Rodrigo andaba por las taifas de Zaragoza sufriendo una grave enfermedad (que los cronistas no han averiguado). Ya en 1081 había sufrido otra grave dolencia que le impidió acudir a la llamada de Alfonso VI para que le acompañase a Toledo.

En el otoño de 1090, Berenguer ya goza de libertad concedida (¿gratis?) y envía recado a Rodrigo de que quería ser su amigo. A cambio ofrecía que el Cid pasase a ser el cobrador de las parias del protectorado de Lérida-Tortosa-Denia. Rodrigo se comprometería con este acuerdo a no intervenir en posibles expansiones del condado de Barcelona y Berenguer se dedicaría a repoblar Tarragona.

Rodrigo dijo sí y siguió desde su campamento en Burriana acosando en el reino de Valencia donde como autónomo obligaba a pagar las parias a todos los que se habían revelado en pagar al rey al-Qadir. Llegó a tener tantos clientes que la suma de lo que recibía de los «salarios del miedo» ascendía a ciento cuatro mil maravedís anuales. Teniendo en cuenta que la media

era entre tres y cinco mil, es fácil calcular el protectorado que se había montado Rodrigo en Levante para beneficio propio.



### Desorden moro

En los reinos de taifas de aquella *Hispania* los súbditos las pasaban lo que se dice canutas; paseaban sus magros cuerpos envueltos en andrajosos zarrios de un lado a otro con cara de resignación en espera de que Alá los llamase. Por el contrario, los reyezuelos de las taifas, grandes o chicas, y los magnates más allegados lucían sus sedas y relucientes empuñaduras de toledana con incrustaciones de piedras preciosas compitiendo entre ellos por ver quien mostraba más gorda barriga y más gorda gema en el turbante.

Comilonas, bebilonas (no siempre de té), harenes y serrallos llenos de hermosas pupilas eran su bien. Tan ocupados estaban en los placenteros menesteres que habían dejado algo de lado el Corán.

Los reyes de las taifas rezaban poco y gozaban en exceso. Hasta que llegó **Yusuf** con un Corán con pastas de roble dispuesto a darles con él en la cresta a todos los desmadrados.

El emir Yusuf ibn Texufin desembarcó en Algeciras en junio de 1090. En estas fechas el Cid vencía a Berenguer y su bolsa subía enteros. Es cuando se produjo la llegada de Yusuf dispuesto a frenar los desmadres de los suyos y a la vez cortar los paseos triunfales de Alfonso por las tierras conquistadas. Esta vez llegaba con ganas de ganar.

El viejo venía cargado de tropas almorávides y mala leche para poner orden en las taifas. Era la tercera vez que venía. Las dos anteriores llamado por alguna de sus taifas para enderezar entuertos pero esta vez llegaba dispuesto a poner orden. Primero cortando cabezas de los suyos y luego de los cristianos. Se acabó el relajo y la vida muelle. ¡Más Corán y menos cachondeo! Era su consigna.

Abriendo expedientes arremetió contra la conducta del rey de Granada, Abd Allah y contra su hermano Tammin, gobernador de Málaga. «Indignos del trono por haberse aliado con los cristianos y ser ambiguos en la defensa de la fe islámica».

De nada sirvió a los hermanos reinantes el besuqueo de babucha al emir. Tampoco acudieron en su ayuda los reyes de otras taifas, y Alfonso VI, al que también recurrieron, no les hizo ni caso.

Los hermanos fueron desterrados a Marruecos y el reino de Granada pasó a manos de Yusuf. Nombró a su primo Abu Bark gran jefazo de todas las tropas almorávides y se retiró de nuevo a Ceuta.

La purga no se limitó a los mencionados, otros muchos reyezuelos poco rezadores perdieron su empleo.

### Sube la bolsa

La subida de la bolsa de Rodrigo, incitó a su rey Alfonso a participar con acciones. Nuevamente la reina Constanza en carta firmada por ella y sus acólitos pidió a Rodrigo que cooperase con el rey. Rodrigo aceptó y se encontraron en Martos camino de Granada.

Dispuestos a dar caña a dúo, se acercaron a las tierras de Granada cada cual con sus *cadacuales*. El rey plantó su campamento entre las montañas de Libriella (Elvira). Rodrigo plantó el suyo en una llanura antepuesto al de Alfonso y el rey se lo tomó muy a mal. Le pareció que el Cid lo hacía en plan chulada para mostrar quién era el valentón. ¡No había forma de que solidificasen su amistad la pareja!

Volvamos años atrás (1075) cuando empezó Yasuf a meter baza.

En el año 1092, los valencianos, musulmanes contaban con la protección del Campeador, pero el Cid había subido tanto las tarifas de sus parias, que los musulmanes, apoyados en que el protector era de otra religión, empezaron a mostrar descontento.

Cansados de pagar estaban también los demás reyes de taifas. Al responsable de la Reconquista, Alfonso VI, le había crecido la mano por aquellos años una cosa mala. La *longa manus* del rey llegaba con la palma hacia arriba hasta el último confín, y los moros estaban harticos de pagar parias, por lo que ya desde el año 1075 empezaron a pedir a Yusuf que saltase el Estrecho y acudiese a extender la guerra santa por sus taifas. Al-Mutamid, rey de Sevilla y al-Mutawalkil rey de Badajoz se lo pedían casi llorando en moro.

La conquista de Toledo por Alfonso VI fue el definitivo empujón para que Yusuf saltase el Estrecho con quinientos caballeros a los que siguió un numeroso ejército almorávide y ocuparon Algeciras en junio de 1086. (Treinta y seis años tenía entonces nuestro Rodrigo y setenta y cinco Yusuf).

Con los Salpicones Históricos ocurre lo mismo que cuando pisas un charco: se dispersan en explosión y cada gota salta a su antojo. Pese a que se han anotado algunas fechas, no es fácil mantener un orden cronológico al producirse los acontecimientos simultáneamente en distintos escenarios y ser algunos consecuencia de otros. A causa de ello, encontrarás muchos sustitutos. Cada uno de ellos corresponde a una gota del Salpicón. Nos centraremos ahora en la última década de Rodrigo y en el reino de Valencia. Donde la movida fue más liada hasta que Rodrigo se marchó sin estrenar siglo aquel julio de 1099.



## Yusuf nos visita por tercera vez

La llegada de Yusuf a la península produjo una súbita elevación testicular a más de uno. El emir musulmán dejó en África los camellos y las cabras, el resto se lo trajo todo. Ni un morabito dejó en las arenas. Hasta un Corán con pastas duras traía bajo el brazo dispuesto a machacar con el librote las cabezas de los perezosos rezadores reyes de las taifas.

Con su legión de almorávides se nos coló por la huerta y desde allí, desde Murcia, amenazaba con achuchar a los cristianos y arrinconarlos nuevamente en Galicia, como siglos antes ocurriera. El calendario de Yusuf mostraba el año 484 del calendario inventado por Mahoma cuando salió por pies a La Meca (la Hégira). El nuestro marcaba el año 1090.

Al saber por *radio macuto* que los almorávides habían ocupado Murcia, muchos palmoteaban a escondidas esperanzados de que pronto se presentasen en Valencia y los librase del Cid y del sometido rey musulmán al-Qadir.

Esta vez, Yusuf y los suyos llegaban para quedarse y dar un giro a favor musulmán a la Reconquista. El viejo devoto de Mahoma, se dispuso a crear un imperio marroquí-peninsular y como primera medida arremetió contra los reyes de las taifas. Recordaba el emir lo mal que se habían portado, dos años antes en Aledo y a golpe de Corán duro se cargó a la mayoría por ineptos e indignos de representar el Islam con su vida muelle y sus jolgorios.

Un buen puñado de taifas se tiraron a sus pies prometiendo más rezo y menos juerga cuando supieron de su llegada; entre ellos al-Mutamid el amigo de Rodrigo, rey de Zaragoza, y el rey de Badajoz. Sabían lo que había hecho con el rey de Sevilla y el gobernador de Granada. Cuando las barbas del vecino veas pelar...

Como jefe de avalancha Yusuf nombró a su primo, el fiel general **Abu Bakr** y él que ya estaba muy achacoso se retiró a África. Y mientras Alfonso VI sin pedir ayuda a Rodrigo se había lanzado a la conquista de Granada Abu Bakr se puso a arrear.

¡Cómo arreaba el Abu! Si dejamos al margen Badajoz, que resistió hasta 1094, en aproximadamente un año Abu descristianizó Tarifa, Córdoba, Carmona, Sevilla, Ronda, Coria, Murcia, Denia, Játiva, Almería y finalmente Badajoz.

Curiosamente y a favor del Cid, se salvaron de esta avalancha de Abu Bakr, Zaragoza y los territorios de Levante sometidos al protectorado del Campeador.

Las llamadas de socorro de los temerosos llegaban al guerrero de Vivar una tras otra. El invicto parecía ser la solución para todos.

A su vez, el protectorado que Rodrigo se había montado por cuenta propia haciendo pagar altas parias a todo Cristo (en este caso a todo Alá) peligraba para el Cid.

La «presión fiscal» del Cid había sido el principal motivo de que los musulmanes pidiesen, una vez más, ayuda a Yusuf para que les librase de la sangría y que el Campeador dejase de campear a sus anchas.

#### Peña Cadiella

Sin esperanza de poder reconciliarse con su rey, al menos por el momento, Rodrigo decidió preparar su defensa temeroso de tener que enfrentarse antes o después a los almorávides que apretaban fuerte. Decidió establecerse en Levante y fortificar Peña Cadiella, un castillo situado a unos setenta y cinco kilómetros de Valencia y cuarenta y cinco de Denia. Castillo que un año antes los musulmanes habían dejado a ras de suelo. De nuevo sus seguidores se dedicaron a poner pedruscos a toda marcha y allí montó Rodrigo su gran cuartel y su gran despensa;

armas de guerra, ganado, cereales panificables... Sin que faltase gran cantidad de vino y salchichón de cerdo para los que no usaban turbante.

Rodrigo fue llamado por el rey de Zaragoza que estaba asustadico por lo que se le venía encima. En el año recién pasado, 1091, había visto como el barbero de Yusuf pelaba las barbas a sus vecinos y tenía las propias en remojo. Como disculpa para llamar a Rodrigo le dijo que el rey de Aragón Sancho Ramírez y su hijo Pedro le estaban acosando. En realidad lo que quería era firmar un acuerdo de paz indisoluble con Rodrigo. Se supone que las condiciones las estableció el Cid y que el rey de Zaragoza firmó todo lo firmable, concediendo a Rodrigo, de postre, que se quedase con la cosecha de la vendimia.

Rodrigo acampó con sus huestes en Fraga y el rey Sancho Ramírez y su hijo Pedro, casi se mueren de cagalera al saberlo. Visitaron a Rodrigo con el cálamo de firmar la paz en la mano y este pidió a cambio de no darles leña que firmasen también la paz con su amigo el rey de Zaragoza y lo consiguió. El Cid estaba obligado a defender a capa y espada a al-Mustain por ser éste rey el que le llenaba las despensas y le prestaba dinero cuando le hacía falta para pagar a sus soldados.

¡Ojo! Se las apañaría como fuese, pero Rodrigo en treinta y cinco años de guerreo defendiendo turbantes o cruces, siempre vencedor, sus soldados no dejaron de cobrar ni una sola mensualidad. Que quede claro. Recordemos cómo al inicio de su segundo destierro por traidor, según Alfonso y las malas lenguas, apañó para sus soldados el tesoro de Polop a lo Luis Candelas: se lo quitaba a los ricos para dárselo a **sus** pobres.

### Celillos de Alfonso

La primavera de 1092 altera la sangre del rey cristiano. Alfonso VI ve con ojos celosos como el Cid se está imponiendo en Levante, considera que la región es de Castilla y trata de arreglar el mal asunto. El rey y su desterrado no se hablan, por lo que Alfonso no le puede decir: «¡Márchese señor Rodrigo!» Decide echarlo.

Alfonso ufano y convencido prepara la operación expulsión Ha concretado ayudas: el conde Berenguer (que no escarmienta) y el rey de Aragón atacarán por tierra. Las flotas de Génova y Pisa, las mayores flotas del Mediterráneo, lo harán por mar desembarcando en Valencia y Tortosa. ¡Se va a enterar Rodrigo!

Como primera medida Alfonso instaló su campamento cerca de Valencia, en lo que hoy es Puig y entonces era *Yubayla*. Como segunda se parió un edicto: «A partir de ahora, todos los tenentes de castillos, señoríos y hasta huertas de habas, pagarán sus parias al rey cristiano Alfonso VI y ni un chavo más para Rodrigo. No solo las corrientes, habrán de pagar las de cinco años por adelantado».

Conforme al derecho señorial de la época el desterrado vasallo podía guerrear contra su rey. El Cid estaba en su derecho de plantar armas a su rey. Pero ha de quedar claro, igual que quedó que sus soldados no dejaron nunca de cobrar, que Rodrigo jamás levantó espada contra Alfonso. Es posible que de haberlo hecho el rey también hubiese «cobrado». No era Alfonso muy eficaz en esto de las batallas.

El Cid no abandonó Zaragoza, donde estaba afanado en la vendimia. Se limitó a escribir a Alfonso una carta diciendo que no era forma de proceder y para desahogarse la emprendió atacando a sus instigadores. Especialmente a **García Ordóñez** pelota de Alfonso e instigador del primer destierro de Rodrigo. Se la tenía guardada desde entonces.

La operación expulsión, no funcionó. Con las nuevas tarifas de las parias y los cinco años anticipados de pago que el monarca cristiano exigía, ni el portero de la ciudad estaba dis-

369

puesto a abrir el cerrojo. Los demás habitantes tras la muralla menos.

Las cuatrocientas naves de los aliados de Génova y Pisa debieron de calcular mal la ruta y se retrasaron un montón. La intendencia en *Yubayla* funcionó fatal y casi se le mueren de hambre los acampados. Resultado: Alfonso y sus huestes hubieron de abandonar el proyecto tan malamente planteado.

Para remate, los de las cuatrocientas naves al no poder atacar Valencia y para no perder el viaje atacaron Tortosa. Los tortosinos se defendieron como nadie y resistieron las acometidas hasta que los atacantes se cansaron. Quizá también había fallado la intendencia y llegaron sin bocadillos, de otra forma no se entiende. Ramón Berenguer II, que lo de perder batallas lo dominaba, se vio obligado a regresar a Barcelona, una vez más como el gallo de Morón: sin plumas y cacareando. El rey de Aragón hubo de hacer lo propio y recular, y los navegantes aliados regresaron a Italia.

Mientras todo esto acontece, Rodrigo, que se la tenía jurada a García Ordóñez convencido de que era el instigador principal, además de gobernador de La Rioja desde 1076, y para que sus soldados no se enfriasen arremetió contra la zona del buen vino.

Debió de entrar con mucho coraje y con ganas de que todos los nuevos reclutas que se le habían unido en Zaragoza cautivados por su prestigio se enterasen de cómo se las gastaba. Se plantó en Alfaro, y para qué decir: no dejó ni una cepa sin quemar.

#### Reconciliación

Lo normal habría sido que Alfonso hubiese pillado una irritación al enterarse de que la rica Rioja se había quedado sin cosecha, que el hombre de su máxima confianza Ordóñez había sido machacado y la región desolada. No fue así.

¿Entendió Alfonso que Rodrigo era imprescindible para defender el Levante? ¿Abrió los ojos y reconoció que el invicto era mejor guerrero y estratega y jamás lo vencería? ¿Se arrepintió de haberlo desterrado influido por envidiosos consejeros? ¿Llegó a temer a Rodrigo? ¿Se sintió incapaz de aguantar las acometidas de los almorávides sin él?

Sea como fuere, lo llamó para cantar de nuevo el *Amigos* para siempre.

Rodrigo dijo sentirse feliz de su nuevo vasallaje y más feliz se sintió al recuperar todos los bienes que Alfonso le había quitado. En el regio abrazo de reconciliación, Rodrigo le sopló en el oído a su rey:

—No vuelvas a fiarte de malos consejeros, Alfonso.

El monarca se tragó el sapo y así comenzó la nueva etapa de la Historia.



## Los musulmanes de Valencia piden ayuda

Estamos en el año 1092 de los nuestros, 485 para ellos. En Valencia reina al-Qadir protegido de los cristianos Alfonso y Rodrigo. Los musulmanes están hartos de pagar parias al caudillo *Ludriq al-Kabayatur*, que ahora además de las parias exige víveres para sus tropas. Temiendo tener que rebuscar bajo los surcos y «orozulos» sus tesoros para entregárselos a Rodrigo gritan a coro en árabe: ¡Help! Pues conocían los musulmanes valencianos los éxitos de los almorávides de Yusuf en Murcia y la toma de Aledo y esperaban su llegada con expectación.

Valencia hervía. El nuevo partido de musulmanes esperanzados en la llegada del invasor de Murcia por orden de Yusuf, Abu Abd Allah Aisa, crecía y el rey recomendado al-Qadir ya no sabía si rezar a Alá o a San Judas Tadeo esperando que llegase el Campeador y con su sola presencia pusiese orden.

Los meses que estuvo Rodrigo ausente se debieron a los hechos que conocemos: la llamada de Mustain, la reconciliación de éste con el rey de Aragón, la venganza pirómana de La Rioja y de nuevo su estancia al lado del rey de Zaragoza al que no podía abandonar en el momento que se temía la llegada de **Aisa** el invasor de Murcia, con **al-Yahhaf** a la cabeza.

Mustain era su más importante respaldo; patrocinador, prestamista y suministrador de víveres, y no era cuestión de perder su apoyo.

Durante su ausencia de Valencia para atender en Zaragoza intereses y vendimias (lo de las vendimias es real), como hemos dicho, el Campeador había dejado el mando a un musulmán bastante inútil, un tal al-Faray que se dejó comer el terreno por el ambicioso Yahhaf sin atreverse a meterle mano mientras llegaba el Cid.

El Campeador se entera de que los de Yusuf, ayudados por musulmanes del nuevo partido de Yahhaf están arrasando la comarca. «Lo siento, pero he de marcharme», dice a su amigo Mustain. Deja Zaragoza y sale con sus tropas camino de Valencia.

Por el camino se entera de malos contratiempos pero por más que clave espuelas a su Babieca no llega a tiempo. Los sublevados queman las puertas desde el interior y lanzan escalas al exterior para que los almorávides de Aisa pasen. Los recién llegados no pierden tiempo en liquidar a al-Faray y a todos sus mandos.

El rey al-Qadir al ver que ha perdido la protección de Alfonso, de Rodrigo, de Alá y de todo el santoral cristiano, decide

buscarla en su harén. Se viste de mora y se refugia con sus mujeres en una pequeña casa de baños. Casi no puede caminar. Bajo su chilaba lleva el cuerpo lleno de taleguillos con joyas y hasta un valioso cinturón de perlas que había pertenecido siglos antes a la esposa del califa de Bagdad y posteriormente al abuelo de al-Qadir. Se decía que no había otro igual en el mundo.

Yahhaf que estaba que se salía de chulo por haber dado entrada a los almorávides y se sentía el libertador de Valencia, se enteró dónde se ocultaba el rey al-Qadir con sus joyas y sus mujeres y pensó que las joyas estarían mejor custodiadas en su poder. Mandó secuestrar y descabezar al rey y a la usanza de la época hizo pasear por Valencia la cabeza de al-Qadir clavada en una pica mientras el cuerpo se hundía en una alberca.

Los seguidores de al-Qadir se dispersaron como el humo, vasallos, soldados y hasta los eunucos salieron de la ciudad a paso ligero. No era para menos. Unos marcharon a refugiarse en el castillo de Yubayla otros partieron en dirección Zaragoza. Estos últimos son los que encontraron a Rodrigo en el camino y le dieron las malas nuevas.

Lo que encontró el Campeador al llegar a Puig (*Yubayla*) era como para tirar la espada y cambiar de oficio. Tras cinco años y medio luchando por la Reconquista todo parecía que se había ido al traste. Valencia perdida, el rey al-Qadir asesinado, sus hombres puestos en fuga, su campamento saqueado y abandonado, todos los castillos pasados a obediencia almorávide...

Solo contaba el Cid con su espada y sus hombres dispuestos a seguirle sin condiciones contra el gran enemigo que había sido capaz de unir todo el al-Ándalus, salvo la taifa de Zaragoza, bajo un solo poder islámico.

Supo Rodrigo que sus partidarios huidos de la ciudad a la entrada de los almorávides se habían refugiado en Yubayla y allí se dirigió. El alcaide del castillo no permitió la entrada de Rodrigo y ante tal postura los refugiados abandonaron el castillo y se pusieron a las órdenes del Cid sin condiciones. Alentado por éste gesto el Cid decidió montar su campamento junto al castillo y poner la fortaleza en sitio, y al cadí valenciano en su sitio.

«¡Loado sea Dios, que te ha ayudado a cumplir el ayuno del ramadán, rematado con el buen sacrificio de matar a tu señor!». Así empezaba la carta que Rodrigo envió al ambicioso y arrogante cadí Yahhaf que desde la entrada de los almorávides se creía dueño y señor de Valencia. Al final de la carta le desafiaba, y pedía que le devolviese todos los víveres que había dejado en sus almacenes de Valencia.

La carta de respuesta firmada por Yahhaf decía: «No queda ni un garbanzo, todo ha sido saqueado y mi consejo es que te sometas a la obediencia del nuevo señor de Valencia. Yo te ayudaré en lo que pueda. Cuenta conmigo».

Rodrigo escribió de nuevo poniendo a caer de un burro al arrogante Yahhaf. Desde necio a asesino le llamaba de todo. «Te causaré todo el daño que pueda y no pararé hasta haber vengado la muerte del rey al-Qadir» finalizaba.

## Rodrigo entra en acción

No está claro si Rodrigo era feísimo o tenía un ejército impresionante. Puede que las dos cosas. Lo cierto es que donde se presentaba asustaba. Con estas armas faciales o persuasivas, al poquito de llegar ya había obligado a todos los tenentes de los castillos del reino a que suministrasen a sus ejércitos viandas en abundancia para que de todo sobrase. Otra de sus medidas inmediatas fue lanzar sus algaras, dos veces al día, a arrasar, saquear, robar ganado y hacer prisioneros en todo el reino. Solo serían respetados los labradores que estuvieren trabajando sus tierras. (Una suerte que cuando llegaban los del Cid te encontrasen plantando hortalizas).

El asedio a Yubayla continuaba y cuando el alcaide musulmán se asomaba por una almena y veía el campamento del Campeador le temblaban hasta las sandalias. Parece ser, que el tembloroso de Yubayla pactó con el Cid en secreto para entregarle el castillo, pasados unos días sin oponer resistencia. Pidió la tregua para salvar la cara y que no se dijera entre los musulmanes que había entregado la fortaleza sin oponer resistencia.

Los almogávares del Cid no paraban con sus algaras, incluso habían pasado a tres funciones diarias: mañana, tarde y noche. Todo lo que apañaban, principalmente recuas de ganado, estaban autorizados a venderlo en Murviedro (antigua Sagunto) cuyo alcaide, a petición de Rodrigo, estaba de acuerdo con tener allí el mercado. ¡Cualquiera se negaba! Estaba Rodrigo, como para contradecirle.

Lo importante es que el campamento nadaba en la abundancia.

Viendo la que estaba liando el Cid en el reino que ahora creía suyo, Yahhaf intentó contrarrestar el implacable machaqueo cidiano. Reunió a los caballeros vasallos del rey decapitado, pidió que regresasen algunos de Denia que habían llegado de comparsas con los almorávides y pidió a Aisa que le enviase unos cuantos.

Logró reunir trescientos jinetes a los que prometió buena mesa y buena paga. La mesa con los almacenes de víveres que le había requisado al Campeador y los sueldos con las rentas de las heredades del rey muerto —por él—, de las rentas públicas y los tributos de almojarifazgo. (Palabro que no es otra cosa que: aduana). Sobró comida y faltaron plañideras. De los trescientos caballeros a sueldo no había día que no cayesen un par de ellos. No salvó Yahhaf la situación con su genial idea.

# Cebo para Yahhaf

Si se quiere, se puede decir que fue una trampa la estrategia de Rodrigo para echar a los almorávides de la ciudad de Valencia. El recado decía: «Olvidemos nuestras peleas epistolares. Si quieres, te puedo ayudar a mantener en tu poder Valencia. A cambio te pido que te deshagas de todos los almorávides que tienes tras las murallas».

La propuesta de Rodrigo era tentadora para Yahhaf. El ambiente se había enrarecido. Una buena parte de los musulmanes valencianos no tragaban al arrogante Yahhaf, los que habían llegado menos, y por si fuese poco Aisa le enviaba cada día un recadito inquietante: «Yahhaf, tienes que mandarme una buena parte de las joyas que te quedaste del rey al-Qadir. Se las quiero mandar a mi padre Yusuf a África para que compre un ejército capaz de no dejar cristiano vivo. No te hagas el longuis».

Así las cosas, la respuesta al plan de Rodrigo no fue otra que un O.K. en mayúsculas.

A los caballeros, los que quedaron de los trescientos, los desinfló con facilidad: «Los víveres se están agotando, dinero poco me queda y con las joyas que pensaba vender para poder pagar no puedo contar, Aisa me pide que se las mande a Denia. Lo más aconsejable es que marchéis de nuevo a su lado».

Yahhaf escondió lo más valioso del tesoro y el resto lo entregó a cuatro embajadores responsables de llevarlo a Denia. Para demostrar a Rodrigo que sería leal en su nuevo contrato de amistad perdurable, entre los cuatro embajadores elegidos, uno era al-Faray, para lo cual hubo de dejarlo salir de la cárcel donde lo tenía encerrado desde que se cargó a su señor rey. Al-Faray era nada menos que el *al-wazil* del Campeador, el responsable de cobrar los impuestos, así es que la cagada del emir resultó del tamaño de roscón de Reyes familia numerosa.

Los enjoyados embajadores salieron en secreto para evitar el riesgo de ser desplumados si los cazaban los de Rodrigo. No llegaron a cansarse con el peso del transporte. A las pocas leguas, los muchachos de Rodrigo los aligeraron.

Tres cosas dijo Rodrigo al contemplar el botín entregado en su campamento: «¡Bravo muchachos!». «¡Serás bien compensado, al-Faray!». «¡El Yahhaf me toma por gilipuertas, esto es una mierda comparado con lo que se ha quedado!».

La convenida entrega de Yubayla, tras casi ocho meses de asedio (bastante ficticio) nos lleva a julio de 1093. Los ejércitos del Cid se trasladan a los arrabales de la ciudad y se establece el nuevo campamento en Mestalla.

Levantadas las tiendas (y los ánimos de los cidianos) en los arrabales de la ciudad, da comienzo la gran arrasada. Villanueva es el primer arrabal en el que entra el Cid a viva fuerza. Mueren muchos moros, tanto almorávides como andalusíes y se da orden de que no quede casa en pie, que se recoja toda la madera que pueda servir y se traslade a Yubayla donde se está construyendo una nueva villa. Finalizada la operación, se dejan retenes para impedir que los musulmanes vuelvan.

Días después, le toca el turno a Alcudia. «Entró el Cid a la cabeza de sus hombres dando muestras de su arrojo. Murieron muchos de los moros allí congregados y cundió el espanto».

Mientras Rodrigo atacaba el arrabal de Alcudia una parte de sus hombres intentaban entrar por el Puente de Alcántara. Llegaron hasta las murallas, pero fueron rechazados a pedruscazos lanzados por jóvenes y mujeres desde lo alto.

En Alcudia, el ataque duró toda una mañana. A primeras horas de la tarde Rodrigo se retiró con sus huestes y parecía que todo había pasado. En la sesión de tarde, el mismo programa pero más impetuoso. Finalmente, temerosos los moros de que pudiesen entrar por la fuerza comenzaron a vociferar:

¡Paz! ¡Paz! ¡Paz! A campanas de gloria le sonaban a Rodrigo el repique de estas insistentes palabras en castellano.

Inmediatamente de hacerse con Alcudia, hizo saber a sus habitantes que serían respetados, que deberían de seguir con sus oficios y que no les exigiría más que el diezmo de sus beneficios de acuerdo con la ley coránica. Designó almojarife a un musulmán y advirtió a sus hombres que estaba dispuesto a cortar la cabeza a todo aquel que se extralimitase contra los moros.

Rodrigo hizo del arrabal de Alcudia su ciudad garantizando a todo el que quisiese vivir en ella que sería protegido y no incordiado.

Con Alcudia en su poder, se cerró el cerco en torno a Valencia impidiendo que nadie entrara o saliera de la ciudad. Mal asunto para los almorávides encerrados en ella y no digamos para los valencianos sin saber qué determinación tomar y arrepentidos de no haber seguido los consejos del rey de Zaragoza. ¿Qué consejos? Veamos.

Al-Mustain, como su padre y como su abuelo, estaba enamorado. Enamorado de aquella Valencia con aquél Mediterráneo que no se podía comparar con su Ebro. La ocasión de tomar baños de sol en sus playas era propicia. El nuevo semi-mandón Yahhaf las estaba pasando canutas y la oportunidad era de oro.

Como se acostumbraba en la época, puso en manos de un embajador el recado para el señor de Valencia y para impresionar lo envió acompañado por sesenta caballeros bien cargados de dinero. El dinero, según mando decir, era para pagar el rescate de los pobres musulmanes prisioneros. Lo hacía por compasión y para ganar méritos ante el Altísimo.

La verdadera intención era que el embajador consiguiese hablar con el cadí y le propusiera que entregase la ciudad a al-Mustain. A cambio le ofrecía su protección frente al Cid o frente a cualquier otro. Eso sí, le pedía que despachase a los

almorávides y si no podía ser para siempre, al menos de momento. La propuesta que debería de colmar las ambiciones de Yahhaf, no funcionó. El Cid se anticipó y conquistó Villanueva y Alcudia.

Yahhaf no había olvidado la propuesta de Rodrigo, motivo por el cual no se avino a la propuesta del rey de Zaragoza. Si lograba deshacerse de los almorávides contaría con el apoyo de Rodrigo.

En una asamblea, con participación de almorávides, musulmanes y no musulmanes, se tomó la determinación: ¡Chicos, tenéis que largaros!

Los almorávides, ni una lágrima. Estaban hasta las narices de ser menospreciados. El Cid tal y como había prometido los dejó marchar sin cargarse ni a uno.

En el trato no olvido Rodrigo leer a Yahhaf las tres primeras letras de la cartilla: a) Tendría que pagarle hasta el último céntimo de todo lo que se habían comido él, los almorávides y sus trescientos caballeros prestados por Aisa, sacado de la despensa que Rodrigo tenía en Valencia cuando la muerte de al-Qadir. b) De ahora en adelante, los valencianos pagarían al Cid los mil maravedís mensuales que pagaban al asesinado rey al-Qadir y los atrasos, desde el día de la decapitación del rey. c) El arrabal de Alcudia quedaría en propiedad de Rodrigo y el campamento de Yubayla ¡ni tocarlo!

Yahhaf al ver que Rodrigo no continuaba con el abecedario, respiró, firmó y escapó a toda prisa a cambiarse el calzoncillo antes de que se expandiese el hedor.

## Habla Rodrigo

«Hombres de Valencia, tenéis un mes de plazo para pedir a vuestro califa Yusuf que acuda en vuestra ayuda. Si viene a socorreros, me vence y logra expulsarme de esta tierra, servidle a él y vivid bajo su autoridad. Pero si Yusuf no fuere capaz de realizar lo dicho, entonces me serviréis y obedeceréis a mí».

Los musulmanes de Valencia piden a Yusuf que dé la cara y que al Cid se la rompa. Si no puede venir, al menos que escriba a Rodrigo amenazando.

De haberse entrevistado Rodrigo y Yusuf habría sido imposible que se saludasen a lo ruso o a lo lapón, frotando sus narices. Estaban ambos tan seguros y tan empachados de éxito que se les había hinchado el pecho tanto que hubiera sido imposible salvar la distancia entre narices.

Yusuf, tras haber depuesto a la casi totalidad de los reyes taifas, excepto Badajoz y Zaragoza, y haber sometido sus reinos al califato almorávide, se consideraba el señorito *andalus* de todo al-Ándalus. Que un capitán advenedizo pretendiese quedarse con Valencia, La Joya del Levante Islámico, era algo intolerable.

El Campeador por su parte, habiendo salido victorioso de todas las refriegas, con su nueva ciudadela en construcción donde se nadaba en la abundancia y considerado el mejor vasallo del rey y mejor caudillo de la Reconquista, estaba dispuesto a que en Valencia no quedase ni un moro.

Antes de cruzarse las espadas los dos contendientes se cruzaron dos cartas. El emir moro se presentaba como protector de los musulmanes e invitaba a Rodrigo a que abandonase cualquier intento de arrebatarle la ciudad al Islam. La respuesta de «ven si tienes reaños» fue hasta burlesca. «Soy el amo». Además de enviar la carta a Yusuf, se permitió el lujo de dar a conocer la desafiante respuesta a todos los reyes independientes de España. «No se atreverá el moro a cruzar el Estrecho. Me teme más que a una granizada», hacía saber a todo rey o señor.

Por si acaso el Yusuf se animaba a visitar Valencia para quedársela, Rodrigo exigió a su sometido Yahhaf se despojase de su atuendo y maneras de pavo real y que se dedicase a preparar la defensa, que él permanecería a su lado. Los alcaides de Játiva y Cabrera se avinieron a firmar un acuerdo tripartito de defensa recíproca entre los tres musulmanes. El alcaide de Alcira no quiso unirse al proyecto y salió perdiendo.

Los guerreros-albañiles-segadores de Rodrigo, que para todo servían, dejaron los campos de cereales pelados al rape, se llevaron las mieses a Yubayla, donde el trigo ya se salía por las almenas y marcharon a hacer lo mismo en Villena: a saquear la región.

El botín sirvió para llenar los almacenes de la fortaleza de Peña Cadiella y los prisioneros para acarrear lo apañado.

Concluida la severa lección dada a los disidentes, el Cid regresó a Yubayla. Allí estaba construyendo una ciudad hermosa, rica, abundante en todo y hasta con iglesia. Las gentes estaban maravilladas.



#### Otro valiente ambicioso

El señor de Santa María de Albarracín creía estar bien enterado de que con Yasuf, el protegido de Rodrigo, ya nadie se sentaba a jugar ni a la taba. La situación de Valencia era precaria. De dinero estaba el señor de Santa María, ¡Santa María!, forrado. De lealtad andaba más bien escaso. Al adueñarse de Murviedro había pactado con Rodrigo un tratado de paz y amistad que de pronto, ante la posibilidad de hacerse con Valencia, se olvido de haberlo firmado.

El citado, más bien el cuitado, entregó grandes sumas de dinero al rey aragonés Sancho Ramírez y a su hijo Pedro (Pedro I) que ya ejercía de rey. Prometió mucho más dinero una vez la operación finiquitada e incluso como anticipo les regaló un castillo. Su petición era muy simple y facilona: apoderarse de Valencia y entregarla al señor de Albarracín.

La operación militar era totalmente secreta y como tal, Rodrigo se enteró. Ocurría siempre. Los que no se habían enterado de los trapicheos de su señor con Sancho Ramírez y Pedro su hijo, eran los habitantes de Albarracín. Cuando quisieron darse cuenta, ya caminaban hacia Yubayla sus vacas, sus ovejas, sus yeguas, sus mujeres y sus niños y los prisioneros cargados con los cereales panificables.

Como único contratiempo, la lanzada que recibió Rodrigo en la garganta que lo retuvo en Yubayla tres meses con una mala leche que no se le podía ni hablar. El pinchazo se lo había dado uno de los doce caballeros que se enfrentaron directamente con él, de los cuales un par de ellos cayeron de su propia espada antes de que el resto galopasen en huida.

Mientras el Cid convalecía, los almorávides ya se habían plantado en Lorca. No los mandaba Yusuf, también estaba enfermo, al mando estaba su yerno con ganas de hacer méritos.

En Valencia el afecto a Yahhaf había desaparecido y los partidarios musulmanes de los almorávides hacían palmas esperando la llegada de los salvadores.

Yahhaf, a tres cambios diarios de calzoncillos, pide una reunión con Rodrigo y los alcaides de Játiva y Corbera. Entre los tres intentan parar el enfrentamiento por carta y escriben al yerno novato para asustarle. Sin la firma de Rodrigo, por ser su participación secreta, un cartero de caballo la entrega en Lorca.

«No se lo digas a nadie, pero te conviene saber que el rey de Aragón ha firmado un pacto con el Cid y si vienes tendrás que enfrentarte nada menos que a ocho mil caballeros cristianos, los mejores del mundo y forrados de chapa de la buena, tú verás lo que haces».

Convencidos, más bien esperanzados, de que la epístola frenase el ímpetu del nuevo capitán por acojonamiento, el de

Játiva partió a Játiva el de Cabrera a Cabrera y Rodrigo se quedó para hacer una petición a Yahhaf para no perder el viaje:

- «—En el arrabal de Villanueva he visto una alquería muy bonita la casa es preciosa y la huerta frondosa. Es casi un palacio y dicen que perteneció a Abd al-Aziz, rey de Valencia en los años 1075 al 1085. ¡Me la regalas?
  - —Cómo no, querido Rodri. Para ti. ¿Para qué la quieres?
- —Es un capricho. Me la amueblas bien, me abres una puerta nueva por un lateral que me gusta para entrar mejor y de vez en cuando pasaré algunos días en ella con un pequeño séquito».

No se trataba de que Rodrigo pensase dedicarse a la vida muelle. Se trataba de que los almorávides supiesen la estrecha alianza entre el Cid y el cadí y desistiesen en la toma de Valencia.

Yahhaf explicó como pudo a los musulmanes de Valencia que se había visto obligado a ceder ante la petición de Rodrigo. No recibió ni una felicitación por el gesto. Al contrario, aquella alquería del rey Aziz era un símbolo para ellos y capitaneados por la familia más pudiente de los caballeros valencianos, los **Wayib**, la piña opositora a Yahhaf empezó a engordar. El cadí se vio obligado a cambiar de calzoncillos, chilaba y chaqueta y temeroso de que la piña creciente nombrase señor de Valencia a un Wayib se acopló a ella como un piñón más. Los almorávides andaban cerca y el miedo se lo comía.

## Segundo asedio a Valencia

La doblez de Yahhaf, reforzó la idea de elevar a un Wayib al mando de Valencia. Se mandaron cerrar las puertas de la ciudad y esperar la llegada de los almorávides. El Campeador, enterado de las argucias de su protegido, rompió a trocitos todos los papeles de los pactos con el falso y se preparó para recibir al enemigo. Mandó cortar toda la arboleda junto al río —sus sol-

dados, además de guerreros, albañiles y segadores, eran ahora leñadores de los de cortar y dar leña—. Todos los puentes del río fueron derrumbados y la vega anegada dejando un único paso invitador para los que de un momento a otro llegarían.

Desde las torres se veían las hogueras de los almorávides acampados en Almusafes, a ocho kilómetros y hasta lejos llegaban los vítores musulmanes. El Cid esperaba la llegada del enemigo dispuesto como siempre a dar batalla.

No llegaron. ¿Qué pasó? No se sabe. Los estudiosos han buscado hasta en el más polvoriento documento alguna razón que justifique la retirada del ejército de socorro al mando del yerno de Yusuf, Abu Beker. Lo máximo que se han atrevido a opinar es que fue una gran tormenta que se produjo la noche anterior.

La verdadera tormenta les caería encima a los musulmanes que despreciando la protección —pagada, eso sí— de don Rodrigo, se habían cambiado de jubón confiados en la salvación almorávide. El pánico cundía en tecnicolor.

Como era de esperar, ante la página poco gloriosa del ejército de salvación a Rodrigo se le subieron los humos contra aquellos que se habían equivocado de carta al tomar la almorávide y un nuevo acoso a toda furia cayó sobre Valencia.

Nuevamente el asedio comenzó por los arrabales. Los musulmanes corrían con sus mujeres, niños y trastos a refugiarse en el interior de la ciudad amurallada, que estaba a tope. El Cid dio orden de que no quedase en los arrabales adobe sobre adobe y que se incendiase todo lo combustible. Una vez arrasado el suelo, mandó a sus hombres —ahora poceros— que procediesen a desenterrar todo lo oculto en aquellos pozos (bautizados como orozulos) donde encontraron principalmente grano.

El asedio es lento, se lucha, los musulmanes salen de vez en cuando y se enfrentan en los arrabales con los hombres de Rodrigo, mueren muchos de una y otra parte. Los refugiados tras las murallas sufren toda clase de escasez.

De una u otra forma, pese a que los hombres del Cid impiden cualquier entrada o salida de la ciudad, llegan noticias de que en la puebla levantada por el Cid las cosas funcionan a la perfección; hay abundancia de víveres, hay paz y Rodrigo imparte justicia con equidad y talento. Igualmente llegan desalentadoras noticias de que los de Yusuf se han marchado definitivamente a África con sus tropas.

Los musulmanes, al ver perdida toda esperanza de ayuda, acudían en fila mora (no había indios) a postrarse humildemente, y con pasta, a los pies de aquél burgalés que con todo podía. El Cid dio garantías de respetar la integridad de ellos y de los que andaban caminando de un lado a otro a brújula encallada y pidió a todos los alcaides que le enviasen ballesteros y peones para hacer un asalto definitivo a la ciudad. No falló ni uno.

Los valencianos, no todos pero sí la mayoría, conscientes te que habían patinado poniéndose al lado de los Wayid, comenzaron a confesar su equivocación y a tildar al nuevo señor de incapaz y mamarracho.

Siempre pasa igual, las masas poco firmes en sus criterios se acurrucan bajo el sol que más calienta y les encanta hacer leña del árbol caído. De pronto se dieron cuenta que de que Yahhaf era un tío estupendo y empezaron a reverenciarle y pedir que se hiciese cargo de la mala situación. Yahhaf se hacía de rogar cual novicia en ataque lascivo pero finalmente aceptó ser de nuevo el señor de Valencia. Ello no quiere decir que en los aplausos no quedaran muchos sin sacar las manos de los bolsillos.

El gobernador de aquella especie de república popular se sentó en la poltrona en la primavera de 1094 y lo primero que hizo fue enchironar a todos los Wayid y sus seguidores más destacados. Con la oposición a buen recaudo se entrevistó con Rodrigo. «Si nos dejas en paz, te pagaremos las parias que pagábamos al rey al-Qadir», fue el resumen de la propuesta. Rodrigo aceptó e incluso prometió su ayuda para que mantuviesen Valencia en su poder, poniendo como condición que Yahhaf expulsase de Valencia a los Wayid por haber colaborado con los almorávides. Por su parte se comprometió a pregonar desde las afueras de las murallas que mientras los Wayid permaneciesen en Valencia no cesarían sus ataques.

Otra cosa: «Como me fío de ti menos que de un gorila loco con una navaja, me entregarás como rehén a tu hijo», apostilló el Cid.

La inesperada solicitud de garantías carnales desinfló al reelegido gobernador o señor de Valencia, no se atrevió a dar su respuesta a Rodrigo en la cara y se la dio en la carta: «¡Ni te lo pienses Rodrigo!». Rodrigo, tan contento de que Yahhaf le fallase de nuevo y le diese nuevos argumentos para machacarle.

Se acabó la amistad entre el Cid y el que casi se creía rey. Ventaja de Rodrigo. Achuchando a Yahhaf, había conseguido desalojar de Valencia a los Wayid. Ahora enfadado con el mandón, utilizaría a estos contra él.

Mandó alojar a los Wayid cómodamente en Alcácer a unos doce kilómetros de Valencia y dio orden de que no les faltase de nada.

Mientras Yahhaf chuleaba como un ocho en la ciudad, esta entraba en un período de insufrible miseria y desde los aledaños los hombres de Rodrigo se acercaban tanto a las murallas que podían desde afuera escupir al interior de la urbe (escupir flechas se entiende). Las consecuencias de un asedio que duró unos seis meses son tan trágicas que hasta cuesta salpicarlas. En el interior de la ciudadela sitiada todo era caos, hambre y miseria. Comenzaron a morir las gentes de hambre. Los animales domésticos primero y después los animales de carga, caballos

burros y acémilas. Más tarde gatos, perros, ratas... todo pasó a ser manjar.

Los asediados, especialmente mujeres y niños, en cuanto una puerta se abría, salían como alma que ha visto el diablo a entregarse a los hombres del Cid. Dependiendo de su aspecto unos eran entregados a este como esclavos, otros morían en el intento y los más presentables, seleccionados por los soldados sin consentimiento de Rodrigo, eran vendidos en el puerto a mercaderes que de todas partes acudían a éste mercado.

Ante esta situación, Yahhaf pide ayuda al rey musulmán de Zaragoza por medio de un emisario. Éste regresa con la respuesta de al-Mustain. La respuesta: «Lo siento colega pero no estoy en condiciones de hacer lo que me pides sin consultarlo con el rey Alfonso VI y que éste me suministre tropas. He escrito al rey y ya te diré algo. Por tu parte sigue informándome como está la situación en Valencia».

Sin parar de presionar con el asedio exterior, Rodrigo metió estopa interior para que el fuego no se apagase y las divergencias se acrecentasen. Cuanto más se arreasen entre ellos menos tendría que arrear él.

Convenció a Ibn Wayid para que montase gresca y se alzase contra el cadí. A cambio le prometió hacerlo señor de Valencia con posibilidades de extender su reino hasta Denia. Al incauto alfaquí le ilusionó el proyecto. Consistía en conectar con los disidentes de Yahhaf, hacer resonar el tambor al grito de ¡Real! ¡Real!, somos del rey de Zaragoza y todos sus seguidores se apelotonarían a su lado y en masa irían a prender a Yahhaf.

Se procedió como pensado. Incluso un pregonero se subió a la torre del alcázar y dio al pueblo conocimiento de la sublevación. Ni al tambor ni al pregonero hubo valiente que contestase y Wayid a las pocas horas de la intentona ya se encontraba prisionero y condenado a muerte. La historia no dice si finalmente fue ejecutado pero se supone lo más trágico. De sus seguidores,

unos pocos, los más pobretones, fueron a parar a la cárcel sin otra pérdida que su libertad. Los más, los que algo tenían, perdieron además de su libertad todos sus bienes.

Este hecho aumentó la salida de valencianos para entregarse a la obediencia del Cid, y también aumentó el canguelo de Yahhaf al ver que no todos estaban a su lado y de todo podía ocurrir.



# Aquí, un amigo

«Todos, por unanimidad, te pedimos que establezcas buenas relaciones con el Campeador». Se lo pedían a Pedro I los nobles de Aragón en el entierro de su padre. Cuatro de junio de 1094, monasterio de San Juan de la Peña. Entierro de su rey Sancho Ramírez con cincuenta y dos años.

El recién estrenado rey se encontró con Rodrigo en el castillo de Montornés, cerca de Benicasim, y luego en Burriana, donde cerraron los acuerdos de defensa mutua.

Contando con Rodrigo, si fuese necesario, el debut del nuevo rey tomó coraje. El asedio que su padre había iniciado a Huesca lo continuó el hijo. Treinta meses duró en total. Hasta finales de noviembre de 1096 la plaza no se rindió.

Unos días antes Pedro había tenido que vencer en la batalla de Alcoraz a las fuerzas de al-Mustain, auxiliado por trescientos caballeros leoneses al mando de los condes García Ordoñez y Gonzalo Nuñez. Batalla decisiva para la rendición de Huesca.

Mira por donde, el primero que solicitó ayuda fue Rodrigo. La amenaza almorávide se cernía de nuevo sobre Valencia y el Cid estaba preparando la resistencia. El rey Pedro no dudó en prestar ayuda, y acompañado de su hermano Alfonso, futuro Alfonso *el Batallador*, se unió a la hueste de Rodrigo.

Los ejércitos reunidos, partieron para Peña Cadiella cargados de toda clase de comestibles, bebestibles y grano para avituallar a la fortaleza, temerosos de que habrían de refugiarse en ella si los moros atacaban. La caravana de las provisiones era tremenda. Pero más tremenda era la que le tenía preparada el moro Texufin que les observaba desde las montañas de Játiva con un ejército que algún exagerado historiador cifra en treinta mil caballeros.

Un día entero duró la observación intimidando a los cristianos caravaneros con griteríos pero consintieron los almorávides que llegasen hasta Peña Cadiella y depositasen todo lo que consigo portaban. La estrategia de Texufin era cargárselos al regreso, una vez que hubiesen terminado la faena de transportistas. Listillo el Texufin.

El regreso a Valencia lo hacían los ejércitos de Rodrigo y Pedro por el camino de la costa y plantaron sus tiendas junto al mar al abrigo del monte Mondúber, muy cerca de la fortaleza de Bairen, cuyas estribaciones llegaban casi hasta la orilla del mar.

Texufin se frotaba las manos. El paso era muy estrecho entre mar y montaña. A la orilla del mar había colocado cientos de naves almorávides y musulmanas andalusíes desde las que los moros tiraban saetas y gritos a la cristiana caravana. Desde el monte saturado de atacantes caían flechas y rodaban grandes piedras sobre las huestes de Pedro y Rodrigo.

A la vista del panorama, las huestes de Pedro y Rodrigo primero se mosquearon, luego se asustaron y a punto estaban de arrugarse cuando Rodrigo saltó sobre su caballo y recorriendo las filas de los asustados cual pregonero irritado, empezó a repartir dosis de adrenalina con garantía divina.

«Oídme, compañeros, animaos con valor varonil y no os asustéis por el número de cobardes a los que hemos de enfrentarnos porque hoy Nuestro Señor Jesucristo nos los entregará en nuestras manos».

Con una carga de esas que por miedo tantos héroes produce, se lanzaron los ejércitos cristianos a ojos cerrados en busca de la gloria o la muerte. No había otra alternativa.

La desesperación, y la fe ciega en Rodrigo que jamás había perdido batalla, realizó el prodigio. Arrollaron tan sorprendentemente al enemigo que ni capaces fueron de hacer una fuga ordenada como Alá manda. Pocos moros cayeron en el enfrentamiento, sin embargo, en la huida caían como gazapos cojos. Los cristianos, animados al ver que emprendían la retirada, abrieron sus espitas de adrenalina y los persiguieron haciendo una verdadera matanza. El miedo se había convertido en arrojo y ni Pedro ni Rodrigo eran capaces de tirar del freno de mano. Moros chapoteando en el agua con flecha clavada en el culo tratando de alcanzar las barcas. Moros que trepaban montaña arriba habiéndose desecho de sus armas que pesaban más que al bajar. Moros que rodaban montaña abajo con la respiración cortada, cortada por voladora flecha. Moros tiesos por sablazo y pisoteados por los caballos en el camino...

Y moros vivos, «voluntarios» que ayudaban a recoger el campamento de los vencedores, animados por la punta de un sable que les apretaba las costillas, y ayudando a recoger hasta el último clavo de los vencidos.



Aprovechando que estaban juntos Campeador y rey, descansaron unos días y se fueron con sus muchachos a dar caña a la fortaleza de Montornés. Un enclave cerca de Castellón que el rey Sancho Ramírez había sometido un poco antes de morirse. Al tenente que lo ocupaba no se le ocurrió otra cosa que revelarse. Resultó como coser y cantar. Sitiar y ocupar. Montornés fue devuelto al rey Pedro I para que se pudiese apuntar un tanto y realzar su prestigio ganado en la toma de Huesca.

¡Hasta la próxima! Se despidieron los dos amigos culo con culo de sus caballos. Uno tiró para Valencia y el otro para Zaragoza.

# 2 de junio de 1094

Se firman los acuerdos entre Ibn Yahhaf que es el que manda murallas adentro en Valencia y el Campeador que es el que manda en el reino murallas afuera.

Los amurallados, delgadísimos ya, se han comido hasta los gatos. Los de Rodrigo bien alimentados.

En los pactos de rendición, el Campeador concedía a los amurallados de Yahhaf que pudiesen enviar emisarios pidiendo ayuda al rey de Zaragoza y a Ibn Aisa, advirtiendo que si en quince días no la recibían y le vencían, tendrían que someterse a su obediencia.

Cinco hombres buenos salieron camino de Zaragoza a gritar *Help* a su rey y otros cinco a Murcia para repetir el grito a ibn Aisa. Rodrigo había puesto como condición que no se llevasen más que lo justito para las dietas; cincuenta maravedís por turbante. No fuera que aprovechasen el viaje para sacar tesoros de Valencia.

Cuando estaba la veintena de emisarios subidos en la embarcación, se presentó Rodrigo para aligerarlos. Eran portadores de los más preciados tesoros en piedras preciosas y oro escondidos hasta en los más preciados tesoros anatómicos. La disculpa que presentaron era que muchos comerciantes de Valencia les habían entregado sus joyas para que las llevaran a Murcia y

allí guardarlas. Rodrigo prefirió quedárselas. Eso sí, les dejó sus cincuenta maravedís de las dietas.

El Cid, debió de llevarse un gran alegrón cuando pasaron los quince días y no se cumplió el pacto. Había jurado por Dios y por la Virgen que no concedería ni un minuto más de la tregua ofrecida y el día 16 ya no se sentía obligado al cumplimiento de lo pactado.

Las puertas de Valencia se abrieron. Los mercaderes de los arrabales de Alcudia entraron en tropel ofreciendo sus productos. Los valencianos salían en busca de otros y el trasiego de entradas y salidas era imponente. Los chicos de Rodrigo ocuparon las torres. Yahhaf creyendo que aún tenía algo que decir, decía que estaba muy cabreado, pero no encontraba a nadie que le escuchase.

Yahhaf pidió salir —Rodrigo se mantenía extramuros— para entrevistarse con el Cid. Se tragó el sapo cuando le dijeron que Rodrigo estaba resentido por una anterior entrevista en la que Yahhaf se había presentado con las manos vacías. Decidió entonces Yahhaf confiscar a los panaderos todas las ganancias extras hechas durante el asedio y ofrecérselas a Rodrigo. *Peló* a los panaderos, casi todos mallorquines, pero se llevó el gran chasco cuando Rodrigo le dijo «¡Métete esos haberes por el culo!». El Cid estaba convencido de que Yahhaf tenía la mayor parte del tesoro que rapiñó al rey al-Qadir antes de cortarle el pescuezo y era por lo que se interesaba. No por los dinerillos de los panaderos.

A los cuatro días de haber ganado la ciudad, el Cid se apoltrona en su residencia de Villanueva y hace venir a los alcaides del entorno. Les suelta un discurso de larga duración en el que promete que él será bueno, pero pobre del musulmán que no lo sea. Aprovecha para decirles que se ha enterado del asunto de los panaderos y que Yahhaf ha pretendido entregarle a él la

colecta, que naturalmente ha rechazado «Quiera Dios, que yo no quite a nadie lo suyo sin razón».

Sigue su discurso haciendo de bueno. «Las heredades que os han sido arrebatadas os serán devueltas y yo no os exigiré más que los diezmos de vuestras cosechas según las leyes islámicas».

Dejó bien claro el Cid que todo lo pactado con Yahhaf, entre otras cosas su propia seguridad personal, ya no estaba vigente por haberse pasado de plazo. Tal mensaje significaba que convencido de que Yahhaf tenía el tesoro, estaba dispuesto a arrancárselo por las malas o por las peores.

Terminó diciendo que estaría todos los jueves a disposición de todo aquel que tuviese algo que consultar o reclamar y dispuesto a impartir justicia.

Uno de aquellos jueves dedicados a repartir ecuanimidad gratis, se presentaron los que habían sido despojados de sus heredades, entre ellos, los que se habían quedado sin huerta. Los hombres de Rodrigo que las habían recibido como pago de sus matanzas, no estaban dispuestos a devolverlas.

Rodrigo optó por la vía poética para solucionar la papeleta a los musulmanes despojados y mientras daba palmaditas a su tizona, para que todo quedase claro les habló:

«Si yo me quedase sin hombres —aclara el Campeador—sería cual ave sin alas o hombre que tiene brazo derecho y le falta el izquierdo o como guerrero sin lanza ni espada. Mi primera preocupación ha de ser favorecer a mis hombres con toda clase de mercedes así ellos y yo estaremos más seguros».

Traducción literal del mensaje: ¡Decid a los pedigüeños sin huerta que se jodan!

Para que no le diesen más la vara con las heredades, que no estaba dispuesto a soltar, cambió de tema y utilizó uno de los jueves de *ecuanimidad* para atacar de nuevo al de las joyas escondidas. «Dios tuvo por bien, que Valencia se entregase en mis manos; no quiero que haya en ella otro señor fuera de mí. Y si queréis que os favorezca y proteja lo que tenéis que hacer es entregarme a Ibn-Yahhaf. Bien sabéis la traición que cometió al rey al-Qadir». ¡Y lo putas que yo os las he hecho pasar por su culpa!, esto no lo dijo pero lo entendieron todos.

No fue cosa del otro jueves. Los que esperaban prebendas y buen trato se apresuraron a apresar a Yahhaf y comparsas, una treintena, y ponerlos a disposición del Cid. El inventario de alhajas y bienes de los buenos que presentó Yahhaf a Rodrigo, contenía hasta las pinzas de la ropa pero del tesoro de al-Qadir, no había en la lista ni un pisacorbatas. Rodrigo, para poder cargárselo, primero le obligó a jurar que no mentía. Conseguido el falso juramento ya podía disponer de su vida.

Siguiendo las indicaciones de un criado acojonado e infiel, se registraron sus zulos y se cavaron sus huertas. Se encontró de todo. Por si el Cid no consideraba suficiente lo encontrado, algunos de los más ricos adjuntaron al tesoro joyas propias. Entonces Rodrigo se fue a la fuente *Pilatus* y preguntó a sus sometidos musulmanes: «¿De acuerdo con vuestras leyes, qué tenemos que hacer con este tío?». Todos respondieron lo que el Cid quería escuchar y Yahhaf según unos historiadores terminó, él y treinta más, en la hoguera y según otros apedreado. En lo que coinciden es que se los cargó a todos.

La noticia de que la Joya de Levante había sido tomada por el Cid, levantó polvareda entre los almorávides. A Yusuf le subió la tensión a veintidós y la irritación le puso los ojos a punto de abandonar las cuencas. Le empezaron a llegar noticias de la que estaban armando Rodrigo y sus muchachos en toda la comarca con sus algaras. El gobernador almorávide de Denia y los alcaides de los castillos pedían su ayuda urgente.

Debido a la pachuchez propia, y a que no tenía muchas ganas de tener un vis a vis con Rodrigo, de los de entenderse, y menos un «bis a bis» de los de acurrucarse, el emir nombró a su sobrino para que pelease. Para nombrarlo hubo de coger carrerilla. Se llamaba nada menos que Abu Abd Allah Muhammad Ibn Texufin.

Esta vez iba en serio. Proporcionó al sobrino Texufin cuatro mil jinetes y escribió a Ibn Razin, **al-Hayib** de sobrenombre, para que añadiese ejército a su sobrino por si él se había quedado corto. Y repitió el mensaje a un notable hombre de armas llamado al-Sanyantí.

Las tropas concentradas en Ceuta, no se cruzaron de brazos. Se cruzaron de Estrecho y antes de que comenzase el ramadán, justo el 13 de septiembre de 1094, ya estaban a nuestro lado. Las órdenes eran: «La reunión será en Granada, con todas las tropas que podáis de al-Ándalus para marchar desde Granada por Guadix y Murcia hasta Valencia. Una vez que os apoderéis de Valencia, me mandáis al Cid bien aherrojado».

Las noticias de la próxima visita hacen que Rodrigo tome sus precauciones para atenderlos como la tizona manda. Sus soldados vuelven al pluriempleo y se ponen a reforzar las murallas de Valencia y reparar todos los boquetes que ellos mismos habían hecho. Los castillos de la región se llenan a tope de pertrechos, agua y alimentos para resistir un posible asedio. Aumenta las filas de sus ejércitos sin preguntar a quién rezan; musulmanes o cristianos da lo mismo, el caso es que maten bien.

Como no se fía de los que conviven con él y rezan a Alá, da órdenes de que entreguen de inmediato todo lo que posean de armas. No permitirá que nadie se quede ni con una hoja de afeitar o un cortauñas —advierte severo. ¡Ni un clavo!

La puerta del Alcázar parecía El Rastro. Hasta agujas de hacer puntilla había.

A los más fortachones, los seleccionó para que retirasen de la orilla del mar todas las galeras y las dejasen en la rivera. A los que tenían aspecto de más bonachones (menos conflictivos) los mandó de nuevo a la ciudad y a los que pensaba que podían revelarse si los almorávides llegaban los desterró a unas cuantas leguas. Olvido decir que el destierro era temporal y las moras lloraban a moco tendido pensando que se los había cepillado.

Como último pequeño detalle, dejó correr la voz cristiana de que si los almorávides llegaban a sitiar Valencia, todos los musulmanes serían pasados a cuchillo.

Tras estas disposiciones, tocaba esperar.

#### La batalla de Cuarte

Los ejércitos almorávides con su campamento levantado a siete kilómetros de Valencia, entre Cuarte y Mislata, daban pánico. Un mar de soldadesca se veía desde Valencia. Ya nadie dudaba de que el asedio sería inmediato y que los vencedores serían los de Yusuf.

Los musulmanes de Valencia escapaban como podían a reunirse con las huestes que llegaban, seguros de la victoria. Rodrigo decidió hacer un drenaje de la población expulsando de Valencia a mujeres y niños y todo indigente. «Id a reuniros con los de vuestra religión».

Durante diez días, las huestes de Yusuf se dedicaron a hacer correrías gritonas por los aledaños de Valencia tratando de soliviantar y fomentar el desconcierto. Un desconcierto que Rodrigo percibió más entre los que venían a invadir que entre los propios. Lo hacían fatal. Igualmente se enteró que en el campamento los miles de soldados, entre los que llegaron de Ceuta y los rastrillados en el camino, no se aclaraban y cundía el desanimo de las tropas. Presagiaban que sería una batalla con muchos muertos y poco botín y no estaban muy animados.

Rodrigo solicitó ayuda a su rey Alfonso VI y por medio de *radio macuto* logró que la solicitud llegase a los desanimados atacantes. Estos entendieron lo que Rodrigo pretendía que en-

tendiesen: al menos hasta la llegada de las huestes de Alfonso, el Cid no les molestaría en su propio campamento. Y picaron.

Cierta noche, sin esperar la llegada de los ejércitos de Alfonso, salió al frente de una buena parte de su caballería y emboscó el resto cerca del real de los musulmanes. A la mañana siguiente salió con parte de los suyos en formación de combate a dar la cara a los gritones que no paraban de alborotar en torno a las murallas. El buscado desorden fue eficaz, al campamento llegaron noticias de que los ejércitos de Alfonso habían llegado. Otros decían que eran las huestes del rey de Zaragoza. Todo combatiente del campamento salió en desorden a luchar. Rodrigo fingiendo una retirada se arrinconó contra las murallas combatiendo. Perdió muchos hombres pero mientras el desastre junto a las murallas acontecía, la parte de caballería emboscada la noche anterior se ocupó de atacar el desguarnecido campamento de los musulmanes y arrasó. En el campamento, además de la intendencia y las armas de los atacantes, que pasaron a llenar los almacenes de Rodrigo, había una muy importante cantidad de oro y joyas parte de las cuales Rodrigo ofreció al rey Alfonso por haber estado dispuesto a acudir en su ayuda.

Alfonso se enteró del éxito campeador y no queriendo licenciar a sus tropas tomó camino a las desguarnecidas tierras de Granada. El sobrino había acarreado con la mayoría, y se infló a hacer saqueos. Aprovechó incluso para hacer regresar a sus órdenes un buen número de cristianos mozárabes que se asentarían en la comarca de Toledo.

El títo Yusuf, amir al-Muminin para los árabes, se pilló tal berrinche con su sobrino Texufin por haber abandonado el campamento sin pelear que hubo de echar mano al diccionario de adjetivos en árabe y español para desahogarse.

Rodrigo no se quedó corto cuando se dirigió a los dudosos musulmanes que tenía bajo su obediencia. Había visto sus alegres caras cuando pensaban que ganarían los almorávides y ahora era el momento de mostrarles la cruz. Nada de improperios de diccionario. Les puso una multa de setecientos mil mizcales. «Entregármela pronto; de otro modo —les dijo— mis soldados os pasarán por las armas».

La intervención del visir judío del Campeador, sirvió para que la multa fuese rebajada hasta un límite posible —setecientos mil mizcales no hubiese sido posible obtener— y el Cid aceptó los doscientos mil mizcales de la colecta a prorrateo.

## Alfonso tiene que regresar a Toledo

El 19 de mayo de 1097 encontramos a Alfonso VI en Aguilera, junto al río Duero, a tres kilómetros de Berlanga de Duero y otros tres de Vado del Rey.

Nada dice la historia al respecto. Ni el propósito ni el destino están claros: ¿adónde puñetas y con qué propósitos se dirigía Alfonso VI por las tierras de Soria, con una cristiana y relumbrante compañía?

Acompañaban al monarca: la reina Berta, su hija Urraca, su yerno Raimundo, el arzobispo de Toledo; los obispos de Burgos, Palencia y León; los abades de Oña, Arlanza, Cardeña y Silos; los condes Pedro Ansúrez y García Ordóñez.

Nada de nada cuentan los papeles sobre esta expedición ni de su resultado, pero nos cuesta trabajo creer que tal católica y castellana comitiva se hubiese desplazado hasta las tierras sorianas pensando que había indios para tratar de catequizarlos. Lo único cierto es que una vez más el Campeador no acompañaba a Alfonso en sus aventuras.

Cabalgando los magnates y pateando los de sandalia destino no se sabe, llegaron noticias de que nuevamente Yusuf se había encabezonado en tomar Toledo. Había perdido la ciudad en 1085 y en ocho años no había terminado de engullir el sapo.

Mayorcito como estaba, y cómodamente establecido en Córdoba, le dijo a sus generales: «Ir vosotros, yo no volveré a enfrentarme a Alfonso, las derrotas que nos ha infringido son hechuras de Dios». Y mandó a sus generales. En cabeza, el mejor disponible y con ganas de hacer méritos: **Ibn al-Hayy.** 

Los ejércitos contendientes dispuestos a la pelea levantaron sus campamentos en el término de Consuegra. ¡A la una!, ¡A las dos! y ¡A las tres!

A las tres y cuarto aquello parecía la hora de la siesta. Había más soldados tumbados que en pie. El encontronazo había sido de órdago.

La suerte estuvo al lado de Alfonso VI y sus caballeros VIP's de sotana y señorío que le acompañaban.

Muy cerca de la pradera donde se producía el enfrentamiento estaba la antigua *consubara* romana. Consuegra, bien fortificada con gordos muros y recias puertas.

La suerte que se puso del lado de los cristianos —quizás por ser 15 de agosto, día de la Asunción de la Virgen— fue el jefe de la guardia de Consuegra (seguro que el de la guardia se llamaba por lo menos Ángel, cuando no Arcángel). Tan pronto se percató del color de los estandartes de aquellos que galopaban enseñando al enemigo el rabo de sus caballos y se dirigían a la plaza a su cargo a repique de cascos, reaccionó.

Los hombres a su mando abrieron las anchas puertas y levantaron los rastrillos para que pudiesen entrar los cristianos de Alfonso en tropel. Solo el primero de los jinetes se dejó el casco, con la cabeza dentro, enganchado en el rastrillo por precipitarse y uno de los VIP´s asotanados, más acostumbrado a viajar en silla de manos que en jamelgo se estrelló contra el muro por falta de práctica y puntería. Los demás se colaron todos.

Entre los que perdieron la vida en esta batalla se encontraba Diego, joven al servicio del rey Alfonso y único hijo de Rodrigo Díaz de Vivar. No debía de contar más de veinte años. Nada más dicen los papeles al respecto.

El sitio de Consuegra por los almorávides duró solamente una semana, sin intentos de asalto ni de rendición por hambre. A los ocho días se marcharon los vencedores con el botín conseguido, siguiendo las instrucciones de su emir Yusuf para continuar su presión sobre Toledo. Sería al año siguiente, 1098, cuando Consuegra fue conquistada y ocupada por los musulmanes.

Antes de partir para África, Yusuf mandó otro ejército capitaneado por Aisa a luchar contra los infieles de Cuenca. Álvar Fáñez que allí mandaba también salió derrotado por los moros, sus tierras fueron saqueadas y sus posesiones destruidas.

Ante el éxito de Cuenca, Aisa pidió a Yusuf nuevas tareas y fue enviado a Alcira, que Rodrigo tenía bastante descuidada. No fue una gran batalla, algo fronterizo, pero también cayó del lado de los musulmanes.

Por lo que hemos visto, donde no se encontraba Rodrigo se recibía más que se daba.

A finales de 1097 Yusuf regresaba a Marruecos. Si contaba las batallas como goles, marchaba con resultado de 3 a 2. Había ganado en Consuegra, Cuenca y Alcira y perdido en Cuarte y Bairén.

Visto desde el lado cristiano, habían ganado tres escaramuzas y perdido dos grandes batallas. Es la diferencia que se encuentra entre leer crónicas cristianas o musulmanas.

De las tres batallas (o escaramuzas) perdidas, la que más berrinche produjo a Rodrigo fue la de Alcira por estar esta plaza defendida por sus hombres.

Es importante recordar que tanto Alcira como Játiva permanecían bajo la autoridad almorávide del gobernador de Murcia, aunque el Cid mantenía al sur de Játiva la fortaleza de Peña Cadiella como posición avanzada. Los musulmanes de Sagunto, deseosos de escapar de la presión cristiana a dos bandas; por parte de los aragoneses desde Castellón y por parte del Cid desde Valencia, animados por los éxitos de los de Yusuf en Alcira y Játiva pidieron que les hiciese una visita de las de muchas tropas Abu-l-Fath alcaide almorávide de Játiva.

«Lo que faltaba», se dijo Rodrigo. «Ahora este capullo dando la lata en Montviedro».

Se presentó Rodrigo con sus muchachos y puso una cara tan fea que el Abu-l-Fath y los suyos se pegaron un carrerón de diez kilómetros para encerrarse en el castillo de Almenara.

«Te vas a enterar», volvió a decirse Rodrigo. «Te vas a arrepentir de meterte en camisas talla "Cid"».

Tres largos meses duró el asedio al castillo de Almenara hasta que los entrometidos capitularon. No fue fácil, las tropas que se había llevado Abu, eran abu-n-dantes y pelearon duro, pero al final se pactó respetuosa capitulación. El Cid permitió que vaciasen el castillo sin hacer a nadie ni un rasguño de despedida. Su intención era muy pía en aquel momento.

Con sus soldados acostumbrados a restaurar castillos y fortalezas puso manos a la obra de construcción de una iglesia en honor de la Virgen María.

Al estar viviendo un momento tan pío, no dudó en agarrarse a una mentira piadosa. Anunció a todos los suyos que regresaban a Valencia cuando su intención era apoderarse de una vez de la fortaleza de Montviedro o Sagunto. Mientras paraban para echar una meada, les dijo: «Chicos, saber que Valencia ha de esperar. Primero vamos a Sagunto».

En los asuntos de asedio y sitio, había cogido tanta práctica que como dijimos antes, era coser y asediar, hasta sin cantar. Llegados a Sagunto echó los cerrojos a las puertas impidiendo que no entrase ni saliese ni un gato. Lo único que diariamente recibían los encerrados era la lluvia de saetas y flechas que volaban por encima de las murallas y el ruido producido por los trompazos que arreaban unas máquinas de guerra que estaban utilizando.

Los de Montviedro, defensores de la fortaleza y habitantes, se dirigieron a Rodrigo: «¿Por qué nos quieres machacar? Dulcifica tu corazón y apiádate de nosotros. Te pedimos una tregua para que vengan en ayuda nuestra. No te entregaremos la fortaleza por las buenas y habrás de matarnos a todos para tomarla».

El Campeador, pensando que de nada les valdría les concedió una tregua de treinta días. Algo usual en los asedios (curioso esto de las treguas ¿no?).

## Uno para todos, todos para uno

¡Una leche! Los sitiados pidieron ayuda al emir Yusuf, a los gobernadores almorávides, al rey Alfonso VI, al rey al-Mustain de Zaragoza, al rey de Albarracín y al conde de Barcelona. A los seis les decían lo mismo: «O llegáis con ayuda antes de treinta días o nos hemos de entregar a la obediencia del Cid».

Todos respondieron.

Alfonso: «Parecéis tontos, prefiero que la fortaleza sea de Rodrigo antes que de cualquier sarraceno».

Al-Mustain: «Tened ánimo todo lo que podáis, sed fuertes en combate y resistidle con valor. Yo no me atrevo a enfrentarme con Rodrigo, valeroso, tenaz e invicto».

Mientras esto escribía, al-Mustain mantenía en su mano la nota que le había enviado Rodrigo: «Sepas con toda certeza que si intentas venir contra mí ni tú ni tus hombres acabaréis de otra forma que muertos». (Vamos, como para salir corriendo a defender Sagunto).

El rey de Albarracín: «Aguantar como podáis. No estoy en condiciones de prestar ayuda alguna».

Los almorávides: «Sin estar presente nuestro emir Yusuf, no podemos en modo alguno enfrentarnos a Rodrigo, si él llegase y nos lo pidiese cooperaríamos».

El «capicúa» de Barcelona: «Amigos, contad con mi ayuda. Sabed que no me puedo enfrentar con Rodrigo, pero me he inventado un truco para distraerle. Atacaré el castillo de Oropesa y cuando él acuda a levantar el sitio y luchar conmigo vosotros aprovecháis y salís a comprar patatas» —aprovecháis para meter en vuestro castillo avituallamiento suficiente, es lo que decía, si más bien parecía lo anterior de chusco que sonaba.

El conde de Barcelona cumplió y sitió el castillo de Oropesa. Rodrigo ni se movió. «Oh muy noble conde, he oído muy bien que Rodrigo se dispone a venir contra ti y que está deseoso de enfrentarse contigo». El mensaje le llegó al Berenguer por medio de un caballero que «casualmente» se había enterado.

Al conde de Barcelona se le quedaron la mitad de sus bártulos de aseo sin recoger de la velocidad con la que hizo el petate sin confirmar siguiera si era cierto lo que le contaron.

Una nueva tregua fue solicitada por los sitiados. Rodrigo, para demostrar que no temía a nadie les concede doce días más de plazo.

Se cumplió el plazo y no se entregaron. Pidieron unos días más.

«¡Cuarenta días más de los que pedís os voy a dar. Hasta el día de San Juan. Este día si entro por la fuerza no se salvará ni el vigía!».

Finalmente, el vigía se salvó y el 24 de junio de 1098 entró Rodrigo con sus caballeros y mandó celebrar una misa en cuyo ofertorio presentó su ofrenda: Mandó alzar una iglesia en honor de San Juan. ¡Cómo estaba el devoto Rodrigo con lo de las iglesias!

A los tres días de haber ocupado Montviedro, Rodrigo reúne a la flor y nata de los musulmanes para soltarles un chaparrón dialéctico. Todo para pedirles la *pasta* que Rodrigo presumía que tenían apalancada. Como no se la entregaron, quizá no la tenían, y el Cid se había comprometido a encerrarlos a todos si no la entregaban, no podía faltar a su palabra y tras confiscar todos sus bienes, la flor y nata musulmana salió encadenada para Valencia.

## De nuevo en su Valencia

Solucionados los problemas de cercanías; ya dominaba cien kilómetros de la costa valenciana, menos un trocito en Castellón incorporado el reino de su amigo Pedro I, Rodrigo regresa a Valencia y manda construir sobre la mezquita mayor de la ciudad una iglesia en honor de Santa María Virgen, Madre de Nuestro Redentor. Ofrece un cáliz de oro que pesa 150 marcos (los propios historiadores apuntan que el peso puede ser un error ya que el peso del cáliz sería treinta y cuatro kilos. Dejémoslo estar).

Poco se sabe sobre el último año de vida de Rodrigo Díaz de Vivar. Se tiene certeza de que murió en julio de 1099, y parece ser que la fecha fue el 10 de julio.

Desde julio del año anterior el horizonte estaba despejado y ningún peligro acechaba. Rodrigo gozaba de la paz y la gracia de su señor rey Alfonso. Estaba estrechamente aliado con Pedro I rey de Navarra y Aragón; con un conde de Barcelona deseoso de no meterse en líos y con un rey musulmán de Zaragoza pendiente únicamente de su supervivencia. Los almorávides, con los que se había enfrentado en cuatro ocasiones, parecían calmados tras el regreso de su emir a África.

La calma era gozosa en su querida Valencia.

En esta situación tranquila y aproximadamente a los cincuenta años de edad le llegó su hora. En el año más pacífico de su existencia después de treinta y dos años expuesto a duros combates.



## **El Cantar de Mío Cid (1120-1207)**

## Claro y menos claro

Parece claro, que el Cid Campeador murió en Valencia poquito antes de que acabase el siglo. Menos claro que fuese en mayo o julio de 1099 y menos claro si se tiene en cuenta que en el monasterio de Cardeña se conmemora su fallecimiento en junio.

Parece ser cierto que doña Jimena, señora de Valencia, y viuda de don Rodrigo, mantuvo Valencia controlada hasta mayo de 1102. Con la ayuda de Berenguer III.

Mira por donde: Ramón Berenguer III, uno de aquellos «capicúas» que andan por nuestras páginas, hijo de Ramón Berenguer II, el Fratricida, hasta mayo de 1102, fecha en la que la ayuda le fue facilitada por Alfonso VI para que la familia Díaz de Vivar y sus gentes abandonasen Valencia y se llevasen los restos del Cid, enterrado en la catedral al monasterio de Cardeña.

Luego llegaron los de Napoleón y profanaron la tumba. ¿Qué les habría hecho Rodrigo a los gabachos? En 1842 fueron trasladados a la Casa Consistorial de Burgos, y finalmente en 1921, los dejaron reposando su eterno descanso (esperamos) en la catedral de Burgos junto a los de su esposa doña Jimena.

¡Qué manía, la de trastear con los huesos célebres!

## «Epilógro»

«Gime como lagarterana lo que no has sabido defender como macho musulmán», parece ser que le dijo su padre a *el Chico*. Exactamente así o algo parecido cuenta la Historia.

Boabdil empapó un par de *clínex* y le dio las llaves de la Alhambra a la católica. Isabel guardó la «vaporeta» y la fregona y dio por concluida la operación limpieza.

Si sumamos los días transcurridos desde la muerte de Rodrigo hasta la fecha de la ceremonia plañidera citada, el resultado, contando los años bisiestos, arroja la suma de ciento cuarenta y tres mil quinientos y pico días.

Con unos cuantos Rodrigos, la cuestión se habría resuelto más rápidamente. ¿No crees?



# ITRELINE/ EDITORES



## Un Trastámara «rarito»

Había una vez, dos hermanos en Castilla. Uno apodado *el Doliente* que reinaba en Castilla como **Enrique III.** El otro, se llamaba Fernando y reinaba en Aragón como **Fernando I.** 

Fernando también tenía su vasto reino, pues si ancha es Castilla, lo de Fernando no era menos<sup>20</sup> y además, en apodos ganaba de largo a su hermano Enrique: Fernando de Trastámara, Fernando de Antequera, Fernando *el Justo* y Fernando *el Honesto*. Por si fuese poco, el de Antequera tenía su romance.

De Antequera partió el moro tres horas antes del día, cuando se dio la batalla, de los nuestros tan herida...

Enrique III, tenía un hijo, llamado Juan, que le sucedió cuando al padre, después de reinar durante dieciséis años, le sucedió lo que a todo bicho viviente sucede, y a Juan le tocó llevar la corona de su padre como **Juan II de Castilla** durante casi medio siglo. Debía de ser un chico listo ya que a los catorce años lo declararon mayor de edad.

Fernando, el de Antequera, tenía una hija cuyo nombre no debió de dedicar el papá demasiado tiempo en rebuscar en el santoral: **María.** 

Ambos tuvieron más hijos; Enrique dos más y Fernando cinco. No vienen al caso de éste *Salpicón Histórico*.

<sup>&</sup>lt;sup>20</sup> Fernando I de Aragón, cubría con su corona, además de su cabeza, Aragón, Valencia, Mallorca, Córcega, Sicilia, Cerdeña, era duque de Neopátria y de Atenas, conde de Barcelona, del Rosellón y además regente de Castilla.

Tal como estás pensando, a Juan y María los unieron en matrimonio para el bien de la Nación. ¡Faltaría!



A los primitos; 15 versus 24, o 22 según otros, parece ser que el oficiante del sacramento matrimonial no les explicó bien los mandamientos pues lo que debieron entender no es lo ordinariamente predicado: lo que Dios ha separado que no lo una el hombre, ni en salud ni en enfermedad. El uno contra el otro y que no os junte ni la muerte, entendió la pareja.

Juan II y su María, no se entendían ni a pie, ni sentados en el trono, ni tumbados en la cama. A pesar de ello, trataron de cumplir, a regaña sábanas, para dejar descendiente. De ser posible varón.

Tras cuatro años de fracasados intentos, lograron engendrar un principito de esos de sangre azul primo mezclada con azul prima.

La «parida», ¡y vaya parida!, se produjo en Valladolid una noche de Reyes del año 1425, y el parido, casi varón del todo, llegaría a reinar con el nombre de Enrique IV y el apelativo de el Impotente. No hubo más «paridas» en el matrimonio.

María, la esposa de Juan II, tenía tres hermanos que llenaron sus páginas en la Historia: Juan, Enrique y Pedro. Y además una hermana, Leonor, que ocuparía trono en Portugal.

Leonor también llenó páginas de nuestra historia de España ya que tuvo una hija, **Juana** segunda esposa de Enrique IV, cuando éste se quedó sin Blanca. Como veremos más adelante si no se nos acaba la tinta.



Ya hemos entrado en la Historia. Sigamos con nuestro Enrique IV.

Enrique, nacido en el año 1379, como es natural, no hizo otra cosa que consumir «potitos» y «dodotis», pero su presencia, su existencia, estaba ahí.

Por aquellas fechas, el cuarteto de los hijos de Fernando el de Antequera; María, y los tres hermanos, Infantes de Aragón: Juan, Enrique y Pedro, formaban el equipo «A». El recién llegado en el año 1430 **Enriquito**, todavía no mandaba, lo que ostentaba desde su cunita era el título de Príncipe de Asturias. creado en 1388.

El *equipo «B»* de momento, y hasta nuevos fichajes, estaba presidido por el rey Juan II y capitaneado por el gran valido Álvaro de Luna. Hijo ilegítimo del linaje aragonés de Luna.

Si Juan II y su María no se entendieron jamás, sea por no haber entendido el sermón en la boda o sea por incompatibilidad de leches y lechos, menos se entenderían sus respectivos equipos.

El primer *encuentro*, más bien encontronazo, entre los dos equipos, lo arbitró el valido del rey Juan II: Álvaro de Luna.

Consiguió convencer al insulso monarca de que había que despojar a los hermanos de la reina de todos sus bienes, prendas y prebendas y dárselos a otros más merecedores de disfrutarlos. Don Juan no puso reparos. Si se tiene un valido o favorito es para hacerle caso.

Los tres hermanos de la reina, Juan, Enrique y Pedro, se quedaron en calzoncillos y la reina rompió tres pares de zapatos pataleando. ¿Qué otra cosa podía hacer?

¿Equipo A o equipo B?

Como pareja, y más siendo pareja real, a Juan y María les correspondía remar juntos, ya que estaban en la misma barca, y así lo hacían, pero no en la misma dirección. Juan bogaba hacia el poder absoluto tal y como Álvaro de Luna le aconse-

jaba. «No seas tonto, Juan, aquí el que manda eres tú». «Bien, Álvaro, lo que tú mandes».

María no tenía demasiado claro eso del poder absoluto y abogaba por algo más suave. Y sus hermanos, los infantes de Aragón con ella.

En 1435 cuando Enrique, nuestro protagonista, contaba nueve años, murió su tutor don Pedro Fernández de Córdoba. Don Pedro se había ocupado del niño desde que le habían puesto pisito de solterillo.

Don Álvaro de Luna, no esperó ni al sepelio de Fernández de Córdoba para decir al rey: «No os preocupéis majestad, a partir de ahora me ocuparé yo personalmente de hacer de tu Enrique un hombre de provecho». Sobre todo de provecho propio, pensaría el Luna.



El relevo del Ángel de la Guarda, Pedro en este caso, lo solucionó don Álvaro con diablos de la guardia a su servicio. Su hermano, Juan de Cerezuela, de jefazo de la casa Ruy Díaz de Mendoza de mayordomo. Un centinela de jergón, de esos que duermen sobre colchoneta al lado del orinal de los príncipes, para no perderlos de vista ni cuando mean, completaba el triunvirato protector. Manuel de Lando se llamaba el que estaba obligado a dormir junto a la cama de Enriquito, sobre jergón de paja, pero en el puto suelo.

Álvaro de Luna, en su papel de buitre, además de los referidos pajarracos, metió en la real jaula dos jóvenes polluelos, para que jugasen con el niño. Pensaba don Álvaro que serían de su misma especie y que por haberlos colado entre los donceles del príncipe le estarían eternamente agradecidos. No pensaba

que éstos al crecer podían tomar cuerpo de cuervos. Ya se enteraría.

De los dos polluelos, que formaban parte de los donceles de Enrique, el mayor de ellos, Juan Fernández Pacheco, once años, ejerció una absorbente influencia en el futuro rey, comiéndole su débil carácter y sometiéndolo a sus inclinaciones y antojos.

Los Pachecos, Juan Fernández Pacheco y Pedro Girón eran hermanos. La no coincidencia de apellidos se debe a que sus padres de un linaje mediocre, los Tellez, así lo acordaron para no perder los apellidos. Esta gilipollez no viene a cuento.

Dos cronistas de la época coinciden al describirnos la *ca-rrocería* de Enrique. Uno, cronista real a sueldo Diego Enriquez del Castillo, y otro por libre Alfonso de Palencia. Coinciden en que era larguirucho, feo, que tenía las quijadas hundidas, que si era desgarbado y que si tenía los pies cóncavos y un puñado más de simpladas. No coinciden en cuanto a su *motor*.

El clérigo Palencia, se remanga la sotana en sus crónicas y vierte sobre Enrique toda la mierda que es capaz de recoger o inventar. Dice don Palencia que durante su infancia y pubertad, Enrique ha vivido sometido a los caprichos sexuales de su doncel Pacheco y que éste ha llegado a sodomizarlo. Dice muchas cosas más, que hacen pensar que habrá que meter la nariz en la vida del Palencia ya que resulta extraño que un clérigo, al que se le supone celibato sea tan experto conocedor de ciertas inclinaciones.

Al pobre Enrique, que no era precisamente un «sietemachos» no lo dejan en paz ni muerto. Hasta el extremo de que llevando ya siglos enterrado, nuestro ilustre doctor Marañón, quiso dejar patente la impotencia del rey y se puso a hurgar en su momia, que se conserva en Guadalupe, para confirmar tal anomalía.

Probablemente, el bisturí y el resto de macabros artilugios de faena, serían de la marca «morbo». Emitió su diagnóstico colma-

do de palabrejas técnicas para que quedáramos bien enterados de que el rey había sido feo, desgarbado impotente «transitorio reversible» y más cosas, que hoy de poco nos sirven.

Recordemos que mientras el niño crece entre «los Pachecos», los padres no se ocupaban demasiado de su crianza. Estaban más pendientes de sus tirones de moño o corona que del príncipe.

Las desavenencias entre Juan II y su esposa María, no eran solo de cama, lo eran también de gobierno, y el origen al respecto estaba en los diferentes criterios que se tenían en la época sobre el poder de los reyes. Los realistas, partidarios del poder absoluto del rey. Dios era el que elegía al rey en la cuna y como elegido por Dios, se admitía que su poder fuese absoluto.

Cuando Dios no estaba demasiado acertado en la elección y ponía el dedo en la cuna de algún zonzo como lo fue Juan II, la providencia se encargaba de poner a su lado, en cuanto fuese necesario, un «Valido de la Guarda» para que compensase la memez e incapacidad del elegido.

Ángel de la Guarda, dulce compañía. No me dejes solo ni de noche ni de día (así decía la oración de mi colegio). A Juan II la providencia le colocó a su lado un Álvaro de Luna.

Los que no veían muy claro eso de que Dios se dedicase a andar por las incubadoras buscando reyes, eran partidarios de organizar Ligas, Cortes, Cámaras y Consejos para evitar que los reyes la pifiasen un día sí y otro también y que los «ángeles de la guarda» se convirtiesen en tiranos, como solía suceder. La elite de la nobleza, no veía inconveniente en que el rey dispusiese de consejeros, lo que le preocupaba (perjudicaba) es que uno de ellos llegara a usurpar las funciones de los consejeros y las del propio rey.



## El Magnánimo

Alfonso, heredó el trono de su padre Juan I. Estaba casado con una hija de Juan II, también llamada María, también prima y también, al parecer, los había casado el mismo cura que a Juan II y su María. Separaditos los dos. Cero hijos. Otro matrimonio de los de cada uno por su lado. María en España y Alfonso en Nápoles como príncipe del Renacimiento y formando una familia de hecho con otra esposa. Las cuestiones peninsulares le resbalaban. A su María no quería ni verla. Sus hermanos le presionaban para que se ocupase de las cosas de Aragón pero Alfonso resistía *magnánimamente* las presiones.

Las dos Marías, la de Alfonso, magnánimo para todos menos para su María, y la de Juan II, padre de nuestro cabecera de cartel **Enrique IV**, eran primas, cuñadas y reinas.

Se plantearon las Marías sujetar el trono de los Trastámara, Casa a la que pertenecían, y como Alfonso, era «cero hijos», entraba en la sucesión otro Juan. Juan, rey consorte de Navarra.

Este Juan *Consorte,* sí tenía hijos. ¡Menos mal! Y estos eran Carlos, Leonor y **Blanca.** 

Si no ponemos un pelín de atención podemos pensar que en este cesto hay mucho incesto. Blanca II de Navarra, fue hija de Blanca I y segunda esposa del *Impotente*. Su padre era Juan II. Si Enrique era también hijo de Juan II, el matrimonio entre ambos hermanos sería la releche monárquica. Y la descendencia de la pareja no digamos.

Es por ello necesario recordar que el padre de Enrique se llamaba Juan II y el padre de Blanca Juan II también. Pero no eran el mismo.

De todas formas y para evitar confusiones futuras, la pareja Enrique IV y Blanca II de Navarra fueron capaces de estar trece años casados sin consumar matrimonio para dejar la sucesión clara, sin descendencia. Que no se habían dado en trece años ni un simple *refregón*, es lo que entendió el *juez* desde la silla de Pedro (Nicolás V) para *desenlazar* a los enlazados por el bien del país.

Todo lo que tenían que hacer las Marías, primas, cuñadas y reinas, para que los equipos *A* y *B* formasen una selección conjunta era unir en matrimonio un miembro de cada equipo. Enrique, hijo de Juan II, *contra* una de las hijas del rey consorte de Navarra. El «prenda» le tocó a Blanca.

De haber escuchado al capellán Alfonso de Palencia, con todo lo que sabía de asuntos sexuales, es casi seguro que el elegido para hacer pareja con Enrique habría sido Carlos, su hermano y no Blanca, suponen algunos.

Podemos seguir el juego dinástico si ya tenemos claro lo de la «blanca doble». A saber:

Blanca I, casada con Juan II, cuatro hijos.

Blanca II, hija de Juan II, segunda esposa de Enrique IV, hijos de Blanca: en blanco.



Los pactos, las dispensas necesarias, la devolución de los bienes a los infantes de Aragón, que les había mangado «el Luna», los banquetes, todo quedó arreglado y después de las bodas de palabra y una vez alcanzada la mayoría de edad de Enrique, catorce años, la noche del 15 al 16 de septiembre de 1440 le colocaron al pobre chaval una doncella en la cama para que mostrase cara al público lo *macho* que era.

Dicen los cronistas que su carrocería era algo destartalada, y el motor de pocas revoluciones pero lo peor en Enrique era lo de «embragar».

La bárbara costumbre castellana de que los estrenos se hiciesen a platea llena, y que posteriormente a la más auténtica tradición gitana se exhibiese la sábana debió de dejar al muchacho tan cortao que los *boyeurs* oficiales hartos de esperar hubieron de retirarse sin el trofeo.

Ciñéndonos a este *no suceso*, no se trataba en esta ocasión de que el príncipe fuese o no impotente o algo más destacado pero es fácil imaginarse la escena y entender que no hay verga de debutante que se enderece en tal situación ni suministrando al *telonero* una tortilla de Viagra. Si añadimos que el desgraciado Enrique había pasado sus tres últimos años *en manos*... del célebre Pacheco y lo que el reverendo Palencia cuenta al respecto, lo menos que se puede pensar es que el príncipe ya andaba desviadillo y no estaba para jugar a «blancas». Y menos cara al público.

Sabemos que los partos se hacían igualmente ante testigos, pero es otra cosa. Por más corte que le dé a la parturienta, el niño siempre encuentra la salida. ¡Encontrar la entrada en esta situación no ha de resultar tan fácil!

Enrique IV aguantó veinte años en el trono como una reina. Perdón, no es eso, queremos decir: ¿Cómo una reina aguantó desde sus quince hasta los veintiocho en que fue repudiada?

Al rey Enrique, librado de su «blanca doble»; Blanca suegra y Blanca esposa, y con firme decisión de dejar un heredero, le entraron las prisas, todavía era joven. Treintañero y esperanzado tomó por esposa a Juana de Portugal, con diecisiete.

Al rey Enrique, le habría dado igual *su prima Juana que su hermana*, lo que deseaba es que «fuese como fuese» le diesen un descendiente.

Todos los hombres del rey, dieron la bienvenida a la *biencasada* Juana. Entre otros trepas, Juan Pacheco, marqués de Viana, Miguel Lucas, condestable de Castilla y **Beltrán de la Cueva.** 

Siete calendarios consumió la pareja, sin que nadie ocupase la real cunita que esperaba bebé, pero al final, cuando las esperanzas se estaban esfumando, llegó Juanita. No era varón pero lo de la sucesión ya se arreglaría, pensó *parte* de la Corte.



## Beltrán de la Cueva

Un guapito mozalbete de Úbeda, buen *miembro* de una familia de nobles de segunda clase, que contaba veintiún años cuando en 1456 el rey lo conoció.

El día que Beltrán se acercó a dar un besito a la recién llegada, ya había él cumplido los veintisiete. Y seguía guapete y ascendiendo. Su último escalón: el condado de Ledesma. Fulgurante había sido su carrera. Cuando Juana vino al mundo, se estaba preparando el enlace de Beltrán de la Cueva con Macía de Mendoza y Luna. Enlace que según Juan Pacheco, desplazado por Beltrán de la Cueva, se debía a que el rey lo despachaba por no necesitarlo ya a su «servicio». Desde entonces, Pacheco se dedicó a intrigar contra el rey y a divulgar que Juana había sido hechura de Beltrán de la Cueva por encargo del rey Enrique IV para que pasase a la Historia como Juana *la Beltraneja*. Y así fue.

«Despejada la duda», de su sobrina Juana, Isabel, recibió de su hermano por parte de padre (Juan II) la corona de Castilla. Con ella, concluyó, en España la lista de la Dinastía Trastámara.

Más adelante, cuando se planteó la sucesión, Pacheco se puso al lado de Isabel de Castilla para que fuese ella quien

reinase católicamente con Fernando de Aragón. Y también, así sucedió.

Juana, despojada de todos sus títulos, menos el de la Beltraneja, y esposada en segundas nupcias con el duque de Guyena murió como Alteza en Lisboa a los sesenta y ocho años de edad.

Enrique IV, a los cuarenta y nueve en Madrid.





Personajes desheredados y sumidos en la más profunda miseria física o moral luchan a diario por sobrevivir. Distintos vientos arrojan hacia sus destinos trágicos a los que siguen el espejismo del éxito social. La delincuencia, la prostitución, la pobreza con dos caras, nobleza y ruindad, conviven y luchan por avanzar a través del torbellino de sus vidas para alcanzar el éxito o la perdición.

Azarosas vidas de personajes que sufren —o gozan— cambios trascendentales en su existencia. Pueblos al borde de su extinción que resurgen merced a la voluntad de animosos emprendedores, gentes que luchan por dejar atrás su turbio pasado, familias que con tenacidad logran escapar de su precariedad, hombres que, atrapados por la codicia, se desvían de sus senderos. Personajes con los que fácilmente nos sentiremos identificados, con sus pasiones, sus miedos, sus inquietudes... Todo ello desarrollado en un ambiente rural con acertado lenguaje y un atinado tono costumbrista y elegante.

La lectura de estas *Vidas azarosas* nos atrapará desde su primer capítulo, invitándonos a seguir en sus páginas las venturas y cuitas de personajes que están más cerca de la realidad que de la ficción.





El Pozo es uno de esos anómalos casos en los que la investigación del crimen, asesinato en esta ocasión, queda encarpetada en un expediente atado con cintas rojas sin que, agotadas todas las pesquisas, se pueda dar por cerrado.

El suspense nos atrapa en sus páginas con la expectación de que al final aparezca ese hilo que permita desanudar las rojas cintas del legajo y desenredar la madeja.

Esta novela, se basa en dos circunstancias que dan pie a su desarrollo, sin olvidar que es eso una novela.

En Japón, cuando la expansión industrial comenzó a buscar nuevos horizontes para la producción en otros países asiáticos debido al bajo coste de mano de obra en ellos, es cuando surgieron algunos asalariados disconformes con el sistema como nuestra protagonista Akira Yamasaki. Ella sabe que bajo la dirección de Japón hay empresas que están produciendo con licencias acordadas y quieren, por el medio que sea, producir sus propios productos haciendo la competencia a la industria japonesa. Entonces, sacara sus propias conclusiones y actuara según su opinión.



En el Barrio ...sin ir más lejos, es una novela que nos asoma a hechos y personajes que se alejan del cotidiano devenir de sus moradores.

En el barrio de Los Parrales, no todo es vida laboriosa y pacífica. Las desenfrenadas pasiones, los infortunios, las envidias, la lucha por la supervivencia, los amores ilícitos, los delitos y todos los episodios y avatares que viven los personajes que encontramos en ésta novela, nos mantendrán expectantes durante su lectura.





Indalecio, huérfano de padre y madre a punto de cruzar «el Rubicón» que le separa de la adolescencia a la mayoría de edad, nos da cuenta en primera persona de las dudas existenciales y de supervivencia que le invaden en el más importante período de su existencia.

Uno más de aquellos niños que dieron sus primeros balbuceos en pleno fragor de una contienda que dejó a España malherida y que hubieron de sufrir en sus propias carnes las consecuencias de una larga posguerra; trasfondo y «principal protagonista» del relato.

En unas cuantas zancadas de su indeciso caminar, Indalecio nos retrotrae a aquella década en la que se vivió con el rescoldo aún caliente de una guerra cruel poniéndonos con sus vivencias bajo su propia piel.

Un homenaje definitivo a la Gran Vía, una celebración de sus 100 años a través de personajes, historias y emociones surgidas de la arteria de Madrid y sus aledaños.





¿Qué son los *Salpicones*? La Historia está llena de gestas, momentos estelares y personajes relevantes de los que los cronistas y escritores han empleado mucho de su tiempo en dejarnos millones de páginas históricas o noveladas. En muchos de estos casos, volúmenes no fáciles de digerir.

Lo que pretende Manuel Díaz Cervera con sus *Salpicones*, cortos pero a su vez rigurosos y amenos, es facilitarnos que nos podamos recrear recordando aquellos conocimientos que dejamos en el desván de nuestra memoria escolar o que encontremos en sus páginas retazos de la Historia y famosos personajes.



En memoria de las víctimas de la violencia de cualquier tipo: terrorista, de género, hambre...

Entrelíneas Editores es un espacio de creación donde se da cabida a todos aquellos autores/as que de algún modo intentan renovar la literatura en nuestro país, dándole un soplo de frescura.

## eraseunavez.org C/Lima, 42 28945 Fuenlabrada (Madrid) Tel. 91 606 27 22 / 91 690 90 28 entrelineas@eraseunavez.org